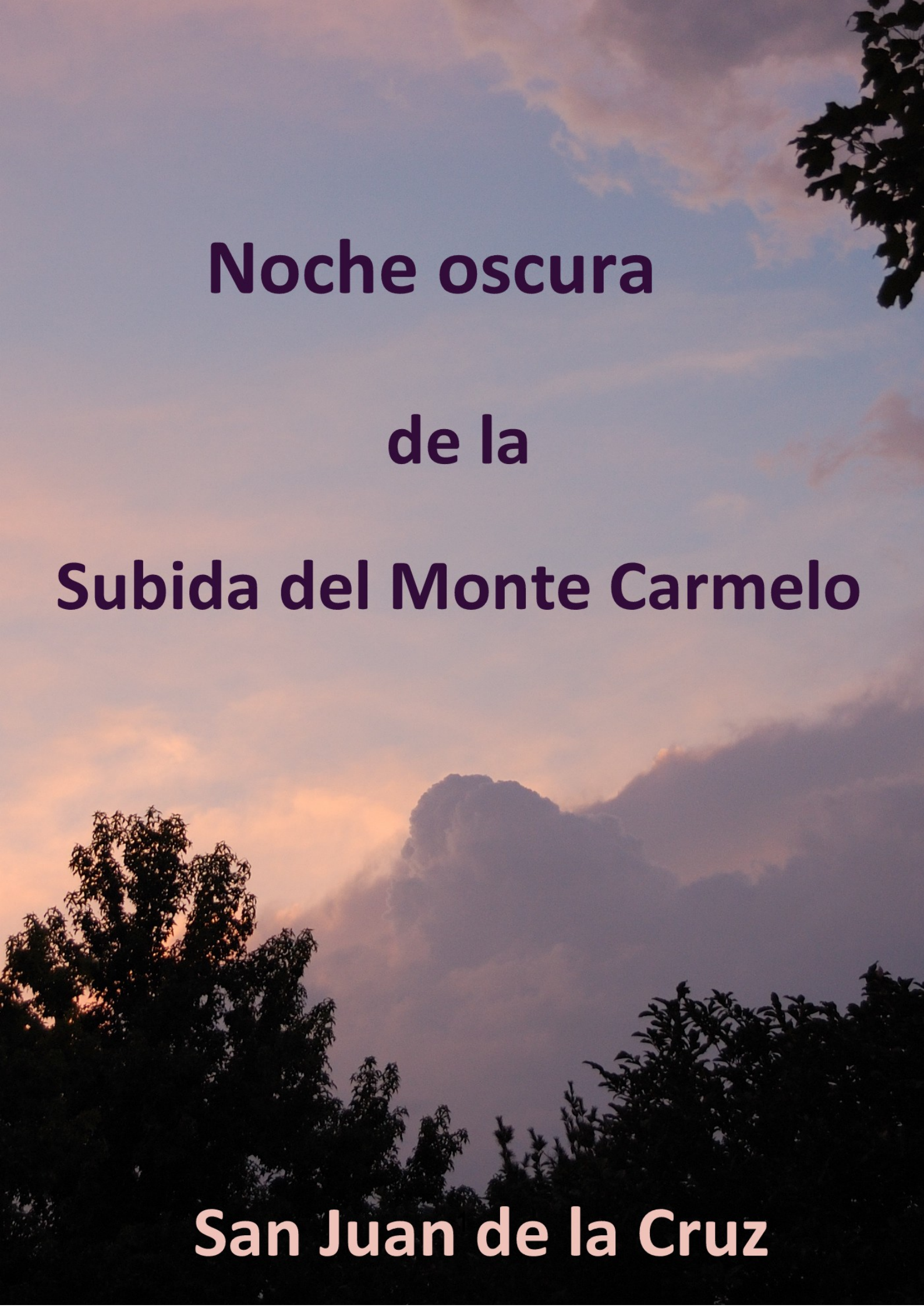

Noche oscura

de la

Subida del Monte Carmelo

San Juan de la Cruz

San Juan de la Cruz

NOCHE OSCURA

DE LA

SUBIDA DEL MONTE CARMELO

Resumen adaptado al lenguaje moderno
por Alberto Zuñiga Croxatto

PREÁMBULO

El fin que me ha movido a adaptar esta obra magistral del Santo y Doctor de la Iglesia, Juan de la Cruz, no ha sido otra que la de facilitar su lectura y la difusión de sus doctrina. Muchos pensarán que es un atrevimiento falto de consideración al estilo peculiar del santo, y que tiene el riesgo de caer en errores de interpretación, sobre todo teniendo en cuenta la complejidad y la profundidad de lo que se trata, la vida mística, nada menos.

A pesar de que no les falte razón, me he arriesgado a intentarlo. Ello trae grandes ventajas. El Papa Juan Pablo II afirmaba que uno de los grandes males del mundo presente es que la gente no tiene vida interior, no la cultiva ni la aprecia. Ignora los tesoros que encierra el mundo el espíritu y de la mística. Será necesario, por tanto, dar a conocer este mundo, para que crezca en todos el deseo de cultivar más la vida interior y de vivir más en unión con Dios, lo único que nos puede hacer realmente felices. Este conocimiento se logra en gran medida leyendo a San Juan de la Cruz.

Con esta finalidad, nace esta adaptación. Únicamente pretende facilitar la lectura del libro original, no suplantarlo.

Lo dedico con gratitud y afecto a uno de sus discípulos más aventajados, Juan Pablo II, quien hizo su tesis doctoral sobre *El acto de fe en la doctrina de San Juan de la Cruz*, llegando a declararse él mismo "hijo espiritual de España", por lo que concierne al santo, su padre espiritual.

Alberto Zuñiga Croxatto

BREVE RESEÑA ESPIRITUAL SOBRE SAN JUAN DE LA CRUZ

Sin lugar a dudas S. Juan de la Cruz constituye uno de los místicos más excelsos de todos los tiempos y probablemente el más grande de los poetas de lengua española. Y es que sus poemas cautivan a toda clase de personas.

Juan de Yepes nace en Fontiveros (Ávila) en 1542 y muere en Úbeda (Jaén) en 1592. Su vida transcurre en pleno *siglo de oro español*. Conoce la miseria y la dureza de la vida desde su infancia. Sintiéndose llamado a la vida religiosa, anhela llevar una vida de intimidad con Dios a través de la pobreza evangélica, el recogimiento y el desasimiento de todo lo material. Estas ansias contemplativas de unión con Dios no sólo no le impiden realizar una intensa actividad apostólica, sino que le sirven de acicate: predicación de la Palabra de Dios, formación de carmelitas, dirección espiritual, fecundo magisterio escrito. Es un auténtico contemplativo en la acción. Él sabe muy bien que de la vida de intimidad con Dios –lo más importante—, brota el apostolado más fecundo y universal, y así dirá: “Adviertan los que son muy activos, que piensan ceñir el mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho más provecho harían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios –dejando aparte el buen ejemplo que de sí darían— si gastasen siquiera la mitad de este tiempo en estarse con Dios en oración. Cierto, entonces harías más, y con menos trabajo, con una sola obra que con mil, mereciéndolo su oración y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella, porque de otra manera todo ello es martillear y hacer poco más que nada, y a veces nada, y aun a veces daño… Al fin, para este fin de amor fuimos creados.” Pues en definitiva: "A la hora de la tarde se nos examinará de amor".

Su vida, como la de San Pablo, está centrada en Cristo. Todo lo halla en Él: “Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra...; porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado todo en Él, dándonos al Todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a

Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino que haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer cosa otra alguna o novedad".

Unido íntimamente a Cristo es capaz de soportar sin amarguras ni resentimientos la persecución de varios de sus hermanos, las incomprensiones, los maltratos y hasta la misma cárcel. Vive lo que predica: "Donde no hay amor, ponga amor y cosechará amor". Llega a sufrir tanto que llega a decir: "¡Qué sabe el que no ha padecido!" Un día el Señor le dirá: Fray Juan… dime qué recompensa quieres por ello. Sin pensárselo dos veces, contesta: "Señor, padecer y ser despreciado por Vos" Sabe la riqueza y la grandeza que engendra el sufrimiento. El sufrimiento es para él, no un fracaso, sino fuente y manantial de sabiduría. No se conforma con menos que Dios.

Rebosando nobleza y entereza, finura y elegancia de espíritu, profundidad y sabiduría, modestia y humildad, llega a ser considerado por Santa Teresa de Jesús como el hombre celestial y divino, pues "no hay otro que fervore tanto en las cosas del cielo en toda Castilla".

Falto de todo afán de protagonismo pisotea la soberbia del mundo. En Dios está su tesoro, y lo adora en la Eucaristía. Es lo que nos dice en el poema de la Fonte:

"¡Qué bien se yo la fonte que mana y corre,

aunque es de noche.

Aquesta eterna fonte está escondida

En este vivo pan por darnos vida,

aunque es de noche.

Aquesta viva fonte que deseo

En este pan de vida yo la veo,

aunque es de noche",

No sólo es el primer Carmelita Descalzo, sino también el Doctor del Amor. Con su vida y escritos nos descubre donde podemos encontrar el verdadero amor. No en las criaturas, sino en sólo

Dios: “Para venir a gustarlo todo, no quieras tener gusto en nada. Para venir a saberlo todo, no quieras saber algo en nada. Para venir a poseerlo todo, no quieras poseer algo en nada. Para venir a serlo todo, no quieras ser algo en nada.”

Hoy se dice que el amor no existe, o bien se llama amor a lo que nos es más que egoísmo o avidez de placer. Sin embargo, para San Juan de la Cruz: "Amar es trabajar en despojarse y desnudarse por Dios, de todo lo que no es Dios".

El amor no es, como muchos piensan, dejarse arrastrar por los instintos y sentimientos. La persona que vive a merced de sus tendencias y pasiones, de sus pulsiones y "apetitos", se priva del espíritu de Dios y por eso se fatiga y enflaquece, anda atormentada, descontenta e insatisfecha, con el alma sucia, y con el entendimiento y la voluntad oscurecidos y entenebrecidos para hallar la sabiduría.

Amar es darse y, al mismo tiempo, dejarse transformar por el Amado en la noche oscura de la fe. Abandonarse en los brazos del Padre celestial. Sólo viviendo el amor consigue el alma el fin para lo que fue creada, que es dejarse transformar en Dios: “El amor nunca llega a estar perfecto hasta que se emparejan tan en uno los amantes que se transfiguran el uno en el otro.”

Amar es dejarse hacer por el Amado sin poner condiciones. Dejarse que nos trate como a El le convenga. "Ya no guardo ganado, / Ya no tengo otro oficio, / que sólo en amar es mi ejercicio". Amar es dejarse abrazar por Dios, darse a El desde el fondo del corazón, de tal modo que nunca more en él ningún otro amor… En esta disposición, “el alma que anda en amor, ni cansa, ni se cansa". Sabe amar en medio de sequedades y apuros, angustias y desamparos, soledades y suma pobreza. Eso fue la vida de San Juan de la Cruz: “sólo vive en la fe oscura y verdadera, y esperanza cierta, y caridad entera; y espera Allá sus bienes, viviendo acá como peregrino, desterrado, huérfano, seco, sin camino y sin nada, esperando Allá todo” (*Carta a Juana Pedraza*, 1589). Vive esperando el retorno glorioso del Maestro, el abrazo perpetuo de duración eterna: “Descubre Tu presencia, y máteme Tu vista y hermosura. Mira que la dolencia de amor, que no se cura, sino con la presencia y la figura”. Es el amor que acelera su muerte.

"Dígame, Padre, de los Cantares", dice Fray Juan moribundo. Y mientras le leen, comenta ilusionado: "¡Oh qué preciosas margaritas"!

El 14 de diciembre de 1591, al oír las campanas a las 12 de la noche, pregunta: "¿A qué tañen?". Le responden: "A maitines". Y como si le hubieran dado la señal de partida, exclama jubiloso: "Gloria a Dios, que al cielo los iré a decir". Besa el crucifijo y musita las palabras del salmo: "A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu", y expiró.

Cumplía lo que había cantado:

“¡Oh, llama de amor viva

que tiernamente hieres

de mi alma en el más profundo centro!

Pues no eres esquiva,

Acaba ya, si quieres,

Rompe la tela de este dulce encuentro.

SUBIDA DEL MONTE CARMELO

Trata de cómo podrá un alma disponerse para llegar en breve a la divina unión. Da avisos y doctrina muy provechosa tanto a los principiantes como a los aprovechados, para que sepan desembarazarse de todo lo temporal y quedar en la suma libertad de espíritu.

ARGUMENTO

Toda la doctrina que quiero tratar en esta *Subida del Monte Carmelo* está incluida en las siguientes canciones, y en ellas se contiene el modo de subir hasta la cumbre del monte, que es el alto estado de la perfección que aquí llamamos unión del alma con Dios.

CANCIONES

En que canta el alma la dichosa ventura que tuvo que pasar por la OSCURA NOCHE DE LA FE para llegar, por el camino de la negación espiritual, a la unión con el Amado.

En una noche oscura,
con ansias en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.

A oscuras y segura,
por la secreta escala disfrazada,
¡oh dichosa ventura!
a oscuras y en celada,
estando ya mi casa sosegada.

En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz ni guía
sino la que en el corazón ardía.

Aquésta me guiaba
más cierta que la luz del mediodía,
adonde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.

¡Oh noche que me guiaste!,
¡oh noche amable más que el alborada!,
¡oh noche que juntaste
amado con amada,
amada en el amado transformada!

En mi pecho florido,
que entero para él solo se guardaba,
allí quedó dormido,
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.

El aire de la almena,
cuando yo sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería,
y todos mis sentidos suspendía.

Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

PRÓLOGO

Para dar a entender esta noche oscura por la que pasa el alma para llegar a la divina luz de la unión perfecta del amor de Dios, tanto como se puede en esta vida, se necesitaría una mejor ciencia y experiencia que la mía; porque son tantas y tan profundas las tinieblas y trabajos, tanto espirituales como temporales, por los que ordinariamente suelen pasar estas dichosas almas, que no bastan ni la ciencia humana ni la experiencia para saberlo decir; porque sólo el que ha pasado por ello lo podrá advertir, mas no explicar.

Por tanto, lo que me ha movido a escribir este tratado, no ha sido el ver en mí cierta aptitud para cosa tan ardua, sino la confianza que tengo en el Señor de que me ayudará a decir algo, por la mucha necesidad que tienen las almas que comienzan a andar por el camino de la virtud. A muchas de ellas las quiere Nuestro Señor poner en esta noche oscura para que por ella pasen a la divina unión, pero ellas no pasan adelante por los siguientes motivos: a veces, porque no quieren entrar o dejarse entrar en ella; otras veces, por faltarles guías idóneos y despiertos que las guíen hasta la cumbre. Y así, da lástima ver a muchas de estas almas a quienes Dios da la capacidad y las gracias para que pasen adelante –que, si ellas se animasen, llegarían a tan alto estado—, y sin embargo, se quedan en los grados más bajos del trato con Dios, por no querer, o no saber. Y si a pesar de todo, Nuestro Señor les favorece tanto, que las hace pasar adelante, lo hacen más tardíamente y con más trabajo, o con menos merecimiento. Y esto último porque, aunque es verdad que Dios las lleva, no se dejan ellas llevar; y así, avanzan menos, resistiendo ellas al que las lleva, y no merecen tanto, pues no ponen su voluntad en ello, y por eso mismo padecen más. Porque hay almas que, en vez de dejarse ayudar por Dios, antes estorban a Dios por su indiscreto obrar o por las resistencias que ponen, haciéndose semejantes a los niños que cuando sus madres los quieren llevar en brazos, ellos van pateando y llorando, empeñados ellos en ir por su propio pie,

impidiendo de esta manera que avancen algo, y, si lo hacen, es al paso del niño.

Y así, para que aprendan a dejarse llevar de Dios cuando Su Majestad los quiera pasar adelante, tanto a los principiantes como a los aprovechados, daremos estos avisos, para que entiendan lo que les pasa o, por lo menos, se dejen llevar por Dios. Porque algunos padres espirituales, por no tener la luz y la experiencia que se requiere para ayudar a andar por estos caminos, antes suelen impedir y dañar a las almas que ayudarlas. Por lo cual es recia y trabajosa cosa que las almas en tales situaciones no entiendan lo que les pasa ni hallen quien las entienda. Y puede suceder que lleve Dios a una alma por un altísimo camino de oscura contemplación y sequedad, en que a ella le parece que va perdida, y que, estando así, llena de oscuridad y trabajos, aprietos y tentaciones, encuentre quien le diga, como los amigos de Job (2,11) que probablemente sea debido a alguna depresión, desconsuelo o melancolía, o alguna otra mala indisposición, o todavía peor, que probablemente sea debido a alguna malicia oculta que ha cometido, y que por eso la ha dejado Dios así; y de esta manera, juzgan que ha debido de ser muy mala, pues tales cosas le ocurren.

Y también podrá haber quien le diga que vuelva atrás, pues no halla gusto ni consuelo como antes en las cosas de Dios; y así le duplican el trabajo a la pobre alma. Porque generalmente la mayor pena que ella siente es verse llena de de males y pecados, pues Dios la ilumina para que conozca más sus miserias en la noche de contemplación, como más adelante diremos; y, como halla a alguien que concuerda con su parecer, que considera que probablemente se deba a sus propias culpas, crece tanto la pena y el aprieto del alma que se cree morir. Y no contentándose con esto, pensando los tales confesores que lo que les pasa a estas almas procede de sus pecados pasados, hacen que revuelvan sus vidas y hagan muchas confesiones generales, con lo que las crucifican más todavía. Estos directores espirituales no entienden que lo que hay que hacer en esos momentos es, más bien, dejarlas en la purificación en que Dios las tiene, consolándolas y animándolas a que permanezcan así hasta que Dios quiera; porque hasta entonces, por más que ellas hagan de nada les sirve.

De esto hemos de tratar con el divino favor, y de cómo se ha de comportar el alma entonces y el confesor con ella, y que indicios habrá para conocer si está en una etapa de purificación, y, si lo está, si es del sentido o del espíritu, lo cual es la noche oscura que decimos; o bien, cómo se podrá conocer si es melancolía u otra imperfección acerca del sentido o del espíritu. Porque podrá haber algunas almas que pensarán, ellas o sus confesores, que las lleva Dios por este camino de la noche oscura de purificación espiritual y, sin embargo, se deberá a alguna imperfección de las dichas.

Hay muchas almas que piensan no tienen oración, y la tienen mucha; y otras, que tienen mucha, y es poco más que nada. Otras almas dan lástima porque trabajan y se fatigan mucho, y vuelven atrás, y ponen el fruto del aprovechar en lo que no aprovecha, sino antes estorba, mientras que otras con sosiego y quietud aprovechan mucho. Y otras que, con los mismos regalos y mercedes que Dios les hace para que prosigan su camino, se embarazan y estorban y no van adelante.

Muchas otras cosas suceden en este camino a los seguidores de él, ya sean gozos o penas, esperanzas o dolores: unas proceden de espíritu de perfección, otras de imperfección. De todo, con el favor divino, procuraremos decir algo, para que cada alma que esto leyere, en alguna manera vea el camino que lleva y el que le conviene llevar, si pretende llegar a la cumbre de este monte.

Y por cuanto esta doctrina es de la noche oscura por donde el alma ha de ir a Dios, no se maraville el lector si le pareciere algo oscura. Lo cual entiendo que le ocurrirá sobre todo al principio; mas, conforme vaya leyendo, irá entendiéndolo mejor y más claramente. Y si algunas personas con esta doctrina no se hallaren bien, se deberá a mi poco saber y pobre estilo, porque la materia, de suyo, es buena y harto necesaria. Pero me parece que, aunque se escribiera más perfectamente, no se aprovecharían de ello sino los menos, porque aquí no se dirán cosas muy delicadas y agradables para los que gustan de ir por dulzuras y deleites a Dios, sino doctrina sustancial y sólida, para los que quieran pasar a la desnudez de la pobreza de espíritu de que aquí se habla.

LIBRO PRIMERO
[NOCHE ACTIVA DEL SENTIDO]

CAPÍTULO 1

Declara las dos clases de noches por las que pasan los espirituales, según las dos partes del hombre, inferior y superior.

(CANCIÓN PRIMERA)

En una noche oscura, con ansias,
en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!
salí sin ser notada
estando ya mi casa sosegada.

En esta primera canción el alma canta la dichosa ventura que tuvo en salir de todas las cosas, y de los apetitos e imperfecciones que hay en la parte sensitiva del hombre por el desorden que sufre su razón. Pues para que el alma llegue al estado de perfección, ordinariamente ha de pasar por dos clases de noches, que los espirituales llaman purgaciones o purificaciones del alma, y aquí las llamamos noches, porque el alma, así en la una como en la otra, camina como de noche, a oscuras.

La primera noche o purificación es de la parte sensitiva del alma, la cual se trata en la presente canción, que abarca la primera parte de este libro. Y la segunda noche es de la parte espiritual, la cual se trata en la segunda canción, que abarca la segunda y tercera

parte de este libro, en cuanto a lo activo; porque, en cuanto a lo pasivo, será en la cuarta.

Y esta primera noche acontece a los principiantes cuando Dios los comienza a poner en el estado de contemplación. Y la segunda noche o purificación pertenece a los ya aprovechados, cuando Dios los quiere poner en el estado de la unión con Él; y ésta es más oscura y tenebrosa y terrible purificación, según se dirá después.

DECLARACIÓN DE LA CANCIÓN

Quiere, pues, en suma, decir el alma en esta canción que salió —sacándola Dios— sólo por amor de Él, inflamada en su amor, en una noche oscura, que es la privación y la purificación de todos sus apetitos sensuales acerca de todas las cosas exteriores del mundo y de las que eran deleitables a su carne, y también de los gustos de su voluntad. Lo cual todo se hace en esta purificación del sentido. Y, por eso, dice que salía, *estando ya su casa sosegada*, que es la parte sensitiva, sosegados ya y dormidos los apetitos en ella, y ella en ellos. Porque no se sale de las penas y angustias de provienen de los apetitos o pasiones hasta que estos estén amortiguados y dormidos.

Y esto fue *dichosa ventura* para ella por tres razones:

Primero, porque salió *sin ser notada*, esto es, sin que ningún apetito de su carne ni de otra cosa se lo pudiese estorbar.

Segundo, porque salió de noche, es decir, privándola Dios de todos ellos, lo cual era noche para ella.

Y tercero, por que la metió Dios en esta noche, de la que se siguió tanto bien, en la cual ella por sí misma no atinara a entrar, porque uno por sí solo no puede vaciarse de todos los apetitos para venir a Dios.

Esta es, en suma, la declaración de la canción. Y ahora explicaremos cada verso en particular. Y el mismo estilo se llevará en las demás canciones.

CAPÍTULO 2

Describe esta primera noche oscura por la que el alma pasa para llegar a la unión.

En una noche oscura,

Por tres razones se llama noche a este tránsito que tiene que pasar el alma hacia la unión de Dios.

La primera, por el término de donde sale, pues ha de ir privando-se del apetito de todas las cosas del mundo que poseía, negándo-se a ellas; pues tal negación y privación es como noche para todos los sentidos del hombre.

La segunda, por el medio o camino que le lleva a esta unión, que es la fe, la cual es también oscura para el entendimiento, como noche.

La tercera, por la meta hacia donde va, Dios, quien es noche oscura para el alma en esta vida.

Por estas tres noches o, mejor dicho, partes de la noche, ha de pasar el alma para venir a la divina unión con Dios.

En la primera parte, que es la del sentido, el corazón aficionado y apegado a las cosas del mundo, si quiere comenzar a ir a Dios, se ha de purificar de todo lo que es criatura con el fuego del amor de Dios. Y en esta purificación se ahuyenta el demonio, que ejerce su poder en el alma por el asimiento o apego que induce a las cosas de este mundo.

En la segunda el alma se vacía de las noticias del entendimiento y queda sola en fe. Ésta se compara a la media noche porque como ella es totalmente oscura.

En la tercera, Dios se comunica de una forma mucho más secreta, íntima y oscura para el alma. En ella acaba de comunicar-se con Dios en el espíritu, mientras el alma sufre ordinariamente grandes tinieblas. Esta tercera parte de la noche representa el amanecer, que es inmediato a la luz del día, que es Dios.

Pasada la tercera parte de la noche se hace la transformación por amor del alma con Dios.

Y para que mejor lo entendamos trataremos particularmente cada una de estas partes de la noche.

CAPÍTULO 3

Habla de la primera parte de esta noche, que es la privación del apetito en todas las cosas.

Llamamos aquí *noche* a la privación del gusto en todo lo que es apetecible de todas las cosas; porque, así como la noche es privación de la luz, y, por consiguiente, de todos los objetos que se pueden ver mediante la luz, quedándose la visión a oscuras y sin nada, así también se puede decir que la mortificación de lo que resulta apetecible es noche para el alma, pues, privarse del gusto en todas las cosas, es quedarse como a oscuras y sin nada. Y así como la visión, gracias a la luz, se nutre de los objetos que se pueden ver, y, si se apaga la luz no se ven, así el alma mediante el apetito (atracción o sed de lo apetecible de las cosas creadas) se alimenta de todas las cosas que según los sentidos se pueden gustar; más si es apagado el apetito, o, mejor dicho, mortificado, deja el alma de alimentarse en el gusto de todas las cosas, y así se queda según el apetito a oscuras y sin nada.

Esto se puede aplicar a cada sentido, pongamos un ejemplo. Si el alma renuncia a gustar de todo lo que es deleitable al oído, se queda a oscuras y sin nada en lo que concierne a la audición.. Y si se priva de todo lo que es agradable y hermoso a la vista, se queda a oscuras y sin nada en lo que respecta a la visión. Y si renuncia al gusto de lo que es agradable al olfato, se queda a oscuras y sin nada en lo que concierne al olfato. Y si se niega a gustar de todos los manjares que deleitan su paladar, se queda a oscuras y sin nada según el gusto. Y, finalmente, si se mortifica en todo lo que es agradable al tacto, queda según este sentido a oscuras y sin nada. De manera que el alma que ha renunciado al gusto de todas las cosas, mortificando su apetencia hacia ellas, podemos decir que está como de noche, a oscuras y vacía de todas ellas.

La causa de esto es porque el alma, luego que Dios la infunde en el cuerpo, está como una tabla rasa y lisa en la que no hay nada pintado; gracias a lo que le entra por los sentidos va conociendo, y sino, es incapaz de conocer nada. Y así, en tanto que está en el cuerpo, se encuentra como un preso en una cárcel oscura, que no puede conocer nada sino lo que alcanza a ver por las ventanas. Y así, el alma, gracias a los sentidos (las ventanas de su cuerpo) es capaz de conocer, y sino, no conoce nada.

Si lo que puede recibir por los sentidos ella lo desecha y niega, bien podemos decir que se queda como a oscuras y vacía; pues, naturalmente no le recibir otra luz que por esas ventanas. Pues, aunque es verdad que no puede dejar de oír, y ver, y oler, y gustar, y sentir, esto para nada le afecta y le estorba al alma si lo niega y lo desecha, igual que el que no oye ni ve, etc. Porque tanto queda a oscuras el que cierra sus ojos para no ver, que el ciego que no puede ver. Y así, a este propósito dice David: *Yo soy pobre y lleno de trabajos desde mi juventud* (Sal. 88, 16). Aunque está claro que era rico, se tiene por pobre, porque no tenía en la riqueza su voluntad, y así era tanto como ser pobre realmente. Pero si fuese realmente pobre y no lo fuera en la voluntad, no sería verdaderamente pobre, pues el alma estaría rica y llena de deseos y apetitos.

Y por eso llamamos a esta desnudez noche para el alma, porque no tratamos aquí de no poseer cosas –porque eso no desnuda al alma si tiene apetencia por ellas—, sino de la desnudez del gusto y de la apetencia de ellas, que es lo que deja al alma libre y vacía de ellas, aunque las tenga. Pues las cosas de este mundo no ocupan el alma ni la dañan, sino la voluntad y apetencia con que se las desea.

Esta primera noche es según la parte sensitiva, que es una de las dos (sensitiva y espiritual) que arriba dijimos, por las cuales ha de pasar el alma para llegar a la unión.

Ahora digamos cuánto conviene al alma salir de su casa en esta noche oscura de sentido para ir a la unión de Dios.

CAPÍTULO 4

Cuán necesario es que el alma pase de veras por esta noche oscura del sentido, en que se mortifican sus apetitos, para llegar a la unión de Dios.

El alma que quiera llegar a la divina unión de Dios, ha de pasar esta noche oscura de mortificación de apetitos y negación de los gustos en todas las cosas porque todo el afecto que pone en las criaturas es delante de Dios pura tiniebla; y el alma que pone su corazón en ellas y no las desecha de sí, no podrá ser ilustrada y poseída de la pura y sencilla luz de Dios, pues no pueden coexistir la luz con las tinieblas. Ya lo dice San Juan: *Las tinieblas no pudieron recibir la luz* (1, 5).

Dos cosas contrarias, según enseña la filosofía, no pueden caber en un mismo sujeto. Y así, la tiniebla, que es el afecto que se pone en las criaturas, es contrario a la luz, que es Dios, y ninguna semejanza ni afinidad tienen entre sí, según afirma san Pablo, diciendo: *¿Qué puede haber de común entre la luz y la tiniebla?* (2 Cor. 6, 14). De ahí que no puede recibir el alma la luz de la divina unión si primero no ahuyenta de sí toda afección de criatura alguna.

Pues es de saber que cuando un alma pone su corazón en alguna criatura se pone al mismo nivel que ella, haciéndose igual y semejante a ella, y cuanto mayor es la afición, tanto más se iguala y hace semejante, porque el amor hace semejantes al que ama con el amado. Que por eso dice el salmo sobre los que ponen su afición en los ídolos: *Como ellos serán los que los hacen, cuantos en ellos ponen su confianza* (Sal. 115, 8). Y no sólo el que ama a una criatura se abaja a su mismo nivel, sino, en alguna manera, a un nivel más bajo aún; porque el amor somete al amante a lo que ama. De aquí que el alma que ama alguna criatura, se incapacita para la pura unión de Dios y para ser transformada en Él; porque mucho más distan la bajeza de la criatura de la alteza del Creador que las tinieblas de la luz. Pues todas las cosas de la tierra y del cielo, comparadas con Dios, nada son, como lo afirma por el profeta Jeremías: *Mire a la tierra, y he aquí que era un caos; y a los cielos, y faltaba la luz* (Jer. 4, 23). Dando a entender que la tierra y

todas sus criaturas son nada, y que todas las lumbreras del cielo, comparadas con Dios, son pura tiniebla; entendiendo que la tiniebla es menos que nada, pues es privación de la luz. Y así como el que vive en tinieblas no sabe lo que es la luz, así no podrá alcanzar a Dios el alma que pone su afecto en las criaturas, hasta que no se purifique de su afición.

Todo el ser de las criaturas, comparado con el infinito ser de Dios, nada es. Por tanto, el alma que en ellas pone su afición, es nada delante de Dios, y menos que nada, porque se pone por debajo de ellas. De forma que no podrá unirse con el infinito ser de Dios, porque lo que no es no puede coexistir con lo que es. Y para entenderlo mejor pondremos algunos ejemplos:

a) Toda la gracia y hermosura de las criaturas, comparada con la infinita hermosura de Dios, es suma desgracia y fealdad, según dice Salomón: *Engañosa es la belleza y vana la hermosura* (Prvb 31, 30). Y así, el alma que se aficiona a la hermosura de cualquiera criatura, delante de Dios es sumamente fea y desagradable; y no podrá transformarse en la hermosura que es Dios, porque la fealdad no puede coexistir con la hermosura.

b) Y toda la bondad de las criaturas del mundo, comparada con la infinita bondad de Dios, se puede llamar malicia. Porque *nadie es bueno sino solo Dios* (Lc. 18, 19); y, por tanto, el alma que pone su corazón en los bienes del mundo, es sumamente mala delante de Dios. Y así como la malicia es incompatible con la bondad, así dicha alma no podrá unirse con Dios, que es suma bondad.

c) Y toda la destreza humana y sabiduría del mundo, comparada con la sabiduría infinita de Dios, es pura y suma ignorancia, según escribe san Pablo: *Porque la sabiduría de este mundo es necedad delante de Dios* (1 Cor. 3, 19). Por tanto, toda alma que confíe en su saber y habilidad, sumamente ignorante es delante de Dios, y muy lejos se halla de su sabiduría. Porque la ignorancia no sabe que cosa es sabiduría; y delante de Dios, aquellos que se tienen por conocedores de algún saber son sumamente ignorantes, como dice el Apóstol: *Jactándose de sabios, se volvieron necios* (Rm 1, 22). Tan solo adquirirán la sabiduría de Dios los que, como niños ignorantes, se despojen de su saber y le sirvan con amor. Esta es la sabiduría que san Pablo nos enseñó: *Si alguno entre vosotros se estima sabio según el mundo, hágase necio para hacerse sabio,*

porque la sabiduría de este mundo es locura delante de Dios (1 Cor. 3, 18-19). De manera que, para venir el alma a unirse con la sabiduría de Dios, antes ha de ir no sabiendo que sabiendo.

d) Y todo el poder y la autosuficiencia del mundo, comparado con el señorío y el poder de Dios, es suma servidumbre, zozobra y cautiverio. Por tanto, el alma que se enamora de los primeros puestos, o de los cargos importantes, y de las libertades que le brinda su afición a las criaturas, delante de Dios es tenido y tratado, no como hijo, sino como esclavo y cautivo, por no haber querido vivir su santa doctrina, que nos enseña que *el que quiera ser el mayor sea el menor, y el que manda como el que sirve* (Lc. 22, 26). Y, por tanto, no podrá el alma llegar a la verdadera libertad del espíritu, que se alcanza en la divina unión, porque la servidumbre ninguna parte puede tener con la libertad, la cual no puede morar en el corazón sujeto a quereres –porque éste es corazón de esclavo—, sino en el corazón libre de creatura, porque es corazón de hijo.

e) Y todos los deleites y placeres que halla la voluntad en todas las cosas del mundo, comparados con todos los deleites que están en Dios, son suma pena, tormento y amargura. Y así, el que pone su corazón en ellos es tenido delante de Dios por digno de suma pena, tormento y amargura, y no podrá venir a gozar de los deleites del abrazo de la unión de Dios.

f) Todas las riquezas y gloria de todo lo creado, comparadas con la riqueza que es Dios, es suma pobreza y miseria. Por tanto, el alma que las ama y posee es sumamente pobre y miserable delante de Dios, y por ello no podrá llegar a la riqueza y gloria, que es el estado de la transformación en Dios (por cuanto lo miserable y pobre no se compagina con lo sumamente rico y glorioso).

De aquí que la Sabiduría divina, compadeciéndose de estas almas, que se hacen feas, miserables y pobres por poner su corazón en todo lo que les parece hermoso y rico del mundo, les advierte, diciendo: *Entended, pequeñuelos, la prudencia; y vosotros, necios, sed razonables. Escuchad, voy a decir cosas importantes. Conmigo están la riqueza y la gloria, la fortuna sólida y la justicia. Mejor es mi fruto que el oro puro, y mi renta que la piedra preciosa y la plata acrisolada. Yo camino por la senda de la*

justicia, por los senderos de la equidad, para enriquecer a los que me aman y así llenar sus arcas (Proverbios 8, 4-6; 18-21).

Y los llama pequeñuelos porque se hacen semejantes a lo que aman, que es bien pequeño. Pues las grandes riquezas y la gloria que ellos aman, en la Sabiduría divina la encontrarán, y no en donde ellos piensan.

CAPÍTULO 5

Lo necesario que es para el alma ir a Dios en esta noche oscura de la mortificación del apetito en todas las cosas.

Por lo dicho se puede apreciar la infinita distancia que hay entre las criaturas y Dios, y cómo las almas conforme ponen su afición en las criaturas, en esa misma proporción se alejan de Dios; pues, como hemos dicho, el amor hace iguales y semejantes. Esta infinita distancia ya la advertía san Agustín, cuando se dirigía a Dios en los Soliloquios: «Miserable de mí, ¿cuándo podrá mi cortedad e imperfección corresponderse con tu rectitud? Tú verdaderamente eres bueno, y yo malo; tú piadoso y yo impío; tú santo, yo miserable; tú medicina, yo enfermo; tú suma verdad, yo toda vanidad.»

Por tanto, denota suma ignorancia pensar que se puede llegar a este alto estado de unión con Dios si no se vacía primero el apetito de todas las cosas naturales y sobrenaturales. Por eso, Nuestro Señor nos dijo: *El que no renuncie a todas las cosas que con la voluntad posee, no puede ser mi discípulo* (Lucas 14, 33). Es decir, no se puede recibir el espíritu transformante de Dios si no se menosprecian antes todas las cosas.

Dios no dio el manjar del cielo, llamado maná, a los hijos de Israel hasta que les faltó la harina que habían traído de Egipto (Éxodo c. 16). Con ello nos daba a entender que primero debemos renunciar a todas las cosas, pues este manjar de ángeles no lo puede saborear el que quiere gustar alimentos terrenos. Y no solamente se hace incapaz de recibir el espíritu divino, mas aun, enoja mucho a la Majestad Divina que el alma no se contente con sólo Él, sino que quiera poner su afecto en otras cosas. Y así, los israelitas, no contentándose con aquel alimento tan sencillo, apetecieron y pidieron carne; y Nuestro Señor se enojó seriamente

de que quisiesen juntar un alimento tan bajo y tosco con otro tan alto y sencillo, que, aunque lo era, tenía en sí el sabor y sustancia de todos los alimentos (Ex. 16, 813).

¡Oh si supiesen los espirituales cuánto bien pierden y abundancia de espíritu por no querer acabar de levantar el apetito de niñerías, cómo hallarían en este sencillo alimento del espíritu el gusto de todas las cosas! Pero no lo gustan, porque no se aficionan a gustar de solo el maná. Les pasa lo que a los israelitas, que se privaban de hallar en el maná todo el gusto y fortaleza que ellos pudieran desear, y no porque no lo tuviese, sino porque ellos otra cosa querían. Así, el que quiere amar otra cosa juntamente con Dios, sin duda tiene en poco a Dios, porque pone en una misma balanza con Dios lo que infinitamente dista de Dios.

La experiencia nos dice que cuando uno se aficiona a una cosa la tiene en más que otra cualquiera, aunque ésta sea mucho mejor que la primera. Y el que quiere gustar de las dos, a la mejor por fuerza ha de hacer agravio, pues las considera iguales. Y por cuanto no hay cosa que se iguale con Dios, mucho agravio le hace el que ama otra cosa juntamente que a Él. Y si esto es así, ¿qué será del que ama la cosa más que a Dios?

También es figura de esto el que Dios mandara a Moisés que subiese solo al monte a hablar con Él, dejando abajo a los hijos de Israel, y que ni siquiera las bestias pastasen en las laderas del monte (Ex. 34, 3). Con ello daba a entender que el alma que quiera subir al monte de la perfección para comunicarse con Dios, no sólo ha de renunciar a todas las cosas y dejarlas abajo, mas también a sus apetitos, que son las bestias. Y así es menester que el camino y subida para encontrarse con Dios sea un ordinario cuidado de hacer cesar y mortificar los apetitos; y tanto más presto llegará el alma, cuanto más prisa en esto se dé. Mas hasta que cesen estos apetitos, no llegará, por más virtudes que trate de ejercitar, porque nunca las conseguirá con perfección, la cual consiste en tener el alma vacía y desnuda y purificada de todo apetito.

Queriendo el patriarca Jacob subir al monte Betel para construir allí un altar, para ofrecerle a Dios un sacrificio, primero mandó a toda su gente tres cosas: la una, que arrojasen de sí todos los dioses extraños; la segunda, que se purificasen; y la tercera, que mudasen sus vestiduras (35, 2).

En estas tres cosas se da a entender lo que debe hacer toda alma que quiera subir al monte de la perfección para ofrecerse a sí mismo al Señor y rendirle un sacrificio de alabanza y puro amor.

Primero, debe arrojar de sí todos los dioses ajenos, que son todas las otras aficiones y apegamientos.

Segundo, debe purificarse del gustillo que dejan en el alma los dichos apetitos mediante la noche oscura del sentido, negándolos y convirtiéndose continuamente.

Y tercero, ha de encaminarse a este alto monte con las vestiduras mudadas. Si hace lo primero y lo segundo, estas vestiduras se las mudará Dios de viejas en nuevas, poniendo en el alma un nuevo entender de Dios –dejando el viejo entender de hombre—, y un nuevo amar a Dios, desnuda ya la voluntad de todos sus viejos quereres y gustos de hombre. Esto es lo mismo que morir al hombre viejo (cf. Col. 3, 9), es decir, al modo natural de comportarse, y empezar a vivir en adelante sobrenaturalmente, de manera que el obrar del hombre se vuelve divino. Es lo que se alcanza en el estado de unión, en la cual el alma no sirve de otra cosa sino de altar, en que Dios es adorado en alabanza y amor, y sólo Dios en ella está. Que, por eso, mandaba Dios que el altar donde había de estar el arca del Testamento estuviese vacío de cualquier cosa (Ex. 27, 8), para que entienda el alma cuán vacía la quiere Dios de todas las cosas, para que sea altar digno donde esté Su Majestad. Sólo ha de haber en ella puro amor de Dios, sin mezcla de cualquier otro amor.

No consiente Dios que en un alma otra cosa more juntamente con Él. Habiendo metido los filisteos el arca del Testamento en el templo donde estaba su ídolo, cada día aparecía el ídolo arrojado en el suelo y hecho pedazos (I Reyes 5, 24). No consiente otra afición donde Él está que guardar perfectamente la ley de Dios y el llevar la Cruz de Cristo sobre sí. Y así, no dejaba Dios poner otra cosa en el arca que el libro de la Ley y la vara de Moisés (Dt. 31, 26), que representa la Cruz de Cristo.

CAPÍTULO 6

Dos daños principales causan los apetitos en el alma.

Estos apetitos causan en el alma dos daños principales: primeramente, privan al alma del espíritu de Dios; y en segundo lugar, la cansan, atormentan, oscurecen, ensucian, enflaquecen y la llagan, según nos dice la Sagrada Escritura: *Me dejaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron cisternas rotas, que no pueden contener el agua* (Jeremías 2,13).

Respecto del primer mal, el alma que se aficiona a una criatura, conforme más intensa sea su afición, menos capacidad tendrá para ir a Dios, por cuanto no pueden caber dos cosas contrarias en un mismo sujeto. Y afición de Dios y afición de criatura son cosas contrarias; y así, no caben en una voluntad al mismo tiempo la afición por las criatura y la afición por Dios. Porque no se puede comparar lo que es una simple criatura con el Creador, ni lo sensual con lo espiritual, lo visible con lo invisible, lo temporal con lo eterno, el alimento puramente celestial y espiritual con el alimento puramente sensitivo y sensual, ni la desnudez de Cristo con el estar asido a alguna cosa.

Así como una persona no puede adquirir un hábito bueno sin renunciar antes a su contrario, pues uno es impedimento del otro, de la misma manera, en tanto el alma conserve el espíritu sensual, no podrá tenerlo puramente espiritual. Que por eso dijo Nuestro Salvador: *No está bien tomar el pan de los hijos para echarlo a los perros* (Mateo 15, 26). Y también: *No deis lo santo a los perros* (Mt. 7, 6). Con esto nos da a entender que existen dos clases de hombres: por un lado, los que negándose a sí mismos y contrarían-do sus apetitos hacia las criaturas, se disponen para recibir puramente el espíritu de Dios, estos son los hijos de Dios; y por otro lado, los que queriendo cebar su apetito en las criaturas, se comportan como los perros; porque a los hijos les es dado comer en la misma mesa y plato que su Padre, alimentándose de su espíritu, y a los perros, las migajas que caen de la mesa.

Pues todas las criaturas pueden considerarse migajas que caen de la mesa de Dios, y como perros se comportan los que andan alimentándose de ellas, y por eso se les quita el alimento de los

hijos, el que se recibe directamente de la mesa del Padre. Y como perros siempre andan con hambre, porque las migajas más sirven de avivar el apetito que para satisfacer el hambre. Porque el que tiene apetitos de criaturas siempre está descontento y desabrido, como el que tiene hambre. Pues, ¿que tiene que ver el hambre que dejan todas las criaturas con la hartura que produce el espíritu de Dios? De ahí que no podrá sentir hartura mientras tenga hambre de criaturas; pues, como hemos dicho, no pueden morar dos contrarios en un mismo sujeto, los cuales en este caso son hambre y hartura.

Mucho más le cuesta a Dios limpiar y purificar un alma de estas contradicciones, que crearla de la nada. Porque estos afectos y apetitos se resisten y son contrarios a Dios, mientras que la nada no se resiste. Y esto baste acerca del primer daño principal que hacen al alma los apetitos, que es resistir al espíritu de Dios.

Ahora hablemos del segundo efecto que causan los apetitos: cansan el alma, la atormentan, oscurecen, ensucian y enflaquecen.

Los apetitos cansan y fatigan al alma, pues son como unos hijuelos inquietos y descontentos, que siempre están pidiendo a su madre una y otra cosa, y nunca se contentan. Y así como se cansa y fatiga el que por codicia cava para encontrar un tesoro, así se cansa y fatiga el alma por conseguir lo que sus apetitos le piden. Y, aunque lo consiga un tanto, en fin, siempre se cansa, porque nunca se satisface; porque sus tesoros son como cisternas rotas, que no pueden retener el agua para satisfacer su sed (Jer. 2, 13). El alma que se deja llevar por sus apetitos es como un enfermo con calentura, que a cada rato le crece la sed, y no estará bien hasta que se le quite la fiebre. Cuando crea haber satisfecho su apetito todavía se sentirá peor, porque habrá aumentado la fuerza de su apetito y los dolores que le acarrean.

Los apetitos también cansan y fatigan al alma, porque la mueven y turban como los vientos alborotan el agua, que no la dejan sosegar un momento. Y así se cansa y fatiga el alma como el que tiene hambre y abre la boca para hartarse del viento, y, en lugar de hartarse, nota que su boca se le seca más, porque aquél no es su alimento. Cuanto más pone su voluntad en satisfacer su apetito de criaturas más le atormenta la sed. Porque los apetitos son como el fuego, que al echarles leña se acrecienta la llama; pero son aún de

peor condición, porque el fuego, acabándose la leña, mengua; mas el apetito aumenta, aunque se acabe la materia que los alimenta, y el alma desfallece de fatiga, porque queda con el hambre crecida. Nunca se podrá hartar, pues, ha dejado el único alimento que le podría satisfacer, y se nutre de lo que le causa más hambre.

CAPÍTULO 7

Cómo los apetitos atormentan al alma.

Los apetitos atormentan y afligen a manera de cuerdas o cadenas que atan y aprisionan al alma, que hasta que se libre de ellas no descansa. Y de estos dice el salmo: *Los cordeles de mis pecados* (es decir, mis apetitos) *me aprietan y aprisionan* (Sal. 119, 61).

Y así como es un tormento estar acostado sobre espinas y puntas, el alma es afligida y atormentada cuando sobre sus apetitos se recuesta. Porque como espinas hieren y lastiman y causan dolor, tal como el siguiente salmo dice: *Me rodeaban como enjambre de abejas, me quemaban como fuego las espinas* (Sal. 118, 12); y así, en los apetitos, que son las espinas, crece el fuego de la angustia y del tormento.

Tanto más atormenta el alma el apetito cuanto más ardiente es. De manera que tanto mayor será el tormento cuanto mayor sea el apetito, y tanto más tormentos tendrá cuantos más apetitos dominen al alma. Y así como es atormentado y maltratado el que cae en manos de sus enemigos, así es atormentada y afligida el alma que se deja llevar de sus apetitos. De lo cual es figura Sansón, que habiendo sido fuerte, libre y juez de Israel, cayó en poder de sus enemigos, los cuales le quitaron la fortaleza y le sacaron los ojos, y le ataron a moler en una muela, donde le atormentaron y afligieron mucho (Jueces 16, 21). Y así acaece al alma donde estos enemigos de los apetitos viven y vencen, que lo primero que hacen es enflaquecer al alma y cegarla; para luego afligirla y atormentarla, atándola a la muela de la concupiscencia.

Dios siente gran lástima por estas almas, que con tanto trabajo y tan a costa suya andan buscando satisfacer su sed y hambre en las criaturas, y por eso les dice: *¡Oh vosotros sedientos, venid a las*

aguas, aun los que no tenéis dinero! Venid, comprad, y comed; venid, comprar sin dinero, sin pagar, vino y leche. ¿A qué gastar vuestro dinero en lo que no alimenta y vuestro trabajo en lo que no da hartura? Escuchadme y comeréis lo bueno, y os deleitaréis con manjares suculentos. Oídme y venid a mí, escuchadme y vivirá vuestra alma (Isaías 55, 12). Que es como si dijese: Todos los que tenéis sed de apetitos, venid a las aguas, y todos los que no tenéis dinero para comprar (es decir, voluntad para dominar vuestros apetitos), daos prisa; venid a mí y comed; comprad sin dinero (sin esfuerzo) de mi vino y leche, que es paz y dulzura espiritual, y sin tener que trabajar por ello, en vez de cansaros por vuestros apetitos. ¿Por qué os esforzáis por lo que no es pan, y no os puede alimentar, ni menos hartar? Venid, escuchadme, y comeréis el bien que deseáis, y se deleitará y fortalecerá vuestra alma.

Y el alma se fortalece cuando se desprende de todos los gustos de criatura, porque la criatura atormenta, y el espíritu de Dios recrea. Por eso el Señor nos llama, diciendo: *Venid a mí, todos los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré* (Mateo 11, 28-29). Todos los que andáis atormentados, afligidos y cargados con la carga de vuestros cuidados y apetitos, salid de ellos, viniendo a mí, y yo os reconfortaré, y hallaréis para vuestras almas el descanso que os quitan vuestros apetitos.

CAPÍTULO 8

Cómo los apetitos oscurecen y ciegan el alma.

Tal como la niebla oscurece el aire e impide que luzca el sol, y tal como el cieno impide que la superficie del agua refleje los rostros que en ella se miran; así, el alma que no domina sus apetitos, se entenebrece en su entendimiento e impide que el sol de la razón natural y de la Sabiduría de Dios la iluminen con su claridad. Por eso dice el salmo a este propósito: *Mis maldades me subyugaron, y no pude ver* (Sal. 40,13).

Y así como se oscurece el entendimiento, se entorpece también la voluntad, y se desordena y merma la memoria. Porque como estas potencias en sus operaciones dependen del entendimiento; y estando éste impedido, con razón han de estar ellas desordenadas y turbadas. De ahí que el alma se alborote mucho, por estar sus

potencias desordenadas. Ni el entendimiento puede ser enseñado por la sabiduría de Dios, ni la voluntad está capacitada para abrazar a Dios en puro amor, y menos podrá la memoria, tan ofuscada por el apetito.

El apetito ciega y oscurece el alma porque de suyo ciego es; pues nada puede entender por sí mismo, pues la razón es siempre su mozo de ciego. De ahí que todas las veces que el alma se deja guiar por el apetito, se ciega, porque es como dejarse guiar por un ciego, tal como nos advierte Jesucristo: *Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en la hoyo* (Mt 15, 14).

De poco le sirven los ojos a la mariposilla cuando se deja encandilar por la hermosura del fuego que la arrastra a la hoguera. Más que iluminarla este fuego con su luz, antes le sirve de tinieblas para que no pueda ver los daños que la esperan. Y eso hace el apetito en el alma, que enciende la concupiscencia y encandila al entendimiento de manera que no pueda ver la verdadera luz. Al interponerse delante de su vista, le impide ver la luz verdadera; y como actúa dentro del alma, no deja que vea claro el entendimiento, haciéndole tropezar, mientras no renuncie a dicho apetito.

Cuánta lástima e ignorancia denotan aquellos que se cargan de extraordinarias penitencias y otros tantos ejercicios, pensando que esto les bastará para llegar a la unión con la Sabiduría divina, mientras no procuran con diligencia negar sus apetitos. Si en vez de hacer tanto, empleasen la mitad de aquel trabajo en mortificar sus apetitos, aprovecharían más en un mes que por todos los otros ejercicios en muchos años. Así como es necesario labrar la tierra para que dé fruto, y sin labranza no se dan más que malas hierbas, así es necesaria la mortificación de los apetitos para que haya fruto en el alma. Sin esta mortificación, no podrá ir adelante en la perfección, en el conocimiento de Dios y de sí mismo, y no le aprovechará cuanto haga, como no le aprovecha a la tierra endurecida la semilla que se esparce en ella. De ahí que hasta que los apetitos no se apaguen, no desaparecerá la tiniebla y rudeza del alma. Porque los apetitos son como las cataratas del ojo, que impiden ver mientras no se extraigan.

¡Oh si supiesen los hombres cuanta ceguera les causan sus aficiones y apetitos, y de cuánta luz divina se privan, y en cuántos

males y daños caen cada día por no mortificarlos! Pues aunque tengan buen entendimiento o muchos dones hayan recibido de Dios, mientras haya alguna afición o apetito, el alma estará ciega y oscurecida, y poco a poco irá cayendo de mal en peor. Así le ocurrió a Salomón, ¿quién lo dijera? A pesar de haber recibido tanta sabiduría y dones de Dios, llegó a tanta su ceguera y torpeza que mandó hacer multitud de altares a los ídolos, y llegó a adorarlos él mismo, siendo ya viejo (3 Re. 11, 4). Y para llegar a rebajarse tanto, sólo bastó la pasión que sentía por las mujeres y que no pusiese cuidado en renunciar a los caprichos y deleites de su corazón. Porque él mismo admite que no negó a su corazón ninguna alegría de cuantas le pedían sus ojos (Eclesiastes 2, 10). Y pudieron tanto sus apetitos que, aunque al principio mostraba cierto recato, como no los desechaba, poco a poco le fueron cegando y oscureciendo el entendimiento, de manera que se acabó apagando aquella gran luz de sabiduría que Dios le había dado, tanto que en su vejez renegó de Dios.

Y si pudieron tanto en quien tenía tanto conocimiento de la diferencia que hay entre el bien y el mal, ¿qué no podrán los apetitos no mortificados en gente tan ruda como la nuestra? Tanta ceguera causan que se acaba admitiendo: *Palpamos la pared como los ciegos, y como los que no tienen ojos vacilamos, y llegó a tanto nuestra ceguera, que tropezamos al mediodía como si fuera al anochecer* (Isaías 59, 10). Esto le ocurre al que se ciega por sus apetitos, que puesto en medio de la verdad y de lo que le conviene, no llega a verlo, tal como si estuviera en tinieblas.

CAPÍTULO 9

Cómo los apetitos ensucian al alma.

El cuarto daño que causan los apetitos al alma es que la ensucian y manchan, pues *el que toca la brea se mancha* (13, 1). Y toca la brea el alma cuando pone su voluntad y corazón en alguna criatura. Y así como un diamante que se pone sobre la brea caliente se mancha y se ve repugnante, así el alma que arde en amor desordenado por alguna criatura, se llena de inmundicia y mancha, dejando de ser el diamante que debía reflejar la imagen hermosísima de Dios.

Todo este mal y más todavía hacen en la hermosura del alma los apetitos desordenados, cuando se ven arrastrados por las cosas del mundo. Porque basta un solo apetito desordenado, aunque no sea pecado mortal, para poner el alma tan sucia y fea, que la impida llegar a la unión con Dios, mientras no se purifique del dicho apetito. Si esto es así, ¿cuál será la fealdad del alma que se ve dominada por múltiples apetitos desordenados, y cuán alejada estará de Dios y de su pureza?

No se puede llegar a comprender el sinfín de inmundicia que los diferentes apetitos dejan en el alma. Si se pudiese decir y dar a entender, sería cosa admirable y daría harta lástima ver cómo cada apetito, conforme a su cantidad y calidad, deja una huella de inmundicia y fealdad, aunque sea pequeño.

CAPÍTULO 10

Cómo los apetitos entibian y enflaquecen el alma para la virtud.

Los apetitos también entibian, debilitan y enflaquecen el alma para seguir la virtud y perseverar en ella. Pues está claro que si la voluntad, arrastrada por el apetito, se derrama en otra cosa distinta de la virtud, el alma perderá fuerza para seguir la virtud. De ahí que el alma que tiene la voluntad repartida en menudencias se parece al agua que, teniendo por donde derramarse hacia abajo, no sube hacia arriba, y así no es de provecho.

El que da rienda a sus apetitos no puede crecer en virtud. Y así como las especies aromáticas, cuando están descubiertas, van perdiendo la fragancia y fuerza de su olor, así el alma no recogida, que no pone toda su afición en Dios, va perdiendo valor y vigor para seguir la virtud.

Si no se atajan los apetitos, cada vez crecerán más y robarán más virtud al alma. Por lo cual nuestro Señor nos da el siguiente consejo: *Tened ceñidos vuestros lomos* (Lc. 12, 35), es decir, vuestros apetitos. Ellos son como las sanguijuelas, que nos chupan la sangre de las venas, que representa, la virtud del alma.

No sólo los apetitos no mortificados no aportan ningún bien al alma, sino que le quitan el que tiene. Pueden incluso llegar a matar

el alma, haciéndola perder la vida de la gracia, porque ella primero no los mató. Pero aunque no lleguen a tanto, da gran lástima ver cómo tienen a la pobre alma: cómo le roban la felicidad, cuán egoísta la vuelven para el prójimo, y cuán pesada y perezosa para las cosas de Dios. Por cuanto el apetito por las criaturas hace al alma pesada y triste para seguir la virtud. Y así, ordinariamente, la causa por la que muchas almas no son diligentes y determinadas para crecer en virtud es porque tienen apetitos y aficiones no puras en Dios.

CAPÍTULO 11

Cuán necesario es para llegar a la divina unión el carecer de todos los apetitos, por mínimos que sean.

El lector se estará preguntando que si para llegar a tan alto grado de perfección, si es necesario antes haber mortificado todos los apetitos, los chicos y grandes, o bien, si bastará con haber mortificado solo los principales, dejando, a lo menos los que parecen insignificantes; porque parece cosa recia y muy dificultosa llegar a tanta pureza y desnudez, sin tener voluntad y afición a ninguna cosa.

A esto respondo que, aunque es verdad que no todos los apetitos son tan perjudiciales, todos en igual manera se han de mortificar. Hablo de los voluntarios, porque los que son propios de nuestra naturaleza poco o nada impiden para la divina unión al alma, cuando no son consentidos; porque quitar estos o mortificar-los del todo, en esta vida es imposible. Porque ocurrirá a veces, que esté el alma en oración de quietud, y que al mismo tiempo moren estos primeros movimientos de los apetitos en la parte sensitiva del hombre, no teniendo en ellos parte la parte superior que está en oración. Pero todos los demás apetitos voluntarios, ya sean de pecado mortal, que son los más graves, de pecado venial o las simples imperfecciones, de todos ha de renunciar el alma para venir a la divina unión, por mínimos que sean. Y la razón es porque el estado de esta divina unión consiste en tener el alma de tal manera transformada, según la voluntad, que no haya en ella cosa contraria a la voluntad de Dios, sino que en todo y por todo sea voluntad solamente de Dios. El alma y el Señor entonces

tienen una sola voluntad. Pues si esta alma quisiese alguna imperfección que no quiere Dios, no estaría hecha una sola voluntad con Dios. Por tanto, para venir el alma a unirse con Dios perfectamente por amor y voluntad, ha de carecer primero de todo apetito, por mínimo que sea; no consintiendo conscientemente con ninguna imperfección, teniendo poder y libertad para poderlo hacer en cuanto lo advierta.

Y digo conscientemente, porque de las imperfecciones y pecados veniales no advertidos, está escrito que *el justo caerá siete veces* en el día y se levantará (Pv. 24, 16). Mas de los apetitos voluntarios conscientes, aunque sean pecados veniales de mínimas cosas, como he dicho, basta uno que no se venza para impedir la unión divina. Pues los hábitos no mortificados de voluntarias imperfecciones, que nunca acaban de vencerse, no solamente impiden la divina unión, sino adelantar en la perfección.

Entre las imperfecciones habituales no mortificadas están la costumbre de hablar mucho, o un apego que nunca se acaba de querer vencer (ya sea a una persona, cosa, comida, conversación, curiosidad…y otras semejantes). Cualquiera de estas imperfecciones, cuando ya han hecho hábito en el alma, es más dañosa para adelantar en la virtud que los pecados veniales y las esporádicas imperfecciones, no habituales, aunque sean muchos.

Mientras el alma esté habituada a una imperfección voluntaria, no podrá adelantar en la perfección, aunque la imperfección sea mínima. Porque lo mismo da que una pájaro este asido a un hilo delgado que a uno grueso, pues, aunque sea delgado, tan asido se estará a él como al grueso, en tanto que no lo rompa para poder volar. Verdad es que el delgado es más fácil de romper; pero, por fácil que sea, si no lo rompe, no volará. Y así es el alma que tiene asimiento habitual en alguna cosa, que, por más virtud que tenga, no llegará a la libertad de la divina unión.

Por eso da lástima ver a algunas almas, llenas de dones y cualidades que han recibido de Dios, que por no tener ánimo para acabar con algún gustillo, asimiento, o afición, nunca van adelante, ni llegan al puerto de la perfección, cuando lo único que les faltaba era acabar de romper aquel hilo del apego que las sujetaba.

Harto es para dolerse que les haya Dios hecho romper otros cordeles más gruesos de aficiones, pecados y vanidades, y por no

desasirse de una niñería que les pide Dios que venzan por amor a Él (que no es más que un hilo), que dejen de lograr tanto bien. Y lo peor es que no solamente no adelantan, sino que por aquel asimiento, se vuelven atrás, perdiendo lo que en tanto tiempo y con tanto trabajo habían ganado, porque ya se sabe que en este camino, el que no adelanta, retrocede, y el que no gana, pierde.

Basta con no poner el cuidado de tapar el pequeño resquicio de un vaso, para que se derrame todo el licor que contiene. *El que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco ira cayendo* en las grandes (Eclesiástico 19, 1); y *una sola chispa basta para encender un fuego* (Eclesiástico 11, 34). Y así, una imperfección basta para traer otras muchas; de tal forma que casi nunca se verá un alma que sea negligente en vencer un apetito, que no tenga otros muchos, que brotan de la misma flaqueza e imperfección; y así, siempre van cayendo. Lo cual hemos visto en muchas personas a quien Dios hacía la merced de llevarlas muy adelante en gran desasimiento y libertad, y por sólo comenzar a apegarse a alguna cosa o afición de conversación y amistad —incluso con apariencia de bien—, les ha ido por allí vaciando el espíritu y gusto de Dios y la santa soledad, perdiendo la alegría y entereza para los ejercicios espirituales y no parando hasta perderlo todo. Y esto, porque no atajaron aquel principio de gusto y apetito sensitivo, guardándose en soledad para Dios.

Siempre habrá que estar quitando apetitos, no alimentándolos. Y mientras no se acaben todos de quitar, no se llegará al término. Porque así como el madero no se transforma en el fuego por un solo grado de calor que le falte, así no se transformará el alma en Dios mientras no venza cualquier imperfección habitual que tenga; porque el alma no tiene más de una voluntad, y ésta, si se embaraza y emplea en algo, no queda libre, sola y pura, como se requiere para la divina transformación.

En definitiva, para poder entrar en la divina unión, el alma ha de morir a todo apetito, chico o grande, sin codiciar nada de ello, estando totalmente desasida. Es lo que nos enseña san Pablo: *Esto, pues, quiero deciros, hermanos: el tiempo es breve; resta, por tanto, que los que tienen mujeres, vivan como si no la tuvieran; y los que lloran por las cosas de este mundo, como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran,*

como si no poseyesen; y los que disfrutan de este mundo, como si no disfrutasen (1 Cor. 7, 29-31). ¡Cuánto conviene, por tanto, tener el alma desasida de todas las cosas para llegarse a Dios!

CAPÍTULO 12

Qué apetitos causan en el alma los daños dichos.

Hemos visto cómo se llama *Noche del sentido* a la mortificación de los apetitos y cuánto conviene entrar en esta noche para llegar a Dios. Mas podría surgirle una duda al lector.

Primeramente, si basta cualquier apetito para causar en el alma los dos males ya dichos, es a saber: el privativo, que es privar al alma de la gracia de Dios; y el positivo, que es causar en ella los cinco daños principales que hemos dicho.

Lo segundo, si basta cualquier apetito, por mínimo que sea, y de cualquier clase que sea, para causar los cinco daños juntos, o solamente unos causan algunos daños y otros otros, por ejemplo, que unos causen tormento, otros cansancio, otros tiniebla, etc.

Respecto a lo primero, respondo diciendo que en cuanto al daño privativo, que es privar al alma de Dios, solamente los apetitos voluntarios que son materia de pecado mortal pueden hacen esto totalmente, porque ellos privan en esta vida al alma de la gracia y en la otra de la gloria, que es poseer a Dios.

Respecto a lo segundo, cualquier apetito basta para causar en el alma todos estos daños positivos juntos. Pero con una diferencia: que los apetitos de pecado mortal causan total ceguera, tormento e inmundicia y flaqueza, etc.; y los que comportan pecado venial o imperfección sólo causan estos daños parcialmente, pues no privan de la gracia, pero sí la disminuyen. De manera que el apetito que más disminuya la gracia, mayor tormento, ceguera y suciedad causará.

Pero aunque cualquier apetito causa estos daños, algunos causan más directamente unos males que otros. Así, la sensualidad causa todos estos males, pero principal y propiamente ensucian al alma y el cuerpo. La avaricia también los causa todos, pero sobre todo causa aflicción. La vanagloria causa

principalmente tinieblas y ceguera. Y la gula también los causa todos, pero principalmente tibieza en la virtud. Y así de los demás.

Si los apetitos causan en el alma todos estos efectos juntos lo hacen porque son contrarios a los actos de virtud. Porque, así como un acto de virtud produce en el alma suavidad, paz, consuelo, luz, limpieza y fortaleza, así un apetito desordenado causa tormento, fatiga, cansancio, ceguera y flaqueza. Todas las virtudes crecen cuando se ejercita una, y todos los vicios crecen cuando se tiene uno. Y aunque no se repara en todos estos males cuando se consuma el apetito, antes o después se sienten sus efectos.

Lo cual se da muy bien a entender por aquel libro que mandó el ángel comer a san Juan en el Apocalipsis (10, 9), el cual en la boca le causó dulzura y en el vientre amargura. Porque el apetito, cuando se lleva a cabo, es dulce y parece bueno, pero después se siente su amargo efecto; lo cual podrá bien entender el que se deja llevar de ellos. Aunque siempre habrá algunos tan ciegos e insensibles que no lo sienten, porque, como no andan en Dios, no se dan cuenta de lo que les impide ir a Dios.

De los demás apetitos involuntarios propios de nuestra naturaleza y de los pensamientos que no pasan de primeros movimientos, y de otras tentaciones no consentidas no trato aquí, porque estos ningún mal causan al alma. Y aunque a la persona a quien le sucedan le parezca que la ensucian y ciegan, no es así, antes la causan los efectos contrarios. Porque, en tanto que los resiste, gana fortaleza, pureza, luz y consuelo y muchos bienes, ya que *la virtud se perfecciona en la debilidad* (2 Cor. 12, 9). Mas los apetitos voluntarios todos los males dichos y más aun hacen. Y por eso el principal cuidado que deben tener los maestros espirituales es que sus discípulos se mortifiquen de cualquier apetito, quedando vacíos de cuanto apetecían, por librarles de tanta miseria.

CAPÍTULO 13

Cómo entrar en esta noche del sentido.

Resta ahora dar algunos avisos para entrar en esta *Noche del sentido*. El alma puede entrar en ella de dos maneras: de forma activa y pasiva.

Activa es lo que el alma puede hacer y hace de su parte para entrar en ella.

Pasiva es cuando el alma no hace nada, sino Dios obra esta noche en ella. De ésta trataremos en el cuarto libro.

Y ahora daré algunos avisos para vencer los apetitos. Estos avisos, aunque son breves y pocos, son muy provechosos, de forma que el que de veras se quiera ejercitar en ellos, no le harán falta otros.

Primero, traiga un ordinario cuidado de imitar a Cristo en todas las cosas, conformándose con su vida, la cual debe considerar para saberla imitar, comportarse en todas las cosas como lo haría Él.

Segundo, para poder hacer bien esto, ante cualquier gusto que se le ofrezca a los sentidos, cuando no sea puramente ordenado para honra y gloria de Dios, renúncielo y quédese vacío de él por amor de Jesucristo, el cual en esta vida no tuvo otro gusto que hacer la voluntad de su Padre, lo que llamaba Él su comida y manjar (Jn. 4, 34).

Pongo un ejemplo: si le resulta agradable enterarse de cosas que no importan para el servicio y honra de Dios, ni las quiera saber ni las quiera oír. Y si le entran ganas de mirar cosas que no le ayudan a amar más a Dios, no quiera mirarlas. Y si en la conversación se le ofrece algo semejante, haga lo mismo; y en todos los sentidos, ni más ni menos, en cuanto lo pueda excusar buenamente; porque si no puede, basta que no quiera gustar de ello, aunque no tenga más remedio que pasar estas cosas.

Y de esta manera ha de procurar dejar poco a poco mortificados y vacíos de aquel gusto los sentidos, como a oscuras. Y con este cuidado pronto aprovechará mucho.

Y para mortificar y apaciguar las cuatro pasiones propias de nuestra naturaleza –el gozo, la esperanza, el temor y el dolor—, de donde se reciben muchos bienes, es de gran ayuda, y de gran merecimiento y causa de grandes virtudes lo siguiente:

Procure siempre inclinarse:

no a lo más fácil, sino a lo más dificultoso;

no a lo más sabroso, sino a lo más desabrido;

no a lo más gustoso, sino antes a lo que da menos gusto;

no a lo que es descanso, sino a lo trabajoso;

no a lo que es consuelo, sino antes al desconsuelo;

no a lo más, sino a lo menos;

no a lo más alto y precioso, sino a lo más bajo y despreciado;

no a lo que es querer algo, sino a no querer nada;

no andar buscando lo mejor de las cosas temporales, sino lo peor,

deseando entrar en toda desnudez y vacío y pobreza por Cristo de todo cuanto hay en el mundo.

Y esto hágalo de corazón, procurando sujetar la voluntad en ello. Porque, si de corazón se conduce así, muy en breve vendrá a hallar gran deleite y consuelo, obrando ordenada y discretamente.

Todo esto que se ha dicho, si se ejercita, es suficiente para entrar en la *Noche activa del sentido*. Pero, para mayor abundancia, daremos otra manera de ejercitarse para poder mortificar *la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida*, que son las cosas que dice san Juan (1 Jn. 2, 16) reinan en el mundo, de las cuales proceden todos los demás apetitos.

Primero, procure obrar en su desprecio y desear que todos lo hagan (y esto es contra la concupiscencia de la carne).

Segundo, procure hablar en su desprecio y desear que todos lo hagan (y esto es contra la concupiscencia de los ojos).

Tercero, procure pensar bajamente de sí en su desprecio y desear que todos lo hagan (también contra sí, y esto es contra la soberbia de la vida).

Al concluir estos avisos y reglas conviene poner aquí aquellos versos que se escriben en la *Subida del Monte*, que es la figura que está al principio de este libro, los cuales son doctrina para subir a él, que es lo alto de la unión. Porque, aunque es verdad que estos versos tratan de lo espiritual e interior, también tratan del espíritu de imperfección según lo sensual y exterior, como se puede ver en los dos caminos que están en los lados de la senda de perfección. Y así, dándole este sentido sensual, los entenderemos aquí. Después, en la segunda parte de esta noche, estos versos se han de entender en sentido espiritual.

Dice así:

Para venir a gustarlo todo,
no quieras tener gusto en nada.
Para venir a poseerlo todo,
no quieras poseer algo en nada.
Para venir a serlo todo,
no quieras ser algo en nada.
Para venir a saberlo todo,
no quieras saber algo en nada.
Para venir a lo que no gustas,
has de ir por donde no gustas.
Para venir a lo que no sabes,
has de ir por donde no sabes.
Para venir a lo que no posees,
has de ir por donde no posees.
Para venir a lo que no eres, has de ir por donde no eres.

Cuando reparas en algo,
dejas de arrojarte al todo.
Porque para venir del todo al todo,
has de negarte del todo en todo.
Y cuando lo vengas del todo a tener,
has de tenerlo sin nada querer.
Porque, si quieres tener algo en todo,
no tienes puro en Dios tu tesoro.

En esta desnudez halla el espiritual su quietud y descanso, porque, no codiciando nada, nada le fatiga hacia arriba y nada le oprime hacia abajo, porque está en el centro de su humildad. Porque, cuando algo codicia, en eso mismo se fatiga.

CAPÍTULO 14

Segundo verso de la canción

Con ansias en amores inflamada

Siguiendo la canción, trataremos ahora de las propiedades y efectos de la noche del sentido, los cuales son admirables.

Dice el alma que *con ansias, en amores inflamada* pasó esta *Noche oscura del sentido* y salió a la unión del Amado. Porque para vencer todos los apetitos y negar los gustos de todas las cosas (a los que la voluntad se aficiona por el gozo que le causan), era menester otro amor mejor, que es el de su Esposo, para que teniendo su gusto y fuerza en Él, tenga valor y constancia para fácilmente negarse en todos los otros. Y no solamente se necesita para vencer la fuerza de los apetitos sensitivos el amor a su Esposo, sino estar inflamada de este amor y con ansias. Ya que el apetito de la sensualidad atrae con gran fuerza hacia las cosas

sensitivas, sujetando el alma como un yugo a ellas, si la parte espiritual del alma no está inflamada con mayor fuerza o ansias hacia lo espiritual, no podrá vencer este yugo natural, ni entrar en la *Noche del sentido*, ni tendrá ánimo para quedarse a oscuras de todas las cosas, privándose de todas ellas.

Estas ansias de amor hacia el Esposo han de ser tan grandes, que resultan fáciles y aun dulces y sabrosos todos los trabajos y peligros de esta noche, lo cual no se puede dar a entender.

Pasamos ahora a declarar los demás versos en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO 15

¡Oh dichosa ventura!,

salí sin ser notada

estando ya mi casa sosegada.

Toma por metáfora el mísero estado del cautiverio, teniendo por *dichosa ventura* poder librarse de él, sin que se lo pueda impedir ninguno de los carceleros. Porque el alma, debido al pecado original, está como cautiva en este cuerpo mortal, sujeta a sus pasiones y apetitos, que son sus carceleros y la mantienen atada; por lo que tiene por dichosa ventura salir *sin ser notada*, esto es, sin que se lo puedan impedir ninguno de ellos.

Para esto le sirvió salir en la noche oscura, la cual consiste en la privación de todos los gustos y mortificación de todos los apetitos. Y esto, *estando ya su casa sosegada*, es decir, con la parte sensitiva --la casa de todos los apetitos-- sosegada por el vencimiento y adormecimiento de todos ellos. Porque hasta que los apetitos no se adormezcan mediante la mortificación de la sensualidad, y quede ésta sosegada, sin hacer guerra al espíritu, no sale el alma a la verdadera libertad, a gozar de la unión de su Amado.

LIBRO SEGUNDO

de la Subida del Monte Carmelo

[NOCHE ACTIVA DEL ESPÍRITU]
(Entendimiento)

Sobre el medio próximo para subir a la unión de Dios, que es la fe; y así se trata de la segunda parte de esta noche, del espíritu, contenida en la segunda canción.

CANCIÓN SEGUNDA

CAPÍTULO 1

A oscuras y segura,
por la secreta escala, disfrazada,
¡oh dichosa ventura!,
a oscuras y en celada,
estando ya mi casa sosegada.

En esta segunda canción el alma canta la *dichosa ventura* que tuvo en desnudar el espíritu de todas las imperfecciones y apetitos de tipo espiritual. Lo cual le fue para ella todavía superior ventura, por la mayor dificultad que hay en sosegar esta parte espiritual, y poder entrar en esta oscuridad interior, que es la desnudez espiritual de todas las cosas, así sensuales como espirituales, sólo apoyándose en la pura fe y subiendo por ella a Dios.

Que, por eso, la llama aquí *escala y secreta*, porque todos los grados y artículos que ella tiene son secretos y escondidos a todo sentido y entendimiento. Y así, se quedó ella a oscuras de toda luz de sentido y entendimiento, saliendo de todo límite natural y racional para subir por esta divina escala de la fe, que penetra hasta lo profundo de Dios (1 Cor. 2, 10).

Por lo cual dice que iba *disfrazada*, porque llevaba el traje y vestido natural mudado en divino, subiendo por fe. Y así era causa

este disfraz de no ser conocida ni detenida por lo temporal, por lo racional, ni por el demonio, porque ninguna de estas cosas puede dañar al que camina en fe.

Y no sólo eso, sino que va el alma tan encubierta y escondida y ajena de todos los engaños del demonio, que verdaderamente camina *a oscuras y en celada*, es a saber, oculta para el demonio, al cual la luz de la fe le resulta más oscura que las tinieblas. Y así, el alma camina escondida y encubierta para el demonio.

Por eso dice que salió *a oscuras y segura*, porque tiene la dicha de poder caminar en la oscuridad de la fe, guiándose por ella como un ciego se guía por su mozo, yendo muy seguro, pues se libra de todos los fantasmas naturales y razones espirituales que pudieran sorprenderle.

Y salió por esta noche espiritual *estando ya su casa sosegada*, en este caso, la parte espiritual y racional, porque cuando el alma llega a la unión de Dios, tiene sosegadas sus potencias naturales, y los ímpetus y ansias sensuales en la parte espiritual. Que por eso no dice aquí que salió *con ansias*, como en la primera noche del sentido, porque, para ir en la noche del sentido y desnudarse de lo sensible, eran menester ansias de amor sensible para acabar de salir; pero, para acabar de sosegar la casa del espíritu sólo se requiere la negación de todas las potencias y gustos y apetitos espirituales en pura fe. Una vez hecho esto, se junta el alma con el Amado en una unión de sencillez, y pureza, y amor, y semejanza.

Y a diferencia de la primera canción –que trataba de la parte sensitiva y que decía que salió *en noche oscura*—, aquí, tratando de la parte espiritual, dice que salió *a oscuras*, por ser muy mayor la tiniebla de la parte espiritual, así como la oscuridad es mayor tiniebla que la noche, porque, por oscura que sea una noche, todavía se ve algo, pero en la oscuridad no se ve nada. Y así, en la *Noche del sentido* todavía queda alguna luz, porque queda el entendimiento y la razón, que no se ciega. Pero esta *Noche espiritual*, que es la fe, todo lo priva, tanto en entendimiento como en sentido. Y, por eso, dice el alma en esta canción que iba *a oscuras y segura*, lo cual no lo dijo en la otra; porque cuanto menos el alma obra por sus propios medios, va más segura, porque va más en fe.

Y esto se irá bien explicando en este segundo libro, en el cual será necesario que el devoto lector vaya muy atento, porque se han de decir cosas bien importantes para el verdadero espíritu. Y, aunque estas cosas son algo oscuras, conforme vayamos tratando unas se irán entendiendo mejor las otras, de tal manera que se entenderá todo muy bien.

CAPÍTULO 2

La segunda parte de esta noche, más oscura, es la de la fe

Conviene ahora tratar la segunda parte de esta noche, que es la de la fe, la cual es admirable medio para ir al término, que es Dios, la tercera parte de esta noche. Porque la fe, que es el medio, es comparada a la media noche. Y para el alma es más oscura que la primera y, en cierta manera, que la tercera. Porque la primera, la del sentido, es cuando cesa la vista de todo objeto sensitivo, y así no está tan apartada de la luz como la media noche.

La tercera parte, próxima a la luz del día, no es tan oscura como la media noche, pues ya está cercana al esclarecimiento y revelación de la luz del día que es Dios. Y aunque es verdad que Dios, desde el punto de vista natural, es para el alma tan oscura noche como la fe, en la tercera parte de la noche, ya va Dios ilustrando al alma sobrenaturalmente con el rayo de su divina luz, lo cual es el principio de la perfecta unión, por lo que se puede decir que esta tercera parte es menos oscura.

Es también más oscura que la primera, porque ésta pertenece a la parte inferior del hombre, que es la sensitiva y, por tanto, más exterior; y ésta segunda, la noche de la fe, atañe a la parte superior del hombre, a la que la priva de la luz racional, o mejor dicho la ciega, y por consiguiente, es más interior y más oscura. Y así, la fe se compara bien con la media noche, que es lo más hondo y oscuro de la noche; noche para el espíritu, así como la primera lo es para el sentido.

CAPÍTULO 3

Cómo la fe es noche oscura para el alma.

La fe es un hábito del alma cierto y oscuro. Y es oscuro porque hace creer verdades reveladas por el mismo Dios, las cuales están por encima de toda luz natural y exceden todo humano entendimiento.

Esta excesiva luz que el alma recibe por la fe es para ella oscura tiniebla. Y esto porque lo más priva y vence lo menos, así como la luz del sol hace desaparecer las estrellas. Y así, la luz de la fe, por su gran exceso, hace desaparecer las luces del entendimiento, las cuales sólo se extienden de suyo a la ciencia natural. Además, al igual que el sol, esta excesiva luz ciega nuestra visión, por ser muy desproporcionada y excesiva a los ojos.

Decimos que las luces del entendimiento sólo se extienden de suyo a la ciencia natural. Y esto es así porque todo lo que conoce el entendimiento lo adquiere por vía natural, es decir, por medio de los sentidos, para lo cual ha de tener las representaciones y las figuras de los objetos presentes en sí o en cosas semejantes, y de otra manera, es imposible que conozca. De ahí que si a uno le cuentan cosas que nunca ha visto, ni nada parecido a ellas, en ninguna manera le quedará más conocimiento de ellas que si no se las hubiesen contado. Pongo un ejemplo: si a uno le dicen que en cierta isla hay un animal que nunca ha visto, si no le nombran alguno que se le parezca en algo, no le quedará más noticia ni figura de aquel animal que antes, por mucho que le hablen de él. Y por otro ejemplo se entenderá mejor: Si a uno que nació ciego, el cual nunca vio color alguno, le dicen cómo es el color blanco o el amarillo, por más que se lo digan, no entenderá nada, ni podrá opinar acerca de ellos, porque nunca ha visto los tales colores ni cosa semejante; solamente se le quedará el nombre de ellos, porque esto si lo ha podido percibir con el oído; mas la forma y figura no, porque nunca la ha visto.

De esta manera es la fe para el alma, que nos dice cosas que nunca hemos visto ni entendido en sí ni en cosas semejantes, pues no la tienen. Y así, de ella no tenemos luz de ciencia natural, pues ningún sentido es proporcionado a lo que nos dice; pero lo

sabemos por el oído, creyendo lo que nos enseña, sujetando y cegando nuestra luz natural. Porque, como dice San Pablo: *la fe viene de la predicación* (Rm. 10, 17), y no es ciencia que entre por ningún sentido, sino sólo es consentimiento del alma de lo que entra por el oído.

Y aun la fe excede mucho más de lo que dan a entender los ejemplos dichos; porque, no solamente no nos da noticia y ciencia, sino que priva y ciega las otras noticias y ciencias. Porque las otras ciencias con la luz del entendimiento se alcanzan; mas ésta de la fe sin la luz del entendimiento se alcanza, negándola por la fe, y con la luz propia natural se pierde, si no se oscurece.

Luego claro está que la fe es noche oscura para el alma, y de esta manera le da luz; y cuanto más la oscurece más luz le da de sí, porque cegando le da luz, según este dicho de Isaías: *Si no creyereis, no entenderéis* (7, 9), esto es, no tendréis luz o conocimiento. Y así fue figura de la fe aquella nube que separaba a los hijos de Israel de los egipcios, cuando iban a entrar en el Mar Rojo, de la cual dice la sagrada Escritura que era *nube tenebrosa e iluminaba a la noche* (Ex. 14, 20).

Es de admirar que la fe, siendo tenebrosa, ilumine la noche. Esto es porque la fe, aunque nube oscura y tenebrosa para el alma —la cual es también noche, pues, en presencia de la fe, queda privada y ciega de su luz natural—, con su tiniebla alumbra y da luz a la tiniebla del alma. Pues conviene que sea semejante el maestro al discípulo (Lc 6,40), porque el hombre que está en tiniebla no puede ser convenientemente iluminado sino por otra tiniebla, según dice el salmo: *El día al día comunica el mensaje, la noche a la noche transmite la noticia* (Sal. 19,3). Y así como el día, que es Dios, en la vida bienaventurada, donde ya es de día, a los bienaventurados ángeles y almas les comunica y pronuncia la Palabra, que es su Hijo, para que le conozcan y se gocen; la noche, que es la fe en la Iglesia militante, donde aún es de noche, ilumina a la Iglesia en el conocimiento de Dios y, por consiguiente, a cualquier alma que todavía peregrina en este mundo, al mismo tiempo que la priva y la ciega en su presencia de su luz natural.

De aquí se ha de concluir que la fe, porque es noche oscura, da luz (o conocimiento) al alma, que está a oscuras, como dice el salmista a este propósito: *La noche es luminosa como el día* (Sal.

139, 12); lo cual es tanto como decir: en los deleites de la pura contemplación y unión con Dios, la noche de la fe será mi guía. En lo cual claramente da a entender que el alma ha de estar en tiniebla para tener luz en este camino.

CAPÍTULO 4

El alma ha de estar a oscuras, en cuanto es de su parte, para ser bien guiada por la fe a la suma contemplación.

El alma, para que se deje guiar bien por la fe a este estado de unión, no sólo ha de quedar a oscuras respecto de las criaturas y de lo temporal, en su parte sensitiva e inferior, sino que también se ha de cegar y oscurecer en su parte racional y superior, la que se relaciona directamente con Dios y con lo espiritual, sobre la que ahora vamos tratando.

Ya que esta transformación y unión no proviene de la habilidad humana, el alma tendrá que vaciarse de todo lo que voluntariamente esté de su parte; porque a Dios, ¿quien le quitará que Él no haga lo que quiera en el alma resignada, aniquilada y desnuda?

De todo se ha de vaciar, de manera que, aunque más cosas sobrenaturales vaya recibiendo, siempre ha de quedar como desnuda de ellas y a oscuras. Y esto, apoyándose en la fe oscura, tomándola por guía y luz, y no arrimándose a cosa de las que entiende, gusta, siente e imagina. Porque todo aquello es tiniebla, que la hará errar. Y si en esto no se ciega, quedándose a oscuras totalmente, no viene a lo que es más, que es lo que enseña la fe.

El ciego, si no está totalmente ciego, no se deja bien guiar por el mozo de ciego, pues, por poco que vea, pensará que por la parte que ve, por allí convendrá mejor ir, porque no ve otros sitios mejores; y así puede hacer errar al que le guía y ve más que él, porque, en fin, puede mandar más que el mozo de ciego. De la misma manera el alma, si se apoya en algún saber suyo, sentimiento o gusto de Dios, como quiera que ello, por más que sea, será muy poco e incomparablemente distinto de lo que es Dios para ir por este camino, fácilmente errará o se detendrá, por no quererse quedar bien ciega en fe, que es su verdadera guía.

Pues como dice San Pablo, *sin la fe es imposible agradar a Dios* (Heb. 11, 6). Que es lo mismo que decir: el que se quiera unirse con Dios no ha de ir entendiendo ni arrimándose al gusto, ni al sentido, ni a la imaginación, sino creyendo lo que no cabe en el entendimiento, ni en el afecto, ni en la imaginación, ni en ningún sentido, ni en lo que en esta vida se puede saber. Porque en esta vida lo más alto que se puede sentir y gustar de Dios, dista infinitamente de Dios y del poseerle puramente. *Lo que el ojo no vio ni el oído oyó ni al corazón del hombre ha podido llegar, eso es lo que Dios ha preparado para aquellos que lo aman* (Isaías 64, 4; 1 Cor. 2, 9). Por lo que ninguna visión, conocimiento, o afecto del hombre en este mundo podrá compararse con lo que Dios es. De ahí que el alma que en esta vida pretenda mediante el amor y la gracia unirse perfectamente con Dios, lo tendrá que hacer a oscuras de todo cuanto puede entrar por los sentidos o la imaginación, o de todo cuando pueda sentir con el corazón.

Mucho se entorpece un alma para poder llegar a este tan alto estado de unión con Dios cuando se aferra a algún entender, o sentir, o imaginar, o parecer, o voluntad, o modo propio suyo, o a cualquiera otra cosa u obra propia, no sabiéndose desasir y desnudar de todo ello. Porque lo que pretende está muy por encima de todo eso, aunque sea lo más que se puede saber o gustar; y así, sobre todo, se ha de pasar al no saber.

Por tanto, en este camino, el entrar en camino es dejar el propio camino, o, mejor dicho, es pasar al término; y dejar el propio modo, es entrar en lo que no tiene modo, que es Dios; porque el alma que a este estado llega, ya no tiene modos ni maneras, ni menos se aferra ni puede aferrarse a ellos. Me refiero a los modos de entender, de gustar o de sentir, para llegar a no tener modo, como el que no tiene nada, y sin embargo, lo tiene todo.

Elevándose por encima de todo lo espiritual y natural que puede saber y entender, ha de desear el alma con todo su ser venir a aquello que excede todo sentimiento y gusto. Y para quedar libre y vacía para ello, en nada ha de hacer presa de todo cuanto en su alma reciba espiritual o sensitivamente, teniéndolo todo por mucho menos. Porque, cuanto más piensa que es aquello que entiende, gusta e imagina, ya sea espiritual o no, tanto más lo estima y tanto más se sustrae del supremo bien y más se retarda de ir a él.

A oscuras, en la fe, es como se acerca el alma a la unión divina por medio de la fe. Cierto que si el alma quisiese ver, harto más presto se oscurecería acerca de Dios que el que abre los ojos para ver el gran resplandor del sol.

Por tanto, en este camino, sólo cegándose en las propias potencias, se ha de ver la luz, según lo que el Salvador nos dice en el Evangelio: *Para un juicio vine a este mundo: para los que no ven, vean, y los que ven, queden ciegos* (Jn. 9, 39). Lo cual, así como suena, se ha de entender acerca de este camino espiritual: que el alma que esté a oscuras y se ciegue en todas sus luces propias y naturales, verá sobrenaturalmente, y la que se quiera arrimar a alguna luz propia, tanto más se cegará y se detendrá en el camino de la unión.

Y para que lo entendamos mejor, trataremos en el siguiente capítulo que cosa es esto que llamamos unión del alma con Dios.

CAPÍTULO 5

En qué consiste la unión del alma con Dios.

Es de saber que en cualquier alma, aunque sea la del mayor pecador del mundo, Dios mora y la asiste sustancialmente, conservándola en el ser que tiene; de manera que si Dios la dejase, inmediatamente se aniquilaría y dejaría de ser. Pero cuando tratamos de la unión del alma con Dios, no nos referimos a esta unión sustancial o esencial, que siempre está hecha, sino a la unión y transformación del alma con Dios, que únicamente se logra cuando hay semejanza de amor. Y por esto a ésta la llamamos unión de semejanza, la cual es sobrenatural (a diferencia de la sustancial, que es natural) y se realiza cuando las dos voluntades, la del alma y la de Dios, están tan conformes, que no hay nada en una que repugne a la otra. Y así, cuando el alma quite de sí totalmente todo lo que se opone y no se conforme con la voluntad divina, quedará transformada en Dios por el amor.

Y por esto, el alma se ha de desnudar de todo lo que no cuadra con la voluntad de Dios, bien sean criaturas o acciones o habilidades propias (su manera de entender, gustar y sentir), para que, libre de todo ello, venga a participar de la semejanza de Él, no

quedando en ella cosa que no sea voluntad de Dios; de esta forma se transforma en Dios.

Aunque Dios mora siempre en el alma dándole y conservándole el ser natural, no siempre le comunica el ser sobrenatural. Porque éste no se comunica sino por amor y gracia, en el cual no todas las almas están; y las que están, no lo están en igual grado, porque unas están más adelantadas, y otras menos. De forma que Dios se comunicará más al alma que esté más aventajada en el amor, es decir, la que tenga más conforme su voluntad con la de Dios. Y la que tenga su voluntad totalmente acorde con la de Él, totalmente estará unida y transformada en Dios sobrenaturalmente. Por lo cual, cuanto un alma más está asida a las criaturas y a los propios afectos y hábitos, tanto menos disposición tiene para la tal unión, porque no deja lugar a Dios para que la transforme sobrenaturalmente.

Y esto es lo que quiso dar a entender san Juan (1, 13) cuando dijo: *Estos no han nacido de la sangre, ni del deseo carnal, ni de voluntad de varón, sino de Dios*. Es decir, únicamente son nacidos de Dios los que, renaciendo por gracia, muriendo primero a todo lo que es hombre viejo (cf. Ef. 4, 22), se levantan a lo sobrenatural, recibiendo de Dios su filiación, que está sobre todo lo que se puede pensar. Porque *quien no nazca del agua y del Espíritu Santo no podrá entrar en el reino de los cielos* (Juan 3, 5), ni podrá ver este reino de Dios, que es el estado de perfección. Y renacer en el Espíritu Santo en esta vida es tener un alma pura como Dios, sin tener en sí mezcla de imperfección, para que pueda hacerse así la pura transformación por participación de unión.

Y para que se entienda mejor pongamos una comparación. Están los rayos del sol irradiando en un cristal. Si el cristal está manchado, no podrá transparentar su luz totalmente. Conforme más manchado esté, menos lo trasparentará. Y no será por causa del rayo, sino por sus manchas. Y así, el alma es como este cristal para con Dios. Dios la penetra y la transforma en su luz por su gracia conforme ella se deja transparentar.

En cuanto el alma quite de sí toda mancha de criatura, teniendo la voluntad perfectamente unida con la de Dios, —porque el amar es obrar en despojarse y desnudarse por Dios de todo lo que no es Dios— prontamente quedará transformada en Dios por participa-

ción, y le comunicará Dios su ser sobrenatural de tal manera, que parezca el mismo Dios. A tal unión se llega cuando Dios hace al alma esta sobrenatural merced. Aunque es verdad que la naturaleza del alma es la misma que antes, aunque está transformada, como también el cristal sigue siendo el mismo cuando es iluminado por el rayo de sol.

Ahora ya vemos más claro que la disposición para esta unión divina no depende de la manera de entender, gustar, sentir, o imaginar del alma, sino de la pureza y amor de la voluntad, en desnudez y resignación perfecta sólo por Dios. Por eso no todas las almas que llegan a la unión con Dios lo hacen en el mismo grado, sino según su capacidad. Es al modo como las almas contemplan a Dios en el cielo, que unas ven más, otras menos; pero todas ven a Dios y todas están contentas y satisfechas completamente, porque tienen satisfecha su capacidad. Pero el alma que no llega a la pureza que reclama su capacidad, nunca llegará a la divina unión.

CAPÍTULO 6

Cómo las tres virtudes teologales llevan a la perfección a las tres potencias del alma, poniéndolas en vacío y tiniebla.

Mucha necesidad tiene el alma, para ir segura en este camino espiritual, de ir por esta noche oscura arrimada a las tres virtudes teologales, las cuales la vacían de todas las cosas y oscurecen en ellas. Porque el alma no se une con Dios en esta vida por el pensamiento, ni por el gozo, ni por la imaginación, ni por cualquier otro sentido, sino sólo por la fe según el entendimiento, y por la esperanza según la memoria, y por el amor según la voluntad.

Estas tres virtudes tienen la particularidad de hacer vacío en las potencias: la fe en el entendimiento, dejándolo a oscuras; la esperanza lo hace en la memoria, vaciándola de toda posesión; y la caridad en la voluntad, desnudándola de todo afecto y gozo de todo lo que no es Dios.

La fe nos informa de lo que no se puede entender con el entendimiento. De ella dice San Pablo: *La fe es fundamento de las*

cosas que se esperan, argumento de las que no se ven (Hebreos 11, 1). Y aunque el entendimiento consiente en ellas con firmeza y certeza, no son cosas que se le descubren, porque si se le descubriesen, no sería fe; la cual, aunque da certeza al entendimiento, no lo deja claro, sino oscuro.

Respecto de la esperanza no hay duda de que deja a la memoria en vacío y tiniebla sobre de lo de acá y de allá. Porque la esperanza siempre es de lo que no se posee, porque, si se poseyese, ya no sería esperanza. Por esto san Pablo dice que *la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que uno ve, ¿cómo puede esperarlo?* (Romanos 8, 24).

La caridad hace vacío en la voluntad de todas las cosas, pues nos obliga a amar a Dios sobre todas ellas, lo cual no puede ser sino apartando el afecto de todas ellas, para ponerlo entero en Dios. Y así nos dice Cristo: *El que no renuncie a todas las cosas que posee* (con la voluntad)*, no puede ser mi discípulo* (Lucas 14, 33).

De esta forma las tres virtudes teologales ponen al alma en oscuridad y vacío de todas las cosas. Y así en esta *Noche espiritual* hablaremos, con el favor de Dios, de cómo las potencias espirituales se han de vaciar y purificar de todo lo que no es Dios, poniéndolas en la oscuridad de estas tres virtudes, que son el medio y la mejor disposición para unir el alma con Dios. De esta forma el alma va segura contra las astucias del demonio y del amor propio, que es lo que sutilmente suele engañar e impedir el camino a los espirituales, por no saber ellos gobernarse según estas tres virtudes, desnudándose de sus propios criterios; y así, nunca acaban de dar en la sustancia y pureza del bien espiritual, ni van por el camino recto y sin contratiempos como podrían ir.

CAPÍTULO 7

Cuán angosta es la senda que guía a la vida eterna y cuán desnudos y desembarazados deben estar los que caminen por ella.

Para poder ahora tratar la desnudez y pureza de las tres potencias del alma, se necesitaría otra persona de mayor saber y

espíritu que el mío, para que pudiera bien dar a entender cuán angosto es el camino que lleva a la vida, para que persuadidos de ello, no se maravillen del vacío y desnudez en que en esta noche hemos de dejar las potencias del alma.

Nuestro Salvador habló de este camino así: *¡Cuán angosta es la puerta y estrecho el camino que guía a la vida, y qué pocos son los que lo encuentran!* (Mateo 7,14). Y al emplear la partícula exclamativa quam, nos está queriendo decir que de verdad es mucho más angosta de lo que pensamos. Y si nos dice primero que es angosta *la puerta*, nos quiere dar a entender que para entrar el alma por esta puerta de Cristo, que es el principio del camino, primero se ha de desnudar la voluntad de todas las cosas sensuales y temporales, amando a Dios sobre todas ellas; lo cual pertenece a la noche del sentido, de la que ya hemos hablado.

Y luego dice *qué es estrecho el camino* de la perfección; para dar a entender que el que vaya por este camino también se ha de estrechar, no sólo ha de entrar por la puerta angosta vaciándose de los sensitivo, mas también desapropiándose y desembarazándose en lo que es de parte del espíritu o de la razón. Y si *son pocos son los que lo encuentran*, es porque son pocos los que saben y quieren entrar en esta suma desnudez y vacío de espíritu. Porque esta senda del alto monte de perfección, como es empinada hacia arriba y estrecha, tales guiadores requiere, que ni lleven carga que les haga peso en cuanto a lo sensitivo, ni cosa que les haga embarazo en cuanto a lo espiritual; y puesto que lo único que pretende es encontrar a Dios y alcanzarlo, sólo a Él se ha de buscar y alcanzar. A esto nos invita Nuestro Señor, diciendo: *Quien quiera seguir mi camino, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quiera salvar su alma, la perderá; pero el que la pierda por mí, la ganará* (Marcos 8, 34-35).

¡Oh, quien pudiera dar a entender este consejo que nos da nuestro Salvador de negarnos a nosotros mismos, para que vieran muchos espirituales qué diferente modo deben llevar por este camino del que piensan! Pues unos piensan que basta para ello con llevar una vida algo retirada y reformarse en algunas cosas; y otros se contentan con ejercitarse de alguna manera en las virtudes, perseverando en la oración y en la mortificación, mas no llegan a la desnudez y pobreza, o pureza espiritual que aquí nos

aconseja el Señor; porque todavía andan buscando consolaciones y sentimientos espirituales en vez de negarse por Dios. De ahí que cuando se les ofrece algo sólido y perfecto, como pasar sequedades, sinsabores y trabajos por Dios (lo cual es la cruz pura espiritual y pobreza de espíritu de Cristo), huyen de ello como de la muerte, y sólo andan a buscar dulzuras y comunicaciones sabrosas en Dios. Y esto no es negarse a sí mismo ni desnudez de espíritu, sino golosina de espíritu. En lo cual, espiritualmente hablando, se hacen enemigos de la cruz de Cristo; porque el verdadero espíritu antes busca lo desabrido en Dios que lo sabroso, y más se inclina a padecer que al consuelo, y más a carecer de todo bien por Dios que a poseerlo, y a las sequedades y aflicciones que a las dulces comunicaciones, sabiendo que esto es seguir a Cristo y negarse a sí mismo, y eso otro, por ventura, buscarse a sí mismo en Dios, lo cual es harto contrario al amor. Porque buscarse a sí en Dios es buscar los regalos y consolaciones de Dios; mas buscar a Dios en sí es no sólo querer carecer de eso y de eso otro por Dios, sino inclinarse a escoger por Cristo todo lo más desabrido, ahora de Dios, ahora del mundo; y esto es amor de Dios.

El Salvador nos dice: *El que pierda su vida por mí, la ganará*. Es a saber: El que renuncie por Cristo a todo lo que puede apetecer y gustar, escogiendo lo que más se parece a la cruz, ese la ganará. Es lo que enseñó también a aquellos dos discípulos que le pedían estar en su gloria sentados uno a su derecha y otro a su izquierda, cuando les ofreció el cáliz que él había de beber, como cosa más preciosa y más segura en esta tierra que el gozar (Mt. 20, 22).

Este cáliz es morir a la propia naturaleza (en la forma de entender, gozar, y sentir), aniquilándola, para poder caminar por esta angosta senda. Pues en este estrecho camino no cabe más que la negación y la cruz, la cual es el báculo para poder llegar con más ligereza y facilidad.

Por esto nuestro Señor dice que *mi yugo es suave y mi carga ligera*, la cual es la cruz (Mateo 11, 30). Si el hombre se determina a llevar esta cruz, que es un determinarse de veras a querer hallar y llevar trabajo en todas las cosas por Dios, en todas ellas hallará gran alivio y suavidad para andar este camino, así desnudo de todo, sin querer nada. Pero si pretende tener algo, ahora de Dios, ahora de otra cosa, y posesionarse de ello, no va desnudo ni

negado en todo; y así, ni entrará ni podrá subir por esta senda angosta hacia arriba.

Y así querría yo persuadir a los espirituales cómo este camino de Dios no consiste en muchas consideraciones, métodos, ni consolaciones (aunque esto, de alguna manera, sea necesario a los principiantes) sino en una sola cosa necesaria, que es saberse negar de veras, según lo exterior e interior, entregándose a padecer por Cristo y aniquilarse en todo. Y si este ejercicio falta, que es la raíz de las virtudes, todo lo demás es andar por las ramas y no aprovechar, aunque se tengan muy altas consideraciones y comunicaciones como de ángeles. Porque el aprovechar no se halla sino imitando a Cristo, que es el *camino, la verdad y la vida*, y ninguno viene al Padre sino por Él (Juan 14, 6). Cristo mismo dice: *Yo soy la puerta; el que entré por mí se salvará* (Juan 10, 9). De donde todo espíritu que quiera caminar en dulzuras y facilidad y huya de imitar a Cristo, no lo tengo por bueno.

La imitación de Cristo es el camino, y este camino es morir a nuestra naturaleza en lo sensitivo y espiritual. Cierto está que Él murió en lo sensitivo, porque, como Él dijo, no tuvo en la vida dónde reclinar su cabeza (Mt. 8, 20), y en la muerte menos. Y también murió en lo espiritual, pues, al momento de morir quedó aniquilado en el alma sin consuelo y alivio alguno, dejándole el Padre en profunda sequedad; por lo cual se vio en la necesidad de clamar diciendo: *¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?* (Mt. 27, 46). Este fue el mayor desamparo que sintió en su vida. Y así, en la cruz hizo la mayor obra que en toda su vida, con todos los milagros y obras que había hecho, que fue reconciliar y unir al género humano por gracia con Dios. Y esto fue al tiempo en que estuvo más aniquilado en todo: en la reputación de los hombres (le veían morir y se burlaban de Él); en la naturaleza, pues en ella se aniquilaba muriendo; y en el consuelo espiritual del Padre, pues en aquel momento le desamparó para que pagase la deuda y uniese al hombre con Dios, quedando así aniquilado y resuelto en nada. Para que entienda el buen espiritual que cuanto más se aniquile por Dios tanto más se une a Dios y tanto mayor obra hace. Y cuando venga a quedar resuelto en nada, que es la suma humildad, quedará hecha la unión espiritual entre el alma y Dios, que es el mayor y más alto estado a que en esta vida se

puede llegar. Este camino no consiste, pues, en recreaciones y gustos, y sentimientos espirituales, sino en una viva muerte de cruz sensitiva y espiritual.

Pero hablemos ahora respecto de la persona espiritual, que ha recibido de Dios la merced de poner en el estado de contemplación, de cómo se ha de enderezar a Dios en fe y purificarse de las cosas contrarias, para entrar por esta senda angosta de oscura contemplación.

CAPÍTULO 8

Cómo ninguna criatura ni pensamiento puede servir al entendimiento de medio apropiado para llegar a la divina unión con Dios.

Antes que tratemos del medio más conveniente para la unión con Dios, que es la fe, conviene saber cómo ninguna cosa creada ni pensada puede servir al entendimiento de apropiado medio para unirse con Él, y cómo todo lo que el entendimiento puede alcanzar, antes le sirve de impedimento que de medio, si a ello se quisiese asir.

Es de saber, según una regla de filosofía, que todos los medios han de ser proporcionados al fin, es decir, que han de tener alguna correspondencia y semejanza con el fin, tal que baste y sea suficiente para que por ellos se pueda conseguir el fin que se pretende. Pongo ejemplo: quiere uno llegar a una ciudad. Necesariamente ha de ir por el camino que lleve a ella. Y es imposible que llegue a dicha ciudad si va por otro camino. De donde, para que el entendimiento venga a unirse en esta vida con Dios, según es posible en esta vida, necesariamente ha de tomar aquel medio que le junte con Él.

Entre todas las criaturas, ninguna hay que junte directamente el alma con Dios ni tenga semejanza con su ser. Porque, aunque es verdad que todas ellas tienen, como dicen los teólogos, cierta relación con Dios y rastro de Dios —unas más y otras menos—, de Dios a ellas ninguna semejanza esencial existe, antes la distancia que hay entre su divino ser y el de ellas es infinita, y por eso es imposible que el entendimiento pueda llegar a conocer a Dios por

medio de las criaturas, ya sean celestiales, ya terrenas, por cuanto no hay proporción de semejanza.

Hablando el salmista de las celestiales, dice: *No hay, Señor, en los dioses semejante a ti* (Sal. 85, 8); llamando dioses a los ángeles y almas santas. Y en otro salmo dice: *¡Oh Dios, santos son tus caminos! ¿que dios es grande como nuestro Dios? (Sal. 76, 14)*. Como si dijera: el camino para venir a ti, Dios, es camino santo, esto es, pureza de fe. Porque ¿qué dios habrá tan grande, es a saber, que ángel tan levantado en ser y que santo tan levantado en gloria será tan grande, que sea camino proporcionado y bastante para venir a ti? Luego todas las criaturas no pueden servir de apropiado medio al entendimiento para conocer a Dios.

Todo lo que la imaginación puede imaginar y el entendimiento recibir y entender en esta vida no es ni puede ser medio adecuado para la unión con Dios. Pues ya que el entendimiento no puede entender cosa que no esté de alguna manera dentro de las formas y representaciones de las cosas que ha recibido por los sentidos corporales, las cuales cosas, como hemos dicho, no pueden servir de medio, por tanto, para unirse con Dios, el alma no se puede valer de su entendimiento o inteligencia natural.

Y si nos adentramos en el ámbito sobrenatural, según es posible en esta vida, no tiene el entendimiento disposición ni capacidad para recibir noticia clara de Dios, porque, o ha de morir, o no la ha de recibir. Porque pidiendo Moisés a Dios poder verle, le respondió: *No me verá hombre que pueda quedar vivo* (Ex. 33, 20); por lo cual san Juan dice: *A Dios nadie le vio jamás* (1, 18). Y de Elías se dice que en el monte *se cubrió el rostro en la presencia de Dios* (3 Re. 19, 13), que significa cegar el entendimiento; lo cual él hizo allí, no atreviéndose a meter tan baja mano en cosa tan alta, viendo claro que cualquier cosa que considerara y particularmente entendiera, sería incomparablemente distante y diferente de Dios.

Por tanto, en este mundo, ninguna noticia ni impresión sobrenatural le puede servir al alma de medio apropiado para la alta unión de amor con Dios; porque todo lo que puede entender el entendimiento, y gustar la voluntad, y elaborar la imaginación, es muy diferente y desproporcionado, como hemos dicho, de Dios. Lo cual dio a entender Isaías, diciendo: *¿A quién compararéis semejante a Dios? ¿O que imagen haréis que se le parezca?* (Is. 40, 18-

). Ni el entendimiento con sus razonamientos podrá entender cosa semejante a Él, ni la voluntad podrá gustar deleite y suavidad que se parezca a lo que es Dios, ni la memoria podrá poner en la imaginación figuras e imágenes que le representen. Por tanto, está claro que ninguna de estas noticias le puede servir al entendimiento para encaminarse directamente a Dios, y que, para llegar a Él, antes ha de ir no entendiendo que queriendo entender, y antes cegándose y poniendo en tiniebla, que abriendo los ojos para mirar al divino rayo.

Por esto se llama *Teología mística* a la contemplación por la cual el entendimiento tiene más alta noticia de Dios; y tiene este nombre, que quiere decir sabiduría de Dios secreta, porque es secreta al mismo entendimiento que la recibe y por eso, la llama san Dionisio *rayo de tiniebla*. De la cual dice el profeta Baruc: *No hay quien sepa el camino de ella ni quien pueda pensar las sendas de ella* (3, 23). Luego el entendimiento se ha de cegar en este camino para unirse con Dios. Y así Aristóteles dice que cuanto las cosas de Dios son en sí más altas y más claras, son para nosotros más ignotas y oscuras. Lo cual también afirma el San Pablo, diciendo: *La sabiduría de este mundo, es necedad ante Dios* (1 Cor. 3, 19).

Por tanto, entre todas las cosas creadas, no existe escalera por la que el entendimiento pueda llegar a tan alto Señor para unirse con Él; antes bien, si el entendimiento quisiese aprovecharse de algunas de ellas para conseguirlo, no sólo le serían obstáculo, sino que incluso le serían ocasión de hartos errores y engaños en la subida de este Monte.

CAPÍTULO 9

Cómo la fe es el apropiado y proporcionado medio al entendimiento para que el alma pueda llegar a la divina unión de amor.

De lo dicho se concluye que, para que el entendimiento este dispuesto para esta divina unión, ha de quedar limpio y vacío de todo lo que puede provenir de los sentidos, y desnudo y desocupado de todo lo que puede ocupar el entendimiento, íntimamente

sosegado y acallado, puesto en fe, la cual es el único apropiado y proporcionado medio para que el alma se una con Dios. Porque es tanta la semejanza que hay entre ella y Dios, que no hay otra diferencia sino en ser visto Dios o creído. Porque, así como Dios es infinito, así ella nos lo propone infinito; y así como es Trino y Uno, nos lo propone ella Trino y Uno; y así como Dios es tiniebla para nuestro entendimiento, así ella también ciega y deslumbra nuestro entendimiento. Y así, por este solo medio se manifiesta Dios al alma en divina luz, que excede todo entendimiento. Y por tanto, cuanto más fe el alma tiene, más unida está con Dios.

Es lo que nos dice san Pablo: *Sin fe es imposible agradar a Dios, p*orque es conveniente que el que se acerca a Dios crea (Heb. 11, 6), esto es: que vaya por fe caminando a Él, para lo cual ha de estar el entendimiento ciego y a oscuras en fe solamente, porque en esta tiniebla se junta con Dios el entendimiento.

En figura de lo cual leemos en la sagrada Escritura que, acabando Salomón de edificar el templo, bajó Dios en tiniebla y llenó el templo de manera que no podían ver los hijos de Israel; y entonces habló Salomón y dijo: *El Señor quiere habitar en las tinieblas* (1 Re. 8, 12). También a Moisés en el monte se le aparecía en tinieblas, en las que estaba Dios encubierto (Ex. 24, 1518). Dichas tinieblas significan la oscuridad de la fe en que está encubierta la Divinidad, comunicándose al alma; y cuando esta fe se acabe al acabar esta vida mortal, como dice san Pablo (1 Cor. 13, 10) se acabarán estas tinieblas, y vendrá lo que es perfecto, que es la gloria y luz de la Divinidad.

Por tanto, para que el alma en esta vida llegue a unirse con Dios y se comunique inmediatamente con Él, es preciso que lo haga en la tiniebla de la fe.

CAPÍTULO 10

Los diferentes medios por los cuales puede conocer el entendimiento.

Con el fin de evitar daños al alma y poder encaminar el entendimiento en la noche y oscuridad de la fe, para que por este medio alcance la divina unión, será necesario conocer las dos vías

por las que el entendimiento puede conocer: la una es natural y la otra sobrenatural. La natural es todo aquello que el entendimiento puede entender, ya sea por vía de los sentidos corporales, ya sea por sí mismo. La vía sobrenatural es todo aquello que se da al entendimiento por encima de su capacidad y habilidad natural.

De estas noticias sobrenaturales unas son corporales, otras espirituales. Las corporales son de dos clases: unas las recibe por vía de los sentidos corporales exteriores; las otras por vía de los sentidos corporales interiores, y éstas comprenden todo lo que la imaginación puede vislumbrar, representar y elaborar.

Las noticias espirituales son también de dos clases: unas precisas y particulares, y otra confusa, oscura y general. Entre las precisas y particulares están las visiones, revelaciones, locuciones y sentimientos espirituales. La inteligencia oscura y general está en una sola, que es la contemplación que se da en fe. Es en ésta donde hemos de poner al alma, encaminándola hacia ella y desnudándola de las otras.

CAPÍTULO 11

Sobre el impedimento y daño que pueden causar las imágenes que el entendimiento adquiere por vía de lo que sobrenaturalmente se representa a los sentidos corporales exteriores.

Las primeras noticias que hemos tratado en el capítulo anterior son las que llegan al entendimiento por vía natural. De estas hablamos en el primer libro, en la *Noche del sentido*, y por tanto, no diremos aquí nada más, porque allí dimos doctrina suficiente.

Aquí trataremos de aquellas noticias y aprehensiones que llegan al entendimiento sobrenaturalmente por vía de los sentidos corporales exteriores –vista, oído, olfato, gusto, tacto—, acerca de las cuales suelen tener los espirituales representaciones y objetos sobrenaturales.

Por la visión ven representaciones de figuras y personajes de la otra vida, de algunos santos y figuras de ángeles, buenos y malos, y algunas luces y resplandores extraordinarios.

Por el oído oyen palabras asombrosas, ya dichas por las figuras que ven, o bien sin ver quien las dice.

Por el olfato sienten a veces olores suavísimos, sin saber de dónde proceden.

En el gusto pueden sentir muy suaves sabores, y en el tacto grandes deleites, y a veces tanto, que parece que todo el cuerpo goza y se baña en deleite; a esto se le suele llamar unción del espíritu, porque procede del espíritu y se transmite a los cuerpos de las almas limpias. Este gusto del sentido es muy frecuente en los espirituales, procede del afecto y devoción del espíritu sensible, y cada cual lo siente a su manera.

Aunque todas estas cosas pueden provenir de Dios, nunca jamás el alma se ha de asegurar en ellas ni las ha de admitir, antes totalmente ha de huir de ellas, sin querer examinar si son buenas o malas. Porque conforme son más exteriores y corporales, menos certeza tenemos de que provengan de Dios. Porque más propio y ordinario de Dios es comunicarse al espíritu –en lo cual hay más seguridad y provecho para el alma— que al sentido, pues en este último ordinariamente hay mucho peligro y engaño, por cuanto se hace el sentido corporal juez y experto de las cosas espirituales, pensando que son tal como las siente, siendo en realidad ellas tan diferentes como el cuerpo del alma y la sensualidad de la razón. Porque tan ignorante es el sentido corporal de las cosas espirituales, como un jumento de las cosas racionales, y aún más.

El que tales cosas estima, mucho yerra, y en gran peligro se pone de ser engañado, o, por lo menos, se impide totalmente de ir a lo espiritual; porque tales cosas corporales no tienen proporción alguna con las espirituales. Y así, siempre se han de considerar tales cosas más propias del demonio que de Dios, pues el demonio en lo más exterior y corporal tiene más mano, y más fácilmente puede engañar que en lo que es más interior y espiritual.

Y estos objetos y formas corporales, conforme más visibles son, tanto menos provecho hacen al espíritu interior, por la gran diferencia y poca proporción que hay entre lo que es corporal y espiritual. Porque aunque por ellos se comunique algún espíritu (como se comunica siempre cuando son de Dios) es mucho menos que si fueran más espirituales e interiores. Y así, muy fácilmente llevan al error, a la presunción y a la vanidad, por ser tan

sensibles, palpables y materiales y mover mucho al sentido, por lo que el alma los considera de más valor y se va tras ellos, abandonando la fe, pensando que aquella luz es la guía y medio para lo que pretende, que es unirse con Dios; de forma que pierde más la fe –el camino y medio—, cuanto más caso hace de tales cosas.

Y como ve el alma que le suceden cosas extraordinarias, muchas veces sin darse cuenta se considera que es alguien delante de Dios, lo cual va contra la humildad. Y esto lo aprovecha el demonio introduciendo en el alma cierta autocomplacencia y satisfacción de sí, a veces harto manifiesta. Y, por eso, el mismo pone muchas veces estos objetos en los sentidos, haciendo que vea figuras de santos y resplandores hermosísimos, que oiga palabras harto engañosas, y que huela perfumes muy suaves, y que guste dulzuras en la boca y sienta deleites en el tacto, para que, engolosinándola de esta manera, induzca al alma en muchos males.

Siempre se han de desechar tales representaciones y sensaciones, y aunque algunas veces provengan de Dios, no por desecharlas se hace agravio a Dios ni se deja de recibir el efecto y fruto que Él quiere hacer. Esto se debe a que cuando la visión corporal, sentimiento o comunicación, es de Dios, en ese mismo punto que se siente hace su efecto en el espíritu, sin dar tiempo a que el alma tenga que deliberar si las quiere recibir o no. Porque Dios da tales cosas sobrenaturalmente y produce el efecto que quiere en el espíritu, el cual las recibe pasivamente. Por tanto, de nada sirve que el alma las quiera o no, pues siempre producen su efecto. Es como si a uno que está desnudo le echan encima fuego, de poco le sirve que no quiera quemarse; porque el fuego por fuerza hace su efecto. Y así son las visiones y representaciones buenas, que, aunque el alma no quiera, hacen su efecto en el espíritu antes y más que en el cuerpo.

También las que provienen del demonio, aunque el alma no quiera, causan en ella alboroto, sequedad, vanidad o presunción en el espíritu. Pero éstas no son de tanta eficacia como las de Dios lo hacen para el bien; porque las del demonio sólo pueden poner los primeros movimientos en la voluntad, ---pero no pueden moverla a más si ella no quiere— , y alguna inquietud que no dura mucho,

excepto si el alma tiene poco ánimo y recato, que hace que dure. Mas las visiones y representaciones que son de Dios penetran el alma, y mueven la voluntad a amar, y producen su efecto siempre, y el alma no puede resistirse aunque quiera, como una vidriera no puede impedir que los rayos de sol la atraviesen.

El alma no las debe admitir nunca, aunque provengan de Dios, porque el quererlas admitir tiene seis inconvenientes:

Primero, se va menguando la fe, porque mucho la anulan las cosas que experimenta con los sentidos; pues ella está por encima de todo sentido. Y así el alma se va apartando del medio que la llevaría a la unión con Dios, por no cerrar los ojos del alma a todas esas cosas sensuales.

Segundo, son un impedimento para el espíritu, pues se detiene en ellas el alma y no vuela el espíritu a lo invisible. Ésta es una de las causas por las que el Señor dijo a sus discípulos que les convenía que Él se fuese para que viniese el Espíritu Santo (Jn. 16, 7). Por eso tampoco dejó a María Magdalena que tocase sus pies después de resucitado, para que se afirmase en la fe (Jn. 20, 17).

Tercero, al apropiarse el alma de tales cosas no camina en la verdadera resignación y desnudez de espíritu.

Cuarto, va perdiendo el efecto que le producen en su espíritu interior, por poner los ojos en lo sensual de ellas, que es lo menos principal. Y así, no recibe tan copiosamente el espíritu que causan, el cual se imprime y conserva más negando todo lo sensible.

Quinto, Dios va dejando de hacerle mercedes, porque el alma las toma como propiedad suya, y no de Dios, y no se aprovecha bien de ellas.

Sexto, abre la puerta al demonio para que le engañe en otras semejantes, las cuales sabe él muy bien disimular y disfrazar, de manera que se parezcan a las buenas; pues se transfigura en ángel de luz (2 Cor. 11, 14).

Por tanto, es siempre conveniente que el alma las deseche a ojos cerrados, provengan de donde provengan. Si no lo hace, igualmente admitirá las que provengan del demonio, que en esto tiene mucha mano y no pierde oportunidad, y de tal manera irán multiplicándose las del demonio y cesando las de Dios, que todo se vendrá a quedar en demonio y nada de Dios; como le ha pasado a

muchas almas incautas y de poco saber. Por eso es bueno desecharlas todas, porque desechando las malas se libra uno de los engaños del demonio, y si se desechan las buenas, el espíritu no deja de recibir el fruto de ellas y no se impide la fe.

Conforme el alma las va admitiendo y se apropia de ellas, las va Dios quitando –porque no las aprovecha ordenadamente de ellas— y el demonio va introduciendo y aumentando las suyas, porque se le ha dado la oportunidad para hacerlo. Mas cuando el alma es contraria a ellas, el demonio va dejando de actuar porque ve que es inútil, y Dios, por el contrario, va aumentando las mercedes en aquel alma humilde y desapropiada, poniéndola sobre lo mucho, como al siervo que fue fiel en lo poco (Mt. 25, 21).

Si el alma se mantiene fiel y retirada de estas cosas sensuales, no parará el Señor hasta subirla de grado en grado hasta la divina unión y transformación. Porque Nuestro Señor de tal manera va probando al alma y levantándola, que primero le da cosas muy exteriores y bajas según el sentido, conforme a su poca capacidad, para que, conduciéndose ella como debe, tomando aquellos primeros bocados con sobriedad para ganar fuerza y valor, le dé luego mejores y mayores manjares. De manera que si vence al demonio en lo primero, pasará a lo segundo; y si también en lo segundo, pasará a lo tercero; y de ahí en adelante irá pasando por las siete mansiones, hasta meterla el Esposo en la bodega escondida (Ct. 2, 47) de su perfecta caridad, que son los siete grados de amor.

En conclusión, estas visiones y percepciones sensitivas no pueden ser medio para la unión, puesto que ninguna proporción tienen con Dios. Y al demonio mucho le agrada que un alma admita estas revelaciones y la vea inclinada a ellas, porque tiene él entonces mucha ocasión y mano para introducir errores y contrarrestar en lo que pueda la fe.

CAPÍTULO 12

El daño que pueden hacer la imaginación y la fantasía, por no saber desasirse de ellas.

Tratemos ahora cómo las operaciones de la imaginación y la fantasía son un impedimento para llegar a la unión con Dios, por cuanto no pueden ser medio proporcionado para que se dé tal unión.

Estos dos sentidos interiores, la imaginación y la fantasía, se sirven el uno al otro; porque el uno discurre imaginando, y el otro forma lo imaginado fantaseando; y para nuestro propósito lo mismo da tratar del uno que del otro. Las dos dan lugar a representaciones de formas y figuras, que pueden ser de dos clases: unas sobrenaturales, que se reciben pasivamente, las llamadas visiones imaginarias; y las otras, naturales, que son fabricadas activamente por el entendimiento.

Estas dos potencias se aplican en lo que llamamos meditación, el acto discursivo que se realiza a partir de imágenes, formas y figuras, ideadas e imaginadas; como por ejemplo, imaginar a Cristo crucificado, o en la columna, o en otro paso, o a Dios con gran majestad en su trono; o considerar e imaginar la gloria como una hermosísima luz, etc., y, de forma semejante, cualquier otra cosa, tanto divina como humana, que se pueda imaginar. De todas estas imaginaciones tendrá que vaciarse también el alma, quedándose a oscuras, para poder llegar a la divina unión, por cuanto no son tampoco un medio apropiado y proporcionado con el ser de Dios.

La razón de esto es porque la imaginación no puede idear ni imaginar ninguna cosa diferente de la que ha recibido por los sentidos exteriores, es a saber: visto con los ojos, oído con los oídos, etc.; o, como mucho, lo más que puede hacer es componer representaciones o figuras que siempre guardan semejanza con estas cosas vistas u oídas y sentidas, análogas a las que recibió por los sentidos dichos, y no de mayor entidad. Y por cuanto todas las cosas creadas no guardan proporción alguna con el ser de Dios, de ahí que todo lo que uno imagine a semejanza de ellas no puede servir de medio apropiado para la unión con Él.

Los que imaginan a Dios en figura de alguna criatura, como un gran fuego o resplandor, o en cualquier otra forma, harto errados andan si piensan que algo de aquello será semejante a Él. No obstante, a los principiantes son necesarias estas consideraciones, representaciones y meditaciones para ir enamorando y alimentando el alma, y así les sirven de medios remotos para unirse con Dios (por los cuales ordinariamente han de pasar las almas), pero ha de ser de manera que pasen por ellas y no se queden siempre en ellas, porque de esa manera nunca llegarían al término, el cual no es como los medios que se han empleado, ni tiene que ver con ellos, así como las gradas de la escalera no tienen que ver con el término y morada que está arriba, sino simplemente son medios para llegar allí. Si el que sube por una escalera no quisiese dejar las gradas por las que sube y quisiese estarse siempre en alguna de ellas, nunca llegaría ni subiría a la sencilla y apacible estancia del término. Por lo cual, el alma que quiera llegar en esta vida a la unión de Aquel que es sumo descanso y bien, aunque se sirva al principio de las meditaciones –compuestas a base de diversas consideraciones y representaciones—, ha de dejarlas después, pues ninguna semejanza ni proporción tienen con el término al que encaminan, que es Dios. Y por esto nos dice san Pablo: *No creamos que la divinidad es semejante al oro o plata o piedra, obra de arte y del ingenio de los hombres* (Hechos de los Apóstoles 17, 29), es decir, a lo que los hombres pueden fabricar con la imaginación.

Por esto, se equivocan grandemente muchas personas espirituales cuando habiéndose ejercitado en llegarse a Dios mediante las imágenes, representaciones y consideraciones de la meditación, cual conviene a los principiantes, queriéndolos Dios llevar a bienes más espirituales, interiores e invisibles, quitándoles el gusto y jugo de la meditación discursiva, ellos no acaban, ni se atreven, ni saben desasirse de aquellos modos palpables a que están acostumbrados; y así, todavía trabajan por tenerlos, tratando de hacer consideraciones, imaginando y meditando con el entendimiento, tal como hacían antes, pensando que siempre ha de ser así. En lo cual trabajan mucho y poco jugo o nada hallan; antes se les aumenta y crece la sequedad y fatiga e inquietud del alma cuanto más trabajan por aquel jugo primero, el cual es ya

excusado poder hallar de aquella manera primera, porque ya no gusta el alma de aquel manjar tan sensible, sino de otro más delicado y más interior y menos sensible, que no consiste en trabajar con la imaginación, sino en reposar el alma y dejarla estar en quietud y reposo, lo cual es más espiritual. Porque cuanto el alma se pone más en espíritu, más cesan las potencias de obrar en actos particulares, porque se pone ella más en un acto general y puro; y así, cesan de obrar las potencias que caminaban para llegar a aquello donde el alma ya llegó, así como cesan de caminar y paran los pies al acabar la jornada, porque, si todo fuese andar, nunca habría llegar, y si todos fuesen medios, ¿dónde o cuándo se gozarían los fines y el término?

Por lo cual da lástima ver a muchos que, queriéndose su alma estar en esta paz y descanso de quietud interior, donde se llena de paz y se alimenta de Dios, ellos la desasosiegan y sacan afuera a lo más exterior, y la quieren hacer volver a que ande lo andado sin propósito, y que deje el termino y fin en que ya reposa por los medios que encaminaban a él, que son las consideraciones. Lo cual no acontece sin gran desgana y repugnancia del alma, que quisiera estarse en aquella paz, que no entiende, como en su propio puesto. Es parecido al que llegó con trabajo a donde ahora descansa, que si le hacen volver al trabajo, siente gran pena. Y como ellos no saben el misterio de esta novedad, piensan que eso es estarse ocioso sin hacer nada, y así no dejan que las potencias estén quietas, y procuran discurrir y hacer más consideraciones, de donde se llenan de sequedad y trabajo por sacar el jugo que ya por allí no han de sacar. Mientras más se esfuerzan en esto, menos les aprovecha y se hallan peor; porque más sacan al alma de la paz espiritual, dejando lo más por lo menos, para desandar lo andado y querer volver a hacer lo que ya está hecho.

A estas personas se les ha de decir que aprendan a estarse con atención y advertencia amorosa en Dios en aquella quietud, y que no traten de imaginar nada, pues aquí descansan las potencias y no obran activamente, sino pasivamente, recibiendo lo que Dios obra en ellas. Y si algunas veces obran, no es con fuerza ni muy procurado discurso, sino con suavidad de amor; más movidas de Dios que de la misma habilidad del alma, como adelante se declarará. Mas ahora baste esto para dar a entender cómo conviene y

es necesario a los que pretenden pasar adelante, saberse desasir de todas esas ocupaciones de la imaginación y del entendimiento, cuando el tiempo y la ocasión lo requiera según el aprovechamiento y la etapa en que estén.

Y para conocer a qué tiempo ha de ser, daremos en el capítulo siguiente algunas señales por las cuales la persona espiritual sabrá cuando ha llegado la ocasión y el tiempo propicio para dejar de seguir caminando mediante el discurso y los trabajos de la imaginación.

CAPÍTULO 13

Señales por las que se puede saber cuál es el tiempo oportuno para dejar la meditación y discurso y pasar al estado de contemplación.

He aquí algunas señales para conocer el momento en que convendrá dejar la meditación discursiva, para que no se deje ni antes ni después de que lo pida el espíritu. Ni antes, porque la meditación, aunque no sirva ya a los muy aprovechados, sirve a los principiantes para disponer y habituar el espíritu a la oración, y al mismo tiempo, para vaciar el entendimiento de todas las distracciones mundanas y terrenales. Ni después, para que no sea un impedimento en el camino hacia Dios. Estas señales son las siguientes:

La primera es ver en sí que ya no puede meditar ni discurrir con la imaginación, ni gustar de ello como de antes solía; antes el alma halla sequedad donde antes solía prestar atención el entendimiento y sacar jugo. Mas mientras saque jugo y pueda discurrir en la meditación, no la ha de dejar, excepto cuando el alma se ponga en la paz y quietud que se dice en la tercera señal.

La segunda es cuando ve que ya no siente ninguna gana por poner la imaginación y el raciocinio en imaginar o considerar otras cosas, tanto exteriores como interiores. No digo que no vaya y venga, que la imaginación aun en mucho recogimiento suele andar suelta, sino que no guste el alma de ponerla de propósito en otras cosas.

La tercera y más cierta es cuando el alma gusta de estarse a solas con la atención amorosa puesta en Dios, sin particular consideración, en paz interior y quietud y descanso y sin actos y ejercicios de las potencias –memoria, entendimiento y voluntad— a lo menos discursivos, sin pasar de uno a otro ejercicio, sino sólo con la atención y noticia general amorosa que decimos, sin particular inteligencia y sin entender sobre qué.

Estas tres señales ha de ver la persona espiritual si las tiene en sí juntas, para atreverse con seguridad a dejar el estado de meditación y del sentido y entrar en el de contemplación y del espíritu.

Y no basta tener la primera señal sola sin la segunda, porque podría ser que el no poder ya imaginar y meditar en las cosas de Dios como antes, fuese por su distracción y poca diligencia; para lo cual ha de ver también en sí la segunda, que es no tener ganas o inclinación de pensar en otras cosas extrañas. Porque, cuando el no poder fijar la imaginación en las cosas de Dios procede de distracción o tibieza, todavía el alma gusta y tiene ganas de ponerla en otras cosas diferentes y motivo para irse de allí.

Ni tampoco basta ver en sí la primera y segunda señal, si no ve juntamente la tercera; porque el no poder discurrir ni pensar en las cosas de Dios, y no tener ganas de pensar en otras consideraciones no espirituales, podría deberse a melancolía, depresión o a alguna otra perturbación psicológica, situaciones que suelen causar cierta suspensión en el entendimiento que impida pensar, ni querer ni tener gana de pensar nada, sino de estarse en aquel embelesamiento sabroso. Contra lo cual ha de tener la tercera, que es noticia y atención amorosa en paz, etc., como hemos dicho.

Aunque verdad es que a los principios, cuando comienza este estado, casi no se da cuenta de esta noticia amorosa. Y es por dos causas: la una, porque a los principios suele ser esta noticia amorosa muy sutil y delicada y casi insensible; y la otra, porque, habiendo estado habituada el alma al otro ejercicio de la meditación, que es totalmente sensible, no se da cuenta ni casi siente esta otra novedad insensible, que es ya pura de espíritu, sobre todo cuando, por no entenderlo ella, no se deja sosegar en ello, procurándose otro más sensible, con lo cual, aunque más abundante sea la paz interior amorosa, no la puede sentir ni gozar.

Pero, cuanto más se vaya habituando el alma a dejarse sosegar, irá creciendo en ella y sintiéndose más aquella amorosa noticia general de Dios, de que gusta ella más que de todas las cosas, porque le causa paz, descanso, sabor y deleite sin trabajo.

Y para que quede más claro, diremos por qué son necesarias estas tres señales para entrar en la etapa del espíritu.

CAPÍTULO 14

Conveniencia de estas tres señales.

Acerca de la primera señal, de dejar de usar la imaginación cuando ya no gusta el alma de ella ni puede discurrir, diré dos razones:

La primera, porque en cierta manera se le ha dado al alma todo el bien espiritual que podía hallar en las cosas de Dios por vía de la meditación y discurso. Pues, ordinariamente, todas las veces que el alma recibe algún bien espiritual, lo recibe gustando, a lo menos con el espíritu, en aquel medio por donde lo recibe y que le hace provecho y, si no, difícil es que le aproveche. Porque *lo que da sabor, cría y engorda*. Y no se puede comer lo que resulta desabrido. Esta es la causa de no poder considerar ni discurrir como antes: el poco sabor que en ello halla el espíritu y el poco provecho que le hace.

La segunda es porque el alma ya en este tiempo ha hecho sustancia y hábito del espíritu de la meditación. Porque el fin de meditar y discurrir en las cosas de Dios es para sacar alguna noticia y amor de Dios, y cada vez que por la meditación el alma la saca, es un acto. Y así como muchos actos en cualquier cosa vienen a engendrar hábito en el alma, así muchos actos de estas noticias amorosas vienen a hacerse hábito en ella. Y así, lo que antes el alma iba sacando de a pocos por su trabajo de meditar, por el uso se ha hecho en ella hábito y sustancia de una noticia amorosa general. Por lo cual, al ponerse en oración, ya, como quien tiene a mano el agua, bebe sin trabajo con suavidad, sin que necesite sacarla por los caños de las pesadas consideraciones, representaciones y figuras. De manera que nada más ponerse delante de Dios, se pone a gustar de esta noticia general de Dios,

confusa, amorosa, pacífica y sosegada, donde el alma está bebiendo sabiduría, amor y sabor.

Y ésta es la causa por la que el alma siente mucho trabajo y sinsabor cuando, estando en este sosiego, la quieren obligar a que vuelva a meditar y trabajar en particulares consideraciones. Porque se asemeja a un niño que, estando ya mamando y recibiendo la leche, le quitan el pecho y le obligan a que de nuevo vuelva a estrujar y manosear el pezón para poderla juntar y sacar; o como al que ha quitado la corteza de un fruto y está gustando ya la sustancia, y se lo quitan para que vuelva a quitar la dicha corteza que ya está quitada, que no hallará corteza y dejará de gustar de la sustancia que ya tenía entre las manos; o como al que deja la presa que tiene por la que no tiene.

Y así hacen muchos al entrar en este estado, que piensan que todo el negocio está en ir discurriendo y entendiendo diferentes puntos de meditación, mediante consideraciones y representaciones, que son la corteza del espíritu. Como no hallan esta corteza en la quietud amorosa y sustancial en que se quiere estar su alma, donde no entienden cosa clara, piensan que se van perdiendo y que pierden el tiempo, y vuelven a buscar la corteza de la imagen y discurso, la cual no hallan, porque está ya quitada; y así ni gozan la sustancia ni meditan, y se turban pensando que están volviendo atrás y perdiéndose. Y, a la verdad, se pierden —aunque no como ellos piensan—, porque se pierden a los propios sentidos y a la primera manera de sentir, a la vez que van progresando en el espíritu que se les va dando; donde van ellos menos entendiendo conforme van entrando más en la *Noche del espíritu* que tratamos en este libro, por donde han de pasar para unirse con Dios sobre todo saber.

Acerca de la segunda señal, además de que el alma no gusta de imaginar cosas espirituales que conciernan a Dios, no gusta de imaginar cosas de mundo ni se entretiene con ellas. No obstante, a pesar de estar recogida, suele la imaginación de suyo ir y venir y saltar de un sitio a otro, mas no con gusto y querer del alma, antes en ello siente pena, porque le turba la paz y el deleite que siente.

Y respecto a la tercera señal diré que para que el contemplativo pueda dejar la vía de meditación y discurso, le es necesaria esta noticia o advertencia amorosa general de Dios, en la cual tiene el

alma absorta las potencias espirituales, que son memoria, entendimiento y voluntad, unidas ya en esta noticia. Pues si el alma no tiene esta noticia y deja la meditación, no hará nada ni tendrá nada el alma con qué satisfacerse. Por haber dejado la meditación, mediante la cual discurre el alma con las potencias, y al faltarle también la contemplación, que es la noticia general que decimos, le faltará necesariamente todo ejercicio acerca de Dios, y no podrá obrar ni gozar de ninguna noticia.

Y así, entre la meditación discursiva y el estar en contemplación pura en esta noticia amorosa general de Dios hay la misma diferencia que entre el obrar y el gozar ya de la obra hecha; o la que hay entre el trabajo de ir caminando y el descanso del que ha llegado al término; o la que hay entre estar guisando la comida, o estar comiéndola y gustándola. Es, pues, necesaria tener esta noticia para poder dejar la vía de meditación y discurso.

Esta noticia general es a veces tan sutil y delicada, sobre todo cuando es más pura, espiritual e interior, que el alma, aunque está empleada en ella, no la nota ni la siente, y más oscura le parece, por cuanto el entendimiento no tiene nada sensible en que ejercitarse. Por el contrario, cuanto esta noticia es menos pura y simple, más clara y de más valor le parece al entendimiento, por estar ella envuelta en algunas formas inteligibles, en que puede ejercitarse el entendimiento.

Lo cual se entenderá bien por esta comparación. Si un rayo del sol entra por una ventana, cuanto más cargado de motas de polvo esté el aire, mucho más visible será a la vista. Y cuando sea el aire más puro y limpio de polvo, menos visible y más oscuro le parecerá. Entonces el ojo no halla motas de polvo en que reparar, porque la luz no es el objeto propio de la vista, sino el medio con que se ve lo visible; y así, si no hay nada de polvo en que el rayo de luz se refleje, nada se verá.

Lo mismo le ocurre al entendimiento, que es la vista del alma, que cuanto más pura y sencilla es esta luz —la general noticia amorosa de Dios—, y más ajena de todas las formas inteligibles y sensibles —los objetos del entendimiento—, menos la ve y la siente, y más oscura parece. A veces se queda el alma como en un olvido grande, que ni supo dónde se estaba, ni le parece haber pasado por ella tiempo. Por lo que puede suceder que se pase

muchas horas en este olvido, y al alma, cuando vuelve en sí, le parezca que fue sólo un momento o que no fue nada.

Y la causa de este olvido es la pureza y sencillez de esta noticia, la cual, por ocupar todo el alma, la deja limpia de todas las operaciones de la inteligencia, ya sean consideraciones racionales, imaginaciones o recuerdos, mediante las cuales pasaba el tiempo, y así la deja en olvido y sin tiempo. Por lo que al alma esta oración, aunque le dure mucho, le parece brevísima, porque ha estado unida en inteligencia pura, que no siente el paso del tiempo. Y puede esta noticia dejar al alma con algunos efectos, como son el levantamiento de mente a inteligencia celestial, y la enajenación y abstracción de todas las cosas, y formas, y figuras, y recuerdo de ellas. Y así, se queda el alma como ignorante de todas las cosas, porque solamente sabe a Dios sin saber cómo. De ahí que la Esposa declara en el Cantar de los Cantares (6, 11), que entre los efectos que en ella hizo su sueño y olvido, este no saber, cuando dice que descendió a él, diciendo: *No supe*.

Aunque al alma en este nuevo estado le parezca que no hace nada, ni está empleada en nada, porque no obra nada con los sentidos ni con las potencias, no piense que está perdiendo el tiempo, aunque cesen las potencias del alma. Por eso la Esposa, también en el Cantar de los Cantares (5, 2), dice: *Aunque duermo, mi corazón vela*. Esto es, aunque parezca que nada hago, cesando de obrar, mi corazón vela.

Pero no pensemos que esta noticia ha de causar por fuerza este olvido, pues sólo acontece cuando abstrae al alma del ejercicio de todas las potencias naturales y espirituales; lo cual ocurre las menos veces, porque no siempre ocupa toda el alma. Normalmente basta que el entendimiento este abstraído de cualquier noticia particular, tanto temporal como espiritual, y que no tenga ganas de pensar en nada, como hemos dicho, porque entonces es señal que está el alma empleada.

Y esta señal se ha de tener para entender que lo está, cuando esta noticia sólo se aplica y comunica al entendimiento, que es cuando a veces el alma no lo advierte. Porque, cuando juntamente se comunica a la voluntad –que es casi siempre—, siempre lo advierte, por poco o mucho que sea, y no deja el alma de entender, si quiere fijarse en ello, que está ocupada en esta noticia, por

cuanto tiene la sensación de que está amando en ella, sin saber ni entender particularmente lo que ama. Y por eso la llama noticia amorosa general, porque así como lo es en el entendimiento, comunicándose a él oscuramente, así también lo es en la voluntad, comunicándole el gusto del amor confusamente, sin que sepa distinguir exactamente lo que ama.

Con esto basta por ahora para dar a conocer cómo le conviene al alma estar empleada en esta noticia general para poder dejar la vía de la meditación discursiva y para que también entienda –por la comparación que hemos dicho del rayo de luz—, que cuanto más alta es la luz divina y más subida, más oscura es para nuestro entendimiento.

CAPÍTULO 15

Cómo a los adelantados, que comienzan a entrar en esta noticia general de contemplación, les conviene a veces aprovecharse del discurso natural y obra de las potencias naturales.

Podría acerca de lo dicho haber una duda, y es si estos espirituales que están adelantando, a los que Dios comienza a poner en esta noticia sobrenatural de contemplación, no podrán ya más aprovecharse de la meditación discursiva.

A lo cual se responde que no se entiende por esto que el que comienza a tener esta noticia amorosa en general, que nunca más ha de procurar tener meditación. Porque al igual que no siempre que se ponga en oración tendrá está noticia amorosa, no siempre tampoco estará imposibilitado para meditar y discurrir como antes solía, hallando allí alguna cosa de nuevo. Cuando por las señales ya dichas se dé cuenta que no está el alma empleada en aquel sosiego y noticia general, habrá que aprovecharse de la meditación discursiva.

De manera que unas veces se hallará el alma en esta amorosa noticia sin obrar nada con las potencias, sino sólo recibiendo; y otras veces tendrá que ayudarse suavemente de la meditación para ponerse en ella. Mas, puesta el alma en ella, no haga ya nada sino tan sólo estarse amando a Dios, sin querer sentir ni ver nada.

Entonces pasivamente se le comunica Dios, así como al que tiene los ojos abiertos, que pasivamente, sin hacer nada más, se le comunica la luz. Y este recibir la luz que sobrenaturalmente se le infunde, es entender pasivamente, aunque el alma no obre nada por sí misma, porque entiende sin costarle nada, y está sólo recibiendo lo que le dan, como ocurre en las iluminaciones, ilustraciones e inspiraciones de Dios.

Y estando así, para recibir más abundantemente esta luz divina, no trate de imaginar otras luces más sensibles de representaciones o figuras ni hacer discurso alguno, porque nada de esto es semejante a esta serena y limpia luz. Porque si quiere entender y considerar cosas más particulares, por más espirituales que sean, impedirá entonces seguir recibiendo la luz limpia y sencilla general del espíritu, por poner aquellas nubes en medio, así como al que está mirando, si se interpone alguna cosa ante de sus ojos, le impide ver la luz que tiene delante.

Aprenda el espiritual a estarse con advertencia amorosa en Dios, y con el entendimiento sosegado cuando no pueda meditar, aunque le parezca que no hace nada. Porque así, poco a poco, y muy presto, se infundirá en su alma el divino sosiego y paz con admirables y subidas noticias de Dios, envueltas en divino amor. Y no se entremeta en consideraciones e imaginaciones, o en algún discurso, porque no desasosiegue al alma y la saque de su contento y paz. Y si le da escrúpulo de que no hace nada, advierta que no hace poco con pacificar el alma y ponerla en sosiego y paz, sin obrar ni desear ninguna criatura, que es lo que Nuestro Señor nos pide en el siguiente salmo: *Aprended a estaros vacíos de todas las cosas y veréis cómo yo soy Dios* (Sal. 45, 11).

CAPÍTULO 16

Las figuras e imágenes que sobrenaturalmente se representan en la fantasía no pueden servir al alma de medio próximo para la unión con Dios.

Hablemos ahora de las llamadas visiones imaginarias, es decir, de todas aquellas imágenes, formas y figuras que sobrenaturalmente pueden representarse a la imaginación. Éstas

pueden provenir tanto de Dios como del demonio, y son mucho más hermosas y acabadas que las elaboradas naturalmente por la imaginación. Estas imágenes sobrenaturales se diferencian también de las naturales en cuanto al efecto que hacen. Son más sutiles y hacen más efecto en el alma, por cuanto son sobrenaturales y más interiores y espirituales.

Muchas veces por medio de estas imágenes enseña Dios al alma muchas cosas, de mucha sabiduría; como a cada paso se ve en la sagrada Escritura. También el demonio procura con las suyas, haciéndolas pasar por buenas, engañar al alma, pues es en la imaginación y en la fantasía donde ordinariamente introduce sus ardides, ya sean naturales o sobrenaturales.

La imaginación y la fantasía son, por tanto, al igual que los sentidos, las puertas del alma. Dios y el mismo demonio acuden aquí con sus imágenes y formas sobrenaturales para ofrecerlas al entendimiento. Pero Dios no sólo se aprovecha de este medio para instruir al alma, sino que puede hacerlo por otros medios y por sí mismo, puesto que mora sustancialmente en ella.

No me voy a detener a explicar cuáles visiones son de Dios y cuáles no; pues mi intento aquí no es ese, sino sólo instruir al entendimiento para que no se embarace con ellas, para que no impidan la unión con la divina Sabiduría cuando son buenas, ni se engañe cuando son falsas. El alma no ha de admitirlas ni tratar de posesionarse de ellas, para poderse mantener desasida, desnuda, pura y sencilla, tal como se requiere para la unión divina. Y no las ha de admitir porque todas estas imágenes son limitadas, y no admiten comparación con la Sabiduría de Dios, con la que se ha de unir el entendimiento. Porque en este alto estado de unión, Dios se comunica al alma directamente, sin ningún disfraz de visión imaginaria, o semejanza, o figura.

Por tanto, para venir a esta unión de amor de Dios, el alma ha de poner cuidado en no ayudarse de visiones imaginarias, de formas o figuras, ni particulares inteligencias, puesto que no le pueden servir de medio proporcionado y próximo para tal efecto. Antes le serán un estorbo, y por eso ha de renunciar a ellas y procurar no tenerlas. Porque la única razón para admitirlas y tener en estima, es por el provecho que las verdaderas hacen en el alma y por el buen efecto que causan. Pero para conseguir esto no es

necesario admitirlas, antes conviene, para adelantar, siempre negarlas. Porque estas visiones imaginarias, pueden hacer bien al alma comunicándole sabiduría o amor, o suavidad; pero para que causen este efecto en ella, no es menester que ella las quiera admitir, porque en ese mismo momento en que se presentan en la imaginación, lo hacen también en el alma infundiendo inteligencia y amor, o suavidad, o el efecto que Dios quiere que causen. Y hacen en el alma su efecto pasivamente, sin que ella lo pueda impedir aunque quiera, como tampoco hizo nada para poder adquirirlas, aunque lo haya hecho antes disponiéndose para poder recibirlas. Porque, así como la vidriera deja pasivamente traspasar los rayos de sol y no puede impedirlo, habiéndose únicamente dispuesto manteniéndose limpia, así también el alma, aunque ella no quiera, no puede dejar de recibir en sí las influencias y comunicaciones de aquellas figuras, por más que las quisiera resistir; porque las gracias sobrenaturales no las puede resistir la voluntad que es humilde y amorosa, sino sólo la impureza e imperfecciones del alma, así como las manchas de la vidriera impiden que los rayos del sol la atraviesen.

Cuanto más el alma renuncie con la voluntad y afecto a esas formas, imágenes y figuras en que vienen envueltas las comunicaciones espirituales, no sólo no se privará de estas comunicaciones y bienes que causan, mas se dispondrá mucho más para recibirlas con más abundancia, claridad y libertad de espíritu y sencillez. Porque estas representaciones de figuras e imágenes son como cortinas y velos que encubren lo espiritual que contienen, y así ocupan el alma cuando ella quiera alimentarse de ellas, impidiendo que sencilla y libremente se pueda comunicar el espíritu. El alma que las quiere admitir y les hace caso, se embaraza y contenta con lo menos importante que hay en estas comunicaciones. Porque lo principal de ellas, que espiritual, no lo sabe reconocer el alma ni entender, ni sabe cómo es, ni lo sabrá decir, porque es puro espiritual. Lo único que conoce de ellas, a su modo de entender, son las formas sensibles, que es lo menos importante. Mas pasivamente, sin que ella haga nada, se le comunica por aquellas visiones lo que ella no puede entender ni imaginar.

Por tanto, los ojos del alma deben apartarse siempre de todas estas figuras y representaciones, para ponerlos en lo que no se ve y es espíritu, que no cabe en figura sensible, y es lo que lleva a la unión en fe. Y así, sólo le aprovecharán estas visiones imaginarias cuando bien sepa negar lo sensible e inteligible de ellas, es decir, desechándolas. Porque, al igual de las visiones naturales, no las da Dios para que el alma se posesione de ellas ni se apoye en ellas.

Pero nace aquí una duda, y es está: si es verdad que Dios ofrece al alma las visiones sobrenaturales, no para que ella las quiera tomar, ni se apoye en ellas, ni para que haga caso de ellas, ¿para que entonces se las da, pues en ellas puede el alma caer en muchos yerros y peligros, o por lo menos en impedimentos para proseguir adelante, sobre todo sabiendo que Él puede darse al alma y comunicarse con ella espiritualmente y en sustancia?

Responderemos a esta duda en el siguiente capítulo. Tan sólo adelanto que la única doctrina sana y segura es la fe, en la que podemos apoyarnos para poder continuar el camino. No se puede tener fe si no se cierran los ojos a todo lo que es sensible y terreno, quedándose por consiguiente a oscuras. Porque la fe es luz pero oscura, como una tiniebla. Y si nos queremos apoyarnos en esas otras luces más claras, ya dejamos de apoyarnos en la luz oscura, que es la fe, y dejamos de recibir la luz. Pues la fe es *la lámpara que alumbra en el lugar oscuro* (que es el entendimiento), y ha de mantenerse oscuro *hasta que aclare el día* (en la otra vida) *y el lucero de la mañana* (que es la clara visión de Dios) *se levante en nuestros corazones* (2 Pedro 1,19), o bien, hasta que en esta vida se produzca la transformación y unión.

CAPÍTULO 17

El fin que pretende Dios al comunicar al alma los bienes espirituales por medio de los sentidos.

Dios siempre quiere levantar a un alma de su bajeza a su divina unión, mas si en estas visiones sobrenaturales hay tanto peligro y embarazo para ir adelante, ¿por qué Dios, que es sapientísimo y amigo de apartar de las almas tropiezos y lazos, se las da y comunica?

Para responder a esto, conviene primero poner tres fundamentos. El primero es de san Pablo: *Las obras que son hechas, de Dios son ordenadas* (Romanos 13, 1). El segundo es del Espíritu Santo: *Todo lo dispone con suavidad* (Sabiduría 8, 1). El tercero está sacado de la teología, y es el siguiente: *Dios mueve todas las cosas al modo de ellas*.

Según estos fundamentos, está claro que para mover Dios al alma y levantarla desde el extremo de su bajeza al otro extremo de su divina unión, ha de hacerlo ordenada y suavemente y al modo de la misma alma. Y como el conocimiento del alma es a través de las formas e imágenes de las cosas creadas, y el modo pasa por los sentidos, de aquí que para que suavemente Dios levante al alma al sumo conocimiento, ha de comenzar a hacerlo desde el bajeza de los sentidos del alma, para así irla llevando al modo de ella hasta el otro extremo de su sabiduría espiritual, que está fuera de los sentidos. Por lo cual, la lleva primero instruyendo mediante formas e imágenes y vías sensibles a su modo de entender, tanto naturales como sobrenaturales, y mediante consideraciones discursivas, a ese sumo espíritu de Dios.

Y así va Dios perfeccionando al hombre al modo del hombre, por lo más bajo y exterior, hasta lo más alto e interior. Y lo hace primero moviéndole a través de sermones, misas, imágenes santas, penitencias y mortificaciones de los sentidos (ayunos, disciplinas, etc.). Y cuando ya están los sentidos algo dispuestos, los suele perfeccionar más, haciéndoles algunas mercedes y regalos sobrenaturales para confirmarlos más en el bien, ofreciéndoles algunas comunicaciones sobrenaturales, así como por los sentidos corporales visiones de santos o cosas santas, olores suavísimos y locuciones, y en el tacto grandísimo deleite; con esto se confirma mucho el sentido en la virtud y se despoja de sus inclinaciones hacia los malos objetos. Y aparte de eso, va habituando la imaginación y la fantasía hacia el bien con consideraciones, meditaciones y discursos santos, y en todo esto instruyendo al espíritu. Y ya teniendo los sentidos dispuestos con este ejercicio natural, suele Dios ilustrarlos y espiritualizarlos más con algunas visiones sobrenaturales, que son las que aquí llamamos visiones imaginarias, en las cuales se aprovecha mucho el espíritu. Y de

esta manera va ordinariamente Dios llevando al alma de grado en grado hasta lo más interior.

De esta manera la va Dios instruyendo y haciéndola más espiritual, comenzando a comunicarle lo espiritual desde las cosas exteriores, palpables y acomodadas al sentido, según la pequeñez y poca capacidad del alma, para que mediante la corteza de aquellas cosas sensitivas, que de suyo son buenas, vaya recibiendo comunicaciones espirituales, venga a hacer hábito en lo espiritual y llegue a la sustancia de espíritu, que es ajena de todo sentido. Y así, en la medida que se va espiritualizando más en el trato con Dios, se va más desnudando y vaciando de las vías del sentido, que son las del discurso y meditación imaginaria. De tal manera que cuando el alma llega a tener trato en espíritu puro con Dios, necesariamente ha de haberse vaciado antes de todo conocimiento acerca de Dios que provenga de los sentidos (cf. 1 Cor. 13, 10). Pues el espíritu ya perfecto no hace caso de lo que recibe por los sentidos, como hacía antes cuando no había crecido en espíritu. Y esto es lo que nos enseña San Pablo: *Cuando era yo niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; mas cuando llegue a ser hombre, me desprendí de las cosas propias de niño* (1 Cor. 13, 11). Porque las cosas que provienen por los sentidos y el conocimiento que el espíritu puede sacar de ellas son propias de los pequeñuelos en el espíritu. Y el alma que quiera siempre asirse a ellas, nunca dejará de ser niña, y nunca llegará a la sustancia del espíritu, que es propia del varón perfecto. Por lo que si el alma quiere seguir creciendo, no ha de querer admitir las dichas revelaciones, aunque Dios se las ofrezca; así como el niño precisa dejar el pecho, para educar su paladar a los alimentos más sustanciales y sólidos.

Pero el alma no ha de dejar esta meditación discursiva, en que comienza a buscar a Dios, hasta que llegue el tiempo oportuno, que es cuando Él la pone en trato más espiritual, que es la contemplación. Aunque cuando son visiones imaginarias u otras percepciones sobrenaturales, en cualquier tiempo y ocasión, ya sea más o menos perfecto, aunque provengan de parte de Dios, no las ha el alma de querer admitir, y esto por dos razones: La una porque Dios, como hemos dicho, hace de todas formas en el alma su efecto, sin que ella pueda impedirlo, aunque pueda impedir la

visión, como acontece muchas veces. Y, por consiguiente, aquel efecto que había de causar en el alma mucho más se le comunica en sustancia, aunque no sea de aquella manera. La segunda es por librarse del peligro y trabajo de discernir las malas de las buenas, para conocer si es ángel de luz o de tinieblas (2 Cor. 11, 14); en lo cual no se obtiene provecho ninguno, mas se gasta tiempo y se embaraza el alma, y se expone a caer en muchas imperfecciones y a no pasar adelante.

Nuestro Señor no puede comunicar la abundancia de su espíritu al alma que no está dispuesta a renunciar a las visiones imaginarias,. Y por eso a san Pablo le daba pena esta poca disposición y pequeñez para recibir el espíritu, cuando, escribiendo a los de Corinto, dijo: *Yo, hermanos, cuando vine a vosotros, no os pude hablar como a espirituales, sino como a carnales. Como niños en Cristo, os di a beber leche y no comida sólida, porque no la podíais recibir* (1 Cor. 3, 1-2).

En conclusión, el alma no ha de poner los ojos en aquella corteza de figuras y objetos sobrenaturales que se le ponen delante, ya sean locuciones, visiones de santos, resplandores hermosos, suavidades, gustos, olores, etc. … Sólo ha de poner los ojos en el buen espíritu de devoción que Dios pretende con ellas, procurando conservarlo y ponerlo en práctica para servicio de Dios.

CAPÍTULO 18

Sobre el daño que algunos maestros espirituales pueden hacer a las almas acerca de las dichas visiones. Y aunque sean de Dios, se pueden en ellas engañar.

Convendría ahora dar más luz sobre el daño que pueden causar los maestros espirituales a las almas que gobiernan, cuando son muy crédulos a las visiones imaginarias, aunque provengan de parte de Dios. En ellos se cumple la sentencia de Nuestro Salvador que dice: *Si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en la hoya* (Mt. 15, 14). Porque hay algunos que guían de tal modo a las almas que tienen tales visiones, que las hacen errar, o las embarazan con ellas, o no las llevan por camino de humildad, y las inclinan de alguna forma a que pongan los ojos en estas visiones. Quedan

entonces las almas sin verdadero espíritu de fe, ni vacías ni desasidas de aquellas cosas, por lo que no pueden volar hacia cosas más altas en oscura fe.

Y de aquí surgen muchas imperfecciones; al menos, porque el alma ya no queda tan humilde, pues piensa que tiene algo bueno, y que Dios hace caso de ella, y anda contenta y algo satisfecha de sí. Y luego el demonio acrecienta esto sin que se dé cuenta, y le induce a compararse con los demás acerca de esto, en si tienen o no tienen las tales cosas; lo cual va contra la santa sencillez y soledad espiritual.

Además, puede hacer harto daño el confesor que no tiene recato, antes se pone a platicar sobre las dichas visiones que tiene el alma, dándole indicios para que conozca si las visiones son buenas o malas. Que, aunque sea bueno saberlo, no hay para que meter al alma en ese trabajo, cuidado y peligro; pues, con no hacer caso de ellas, negándolas, se evita todo eso y se hace lo que se debe. Y no sólo eso, sino que ellos mismos, como ven que las dichas almas tienen tales cosas de Dios, les piden que pidan a Dios les revele o les diga algunas cosas tocantes a ellos o a otros, y las almas bobas lo hacen, pensando que es lícito quererlo saber por aquella vía. Que piensan que, porque Dios quiere revelar o decir algo sobrenaturalmente como Él quiere, que es lícito querer que nos lo revele y aun pedírselo.

Y si acontece que Dios hace caso a su petición y revela las tales cosas, se aseguran más, pensando que Dios gusta de ello y lo quiere, puesto que responde; y, a la verdad, ni Dios gusta ni lo quiere. Y ellos muchas veces obran o creen según aquello que se les reveló o se les respondió. Por lo cual yerran grandemente muchas veces, viendo que al final no les sale como habían entendido, y se asombran; y luego les salen las dudas en si era de Dios o no era de Dios.

Y aquí hay un gran engaño, porque las revelaciones o locuciones de Dios no siempre salen como parecen o como los hombres las entienden. Pues no se han de asegurar en ellas ni creerlas, aunque sepan que son revelaciones o respuestas o dichos de Dios. Porque, aunque ellas sean ciertas y verdaderas en sí, no lo son siempre en nuestra manera de entender. Lo cual probaremos en el capítulo siguiente. Y también diremos después

cómo aunque Dios responde a veces a lo que se le pide sobrenaturalmente, no gusta de ello, y cómo a veces se enoja, aunque responda.

CAPÍTULO 19

Aunque las visiones y locuciones provengan de Dios, podemos engañarnos acerca de ellas.

Por dos cosas hemos dicho que, aunque las visiones y locuciones de Dios sean verdaderas y ciertas, no lo son siempre para nosotros. La una es por nuestra defectuosa manera de entenderlas, y la otra, porque los motivos o causas que las originaron hayan cambiado.

Respecto a lo primero, no son siempre como parecen a nuestra manera de entender. Pues, como la sabiduría de Dios es infinita, sus profecías, locuciones y revelaciones, pueden ser interpretadas de muy diferente manera a cómo las entendemos nosotros comúnmente, siendo ellas tanto más verdaderas y ciertas cuanto a nosotros nos parece que no. Esto se ve a cada paso en la Sagrada Escritura, cuando a muchos personajes del Antiguo Testamento no les salían las profecías y locuciones de Dios como ellos esperaban, por entenderlas ellos a su modo, en un sentido demasiado literal, y no como el Señor quería. Lo cual se verá claro con algunos ejemplos.

Y así, cuando Dios trajo a Abraham a la tierra de los cananeos, le dijo: *Esta tierra te la daré a ti* (Génesis 15, 7). Y como se lo dijo muchas veces, Abraham, viendo que ya era viejo y que nunca se la daba, habiéndoselo dicho otra vez, le respondió de esta forma: *Señor, ¿por qué señal conoceré que será mía?* (Gn. 15, 8). Entonces le reveló Dios que no él en persona, sino sus hijos, después de cuatrocientos años, la iban a poseer. Por lo que acabó Abraham de entender la promesa, la cual era en sí verdaderísima, pues, dándosela Dios a sus hijos por amor a él, era como dársela a él. Y así, Abraham estaba engañado en su manera de entender la profecía. Y si hubiese entonces obrado según su manera de entenderla, habría errado grandemente, pues Dios no se refería al tiempo de su vida, y los que le vieran morir sin poseerla todavía,

habiéndole oído decir que Dios se la había prometido, quedarían confusos y pensarían que la profecía era falsa.

También a su nieto Jacob, cuando se dirigía a Egipto –reclamado por José, su hijo, debido al hambre que pasaban en Canaán—, estando en el camino, se le apareció Dios y le dijo: *Jacob, no temas bajar a Egipto, porque allí te haré una gran nación. Y bajaré contigo a Egipto y yo mismo te subiré también* (Gn. 46, 3-4). Pero esto no se realizó según nuestra manera de entender; porque sabemos que Jacob murió de viejo en Egipto, y no volvió a salir vivo de allí. La profecía se había de cumplir en sus hijos, a los cuales sacó de allí después de muchos años, siéndoles el mismo su guía en el camino. Donde se ve claro que cualquiera que conociese esta promesa de Dios podría tener por cierto que Jacob, así como había entrado vivo en Egipto, había de volver a salir de la misma forma; y se engañaría y asombraría al verle morir en esa tierra, pensando que no se había cumplido la promesa como esperaban. Y aunque la profecía era cierta, podían equivocarse mucho en la manera de entenderla.

En los Jueces (20, 11 ss.) también leemos que, habiéndose juntado las tribus de Israel para pelear contra la tribu de Benjamín –para castigar cierta maldad que entre ellos se había consentido—, por razón de haberles Dios señalado capitán para la guerra, fueron ellos confiados de la victoria, y al ser vencidos y morir a veintidós mil de los suyos, quedaron muy consternados, no sabiendo la causa de la derrota, habiendo ellos creído que la victoria era suya. Y como preguntaron a Dios si volvían a pelear y les respondió que sí, entonces, teniendo ya esta vez por suya la victoria, salieron con gran arrojo, y fueron vencidos también esta segunda vez y perdieron diez y ocho mil hombres. Por lo cual quedaron muy confundidos, no sabiendo qué hacer, viendo que, mandándoles Dios pelear, siempre salían vencidos, a pesar de que excedían al enemigo en número y fortaleza, porque los de Benjamín no eran más que veinticinco mil setecientos, y ellos, cuatrocientos mil. Y de esta manera se engañaron en su manera de entender, porque Dios no les había engañado, pues no les había dicho que vencerían, sino que peleasen; pues por estas derrotas quiso Dios castigar y humillar su descuido y presunción. Mas cuando más tarde les dijo

que vencerían, así fue, aunque tuvieron que emplear harto trabajo y astucia.

De esta manera y de otras muchas se engañan las almas por las locuciones y revelaciones que provienen de Dios, por tomar el sentido de ellas a la letra y superficialmente. Porque lo que intenta principalmente el Señor al utilizar tales medios es comunicarles el espíritu que encierran, el cual es dificultoso de entender. Y éste sobrepasa con mucho a la letra. De modo, que el que se ate formalmente a la locución o visión puede errar mucho y hallarse después muy cohibido y confuso, por haberse guiado según el sentido literal y no según el espíritu. Porque *la letra mata y el espíritu da vida* (2 Cor. 3, 6). Por eso se ha de renunciar a la letra, es decir, a lo que nos parece entender que la locución o revelación nos dice, y quedarse a oscuras en fe, que es el espíritu, al cual no llegan nuestros sentidos.

A tanto llega esta dificultad de entender los dichos de Dios como conviene, que hasta los mismos discípulos de Nuestro Señor Jesucristo se engañaban; como pasó con los dos discípulos que caminaban hacia Emaús, después de su muerte, tristes, confusos y desalentados, diciéndose uno a otro: *Nosotros esperábamos que había de redimir a Israel* (Lc. 24, 21), entendiendo ellos la redención como un señorío temporal. A los cuales, Cristo nuestro Redentor se les apareció y reprendió por su dureza de corazón, porque no habían creído las cosas que habían dicho los profetas (Lc. 24, 25).

En todos estos ejemplos bien se ve que aunque las sentencias y revelaciones provengan de Dios, no nos podemos asegurar en ellas, pues nos podemos muy fácilmente engañar en nuestra manera de entenderlas; porque el espíritu que encierran es profundo como un abismo, y no se limita a lo que nos parece a nosotros.

Dice San Pablo que *el hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios, porque son una locura para él, y no las puede comprender porque deben ser juzgadas espiritualmente. El hombre espiritual, en cambio, juzga todas las cosas juzga* (1 Cor. 2, 14-15). Por "hombre animal" se entiende aquí el que se guía por lo que le perciben sus sentidos, tanto interiores como exteriores; y por "espiritual", el que no se ata ni guía por ellos, sino por la fe fe.

Y para que mejor se vea, pongamos algunos ejemplos más. Imaginemos que está un santo muy afligido porque le persiguen sus enemigos, y que Dios le dice: «Yo te libraré de todos tus enemigos». Esta profecía puede ser verdaderísima y, al mismo tiempo, pueden imponerse sus enemigos y llegar a matarlo. Y así, el que entienda lo que le ha dicho Dios con ojos carnales, se engañará, porque Dios ha podido hablar de la verdadera libertad y victoria, que es la salvación, donde el alma se ve libre y victoriosa de todos sus enemigos, mucho más que si en esta vida se librara de ellos. Y así, esta profecía tendría un sentido mucho más rico y verdadero que lo que el hombre pudiera entender dándole un sentido meramente terrenal. Porque Dios siempre da a sus palabras el significado más trascendental y provechoso, y el hombre puede entender a su modo y darles un sentido mucho menos importante, y así, quedar engañado.

Pongamos otro ejemplo. Está una persona con grandes deseos de ser mártir y Dios responde a sus deseos, diciéndola: «Tú serás mártir», dejándola interiormente muy consolada y confiada de que lo ha de ser. Y a pesar de lo que ella pensaba, no muere mártir, y sin embargo, no deja de ser la promesa verdadera. Entonces, ¿en qué sentido se cumplió? Según un sentido más profundo de lo que significa ser mártir, dándole la satisfacción de ser mártir mediante una vida entregada durante toda su vida; y así le da verdaderamente al alma lo que ella formalmente deseaba y lo que Él la prometió. Porque el deseo profundo del alma era, no una determinada manera de morir, sino servir a Dios ejercitando el amor durante toda su vida muriendo a su propia voluntad. Porque la otra manera de morir, de por sí no vale nada sin este amor. De manera que, aunque no muera como mártir, queda el alma muy satisfecha en que le dio lo que ella deseaba.

Porque tales deseos, cuando nacen del verdadero amor de Dios, y aunque no se cumplan de la manera que ellos lo entienden, se cumplen de otra forma y mucho mejor y a más gloria de Dios que lo que ellos pedían. Por ejemplo, cuando el salmo dice: *El deseo de los humildes escuchas tú, Señor* (Sal. 9, 17). O lo que se dice en los Proverbios (10, 24): *A los justos les concederá su deseo*. En donde vemos que muchos santos desearon muchas cosas y no se les cumplió en esta vida su deseo; mas siendo justo y verdadero su

deseo, se les cumplió en la otra vida perfectamente, aunque no fuese en la forma como ellos pensaban.

De otras muchas maneras pueden ser las palabras y visiones de Dios verdaderas y ciertas, y nosotros engañarnos en ellas, por no saber entender los propósitos insondables que Dios pretende con ellas. Por esto, lo más acertado y seguro es hacer que las almas huyan prudentemente de tales cosas sobrenaturales, acostumbrándolas, como hemos dicho, a la pureza de espíritu en fe oscura, que es el medio más próximo para la unión.

CAPÍTULO 20

Las sentencias y palabras de Dios, aunque sean siempre verdaderas, no siempre se cumplen en nosotros, porque los motivos en que se fundan pueden cambiar.

Probemos ahora la segunda causa por la que las visiones y palabras de parte de Dios, aunque son siempre verdaderas en sí, no se cumplen siempre por lo que respecta a nosotros; y es por razón de los motivos en que ellas se fundan. Porque muchas veces dice Dios cosas incitado por el comportamiento de las criaturas. Y como este comportamiento no es siempre el mismo y puede cambiar, también lo que Dios dijo puede no cumplirse. Porque cuando una cosa depende de otra, faltando la una, falta también la otra. Pongo un ejemplo. Dice Dios: «De aquí a un año tengo de enviar tal plaga a este reino»; el motivo y fundamento de esta amenaza es una ofensa que se hace a Dios en el reino. Si cesa la ofensa, podrá cesar el castigo, incluso cuando era verdadera la amenaza, porque dependía de la ofensa que se hacía en el reino; pero si la ofensa hubiera persistido, la amenaza se habría ejecutado.

Esto vemos que sucedió en la ciudad de Nínive. Dios amenazó a la ciudad por medio de Jonás: *Dentro de cuarenta días Nínive será arrasada* (Jon. 3, 4). Lo cual no se cumplió porque cesó la causa o motivo de esta amenaza, que eran sus pecados, pues hicieron penitencia de ellos; pero si no se hubiesen convertido, la amenaza se hubiese cumplido.

Por tanto, aunque Dios haya revelado o dicho a un alma afirmativamente una cosa, en bien o en mal, tocante a ella misma o a otras, esta cosa podrá variar o no cumplirse del todo, según varíe la conducta de dicha alma o el motivo por el que Dios lo dijo.

Y así, no hay que pensar que los dichos y revelaciones de parte de Dios tienen infaliblemente que suceder como suenan, sobre todo cuando dependen de causas humanas, las cuales pueden variar.

Además, muchas cosas Dios dice, enseña o promete, no para que entonces se entienda o se cumplan, sino para más adelante. Es lo que hizo nuestro Señor con sus discípulos, a los cuales dijo muchas parábolas y sentencias, cuya sabiduría no entendieron hasta que llegó el tiempo en que tendrían que predicarlas, que fue cuando vino sobre ellos el Espíritu Santo, del cual les había dicho Cristo que les recordaría todas las cosas que Él les había dicho (Jn. 14, 26). Y así, muchas cosas que hace Dios en el alma no las entiende ella misma ni quien la gobierna, hasta que llegue su debido tiempo.

No tenemos, pues, que sorprendernos de que algunas cosas que Dios habla y revela a las almas no salgan como ellas las entienden, porque el motivo puede haber cambiado. Lo único que debemos asegurarnos es vivir en fe.

CAPÍTULO 21

Aunque Dios responde a lo que se le pide algunas veces por vía sobrenatural, no gusta de que usen de tal medio, y por eso muchas veces se enoja.

Algunos personas espirituales demasiado curiosas gustan de querer saber algunas cosas por vía sobrenatural (dando crédito a las locuciones, visiones y revelaciones que tienen), pensando que como Dios responde algunas veces a lo que se le pide, que es aquel un buen medio y que Dios gusta de él. Pero aunque responda, ni es buen medio ni a Dios le agrada, antes le disgusta; y no sólo eso, mas muchas veces se enoja y ofende mucho.

La razón es porque a ninguna criatura le es lícito salirse fuera de los límites naturales que Dios la ha puesto. Querer averiguar cosas

por medios sobrenaturales es salirse de esos límites naturales, y no le es lícito; y es comprensible que a Dios no le agrade, pues todo lo ilícito le ofende.

Diréis: Pues, si no le agrada a Dios, ¿por qué a veces responde a lo que se le pide? Dejando de lado que algunas veces responda el demonio, cuando responde Dios suele ser por la flaqueza del alma, para que no se desconsuele y vuelva atrás, o para que no piense que está Él a mal con ella, o por otros fines que sólo Dios sabe, fundados en la flaqueza de aquella alma. Así lo hace con muchas almas flacas y principiantes en el camino de la oración, cuando les da consolaciones y suavidad en la oración, mas no porque a Él le agrade. Porque a cada uno trata según la situación de su alma, y así, algunas veces condesciende a lo que le piden algunas almas, porque son buenas y sencillas, y no quiere dejar de acudir a su ruego para no entristecerlas, mas no porque le agrade tal medio.

Esto se entenderá mejor por esta comparación. Tiene un padre de familia en su mesa muchos y diferentes alimentos, unos más sustanciosos que otros. Un niño le pide un plato, no el más sustancioso, sino el que le gusta más o está más acostumbrado. Y como el padre ve que si le da el alimento más sustancioso no lo va a comer, sino el que le pide, y que no quiere más que éste, porque no se quede sin comer y desconsolado, le da de éste plato con tristeza. Así hizo Dios con los hijos de Israel cuando le pidieron un rey: se lo dio de mala gana, porque sabía que no les convenía. Y así dijo a Samuel: *Oye la voz de este tu pueblo y concédeles el rey que te piden, porque no te han desechado a ti, sino a mí, porque no reine yo sobre ellos* (1 Sm. 8, 7). De la misma manera condesciende Dios con algunas almas, concediéndoles lo que le piden y no lo que más les conviene, porque ellas no quieren o no saben ir sino por allí. Y por eso les da Dios consuelos en la oración, haciéndoles gustar emociones tiernas y suavidad tanto en el espíritu como en los sentidos, y lo hace porque no están aptos para comer el alimento más fuerte y sólido de los trabajos de la cruz de su Hijo, que es el plato que más le agradaría que comiesen, más que cualquier otro.

Es de advertir que mucho peor que desear estos gustos espirituales en la oración es querer saber cosas por estas vías

extraordinarias sobrenaturales. Pues no hay ninguna necesidad de ello, ya que disponemos de la razón natural, de los mandamientos y de las enseñanzas de los evangelios, por los que sobradamente nos podemos regir, y donde no nos puede engañar el demonio. Porque no hay otro medio mejor y más seguro para salir airosos en todas nuestras necesidades, trabajos y dificultades, que la oración y la esperanza de que Él proveerá por los medios que quiera.

Y aunque Dios algunas veces responda a tales pretensiones por estos medios extraordinarios sobrenaturales, no deja de enojarse por ello. Así, pasó, por ejemplo, cuando Dios condescendió con los hijos de Israel dándoles la carne que le pedían, que se enojó mucho por este motivo y les envió luego fuego del cielo como castigo (Pentateuco 11, 32-33).

Gran peligro corre el que quiera tratar con Dios por tales vías sobrenaturales y no dejará de errar mucho el que se aficione a ello. Porque aparte de la dificultad de saber cuáles locuciones y visiones son de Dios, muchas de ellas ordinariamente provienen del demonio, que se hace pasar por ángel de luz, *viniendo vestido con piel de oveja, más por dentro es un lobo rapaz* (Mt. 7, 15). Pues como dice muchas cosas verdaderas y razonables que incluso resultan ciertas, fácilmente puede engañar al alma. Lo cual al demonio le resulta muy sencillo, porque tiene una inteligencia tan privilegiada que le permite conocer muchas cosas pasadas o que están por venir. Fácilmente puede deducir que de una causa se sigue determinado efecto, aunque no siempre suceda así, pues todas las causas dependen de la voluntad de Dios. Y como conoce muchas cosas, puede sutilmente engañar al alma, de manera que para librarse de él no hay otra forma que huir de todas las revelaciones, visiones y locuciones sobrenaturales. Por eso se enoja Dios justamente con quien, no sólo no huye, sino que las admite, pues es señal de gran temeridad meterse en tanto peligro, presunción y curiosidad. Y enojado, puede retirar su luz y favor, de manera que el alma venga a caer en el error.

Y de esta manera da Dios licencia al demonio para que ciegue y engañe a muchos, por merecerlo sus pecados y atrevimiento. Sin embargo, el alma piensa que es el buen espíritu, y tanto, que, aunque otras personas traten de persuadirla de que no lo es, no hay forma de desengañarla, pues lo entiende todo al revés.

CAPÍTULO 22

Por qué no nos es lícito ya preguntar a Dios por vía sobrenatural, como se hacía en el Antiguo Testamento.

Hemos visto cómo a Dios no le agrada que las almas quieran conocer su voluntad ni enterarse de cosas por medios extraordinarios sobrenaturales, ya sean visiones, locuciones, etc. Por otra parte hemos visto testimonios y ejemplos de que tales medios eran bastante utilizados en el Antiguo Testamento y que incluso Dios mandaba que los empleasen; y, cuando no lo hacían, los reprendía. Y así vemos como Moisés, el rey David y otros reyes de Israel, siempre preguntaban a Dios sobre sus guerras y necesidades; y lo mismo hacían los sacerdotes y profetas. ¿Por qué, pues, ahora en el Nuevo Testamento, en la Ley Nueva de la gracia, no nos es lícito hacerlo como antes se hacía?

La principal razón es porque aún no estaba bien fundamentada la fe, y era preciso que preguntasen a Dios y que Él hablase, ya sea mediante palabras, visiones y revelaciones, o de otras muchas maneras, sobre las cosas tocantes a ella; y por eso les reprendía si no le preguntaban. Pero una vez que Cristo ha venido, no hay ya razón para preguntarle de aquella manera. Pues al darnos a su Hijo, que es su Palabra, que no tiene otra, todo nos lo ha dicho de una vez, y no tiene más que decir.

Es lo que nos enseña san Pablo, que nos apartemos de aquellas formas de tratar con Dios de la Ley de Moisés, y pongamos los ojos solamente en Cristo: *Dios, después de haber hablado antiguamente muchas veces y de muy diferentes maneras a nuestros padres por medio de los profetas, últimamente en estos días nos habló por su Hijo todo de una vez* (Heb. 1, 1-2). En lo cual no da a entender que Dios se ha quedado como mudo y no tiene nada más que decir, porque lo que dijo antes en partes por los profetas ya lo ha dicho todo en Él, dándonos al Todo, que es su Hijo.

De ahí que la persona que ahora quiera preguntar a Dios y que le responda a través de alguna visión o revelación, no sólo hace una necedad, sino que agravia al mismo Dios, por no poner los ojos totalmente en Cristo, donde está dicho todo. Porque Dios podría responderle de esta manera: «Si te tengo dichas todas las

cosas en mi Palabra, que es mi Hijo, y no tengo otra, ¿qué más podría responderte o revelarte? Pon los ojos sólo en Jesucristo, porque en Él lo he dicho todo y revelado, y hallarás aún más de lo que pides y deseas. Pues Él es toda mi Palabra y respuesta y toda mi visión y revelación. Todo os lo he manifestado y revelado a través de Él, dándooslo por Hermano, Compañero Maestro, Precio y Premio de vuestra redención. Porque a partir de aquel día en que hice bajar mi Espíritu sobre Él en el monte Tabor, diciendo: *Este es mi Hijo muy amado, en quien me complazco, escuchadle* (Mt. 17, 5), ya dejé de utilizar todas esas maneras y respuestas de antes, porque os lo di todo en Él. *Escuchadle*, porque yo no tengo más fe que revelar, ni más cosas que manifestar. Pues, si antes hablaba, era para prometeros a Cristo; y si me preguntaban, mis respuestas iban encaminadas a que pusieseis vuestra esperanza en Cristo, en quien ibais a hallar todo bien. Mas ahora, si alguien me preguntase de aquella manera o quisiese que yo le hablase o le revelase algo, sería de alguna manera como pedirme otra vez que le diera a Cristo. Y así, haría mucho agravio a mi amado Hijo. Si quieres que te diga alguna palabra de consuelo, mira a mi Hijo, cuán obediente me es y cuánto se deja maltratar por mi amor, y tendrás la respuesta. Si quieres que te declare ciertos misterios, pon los ojos en Jesucristo, y hallarás en Él ocultísimos misterios de sabiduría, como dice mi Apóstol: *En Él se encuentran ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia* (Col. 2, 3). Y estos tesoros de sabiduría serán para ti mucho más altos, sabrosos y provechosos que lo que querías saber. Que por eso se gloriaba el mismo Apóstol, diciendo: *Preferí no saber otra cosa que a Jesucristo, y a éste crucificado* (1 Cor. 2, 2). Mírale a Él humanado, y hallarás más de lo que piensas, porque e*n Él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad* (Col. 2, 9).»

No conviene, pues, ya preguntar a Dios de aquella manera, ni es necesario que hable, pues, habiéndolo dicho todo en Cristo, no hay nada más que revelar. Y quien quisiese ahora que Dios le revelase algunas cosas por medios extraordinarios sobrenaturales, vendría a decir que Dios no nos lo ha dado todo en su Hijo. Por tanto, no debemos esperar ninguna doctrina nueva ni otra cosa alguna por vía sobrenatural. Y así, en la hora en que expiraba Cristo, dijo en la cruz: *Todo está consumado* (Jn. 19, 30); es decir: Se han acabado

todos esos modos, ritos y ceremonias de la Ley Vieja. Y así, en todo nos hemos de guiar por los mandamientos de Cristo hombre y de su Iglesia y ministros, y por estos medios visibles y humanos remediar nuestras ignorancias y flaquezas espirituales; que para todo hallaremos abundante medicina por este medio. Y lo que se salga de este camino no sólo es andar curioseando, sino gran atrevimiento. Y no hemos de creer ninguna cosa por vía sobrenatural, sino sólo lo que nos enseña Cristo y sus ministros. Tanto, que dice san Pablo estas palabras: *Aun cuando nosotros o un ángel del cielo os anunciase un Evangelio distinto del que os hemos anunciado* (directamente por los medios normales)*, sea anatema, maldito y excomulgado* (Gl. 1, 8).

Si siempre debemos fijarnos en lo que Cristo nos enseñó, y si todo lo demás no es nada ni se ha de creer si no se conforma con sus enseñanzas, en vano se afana el que quiere comunicarse con Dios según los modos de la Ley Vieja. Cuánto más si incluso en aquel tiempo no le era lícito a cualquiera preguntar a Dios, ni Él respondía a todos, sino sólo a través de los sacerdotes y los profetas, por quienes el pueblo conocía la ley y la doctrina. Y por la boca de estos se aseguraban que era de Dios lo que les decía, y no por su parecer propio.

Porque esto también tiene el alma humilde, que no se atreve a tratar a solas con Dios. Que por eso dijo el Señor en el Evangelio: *Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos* (Mt. 18, 20). Y es de notar que no dijo: Donde esté uno solo, sino, por lo menos, dos: para dar a entender que no quiere Dios que ninguno a solas crea que lo que recibe que proviene de Dios, ni se confirme ni afirme en ello sin la Iglesia o sus ministros.

Así lo dice también el Eclesiastés: *Si uno cae, el otro le levanta; pero ¡ay del solo, que si cae, no tiene quien le levante!* (4, 10). Y con llevar San Pablo mucho tiempo predicando el Evangelio, que según dice había recibido, no de hombre, sino del mismo Dios, no pudo de dejar de ir a confirmarlo con san Pedro y los Apóstoles, diciendo: *Subí conforme a una revelación y les expuse el Evangelio que predico entre los gentiles, y particularmente a los más autorizados para conocer si corría o había corrido en vano.* (Gl. 2, 2); no

teniéndose por seguro hasta que se lo confirmaron otros hombres como él.

Por tanto, no nos fiemos de lo que Dios nos diga por vía sobrenatural, aunque tengamos la certeza de lo que nos revela es verdadero, pues la misma certeza tenía san Pablo de su Evangelio, y ya vemos como acudió a San Padre y los Apóstoles para confirmarlo. Pues aunque la revelación sea de Dios, todavía el hombre puede errar acerca de ella o en lo tocante a ella.

Además, no piense nadie que porque trate familiarmente con Dios y los Santos de muchas cosas, que le han de enseñar directamente todo lo que necesita, cuando puede él saberlo por los medios normales, no sobrenaturales. Por esto, no debe nadie fiarse de sí mismo. Y así vemos a san Pedro –que era príncipe de la Iglesia y, por tanto, podemos decir, que era directamente enseñado de Dios—, como erraba acerca de cierta conducta que tenía con los gentiles; tanto que tuvo que reprenderle san Pablo, tal como nos lo cuenta, diciendo: *Pero como yo vi que no caminaban rectamente conforme a la verdad del Evangelio, dije a Cefas en presencia de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles, ¿cómo obligas a los gentiles a seguir los ritos judíos?* (Gl. 2, 14). Y Dios no advirtió directamente esta falta a san Pedro, porque era cosa de sentido común que estaba simulando ante los demás algo que era fingido, y que lo podía saber por simple razonamiento.

Cualquier luz que el alma reciba por vía sobrenatural, comuníquela luego con su director espiritual. Aunque no haga caso de ella, la deseche, y parezca que no existen motivos para dar cuenta de ella, es muy necesario que lo comunique, y esto por diversas razones:

La primera, porque Dios comunica muchas cosas, cuyos efectos, fuerza y luz, no los confirma en el alma hasta que no lo trate con su director espiritual, el cual es el juez espiritual que Él le ha puesto, con poder de atar o desatar, de aprobar y reprobar lo que le está pasando. Esto lo comprobamos cada día en las almas humildes a quienes pasan estas cosas, las cuales, después que las han manifestado con quien deben, quedan muy satisfechas, llenas de una nueva fuerza, luz y seguridad. Tanto, que a algunas les parece que hasta que no las traten con su maestro espiritual, no se

afirman en ellas, ni las consideran como suyas, como si al contarlas las recibiesen de nuevo.

Por tanto, para que el alma permanezca humilde, obediente y mortificada, debe dar parte de todo lo que le pasa a su director espiritual, aunque no haga caso de ello ni lo tenga en nada. Pues hay algunas almas a quienes les cuesta mucho decir tales cosas, por parecerles que no tienen importancia, y por no saber qué pensará de ello la persona con quien las ha de tratar; lo cual es señal de poca humildad, y, por ello, es menester obligarse uno mismo a contarlas. Otras hay que sienten mucha vergüenza para decirlas, porque piensan que les suceden cosas que parecen de santos, o por otros motivos, y, por eso, piensan que no hay para que contarlas, pues ni siquiera hacen caso de ellas; y, por el mismo motivo, conviene que se mortifiquen y las cuenten, hasta que adquieran la humildad y sencillez requeridas para decirlas con prontitud.

Y aunque se deban desechar tales cosas sobrenaturales, no por ello sus confesores han de tratarlas con aspereza y rudeza, para no dar ocasión a que se encojan y no se atrevan a manifestarlas. Pues, ya que es el modo por donde Dios las está llevando, no hay por qué asombrarse ni escandalizarse de ello, sino más bien, tratarlas con mucha benignidad y sosiego, dándoles ánimo para que abran su alma y manifiesten lo que les pasa y, si es menester, mandándoselo bajo precepto, por la gran repugnancia y dificultad que a veces sienten para contarlo.

Los directores espirituales deben encaminarlas en la fe, enseñándolas buenamente a desviar los ojos de todas aquellas cosas, dándoles doctrina para saberse desnudar de querer tales cosas para ir adelante, y dándoles a entender cómo es más preciosa delante de Dios cualquier pequeño acto que se haga en caridad, que cuantas visiones, revelaciones y comunicaciones celestiales puedan tener, pues éstas no dan mérito ni demérito; mientras que muchas almas, no teniendo ninguna cosa de éstas, están sin comparación mucho más adelantadas que otras que tienen muchas.

CAPÍTULO 23

Las comunicaciones que el entendimiento recibe puramente por vía espiritual.

Comencemos ahora a tratar aquellas otras cuatro comunicaciones del entendimiento que son puramente espirituales: las visiones, revelaciones, locuciones y los sentimientos espirituales. A las cuales llamamos *puramente espirituales*, porque no llegan al entendimiento por vía de los sentidos, ya sean exteriores o interiores (la imaginación y la fantasía). Estas se ofrecen pasivamente al entendimiento por vía sobrenatural, esto es, sin poner el alma nada de su parte, por lo menos activamente.

Estas cuatro comunicaciones se pueden llamar en general *visiones del alma*, porque al entender del alma llamamos también ver del alma. Y, por cuanto todas estas comunicaciones son inteligibles o perceptibles al entendimiento, son llamadas visibles espiritualmente. Y así, las clarividencias que de ellas se forman en el entendimiento se pueden llamar visiones intelectuales. Así como a los ojos corporales todo lo que es visible corporalmente origina una visión corporal, así a los ojos del alma espirituales, que es el entendimiento, todo lo que es inteligible origina una visión espiritual; pues, como hemos dicho, el entenderlo es verlo. Y así, estas cuatro comunicaciones las podemos llamar visiones.

Pero, porque estas comunicaciones se representan al alma al modo que a los demás sentidos, de aquí es que, hablando específicamente, a lo que recibe el entendimiento a modo de ver (porque puede ver las cosas espiritualmente así como los ojos corporalmente) llamamos "visión"; y a lo que recibe como entendiendo cosas nuevas llamamos "revelación"; y a lo que recibe a manera de oír, llamamos "locución"; y a lo que recibe a modo de los demás sentidos, como es la inteligencia de suave olor espiritual, y de sabor espiritual, y deleite espiritual que el alma puede gustar sobrenaturalmente, llamamos "sentimientos espirituales". De todo lo cual el entendimiento saca inteligencia o visión espiritual, sin percibir ninguna forma, imagen o figura por la imaginación o fantasía natural, sino que inmediatamente estas cosas se comunican al alma sobrenaturalmente.

De todas ellas también conviene que el entendimiento se desembarace, encaminándose y enderezándose por la noche espiritual de la fe a la divina y sustancial unión con Dios, habiendo seguido el camino de la soledad y desnudez de todas las cosas, que para esto se requiere. Porque, dado el caso que estas comunicaciones son más nobles y más provechosas y mucho más seguras que las imaginarias (por ser interiores puramente espirituales, a donde puede menos puede llegar el demonio, porque se comunican ellas al alma más pura y sutilmente sin obra alguna de ella ni de la imaginación, a lo menos activa) todavía no sólo se podría el entendimiento embarazar para el dicho camino, mas podría ser muy engañado por su poco recato.

Aunque vamos a tratar de cada una de ellas en particular, sobre todas ellas daremos también el consejo general de que ni se pretendan ni se quieran. Y así, hablemos de las primeras que son las visiones espirituales o intelectuales.

CAPÍTULO 24

Sobre los dos tipos que existen de visiones espirituales.

Dentro de las visiones espirituales las hay de dos tipos: unas de sustancias corpóreas, y otras, de sustancias incorpóreas.

Las que son de sustancias corpóreas atañen a todas las cosas materiales que hay en el cielo y en la tierra, las cuales puede ver el alma aun estando en el cuerpo, gracias a cierta luz sobrenatural que recibe de Dios, en la cual puede ver todas las cosas ausentes, del cielo y de la tierra, tal como le aconteció a san Juan, según cuenta en el capítulo 21 del Apocalipsis, cuando vio la celestial Jerusalén; o como le ocurrió a san Benito en una visión espiritual, que vio todo el mundo.

Las otras visiones, que son de sustancias incorpóreas, sólo se pueden ver gracias una luz más alta que se llama luz de gloria. Y así, estas visiones de sustancias incorpóreas, como son ángeles y almas, no son de esta vida ni se pueden ver en cuerpo mortal; porque si Dios las quisiese comunicar tal como son, luego el alma saldría del cuerpo y se desataría de la vida mortal. Que, por esto, dijo Dios a Moisés cuando le rogó le mostrase su esencia: *No me*

verá hombre que pueda quedar vivo (Ex. 33, 20). Y por esto, cuando los hijos de Israel pensaban que habían visto a Dios, o a algún ángel, temían morir, tal como se lee en el Exodo: *No nos hable Dios, no sea que muramos* (20, 19). Y lo mismo pensó Manoaj, padre de Sansón, tras haber visto al ángel que se les había aparecido en forma de varón muy hermoso, y por eso dijo a su mujer: *Seguro que vamos a morir, porque hemos visto a Dios* (Jueces 13, 22).

Y así, estas visiones no ocurren en esta vida más que excepcionalmente y como de paso, y esto, eximiendo Dios la condición natural de la criatura, abstrayendo totalmente el espíritu de ella, para que no sufra el cuerpo. Que, por eso, cuando San Pablo las tuvo (vio las sustancias incorpóreas en el tercer cielo), dice que fue arrebatado a ellas, y lo que vio *no sabía si era en el cuerpo o fuera del cuerpo, que solamente Dios lo sabe* (2 Cor. 12, 2). En lo cual se ve claro que Dios le traspuso de la vida natural. También, cuando quiso mostrarse a Moisés (Ex. 33, 22), le dijo Dios que le pondría en la hendidura de la peña y le protegería cubriéndole con la mano, para que no muriese cuando pasase su gloria.

Estas visiones, como la de san Pablo, Moisés y las de nuestro Padre Elías —cuando cubrió su rostro al silbo suave de Dios (3 Re. 19, 1113)—, aunque duran un momento, rarísimas veces acontecen y a muy pocos, porque lo hace Dios en aquellos que son muy fuertes en los mandamientos de Dios y en el espíritu de la Iglesia, como fueron los tres anteriores.

Pero, aunque estas visiones de sustancias espirituales no se pueden mostrar y ver claramente en esta vida con el entendimiento, se pueden, no obstante, sentir en la sustancia del alma con suavísimos toques, lo cual pertenece a los sentimientos espirituales que trataremos más adelante.

Pasemos ahora a tratar las visiones de corpóreas sustancias que espiritualmente se reciben en el alma, las cuales son a modo de las visiones corporales. Porque, así como ven los ojos las cosas corporales mediante la luz natural, así el alma con el entendimiento, mediante la luz sobrenatural, ve interiormente esas mismas cosas naturales y otras que Dios quiere, aunque haya diferencia en el modo y en la manera. Porque las espirituales e intelectuales se

ven mucho más clara y sutilmente que las corporales, pues, cuando Dios quiere hacer esa merced al alma, le comunica una luz sobrenatural por la que fácilmente y clarísimamente ve las cosas que Él quiere, ya sean del cielo o de la tierra, sin que estén ellas presentes. Es como si en una noche oscura a una persona se le abre una puerta y por ella ve una luz a manera de relámpago, que ilumina súbitamente todas las cosas y permite verlas clara y distintamente, y luego, al apagarse, las deja a oscuras, aunque queden impresas las formas y figuras de ellas en el entendimiento. Lo cual sucede en el alma con mucha más perfección, porque de tal manera se quedan impresas en ella aquellas cosas que con el espíritu vio en aquella luz, que cada vez que se acuerda, las ve en sí como las vio antes, tal como se ven las cosas en un espejo cada vez que se mira en él. Y esas cosas que vio jamás desaparecen del todo del alma, aunque con el tiempo se van haciendo algo lejanas.

El efecto que hacen en el alma estas visiones es quietud, iluminación y alegría a manera de gloria, suavidad, limpieza y amor, humildad e inclinación o elevación del espíritu en Dios; unas veces más, otras menos; unas más en lo uno, otras en lo otro, según el espíritu en que se reciben y como Dios quiere.

Puede también el demonio causar estas visiones en el alma mediante alguna luz natural, en que por sugestión espiritual aclara al espíritu cosas presentes o ausentes. Como cuando el demonio mostró a Cristo *todos los reinos del mundo y la gloria de ellos* (Mateo 4, 8), lo cual hizo por sugestión espiritual, porque con los ojos corporales no era posible hacerle ver tanto.

Pero estas visiones que causa el demonio son muy diferentes a las causadas por Dios. Porque los efectos que éstas hacen en el alma no son como los de las buenas, antes causan sequedad de espíritu acerca del trato con Dios e inclinación a ser estimado ante los demás, y a tener en algo las dichas visiones, y en ninguna manera causan humildad y amor de Dios. Tampoco las formas que dejan impresas en el alma son con aquella suave claridad de las otras, ni duran tanto, antes se desgastan o debilitan pronto, salvo si el alma las estima mucho, porque entonces la propia estimación hace que se acuerde de ellas; mas con gran sequedad y sin hacer aquel efecto de amor y humildad que las buenas causan cuando uno se acuerda de ellas.

Estas visiones, por cuanto son de criaturas y no guardan ninguna proporción con Dios, no pueden servir al entendimiento de medio próximo para la unión con Dios. Y así, conviene que el alma las deseche para que pueda avanzar por medio de la fe, que es el medio próximo para la unión con Dios. No trate de atesorarlas ni se apegue a ellas, porque impediría llegarse a Dios por la negación de todas las cosas. Y aunque queden impresas en el alma, no le estorbarán mucho si no hace caso de ellas. Porque si el recordarlas de alguna manera le mueve a amar más a Dios y a la contemplación, mucho más le mueve y levanta la pura fe y desnudez a oscuras de todo eso.

Y así, podrá andar el alma inflamada en ansias de amor muy puro de Dios, sin saber de dónde le vienen ni qué fundamento tuvieron. Y se debe a que conforme la fe se arraiga e infunde más en el alma mediante aquel vacío y tiniebla y desnudez de todas las cosas (lo que llamamos pobreza espiritual), también juntamente se arraiga más en ella la caridad de Dios. Por lo que cuanto más el alma se quiera oscurecer y aniquilar acerca de todas las cosas exteriores e interiores que pueda recibir, tanto más crecerá en la fe, y por consiguiente, en el amor y la esperanza, por cuanto estas tres virtudes teologales van siempre juntas.

Pero este amor algunas veces no lo comprende la persona ni lo siente, porque no se manifiesta en sentir afecto o ternura, sino en tener más fortaleza, ánimo y osadía que antes, aunque algunas veces redunde en el afecto y se muestre tierno y blando. Por tanto, para llegar a experimentar este amor, alegría y gozo en el alma, le conviene que sea lo suficientemente fuerte y mortificado para querer quedarse en vacío y a oscuras de todas estas visiones, y fundamentar su amor y gozo en lo que no ve ni siente, ni puede ver ni sentir en esta vida, que es Dios, el cual es incomprensible y está sobre todas las cosas. Y, por eso, nos conviene ir a Él por la negación de todo, porque sino, dado el caso que el alma sea lo bastante sagaz, humilde y fuerte para que el demonio no la pueda engañar ni hacerla caer en alguna presunción, como lo suele hacer, no la dejarán ir adelante, por cuanto pone obstáculo a la desnudez espiritual y pobreza de espíritu, y vacío en la fe, que es lo que se requiere para la unión del alma con Dios.

Y, porque acerca de estas visiones sirve también la misma doctrina que dimos para las visiones del sentido, no gastaremos aquí más tiempo en decirlas.

CAPÍTULO 25

Las revelaciones.

Pasemos a tratar ahora otras comunicaciones espirituales, las llamadas revelaciones, las cuales pertenecen al espíritu de profecía. No son otra cosa que el descubrimiento de alguna verdad oculta o la manifestación de algún secreto o misterio; así como si Dios hace que el alma entienda alguna cosa, declarando al entendimiento la verdad de ella, o descubriendo al alma algunas cosas que Él hizo, hace o piensa hacer.

Las hay de dos clases: unas, en las que se descubren verdades al entendimiento, las llamadas noticias intelectuales o inteligencias; y otras, en las que se manifiestan secretos y misterios de Dios, las llamadas más propiamente revelaciones. Porque las primeras en rigor no se pueden llamar revelaciones, porque consisten en que Dios hace entender al alma verdades desnudas, acerca cosas temporales o espirituales, mostrándoselas clara y manifiestamente. Mas las he querido tratar dentro del nombre de revelaciones, porque guardan mucha relación con ellas, y por no hacer demasiadas distinciones.

Podemos distinguir, por tanto, dos géneros de revelaciones: las noticias intelectuales, y las que descubren secretos y misterios ocultos de Dios.

CAPÍTULO 26

Las noticias intelectuales o inteligencias.

Estas noticias de verdades desnudas consisten en entender y ver verdades de Dios o de las cosas tal como fueron, son y serán, conforme al espíritu de profecía.

Pueden ser de dos tipos: unas tratan del Creador, y otras, de las criaturas. Tanto unas como otras son muy sabrosas para el alma, pero las que tratan de Dios causan un deleite que no se puede

comparar con nada, ni hay palabras para expresarlo, porque son noticias y deleite del mismo Dios, que, como dice el salmo, *no hay nada que se le compare* (Sal. 39, 6). Versan directamente sobre algún atributo de Dios, ya sea sobre su omnipotencia, su fortaleza, su bondad, dulzura, etc. Y como son pura contemplación, el alma es incapaz de explicarlas, como no sea decir algunos términos generales que quieren expresar algo de la abundancia del deleite y del bien que la hacen sentir, mas no dan a entender realmente lo que gustó y sintió.

Y así David, después de haber pasado por algo de esto, sólo dijo lo que se puede decir con palabras comunes y generales: *Los juicios de Dios* (esto es, las virtudes y los atributos de Dios) *son verdaderos, y todos por igual se verifican; son más preciosos que el oro, valen más que montones de oro fino; son más dulces que la miel, más que las gotas del panal* (Sal. 19, 10-11).

Y aunque emplee tales palabras u otras similares, bien se da cuenta el alma que no ha dicho nada de lo que vio, porque es algo inefable. Por eso san Pablo, cuando tuvo aquella alta noticia de Dios, no pudo decir nada, sino tan solo que no le era lícito al hombre tratar de ello (2 Cor. 12, 4).

Estas noticias que versan sobre Dios, nunca tratan de cosas particulares, por cuanto son acerca del Sumo Principio. Y sólo las tiene el alma que llega a la unión con Dios, porque ellas mismas son la misma unión. Consisten en cierto toque que tiene el alma con la Divinidad, y así se siente y gusta al mismo Dios. Y aunque no sea de la forma tan manifiesta y clara como acontecerá en la gloria, son tan altas la noticia y sabor que penetran la sustancia del alma, que el demonio no puede entrometerse aquí ni hacer algo semejante, porque no lo hay, ni existe cosa que se le compare, ni puede hacer gustar deleite semejante. Estas noticias saben a esencia divina y vida eterna, y el demonio no puede simular cosa tan alta.

Puede el demonio, sin embargo, intentar imitar en algo estas noticias, representando sensiblemente en el alma ciertas grandezas y excelsitudes, procurando persuadirla de que aquello es Dios; pero no de manera que entren en la sustancia del alma y la renueven y enamoren súbitamente, como lo hacen las de Dios. Porque hay algunas noticias y toques de estos que hace Dios en la

sustancia del alma que de tal manera la enriquecen, que no sólo le quitan de una vez todas las imperfecciones que ella no se había podido quitar en toda su vida, mas la dejan llena de virtudes y bienes de Dios.

Y le son al alma tan sabrosos y de tan íntimo deleite estos toques, que por uno de ellos se da por bien pagada por todos los trabajos que haya padecido en su vida, aunque hayan sido innumerables, y queda tan animada y con tanto brío para padecer muchas cosas por Dios, que le resulta muy penoso ver que no padece mucho.

Y a estas altas noticias no puede el alma llegar por mucho que se las ingenie, porque están muy por encima; y así, sin hacer nada el alma, las obra Dios en ella. Y a veces se las da cuando ella menos se lo espera. Pueden ocurrir súbitamente cuando se acuerda de ciertas cosas, a veces harto mínimas. Y son tan sensibles en ocasiones que, no sólo al alma, sino también al cuerpo hacen estremecer. Otras veces suceden estando el espíritu muy sosegado.

Pueden acontecer también al decir alguna palabra u oírla decir, ya sea de la sagrada Escritura, o de otra cosa. Mas no siempre causan el mismo efecto y sentimiento, porque muchas veces son harto remisos; pero, por poco que sean, vale más uno de estos recuerdos y toques de Dios al alma que muchas consideraciones que se haga de las criaturas y obras de Dios. Y por cuanto estas noticias se dan al alma de repente y sin consentimiento de ella, no tiene el alma que hacer nada por quererlas o no quererlas, sino permanecer humilde y dócil, que Dios hará su obra cómo y cuándo quiera.

Y sobre éstas noticias no digo que el alma las deseche, como en las demás comunicaciones, porque ellas son parte de la unión, hacia la que se encamina el alma. Y el medio para que Dios las haga ha de ser la humildad y el padecer por su amor, sin buscar ninguna retribución; porque estos dones no se dan al alma que está apegada a alguna criatura. Son dadas por un amor especialísimo de Dios hacia el alma, porque ella también le ama de forma desinteresada. El mismo Hijo de Dios nos lo dice: *El que me ama, será amado de mi Padre, y yo también le amare y me manifestare*

a él (Juan 14, 21). Y la forma de manifestarse son estas noticias y toques que Dios comunica al alma que de verás le ama.

El segundo tipo de noticias o visiones de verdades interiores es muy diferente de la anterior noticia, porque versan sobre cosas más bajas que Dios, de cómo son las cosas, los hechos y los acontecimientos humanos. Y es tan intenso y claro el conocimiento que se tiene de estas verdades y de tal manera se asientan en el interior del alma, que aunque traten de disuadirla diciéndola que son de otra forma, nunca la convencerán, aunque ella quiera hacerse fuerza para aceptar lo que le dicen, porque su espíritu conoce otra cosa, lo cual es como verlo claro. Estas noticias pertenecen al espíritu de profecía y a la gracia que llama san Pablo don de *discreción de espíritus* (1 Cor. 12, 10). Y aunque el alma tenga aquello que entiende por tan cierto y verdadero, como hemos dicho, no por eso ha de dejar de creer y dar su consentimiento con la razón a lo que le dice y manda su maestro espiritual, aunque sea muy contrario a aquello que siente, para enderezar de esta manera el alma en fe a la divina unión, a la cual ha de caminar el alma más creyendo que entendiendo.

Además, los muy adelantados en la perfección y de espíritu mortificado, ordinariamente suelen ser informados de cosas presentes o ausentes, pero no cuando ellos quieren, sino cuando Dios quiere. Y así fácilmente pueden conocer, unos más que otros, lo que hay en el corazón de las personas, y sus inclinaciones y talentos; y esto por indicios exteriores, aunque sean muy pequeños, tal como por alguna palabra o movimiento. Porque así como el demonio puede hacer esto, porque es espíritu, así también lo puede el espiritual, según dice el Apóstol: *El espiritual todas las cosas juzga* (1 Cor. 2, 15). Y en otro lugar dice: *El espíritu todas las cosas penetra, hasta las cosas profundas de Dios* (1 Cor. 2, 10). Y aunque no pueda conocer por vía natural el interior o los pensamientos de los demás, si lo puede entender por indicios o por ilustración sobrenatural. Y aunque en el conocimiento por indicios muchas veces se pueden engañar, las mayoría de las veces aciertan. Mas ni de lo uno ni de lo otro hay que fiarse, porque el demonio se entremete mucho aquí y con gran sutileza; y así siempre se debe renunciar a las tales intuiciones y maneras de conocer.

Son grandes los engaños que el demonio puede hacer aquí y de forma muy encubierta, por cuanto por sugestión puede representar al alma muchas noticias intelectuales y ponerlas con tanto asiento, que parezca que son verdad y, si el alma no es humilde y recelosa, sin duda le hará creer mil mentiras.

Todas estas noticias, ya sean de Dios o no, muy poco pueden servir al alma para encaminarse a Él; antes, si no pone cuidado en negarlas, no sólo la estorbarán, mas la dañarán harto y harán errar mucho; porque todos los peligros e inconvenientes que hemos dicho que puede haber en las comunicaciones sobrenaturales que estamos tratando puede haber en estas noticias. El alma siempre debe querer caminar a Dios por el no saber; dé siempre cuenta a su confesor o maestro espiritual de lo que pasa en su interior, y sea siempre obediente a lo que se le diga. No le importe rechazar estas noticias, pues aunque las rechace, siempre dejan en el alma el efecto bueno que Dios quiere cuando provienen de Él.

CAPÍTULO 27

El segundo género de revelaciones: el descubrimiento de secretos y misterios ocultos.

La segunda clase de revelaciones decíamos que era la manifestación de secretos y misterios ocultos. Está clase puede ser en dos maneras:

La primera, acerca de lo que es Dios en sí, que incluye la revelación del misterio de la Santísima Trinidad y unidad de Dios.

La segunda es acerca de lo que es Dios en sus obras y los demás artículos de nuestra fe católica. Incluye numerosas revelaciones de los profetas, promesas y amenazas de Dios, y otras cosas que han de suceder con respecto a la fe. También se encierran aquí muchas otras cosas particulares que Dios ordinariamente revela acerca del universo en general, como también en particular acerca de reinos, provincias y estados y familias y personas particulares.

Tenemos de todo esto ejemplos en abundancia en las Divinas Escrituras, sobre todo en los profetas y en el Apocalipsis. No sólo las revelaciones de Dios son de palabra, sino de otros muchos

modos y maneras: a veces con palabras solas, a veces por señales solas y figuras e imágenes y semejanzas solas, a veces juntamente con lo uno y con lo otro.

Actualmente Dios sigue concediendo estas revelaciones a quien quiere. Y así, suele revelar a algunas personas los días que han de vivir, o los trabajos que tendrán que pasar, o lo que ha de suceder en tal o tal persona, o en tal o tal reino, etc. Y acerca de los misterios de nuestra fe, suele descubrir y declarar al alma las verdades que encierran; aunque esto no se llama propiamente revelación, por cuanto ya está revelado, antes es manifestación o declaración de lo ya revelado.

Acerca de esta clase de revelaciones, puede también aquí el demonio mucho meter la mano, porque como son por palabras, figuras y semejanzas, etc., puede el demonio muy bien fingir otro tanto, mucho más que cuando las revelaciones son en espíritu sólo. Y, por tanto, acerca de lo que toca a nuestra fe, si se nos revelase algo nuevo o cosa diferente a lo que ya está revelado, en ninguna manera tendríamos que aprobarlo, aunque nos lo dijese un ángel del cielo, según dice san Pablo: *Aunque nosotros o un ángel del cielo os anunciase un Evangelio distinto del que os hemos anunciado, sea anatema (Gl. 1, 8)*.

Y ya que no hay más artículos que revelar acerca de la esencia de nuestra fe que los que ya están revelados a la Iglesia, no se han de admitir cosas nuevas reveladas al alma acerca de ella. Y si se le dan a conocer de nuevo las verdades ya reveladas, aun le conviene, por cautela, si no quiere ser engañado, no creerlas porque se le revelen de nuevo, sino porque ya están reveladas suficientemente a la Iglesia; y por tanto, cerrando el entendimiento a ellas, sencillamente fundamente su fe en la doctrina de la Iglesia. Porque el demonio, para poder engañar, persuade primero con verdades verosímiles para que la persona se confíe y pueda más tarde continuar engañándola; que es a manera del que cose el cuero, que primero introduce la aguja y luego tras ella el hilo, el cual no podría entrar si la aguja no le hiciera de guía.

Y en esto se mire mucho, porque, aunque fuese verdad que no hubiese peligro de engañarse, le conviene al alma mucho no querer entender cosas claras acerca de la fe, para conservar puro y

entero el mérito de ella y también para venir en esta noche del entendimiento a la divina luz de la divina unión.

Y si por las razones ya dichas conviene cerrar los ojos a las revelaciones que atañen a las proposiciones de la fe, ¿cuánto más necesario será no admitir ni dar crédito a las revelaciones que son acerca de otras cosas, en las cuales ordinariamente mete el demonio tanto la mano, que tengo por imposible que no se engañe el que no procure desecharlas, según la gran apariencia de verdad con que las presenta? Porque junta tantas apariencias y conveniencias para que se crean, y las fija tan bien en el sentido y la imaginación, que le parece a la persona que sin duda serán así. Y de tal manera las asienta en el alma, que si no tiene la humildad suficiente, apenas la sacarán de ello y la harán creer lo contrario. Por tanto, el alma pura, cauta, y sencilla y humilde, ha de resistir y desechar las revelaciones y otras visiones con tanta fuerza y cuidado, como si se tratasen de las más peligrosas tentaciones; porque no hay necesidad de quererlas, sino de no quererlas para ir a la unión de amor. Es lo que quiso significar Salomón cuando dijo: *¿Qué necesidad tiene el hombre de querer y buscar las cosas que están por encima de su capacidad natural?* (Ecl. 7, 1). Como si dijera: Ninguna necesidad tiene para ser perfecto de querer cosas sobrenaturales por vía sobrenatural, pues están por encima de su capacidad.

Y porque ya he respondido a las objeciones que se puedan poner contra esto en el capítulo 19 y 20 de este libro, a donde me remito, sólo digo que de todas ellas se guarde el alma para caminar pura y sin error en la *Noche de la fe* a la unión.

CAPÍTULO 28

Las locuciones interiores que sobrenaturalmente pueden acaecer al espíritu.

Siempre tengamos presente que el objetivo de este libro es encaminar al alma, a través de las comunicaciones naturales y sobrenaturales que va recibiendo, sin engaño ni embarazo, a la pureza de la fe y divina unión con Dios.

Lo mismo haremos al tratar la tercera manera de comunicaciones, que decíamos eran las locuciones sobrenaturales, que sin intervención de ningún sentido corporal se suelen hacer en los espíritus de las personas espirituales, las cuales se pueden reducir a tres: palabras sucesivas, formales y sustanciales.

Por palabras sucesivas entiendo ciertas palabras y razones que el espíritu, cuando está recogido, suele ir formando y razonando. Las palabras formales son ciertas palabras inconfundibles y explícitas que el espíritu recibe, no de sí, sino de tercera persona, a veces estando recogido, a veces no estándolo.

Las palabras sustanciales son otras palabras que también explícitamente se hacen al espíritu –a veces estando recogido, a veces no—, las cuales producen en la sustancia del alma aquella virtud y cualidad de lo que ellas significan. Todas ellas iremos aquí tratando ordenadamente.

CAPÍTULO 29

Las palabras sucesivas que algunas veces el espíritu recogido forma en sí.

Estas palabras sucesivas siempre ocurren cuando está el espíritu muy atento y recogido, embebido en alguna consideración. Y en la materia que medita, él mismo va discurriendo de una a otra consideración, razonando con tanta facilidad y distinción, y tanto provecho, que va descubriendo cosas que antes no sabía, y le parece que no es él el que lo hace, sino que otra persona interiormente lo va razonando, respondiendo, o enseñando.

Y en verdad, hay grandes motivos para pensar así, porque él mismo se razona y se responde consigo mismo, como si fuese una persona hablando con otra. Y ciertamente, en alguna manera es así, porque, aunque sea él quien hace aquello como instrumento, es el Espíritu Santo quien le ayuda muchas veces a elaborar y formar aquellos conceptos, palabras y razones verdaderas. Y así, se las habla a sí mismo, como si fuese en tercera persona. El entendimiento permanece recogido en la verdad que medita, y el Espíritu Divino se une con él en dicha verdad, y de esta manera se comunican los dos a través de esta verdad. Ambos juntamente van

formando las demás verdades que se desprenden de aquella verdad. Pero es el Espíritu Santo el que va indicando el camino e iluminando, porque ésta es una de las maneras que tiene para enseñar. De esta manera, el entendimiento, iluminado y enseñado por este Maestro, va entendiendo aquellas verdades y formando aquellos conceptos.

Y aunque en esta comunicación e ilustración del entendimiento no hay engaño, no obstante, lo puede haber muchas veces en las palabras formales y razones que sobre ello se forma el entendimiento; por cuanto la luz que se le da a veces es muy sutil y espiritual, de manera que no alcanza a informarse bien en ella y forma las razones de suyo muchas veces falsas, otras verisímiles o defectuosas. Es decir, partiendo de una verdad, luego pone de sí mismo la habilidad o rudeza de su bajo entendimiento, pudiendo fácilmente variar los conceptos conforme a su capacidad; y todo como si hablase en tercera persona. Esto explica que una persona que tenía estas locuciones sucesivas, entre algunas harto verdaderas y sustanciales que formaba del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, había algunas que eran pura herejía.

De aquí que me espante mucho ver lo que sucede en estos tiempos, que porque un alma tenga alguna de estas locuciones en algún rato de recogimiento, al punto bautiza todo lo que ha pensado como si se lo hubiese dicho Dios, llegando a decir: «Me dijo Dios», «Me respondió Dios»; no siendo así en la mayoría de las veces, pues se lo dice a sí misma. Las ganas que tiene de que Dios le hable, hace que ella misma se responda y piense que es Él quien le responde y se lo dice. De donde vienen estas almas a dar en grandes desatinos si no se refrenan mucho en esto y si el que las gobierna no les exige que no hagan caso de estos discursos. Porque más vanidad y engreimiento suelen sacar que humildad y mortificación de espíritu, pensando que les suceden cosas extraordinarias y que les ha hablado Dios; y en realidad apenas ha sido algo, o nada, o menos que nada. Porque lo que no engendra humildad, caridad, mortificación, santa simplicidad y silencio, etc., ¿qué puede ser? Todo esto dificulta mucho para llegar a la divina unión, porque aparta mucho al alma del abismo de la fe, en que el entendimiento ha de estar oscuro, y oscuro ha de ir por amor y no por mucho razonamiento.

Y si me preguntas por qué se ha de privar el entendimiento de aquellas verdades si en ellas es iluminado el entendimiento por el Espíritu de Dios, no pudiendo ser nada malo, te digo que el Espíritu Santo ilumina al entendimiento recogido, y que le ilumina al modo de su recogimiento, y que no puede haber otro mayor recogimiento que la pura fe; porque conforme está es más pura, más el alma tiene la caridad infusa de Dios; y cuanto más caridad tiene, tanto más el Espíritu Santo la ilumina y le comunica sus dones, porque la caridad es el motivo y el medio por donde se le comunica.

Y aunque en aquella ilustración de verdades comunica Él al alma alguna luz, se diferencia tanto en cuanto a la calidad de la luz que le comunica en la fe –sin entender claro—, como se diferencia el oro del muy ruin metal; y en cuanto a la cantidad, como excede el mar a una gota de agua. Porque en la primera manera se le comunica sabiduría de una, o dos, o tres verdades, etc., y en la otra se le comunica en general toda la Sabiduría de Dios, que es el Hijo de Dios, que se comunica al alma en fe.

Y si me dices que ambas cosas son buenas y que no impide la una a la otra, digo que impide mucho si el alma hace caso de ello, lo cual basta para que se impida la comunicación de Dios al alma en el abismo de la fe, en la cual sobrenatural y secretamente la va enseñando y la levanta en virtudes y dones sin que ella sepa cómo.

No debe aplicar, por tanto, el alma su entendimiento en estas palabras interiores sucesivas, para no desviar su atención de donde debe ponerla. Ponga sencillamente su atención amorosa en Dios, y de esta forma Él se le comunicará mucho más abundantemente. Mas si se aplica a pensar en estas cosas que sobrenaturalmente y pasivamente se le comunican, como el entendimiento no llega a tanto, por fuerza las ha de modificar a su modo y, por consiguiente, irá mezclándolas con razones propias, muchas veces erróneas.

Pero algunos entendimientos pueden ser incluso tan ingeniosos que cuando meditan recogidos en alguna consideración, discurren con tanta facilidad sobre los diversos conceptos, y forman palabras y razones tan acertadas y sutiles, que llegan a pensar que se las comunica Dios, mas no es Él quien se las comunica sino el entendimiento con su luz natural. Engañados por ellos mismos, piensan que Dios se les comunica y, por eso, o lo escriben o hacen

escribir. Por esto, el alma ha de habituarse a no hacer ningún caso de estas comunicaciones. Habitúese, más bien, a fundamentar su voluntad en el amor humilde, y a obrar de veras, y a padecer imitando al Hijo de Dios en su vida y mortificaciones; que éste es el camino para alcanzar todo bien espiritual, y no muchos discursos interiores.

En este genero de palabras interiores sucesivas también mete mucho el demonio la mano, engañando sutilmente por los diversos conceptos que va sugiriendo. Y así lo hace con algunos herejes, llenando su entendimiento de conceptos y razones muy sutiles, falsos y erróneos.

De lo dicho queda claro que estas locuciones sucesivas pueden proceder en el entendimiento de tres causas: del Espíritu Divino, que mueve e ilumina el entendimiento; de la luz natural del mismo entendimiento; y del demonio, que le puede hablar por sugestión.

Y para conocer cuándo proceden de una causa y cuándo de otra, se pueden dar algunas señales generales:

a) Si al meditar las palabras y conceptos va juntamente el alma amando a Dios, en humildad y reverencia hacia Él, es señal que anda por allí el Espíritu Santo, el cual, siempre que hace algunas mercedes, las hace envueltas en esto.

b) Cuando procede solamente del ingenio del entendimiento, lo hace sin acompañarse de estas virtudes, y aunque la voluntad puede naturalmente amar al conocer aquellas verdades, después de pasada la meditación, queda la voluntad seca, aunque no inclinada a vanidad ni a mal si el demonio no la tienta en esto. Lo cual no sucede cuando provienen de buen espíritu, porque después la voluntad queda ordinariamente aficionada a Dios e inclinada al bien, aunque no siempre. Que por eso digo que es difícil conocer algunas veces la diferencia de unas a otras, por los varios efectos que a veces producen.

c) Incluso las que provienen del demonio son a veces difíciles de distinguir, porque aunque ordinariamente dejan la voluntad seca acerca del amor de Dios y el ánimo inclinado a vanidad, estimación o complacencia propia, algunas veces induce una falsa humildad y un falso fervor fundados en el amor propio, por lo que se requiere una persona harto espiritual para que lo distinga. Y esto hace el

demonio para mejor encubrirse, el cual sabe muy bien engendrar algunas veces intensos sentimientos con derramamiento de lágrimas, para poner después en el alma las afecciones que él quiere. Pero siempre procura mover la voluntad a que estime estas comunicaciones interiores, y que haga mucho caso de ellas, para que se dé a ellas y se ocupe en lo que no es virtud, sino ocasión de perder la que tenía.

Tengámonos, pues, esta necesaria cautela, así en las unas como en las otras, para no ser engañados ni embarazados con ellas. No atesoremos nada de ellas, mas enderecemos la voluntad con fortaleza hacia Dios, cumpliendo con perfección sus mandamientos y santos consejos, en que consiste la sabiduría de los santos, contentándonos con conocer los misterios y verdades con la sencillez y verdad con que nos los propone la Iglesia. Que esto basta para inflamar mucho la voluntad, sin meternos en otras profundidades y peligrosas curiosidades. Porque a este propósito dice san Pablo: *No conviene saber más de lo que conviene saber* (Rm. 12, 3).

CAPÍTULO 30

Las palabras interiores que formalmente se hacen al espíritu por vía sobrenatural.

El segundo género de palabras interiores son las palabras formales que algunas veces se hacen al espíritu por vía sobrenatural sin intervención de ningún sentido, estando el espíritu recogido o no. Y las llamo "formales" porque formalmente se las dice una tercera persona, sin poner el alma nada de su parte. Y, por ello, son muy diferentes de las que acabamos de decir; no sólo porque el alma no pone nada de su parte, como hace en las otras, sino porque le suceden a veces estando distraída, sin estar recogida.

Estas palabras unas veces son muy concretas, y otras veces no tanto; porque muchas veces son como conceptos en que se le dice algo, ya respondiendo, ya de otra forma hablándole al espíritu. A veces consisten en una palabra, a veces en dos o más; otras veces son razonamientos, como las sucesivas, pero siempre sin que ponga el alma nada de su parte.

No hacen gran efecto en el alma, pues, ordinariamente, sólo son para enseñar o dar luz sobre alguna cosa. Y cuando son de Dios siempre enseñan pronta y claramente al alma aquello que Él quiere enseñarle o mandarle, aunque algunas veces no quitan al alma la repugnancia y dificultad, antes se la suelen poner mayor; lo cual hace Dios para mayor enseñanza, humildad y bien del alma. Y siente esta repugnancia sobre todo cuando le manda hacer cosas extraordinarias o relumbrantes para el alma, porque cuando le manda hacer cosas humildes y bajas las hace con más facilidad y prontitud. Y así leemos en el Exodo (c. 34) que cuando Dios mandó a Moisés que fuese al Faraón y que librase a su pueblo, tuvo Moisés tanta repugnancia, que fue preciso que se lo mandase tres veces y que le diese algunas señales, y a pesar de todo, no consentía, hasta que Dios le dio por compañero a Aarón.

Lo contrario sucede cuando provienen del demonio, que en las cosas de más valor pone facilidad y prontitud, y en las bajas, repugnancia. Porque, ciertamente, Dios aborrece tanto que las almas tiendan a las grandezas, que aún cuando Él se las manda, no quiere que se aficionen a ellas.

En estas palabras formales, en que no se entremete el entendimiento, bien se da cuenta el alma que no las dice ella, sobre todo cuando estaba distraída en ese momento; y si estaba recogida, bien clara y distintamente ve que no son suyas.

El alma debe hacer tan poco caso de estas palabras formales como de las palabras sucesivas; porque, además de que ocuparía el espíritu en lo que no es legítimo y próximo medio para la unión de Dios, que es la fe, podría facilísimamente ser engañada por el demonio; porque, a veces, apenas se podrá saber cuáles son dichas por el buen espíritu y cuáles por el malo. Pues como no hacen mucho efecto, apenas se pueden distinguir por los efectos, porque aun a veces las del demonio producen más efecto en los imperfectos que estas otras de buen espíritu en los espirituales. No se haga caso de ellas, ya provengan del buen o mal espíritu; pero dé cuenta de ellas al confesor maduro o a persona discreta y sabia, para vea lo que convenga hacer y dé su consejo. Y si no encuentra una persona experta, más vale, sin hacer caso de las tales palabras, no dar parte a nadie, porque fácilmente encontrará algunas personas que antes le destruyan el alma que la edifiquen.

Porque las almas no las ha de tratar cualquiera, pues es muy importante acertar y no errar en tan grave negocio.

Y adviértase mucho en que el alma jamás dé su parecer, ni admita ni haga ninguna cosa de lo que aquellas palabras le dicen sin mucho acuerdo y consejo ajeno. Porque en esta materia se dan engaños sutiles y extraños; tanto, que tengo para mí, que el alma que no sea enemiga de tener las tales cosas, no podrá dejar de ser engañada en muchas de ellas, ya sea en poco o en mucho.

CAPÍTULO 31

Las palabras sustanciales que interiormente se hacen al espíritu.

El tercer género de palabras interiores son las palabras sustanciales, las cuales, aunque también son formales, por cuanto muy formalmente se imprimen en el alma, difieren, empero, en que la palabra sustancial hace efecto vivo y sustancial en el alma, y la solamente formal no. De manera que, aunque es verdad que toda palabra sustancial es formal, no toda palabra formal es sustancial, sino solamente aquella que imprime sustancialmente en el alma aquello que significa. Tal como si nuestro Señor dijese formalmente al alma: "Sé buena", al punto sustancialmente sería buena; o si la dijese: "Ámame", enseguida sentiría el amor de Dios; o si, temiendo mucho, la dijese: "No temas", inmediatamente sentiría gran fortaleza y tranquilidad. Porque la palabra de Dios, como dice el Sabio (Ecli. 8, 4), está llena de potestad; y así hace sustancialmente en el alma aquello que significa. Y así lo hizo con Abraham con sólo decirle: *Anda en mi presencia y sé perfecto* (Gn. 17, 1), inmediatamente fue perfecto y anduvo siempre obedeciendo a Dios. Y éste es el poder de su palabra que aparece en el Evangelio, por el que sanaba los enfermos, resucitaba los muertos, etc., solamente con decirlo. Y de esta manera dice a algunas almas estas palabras sustanciales. Y son de tanta trascendencia y precio, que constituyen para el alma un bien incomparable, porque le hace más bien una palabra de éstas que cuanto haya hecho ella en toda su vida.

Acerca de estas palabras sustanciales, ni tiene el alma que hacer ni que querer, ni que no querer, ni que desechar, ni que temer.

No tiene que hacer en obrar lo que ellas dicen, porque estas palabras sustanciales nunca se las dice Dios para que ella las ponga por obra, sino para obrarlas en ella; lo cual es diferente en las formales y sucesivas.

Y digo que no tiene que querer ni no querer, porque ni es menester su querer para que Dios las obre, ni basta con que el alma no quiera para que dejen de hacer su efecto.

Ni las tiene que desechar, porque el efecto que ellas producen queda impreso en la sustancia del alma y está lleno del bien de Dios.

Tampoco tiene que temer algún engaño, porque ni el entendimiento ni el demonio pueden entrometerse en esto ni llegar a imprimir en el alma tales efectos. Y así, estas palabras sustanciales sirven mucho para la unión del alma con Dios, y cuanto más interiores, más sustanciales son y más aprovechan. ¡Dichosa el alma a quien Dios se las diga! *Habla, Señor, que tu siervo escucha* (1 Reg. 3, 10).

CAPÍTULO 32

Los sentimientos interiores que sobrenaturalmente se hacen el alma por medio del entendimiento.

Ahora pasamos a tratar el último genero de aprehensiones intelectuales: los sentimientos espirituales que muchas veces sobrenaturalmente se hacen al alma de la persona espiritual.

Estos sentimientos espirituales pueden ser de dos tipos. Los primeros, son sentimientos en el afecto de la voluntad; los segundos, son sentimientos en la sustancia del alma.

Los de la voluntad, cuando son de Dios, son muy subidos; mas los que son de la sustancia del alma son altísimos y de gran bien y provecho. Dios los causa cuando quiere, sin que el alma pueda saber la razón. Porque no dependen de las obras que pueda haber hecho ni de las consideraciones que haya tenido, aunque estas cosas pueden ayudar a disponer el alma. Los da Dios a quien

quiere y por las razones que Él sólo sabe; porque puede suceder que una persona se haya ejercitado en muchas obras buenas, y no le haya dado estos toques; y a otra, que se haya ejercitado mucho menos, se los dé abundantemente y subidísimos. De estos toques, unos son muy particulares y se pasan presto; otros no son tan particulares y duran más.

Por ser solamente sentimientos, no pertenecen al entendimiento, sino a la voluntad; y así no trato de propósito aquí de ellos, hasta que tratemos de la noche y purificación de la voluntad en sus aficiones, que será en el libro 3º que viene a continuación. Pero, porque muchas veces actúan en el entendimiento como una comunicación o noticia, convenía aquí mencionarlos. Y esta noticia suele ser un subidísimo sentir de Dios, sabrosísimo para el entendimiento.

Ya que estos sentimientos se dan pasivamente, sin que el alma ponga algo de su parte para recibirlos, así también se dan las noticias en el entendimiento. Por lo que para no errar ni impedir sacar provecho de ellos, el alma no ha de hacer aquí nada, sino estarse en una actitud pasiva acerca de ellos, sin entrometer su capacidad natural. Porque, como ocurría en las palabras sucesivas, fácilmente con su actividad turbará y deshará estas delicadas noticias, que son una sabrosa inteligencia sobrenatural a la que no llega el natural ni se puede comprender haciendo, sino recibiendo.

Y así, no ha de querer recibir estas noticias, para que el entendimiento no forme de suyo otras, ni el demonio pueda introducirse con otras falsas; lo cual puede él muy bien hacer cuando en el alma se da a estas noticias. Manténgase resignada y humilde, pues como se reciben pasivamente de Dios, Él se las comunicará cuando quiera, viéndola humilde y desapropiada. Y de esta manera no impedirá en sí el provecho que estas noticias hacen para la divina unión (que es grande, porque todos estos toques son de unión), la cual pasivamente se hace en el alma.

Esto basta para concluir con las comunicaciones sobrenaturales del entendimiento. A continuación pasaremos al Tercer Libro, donde con el favor divino trataremos la purificación espiritual e interior de la voluntad acerca de sus afecciones interiores, que aquí llamamos *Noche activa*.

LIBRO TERCERO

La purgación o purificación de la Noche activa de la memoria y voluntad. Cómo se ha de conducir el alma acerca de las aprehensiones de estas dos potencias para venir a unirse con Dios, en perfecta esperanza y caridad.

CAPÍTULO PRIMERO

Instruida ya la primera potencia del alma, que es el entendimiento, por todas sus aprehensiones en la primera virtud teológica, que es la fe, para que según esta potencia se pueda unir el alma con Dios por medio d la pureza de la fe, resta ahora purificar las otras dos potencias del alma — memoria y voluntad—, con respecto a las otras dos virtudes teologales, la esperanza y la caridad. De esta manera el alma vendrá a unirse con Dios en perfecta esperanza y caridad. Mas ya no será necesario alargarnos tanto en estas dos potencias, porque si la persona espiritual encamina bien el entendimiento en la fe según la doctrina que se le ha dado, las otras dos potencias harán lo mismo respecto de las otras dos virtudes, porque las operaciones de las unas dependen de las otras.

Comenzaremos por la memoria, cuyos objetos son tres: los naturales, imaginarios y espirituales; dependiendo de ellos, también son de tres clases las noticias de la memoria, es a saber: las naturales y sobrenaturales e imaginarias espirituales.

Posteriormente trataremos las afecciones de la voluntad, con lo que se concluirá este libro tercero de la noche activa espiritual.

CAPÍTULO 2

Las aprehensiones naturales de la memoria: cómo ha de vaciarse de ellas para que se pueda unir el alma con Dios según esta potencia.

Necesario es advertir en cada libro el propósito que nos mueve, porque sino le podrán nacer al lector muchas dudas acerca de lo que vaya leyendo. Pues viendo cómo aniquilamos las potencias

acerca de sus operaciones, quizá la parecerá que antes deshacemos el camino del ejercicio espiritual que lo construimos; lo cual podría ser verdad si quisiésemos instruir a principiantes, a los cuales conviene disponerse por esas comunicaciones discursivas y comprensibles, pero aquí damos doctrina para pasar adelante por la contemplación a la unión de Dios, para lo cual todos esos medios y ejercicios sensitivos de las potencias han de quedar atrás y en silencio, para que Él obre en el alma la divina unión. Convendrá, pues, continuar este proceder, desembarazando, vaciando y haciendo negar a las potencias su jurisdicción natural y operaciones, para que puedan ser penetradas e ilustradas por lo sobrenatural, pues por su capacidad natural no pueden llegar a negocio tan alto, antes estorban.

Y siendo verdad que antes se va conociendo a Dios por lo que no es que por lo que es, será necesario para llegar a Él, negar y no admitir hasta donde sea posible las aprehensiones de las potencias, tanto naturales como sobrenaturales. Así lo haremos con la memoria, sacándola de sus límites y marcos naturales, por encima de todo conocimiento particular aprehensible, buscando alcanzar de esta forma a Dios, el cual no se puede abarcar ni comprender con nuestra inteligencia.

La memoria se alimenta de todos aquellos conocimientos que se pueden adquirir y formar a partir de los cinco sentidos corporales: ver, oír, oler, gustar y palpar. Pues bien, de todas estas noticias y formas se ha de desnudar y vaciar el alma, de manera que no dejen ni rastro, quedándose la memoria en calma y rasa, como si no hubiese pasado nada por ella, olvidada de todo. Lo cual es imprescindible para que pueda unirse el alma con Dios, pues esto no se puede lograr mientras la memoria no se desnude totalmente de todas las formas que no son Dios, pues Él no puede caber bajo ninguna forma ni noticia alguna concreta. Y como *no se puede servir a dos señores*, como dice Cristo (Mt. 6, 24), no puede la memoria estar juntamente unida a Dios y a las formas y noticias particulares, pues, Él no tiene forma ni imagen que pueda ser encerrada en la memoria. Esto explica porque, cuando el alma está unida a Dios, tiene perdida la imaginación –no ve formas ni figuras — y la memoria en gran olvido, que no se acuerda de nada, por estar absorta en sumo bien; porque esta divina unión le vacía la

fantasía, limpiándola de todas las formas y noticias, y la sube al mundo sobrenatural.

Y así, a veces ocurre, cuando Dios tiene estos toques de unión con el alma, que súbitamente le da un vuelco en el cerebro –donde la memoria tiene su asiento—, tan sensible que le parece se desvanece toda la cabeza y se pierde el juicio y el sentido. Y esto ocurre unas veces más fuertemente que otras, según sea la intensidad del toque. La memoria entonces se vacía y purifica de todas las noticias, y queda olvidada y a veces olvidadísima, tanto que tiene que hacerse gran fuerza para acordarse de algo.

Y de tal manera es a veces este olvido de la memoria y suspensión de la imaginación, por estar la memoria unida con Dios, que se pasa mucho tiempo sin sentirlo ni saber que hizo durante aquel tiempo. Y aunque le hagan entonces cosas que causen dolor, no lo siente.

Por tanto, es conveniente que el alma, para que Dios pueda hacer estos toques de unión, que vacíe su memoria de todas las noticias aprehensibles. Pero es de notar que estas suspensiones de la memoria no se dan así en los perfectos, por cuanto hay ya perfecta unión; sino que se dan al principio de la unión.

Alguno objetará que la consecuencia de todo esto es la ruina del uso natural de las potencias, quedando el hombre como una bestia, olvidado de todo o incluso peor, porque no puede discurrir ni acordarse de lo más elemental que necesita para vivir; y que Dios no destruye la naturaleza, antes la perfecciona, mientras que de aquí necesariamente se sigue la destrucción del uso de las potencias, porque la memoria la tiene perdida y está privada de las noticias y formas que son el medio para poder recordar.

A lo cual respondo que así ocurre, pues cuanto más va uniéndose la memoria con Dios, más se desprende de las noticias particulares hasta perderlas del todo, que es cuando llega al estado de unión perfecta. Y así, al principio, cuando la unión se va realizando, no puede dejar de tener gran olvido acerca de todas las cosas, pues se va privando de las formas y noticias, y así tiene muchos descuidos en su proceder exterior, no acordándose de comer o beber, ni de si hizo o vio o le dijeron tal cosa, ya que tiene la memoria absorta en Dios.

Pero una vez que esta unión con Dios se hace permanente en ella, ya no tiene esos olvidos, antes obra con mucha mayor perfección. Aunque no utiliza ya su memoria (con sus formas y recuerdos) ni las demás potencias, pues vive permanentemente en unión con Dios, que es un estado sobrenatural, en el cual dichas potencias son transformadas y dejan de obrar naturalmente, pasando a hacerlo sobrenaturalmente; y así, no se pueden imprimir en la memoria formas ni noticias de cosas. Por lo cual, las operaciones de la memoria y de las demás potencias en este estado son todas divinas, porque Dios se enseñorea enteramente de ellas y Él mismo es el que las mueve y manda divinamente según su divino espíritu y voluntad. Entonces las operaciones de las potencias ya no son del alma, sino de Dios, y son, por tanto, operaciones divinas; pues como dice san Pablo, *el que se une con Dios, un espíritu se hace con Él* (1 Cor. 6, 17).

De ahí que las actuaciones de tales almas sólo son las que convienen y se necesitan, y no las que no convienen; porque el Espíritu de Dios les hace saber lo que han de saber, e ignorar lo que conviene ignorar, y acordarse de lo que se han de acordar, y olvidar lo que conviene olvidar, y les hace amar lo que han de amar, y no amar lo que no está fundamentado en Dios. Y así, todos los primeros movimientos de las potencias de las tales almas son divinos; de lo cual no hay que maravillarse, pues estas potencias han sido transformadas y divinizadas.

Pondré algunos ejemplos de estas operaciones:

Se le pide a una persona que está en este estado que la encomiende a Dios. Esta persona se acordará de hacerlo sólo cuando Dios quiera que se la encomiende, moviéndole la voluntad para que pida por ella; pero si no quiere Dios aquella oración, por mucha fuerza que se haga el alma para orar por ella, no podrá ni tendrá ganas; y a veces Dios la moverá para que ruegue por otros que no conoce. Porque Dios sólo mueve las potencias de estas almas para que realicen las obras que convienen según su voluntad, no pudiendo ellas entrometerse en otras; y así, los actos y oraciones de petición de estas almas siempre tienen efecto. Tales eran las de la gloriosísima Virgen Nuestra Señora, la cual, estando desde el principio levantada en tan alto estado, nunca estuvo

apegada a ninguna criatura ni se movió por ninguna, incluso ni por ella misma, sino siempre por el Espíritu Santo.

Otro ejemplo: Ha de acudir en un momento concreto a cierto negocio necesario; no se acordará para nada, sino que, sin saber cómo, se le fijará en el alma cuándo y cómo convendrá acudir al dicho negocio.

Y no sólo en esto les da luz el Espíritu Santo, sino en otras muchas cosas, aunque estén ausentes. Algunas veces lo hace a través de formas intelectuales inteligibles, pero muchas veces utiliza otro modo, no sabiendo ellas cómo saben aquello. Como estas almas se ejercitan en no conocer nada con las potencias, llegan a saberlo todo según aquello que dice el Sabio: *El artífice de todo, que es la Sabiduría, me lo enseñó todo* (Sab. 7, 21).

Tal vez pensarás que para llegar a estado tan alto un alma no puede vaciar tanto su memoria, privándose de todas las formas y fantasías, porque encuentra dos obstáculos que están por encima de sus fuerzas humanas, los cuales son los siguientes: no puede privarse de lo que es innato a su naturaleza, por mucho que se esfuerce; y tampoco puede actuar sobrenaturalmente, lo cual es aun mucho más dificultoso e imposible a la naturaleza del hombre.

Ante esta objeción, respondo que es Dios quien la ha de poner en este estado sobrenatural; y lo único que puede hacer el alma es irse disponiendo para ello. A la vez que ella pone todo lo que está de su parte para entrar en esta negación y vacío de formas, la va Dios uniendo con Él. Y esto lo va Dios obrando en ella pasivamente, como diremos, en la noche pasiva del alma. Y así, cuando a Dios le plazca, según la encuentre dispuesta, terminará por darle el hábito de la perfecta divina unión.

Sólo diré aquí cuán necesario le es al alma, en cuanto está de su parte, que purifique y vacíe su memoria en esta noche. Para lo cual convendrá vivir habitualmente esta cautela: en todas las cosas que escuche, vea, huela, guste o toque, no trate de hacer acopio ni presa de ellas en la memoria, sino que deje que se le olviden, y lo procure con eficacia; de manera que no le quede en la memoria ninguna noticia ni figura de ellas, tal como si no hubiesen existido, dejando la memoria libre y desembarazada, no atándola a ninguna consideración de arriba ni de abajo, como si no la tuviese. Pues todo lo natural, cuando se quiere usar, antes estorba que ayuda

para lo sobrenatural. Y si no se hace así, nada conseguirá, perderá su tiempo y se verá privada de muchos bienes espirituales que podría haber recibido.

Y aunque por algún tiempo no se sienta el provecho que se saca con vaciar la memoria de todas las noticias y formas, no por eso se ha de cansar el espiritual; que no dejará Dios de acudir a su tiempo. Y por un bien tan grande, mucho conviene pasar y sufrir con paciencia y esperanza.

Apenas se hallará alma que en todas las cosas y siempre se deje mover por Dios, teniendo tan continua unión con Él, que sin intermedio de alguna forma sean sus potencias siempre movidas divinamente. Pero siempre existirán almas que se dejen mover frecuentemente por Dios en sus operaciones, no siendo ellas las que se mueven. Porque *los hijos de Dios* –los que han sido transformados por su unión con Dios— *son movidos del Espíritu de Dios* (Rm. 8, 14) por medio de sus potencias. Y no es maravilla que los actos de sus potencias sean divinos, puesto que la unión del alma es divina.

CAPÍTULO 3

Tres daños acontecen al alma que no quiere oscurecer su memoria de noticias y razonamientos.

A tres daños e inconvenientes está sujeta la persona espiritual que todavía quiere usar de las noticias y discursos naturales de la memoria para ir a Dios: dos son positivos, y uno privativo. El primero le llega de parte de las cosas del mundo; el segundo, de parte del demonio; y el tercero, de carácter privativo, es el impedimento y estorbo que le causan para la divina unión.

El primero, que le llega de parte del mundo, consiste en estar sujeto a los muchos males que le causan las noticias y razonamientos, ya sean falsedades, imperfecciones, apetencias, juicios, pérdidas de tiempo y otras muchas cosas.

Y ciertamente ha de caer en falsedades, porque muchas veces le ha de parecer lo verdadero falso y lo cierto dudoso, y viceversa, pues apenas podemos conocer en profundidad una verdad. De

todas las cuales se libra el que oscurece la memoria de todo razonamiento y noticia.

Cae en imperfecciones a cada paso el que trata de recordar lo que oyó, vio, tocó, olió y gustó, etc.; porque siempre se le ha de pegar alguna afición, ya sea de dolor, temor, de odio o de vana esperanza, de vano gozo o vanagloria, etc.; pues, todas éstas aficiones, por lo menos, son imperfecciones, y, a veces, pecados veniales, etc.; y al alma se le pega sutilmente mucha impureza, aunque sean los discursos y noticias acerca de cosas de Dios.

Y que se le engendren apetitos, también se ve claro, pues de tales razonamientos y noticias naturalmente nacen, y sólo quererlos ya es apetito.

Y que ha de hacer muchos juicios, bien se ve, pues no puede dejar de tropezar con la memoria en males y bienes ajenos, en que a veces parece lo malo bueno, y lo bueno malo. De todos estos daños nadie se puede librar si no es cegando y oscureciendo su memoria acerca de todas las cosas.

Y si me dices que bien podrá el hombre vencer todas estas cosas cuando le vengan, digo que del todo es imposible si hace caso de noticias, porque en ellas se ingieren mil imperfecciones e impertinencias, y algunas tan sutiles y delicadas, que, sin darse cuenta el alma, se le pegan de suyo, así como la brea se pega al que la toca, y que mejor se vence todo de una vez negando la memoria en todo.

Dirás también que, estando así cegada la memoria, se priva el alma de muchos buenos pensamientos y consideraciones de Dios, que aprovechan mucho al alma para que Él le haga mercedes. Respondo que, para esto, más aprovecha la pureza del alma, que consiste en no apegarse a ninguna afición de criatura, ni de cosa mundana, aunque sólo sea una insinuación; pues, por la imperfección que de suyo tienen las potencias en sus operaciones, difícilmente podrá impedir que se le peguen mucho. Por lo cual, mejor será ir aprendiendo a poner las potencias mudas y en silencio, para que Dios hable al corazón (Os. 2, 14).

Y si todavía replicas diciendo que no experimentará ningún bien el alma si no considera y discurre la memoria en Dios, y que se le irán entrando muchas distracciones y flojedades, te respondo que

es imposible que, si la memoria se recoge acerca de lo de allá y de lo de acá juntamente, le vengan males y distracciones, ni otras impertinencias ni vicios, los cuales siempre vienen de estar holgazaneando la memoria. Eso pasaría si cerrará la puerta a las consideraciones y razonamientos acerca de las cosas de arriba y la abriera a las de abajo; pero aquí se cierra a todas, tanto unas como otras, haciendo que la memoria quede callada y muda, y sólo el oído del espíritu en silencio escuchando a Dios, diciendo como el profeta: *Habla, Señor, que tu siervo escucha* (1 Sm. 3, 10). Es lo que dijo el Esposo, en el Cantar de los Cantares (4, 12), que tenía que ser su Esposa, diciendo: *Mi hermana es huerto cerrado y fuente sellada*, es a saber, a todas las cosas que en él pueden entrar.

Estése, pues, el alma cerrada sin cuidado y pena, que el que entró corporalmente donde estaban sus discípulos, estando las puertas cerradas, y les dio paz sin ellos saber ni pensar cómo podía ser aquello (Jn. 20, 19- 20), entrará espiritualmente en el alma sin que ella sepa cómo, teniendo ella cerradas las puertas de las potencias, —memoria, entendimiento y voluntad— a todas las noticias, y se las llenará de paz, descendiendo sobre ella como un *río de paz* (Is. 48, 18), quitándole todos los recelos y sospechas, turbación y tinieblas en que estaba e iba perdida. No pierda el cuidado de orar y espere en desnudez y vacío, que no tardará su bien.

CAPÍTULO 4

El segundo daño que puede venir al alma de parte del demonio por vía de la memoria.

El segundo daño que puede sufrir el alma por las noticias de la memoria es causado por el demonio, el cual tiene gran mano por este medio. Porque puede añadir formas, noticias y discursos, y por medio de ellos afectar con soberbia, avaricia, ira, envidia, etc., y suscitar odio injusto y amor vano, y engañar de muchas maneras. Y además suele asentar cosas en la fantasía de manera que las que son falsas, parezcan verdaderas, y las verdaderas falsas.

Sólo si el alma se oscurece en todas las noticias y discursos y se aniquila en olvido, podrá cerrar totalmente la puerta a este daño

del demonio y se librará de todas estas cosas, lo cual es un gran bien para ella. Porque el demonio no puede nada en el alma si no es mediante las operaciones de las potencias, sobre todo por medio de las noticias, porque de ellas dependen casi todas las demás. De ahí que si la memoria se aniquila en ellas, el demonio no podrá nada, porque no hallará donde asirse, y sin ello, nada puede.

Por esto yo quisiera que las personas espirituales acabasen de darse cuenta de cuántos daños les hacen los demonios por medio de la memoria, cuando se dan mucho a usar de ella, cuántas tristezas y aflicciones, y gozos vanos experimentan, distrayéndolas grandemente del sumo recogimiento, que consiste en poner toda el alma, según sus potencias, en solo el Sumo Bien incomprehensible. Y aunque no se siguiera de este vacío el ponerse en Dios, por sólo librarse de muchas penas, aflicciones, tristezas, imperfecciones y pecados, ya sería un gran bien.

CAPÍTULO 5

El tercer daño que acontece en el alma por las noticias de la memoria.

El tercer daño que se produce en el alma por vía de los discursos y noticias naturales de la memoria, es de tipo privativo, y consiste en que le puedan impedir el bien moral y espiritual.

Es de saber que el bien moral consiste en el dominio de las pasiones y en el freno de los apetitos desordenados; de lo cual se sigue en el alma tranquilidad, paz, sosiego y virtudes morales. Este dominio y freno no lo puede tener de veras el alma que no se olvida y aparta de las cosas, de donde le nacen las aficiones; porque el alma se turba por las impresiones de la memoria. Mas cuando el alma se olvida de todas las cosas, no puede haber cosa que le perturbe la paz ni que mueva sus apetitos, pues, como dicen, lo que el ojo no ve, el corazón no lo desea.

Y de esto todos tenemos experiencia, pues vemos que cada vez que el alma se pone a pensar alguna cosa, queda movida y alterada, en poco o en mucho, acerca de aquella cosa, según sea la impresión que le causa: si es pesada y molesta, saca tristeza u

odio; si es agradable, saca afición y gozo, etc. De ahí que por fuerza ha de turbarse según cambien sus impresiones; y así, ahora tiene gozos, ahora tristezas, ahora odio, ahora amor, y no puede perseverar siempre de una manera con tranquilidad si no es cuando procura olvidar todas las cosas.

Y si está alterada el alma, no se dominará, y no será capaz, en cuanto tal, del bien espiritual, el cual no se imprime sino en el alma equilibrada y puesta en paz. Y además de esto, si el alma pone su atención en las impresiones de la memoria, como quiera que no puede ponerla más que en una sola cosa, no podrá estar libre para lo incomprehensible, que es Dios; porque, como hemos dicho, para que el alma vaya a Dios antes ha de ir no comprendiendo que comprendiendo.

CAPÍTULO 6

a) Los beneficios que procura al alma el olvido y vacío de todos los pensamientos y noticias de la memoria.

Por los daños que al alma causan las impresiones de la memoria, podemos también deducir los beneficios contrarios que se siguen por el olvido y vacío de ellas.

En primer lugar, el alma goza de tranquilidad y paz de ánimo, y, por consiguiente, de pureza de conciencia y de alma, y de esta forma estará mucho más dispuesta para fructificar tanto en la sabiduría humana y divina como en las virtudes.

En segundo lugar, se libra de muchas sugestiones y tentaciones del demonio. Porque quitados los pensamientos de en medio, no tiene el demonio por donde combatir al espíritu.

Y por último, el alma, mediante este olvido y recogimiento de todas las cosas, está más dispuesta para ser movida y enseñada por Espíritu Santo.

Pero aunque otro provecho no se siguiese en el hombre que las penas y turbaciones de que se libra por este olvido y vacío de la memoria, sería ya gran ganancia y bien para él. Porque siempre es vano el turbarse. Por lo cual dijo David: *De verdad, vanamente se conturba todo hombre* (Sal. 38, 7). Y así, aunque todo se acabe y se hunda y todas las cosas sean adversas, vano es turbarse, pues,

antes se daña más el alma que se remedia. Y llevarlo todo con igualdad tranquila y pacífica, no sólo aprovecha al alma para muchos bienes, sino también para que en esas mismas adversidades se acierte mejor a juzgar de ellas y ponerles el conveniente remedio.

Por tanto, en todos los casos, por adversos que sean, antes nos hemos de alegrar que turbar, por no perder el mayor bien, que es la tranquilidad de ánimo y la paz en todas las cosas adversas y prósperas, llevándolas todas con igualdad pacífica. La cual el hombre nunca perdería si se olvidase de las noticias y dejase los pensamientos inútiles, y se apartase de oír, y ver, y tratar cuanto en sí fuese. Pues nuestro ser es tan elemental y deleznable, que, aunque este bien ejercitado, apenas dejará de tropezar con la memoria en cosas que turben y alteren el ánimo.

CAPÍTULO 7

El segundo género de objetos de la memoria: las imaginarias sobrenaturales.

En este capítulo daremos cuenta de las formas, imágenes y noticias que pueden haber quedado impresas en la memoria o en la fantasía cuando el alma ha recibido una comunicación por vía sobrenatural, ya sea una visión, revelación, locución o un sentimiento espiritual sobrenatural. Acerca de lo cual será preciso dar también algunos avisos, para que la memoria no se embarace con ellas y no sean impedimento para la unión de Dios en esperanza pura y entera.

El primero, nunca el alma ha de procurar reflexionar sobre las cosas sobrenaturales que han pasado por ella, tratando de conservar en sí las formas y figuras y noticias de lo que le aconteció. Porque, como queda dicho, ninguna forma ni noticia sobrenatural que pueda quedar en la memoria es Dios, y de todo lo que no es Dios se ha de vaciar el alma para ir a Dios. Por tanto, también la memoria de todas estas formas y noticias se ha de deshacer para unirse con Dios en esperanza, porque toda posesión va contra la esperanza, la cual, como dice san Pablo, *es de lo que no se posee* (Hb. 11, 1).

Cuanto más la memoria se vacíe, tanto más crecerá en esperanza, y cuanto más esperanza tenga, tanto más unida estará a Dios; porque acerca de Dios, tanto más alcanza el alma cuanto más espera. O lo que es lo mismo, el alma espera más cuando se desposee más; y cuando se hubiere desposeído perfectamente, perfectamente quedará con la posesión de Dios en unión divina. Mas hay muchos que no quieren carecer de la dulzura y sabor que le producen las noticias que guardan en la memoria, y por eso no vienen a la suma posesión y entera dulzura; porque *el que no renuncia todo a lo que posee no puede ser su discípulo* (cf. Lc. 14, 33).

CAPÍTULO 8

Los daños que las noticias de cosas sobrenaturales pueden hacer al alma que reflexiona sobre ellas.

A cinco tipos de daños se expone la persona espiritual si trata de reflexionar y guardar estas noticias y formas que ha recibido por vía sobrenatural.

El primero es que muchas veces se engaña teniendo lo uno por lo otro. El segundo es que está cerca y en ocasión de caer en alguna presunción o vanidad.

El tercero es que el demonio tiene mucha mano para engañarla por este medio. El cuarto es que le impide la unión en esperanza con Dios. El quinto es que juzgará de Dios bajamente.

Respecto al primer daño, está claro que la persona espiritual que trata de reflexionar y guardar en su memoria las dichas noticias y formas, se ha de engañar muchas veces acerca de su juicio, porque, como ninguno cumplidamente puede saber las cosas que naturalmente pasan por su imaginación, ni tener entero y cierto juicio sobre ellas, mucho menos lo podrá tener acerca de las sobrenaturales que están por encima de nuestra capacidad, y que raras veces acaecen.

De donde muchas veces pensará que son cosas de Dios, y no será sino su fantasía; y muchas que lo que es de Dios pensará que es del demonio, y lo que es del demonio, que es de Dios.

Y si no se engaña en la verdad, se podrá engañar en la cantidad o cualidad, pensando que lo que es poco es mucho, y lo que es mucho, poco. Y acerca de la cualidad, teniendo lo que tiene en su imaginación por tal o tal cosa, y no será sino tal o tal otra.

Por tanto, si la persona espiritual no quiere engañarse en su juicio, no trate de aplicar su juicio para saber lo que en sí tiene y siente, ni tenga gana de saberlo, ni haga caso, sino sólo para decirlo al padre espiritual, para que le enseñe a vaciar la memoria de aquello. Pues todo cuanto ellas son en sí, no le pueden ayudar al amor de Dios tanto cuanto el menor acto de fe viva y esperanza que se hace en vacío y renuncia de todo.

CAPÍTULO 9

El segundo daño: caer en la propia estimación y vana presunción.

Las impresiones que dejan las comunicaciones sobrenaturales en la memoria constituyen también una gran ocasión para caer en alguna presunción o vanidad, si se hace caso de ellas teniéndolas en algo. Porque así como está muy libre de caer en este vicio el que no tiene ninguna comunicación, pues no ve en sí de que presumir; así, el que las tiene, está muy propicio a pensar que ya es alguien. Y aunque es verdad que lo pueden atribuir a Dios y darle gracias teniéndose por indignos, con todo, suele quedar cierta satisfacción oculta en el espíritu y estimación de sí mismo, la cual, sin sentirlo, les origina harta soberbia espiritual.

Lo cual pueden comprobar ellos claramente por el disgusto que les produce el que sus confesores no aprueben ni estimen aquellas cosas que les suceden; y por la pena que les da cuando piensan o les dicen que otros tienen aquellas cosas o incluso más subidas. Todo lo cual nace de secreta estimación y soberbia, y ellos no acaban de entender que están metidos en ella hasta los ojos. Piensan que basta con tener cierto conocimiento de su miseria para considerarse humildes, mientras están llenos de oculta estimación y satisfacción de sí mismos, agradándose más de su espíritu y bienes espirituales que del ajeno. Son como el fariseo que daba gracias a Dios porque no era como los otros hombres y que tenía tales y tales virtudes, lleno de presunción (Lc. 18, 11-12).

Y aunque no lo digan formalmente como el fariseo, lo sienten habitualmente. Y aun algunos llegan a ser tan soberbios, que son peores que el demonio; pues como ven en sí algunas noticias y sentimientos devotos y suaves de Dios, a su parecer, ya piensan están muy cerca de Él, mientras que los que no tienen aquello los tienen por muy despreciables, y los desestiman como el fariseo al publicano.

Para que puedan huir de este pestífero daño, aborrecible a los ojos de Dios, tendrán que tener en cuenta dos cosas. La primera, que la virtud no está en conocer cosas muy subidas o en sentimientos de Dios, por subidos que sean; sino, al contrario, está en lo que no sienten en sí, que es en mucha humildad y desprecio de sí y de todas sus cualidades, y gustar que los demás piensen lo mismo de su persona, no queriendo ser tenidos por algo en el corazón ajeno.

Lo segundo, tienen que percatarse que todas las visiones y revelaciones y sentimientos del cielo, no valen tanto como el menor acto de humildad; porque ésta tiene los efectos de la caridad, que no estima sus cosas ni las procura, ni piensa mal sino de sí, y de sí ningún bien piensa, sino de los demás (1 Cor. 13, 47). Por tanto, no presuman vanamente por haber tenido esas comunicaciones sobrenaturales, sino que las procuren olvidar para quedar libres.

CAPÍTULO 10

El tercer daño que puede seguir al alma de parte del demonio, por las aprehensiones imaginarias de la memoria.

Mucho daño puede causar el demonio al alma por medio de estas comunicaciones sobrenaturales, pues puede representar en la memoria y fantasía muchas noticias y formas falsas que parezcan verdaderas y buenas, imprimiéndolas en el espíritu con mucha eficacia y sugestión, de manera que le parezca al alma que no hay otra cosa. Incluso, transfigurándose en ángel de luz, puede hacerlo en las comunicaciones sobrenaturales verdaderas que el alma ha recibido de Dios, moviéndole los apetitos y afectos desordenadamente, tanto espirituales como sensitivos, acerca de

ellas. Porque si el alma gusta de tener tales comunicaciones, le es muy fácil al demonio aumentar sus apetitos y afecciones, y hacerla que caiga en gula espiritual y otros daños.

Y para hacer esto mejor, le suele poner gusto y deleite sensitivo en las mismas cosas de Dios, para que el alma, endulzada y encandilada en aquel deleite, se vaya cegando y ponga los ojos más en el sabor que en el amor, o por lo menos ya no tanto en el amor, y que haga más caso de las percepciones sobrenaturales que de la desnudez y vacío que hay en la fe y esperanza y amor de Dios, y de aquí vaya poco a poco engañándola y haciéndola creer sus falsedades con gran facilidad.

Porque al alma que está ciega, ya la falsedad no le parece falsedad, y lo malo no le parece malo, etc.; porque le parecen las tinieblas luz, y la luz tinieblas, y de ahí viene a dar en mil disparates, así acerca de lo natural, como de lo moral, como también de lo espiritual; y lo que era vino lo convierte en vinagre. Todo lo cual le viene porque al principio no fue negando su gusto hacia aquellas cosas sobrenaturales; y como inicialmente este gusto es pequeño y no tan malo, no se recata tanto el alma, y le deja estar y crecer, como el grano de mostaza en árbol grande (Mt. 13, 32). Porque como dicen, todo yerro, pequeño es al principio, mas grande al final.

Por tanto, para huir de este gran daño del demonio, conviene mucho al alma no querer gustar de tales cosas, porque irá cegándose conforme las guste y cayendo; porque el gusto y deleite y sabor, sin intervenir el demonio, de su misma cosecha ciegan al alma. Y así lo da a entender el salmo: *Por ventura en mis deleites me cegarán las tinieblas, y tendré la noche por mi luz* (Sal. 139, 11).

CAPÍTULO 11

El cuarto daño que se le sigue al alma de las aprehensiones sobrenaturales de la memoria, que es impedirle la unión.

De este cuarto daño no hay mucho que decir, por cuanto está ya declarado a cada paso en este Tercer libro, en que hemos probado cómo para que el alma se venga a unir con Dios en esperanza, ha

de renunciar toda posesión de la memoria, puesto que para que la esperanza sea entera de Dios, nada ha de haber en la memoria que no sea Dios; y como, también hemos dicho, ninguna forma, ni figura, ni imagen, ni otra noticia que puede caber en la memoria, puede ser Dios ni semejante a Él, ya sea celestial, terrena, natural o sobrenatural, según nos enseña el salmo: *Señor, en los dioses ninguno hay semejante a ti* (Sal. 85, 8). De aquí que si la memoria quiere hacer alguna presa de algo de esto, se impide para unirse a Dios: porque se embaraza y porque mientras más posee tanto menos espera.

Por tanto, le es necesario al alma quedarse desnuda y olvidada de cualquier forma y noticia de cosa sobrenatural para no impedir la unión según la memoria, en esperanza perfecta con Dios.

CAPÍTULO 12

El quinto daño que al alma se le puede seguir en las formas y aprehensiones imaginarias sobrenaturales, que es juzgar de Dios baja e impropiamente.

Todo lo que el alma pone en la criatura se lo quita de Dios, porque las criaturas, tanto terrenas como celestiales, y todas las noticias e imágenes naturales y sobrenaturales que pueden caber en las potencias del alma, por altas que sean, ninguna comparación ni proporción tienen con el ser de Dios. Por tanto, el que embaraza su memoria y las otras potencias del alma con lo que ellas pueden comprehender, no puede estimar a Dios ni sentir de Él como debe.

Pongamos una baja comparación: Cuanto más uno pusiese sus ojos en los criados de un rey y más reparase en ellos, menos caso haría del rey y en tanto menos le estimaría. Porque el aprecio no sólo se muestra en lo que pensamos, sino por lo que hacemos, y cuanto más se pone la atención en los criados, tanto más se quita de su señor; y entonces, no se tendrá al rey en tan alta estima, pues los criados parecen algo delante él. Así le acontece al alma para Dios cuando hace caso de las criaturas. Aunque esta comparación es muy baja, porque Dios es totalmente distinto de sus criaturas, pues infinitamente dista de todas ellas. Por

consiguiente, todas ellas han de quedar perdidas de vista, y en ninguna forma ha de poner en ellas el alma los ojos, para poderlos poner en Dios mediante la fe y la esperanza.

De ahí que yerran mucho los que no solamente hacen caso de las impresiones que dejan en la memoria y en la imaginación las comunicaciones divinas, sino que piensan que Dios será semejante a alguna de ellas y que por ellas podrán ir a la unión de Dios. Los que así hacen irán perdiendo la luz de la fe, por la que nos unimos con Dios, y no crecerán en la esperanza.

CAPÍTULO 13

Los beneficios que el alma recibe en apartar de sí las aprehensiones de la imaginación. Diferencia que hay entre las aprehensiones imaginarias naturales y sobrenaturales.

Los beneficios que trae el vaciar la imaginación de las formas imaginarias, bien se echa de ver por los cinco daños que quedan dichos.

Mas otro gran beneficio que se consigue es el descanso y quietud del espíritu. El alma experimenta de esta manera paz y tranquilidad por diversos motivos: por verse libre de estas imágenes y formas; por no tener que preocuparse en discernir si son buenas o malas, ni de cómo se ha de conducir con unas y con otras; no gasta trabajo y tiempo en maestros espirituales para le averigüen si son buenas o malas, y de qué género son, lo cual no necesita saber, pues no hace caso de ninguna. Y así el tiempo y los talentos del alma, que había de gastar en esto, los puede emplear en otro mejor y más provechoso ejercicio, que es el de enderezar la voluntad hacia Dios, y en cuidar de buscar la desnudez y pobreza espiritual y sensitiva. Además, por desapegarse de estas formas e imágenes imaginativas, obtiene otro mayor beneficio, que es juntarse con Dios, que no tiene imagen, ni forma, ni figura.

Pero dirás, por ventura, que ¿por qué muchas personas espirituales aconsejan que se procure aprovechar el alma de las comunicaciones y sentimientos que Dios le concede? Si Dios lo da, para bien lo da y buen efecto hará, argumentan. Y que sería sober-

bia no querer acoger lo que Dios nos da, como si pudiésemos valernos sólo por nosotros mismos.

Para responder a esta objeción, es preciso advertir lo que dijimos en el capítulo 15 y 16 del segundo libro, donde se responde en gran parte a esta duda.

Allí dijimos que el bien que redunda en el alma de las aprehensiones sobrenaturales, cuando son de buena parte, pasivamente se obra en el alma en aquel mismo instante que se representan a los sentidos interiores (memoria y fantasía), sin que las potencias de suyo hagan alguna operación. De donde no es menester que la voluntad tenga que hacer nada para adquirirlas, puesto que se recibe pasivamente. Y así como se dan al alma pasivamente, así pasivamente se ha de estar el alma. Y está es la mejor forma de guardar los sentimientos de Dios, y de no apagar el espíritu, como aconseja San Pablo: *No queráis apagar el espíritu* (1 Tesal. 5,19).

Pero si el alma entonces quiere obrar activamente, poniendo de su parte, impedirá con su obra activa la pasiva que Dios le está comunicando, que es el espíritu.

Tengamos en cuenta que las potencias del alma no pueden de suyo reflexionar ni operar sino sobre alguna forma, figura e imagen; y éstas no son más que la corteza (accidente) del espíritu (la sustancia). Y este espíritu es el amor de Dios que interiormente se infunde en el alma.

Por tanto, todo lo que el alma ha de procurar en todas las comunicaciones sobrenaturales que le vinieren (así imaginarias como de otro cualquier género: visiones, locuciones, sentimientos o revelaciones) es no hacer caso de la letra y corteza, esto es, de lo que significa o representa o da a entender, y sólo advertir en tener el amor de Dios que interiormente le causan al alma.

Y para renovar este efecto bien podrá algunas veces acordarse de aquella imagen o impresión que le causó el amor, para poner el espíritu en motivo de amor. Porque, aunque no hace después tanto efecto cuando se acuerda como la primera vez que se comunicó, todavía cuando se acuerda se renueva el amor, y hay levantamiento de mente en Dios, pues la impresión que deja en el alma dura mucho tiempo, y algunas nunca se quita del alma. Y

cada vez que se acuerda siente divinos efectos de amor, suavidad, luz, etc., unas veces más, otras menos, pues para esto se las imprimieron. Y así, es una gran merced a quien Dios la hace, porque es tener en sí un sinnúmero de bienes.

Estas impresiones y figuras que hacen los tales efectos se asientan vivamente en el alma; que no son como las otras imágenes y formas que se conservan en la fantasía; y así, no tiene el alma que utilizar esta potencia para poder acordarse de ellas, porque ve que las tiene en sí misma, como se ve la imagen en el espejo. Cuando aconteciese a algún alma tener en sí las dichas figuras formalmente, bien podrá acordarse de ellas para conseguir este efecto de amor, porque no le estorbarán para la unión de amor en fe, con tal que no quiera embeberse en la figura, sino aprovecharse del amor, dejando luego la figura; y así, antes le ayudará.

Difícilmente se puede conocer cuándo estas imágenes están impresas en el alma y cuándo en la fantasía; porque las de la fantasía también suelen ser muy frecuentes. Porque algunas personas suelen ordinariamente traer en la imaginación y fantasía visiones imaginarias, ya porque tienen mucha imaginación, ya porque se las pone el demonio; o bien, porque se las pone Dios, sin que se impriman en el alma formalmente. Se puede conocer la diferencia por los efectos, porque las que son naturales o del demonio, por más que uno se acuerde de ellas, ningún efecto bueno hacen ni renuevan espiritualmente el alma, sino secamente las miran. Aunque las que son buenas, todavía, acordándose de ellas, hacen algún efecto bueno en aquel que hizo al alma la primera vez; pero las formales que se imprimen en el alma, casi siempre que advierte en ellas le hacen algún efecto.

El que haya tenido éstas conocerá fácilmente las unas y las otras, porque es muy clara la diferencia al que tiene experiencia. Sólo digo que las que se imprimen formalmente en el alma y son duraderas, más raras veces acontecen; pero ya sean éstas o aquellas, bueno le es al alma no querer asirse a ninguna, sino a Dios por fe en esperanza.

Y a eso otro que dice la objeción, que parece soberbia desechar estas cosas si son buenas, digo que antes es humildad prudente

aprovecharse de ellas en el mejor modo, como queda dicho, y guiarse por lo más seguro.

CAPÍTULO 14

Las noticias espirituales en cuanto pueden caer en la memoria.

Las noticias espirituales, aunque no tienen forma ni figura corporal, las incluimos en las aprehensiones u objetos de la memoria, porque, después que se han recibido uno puede cuando quiera, acordarse de ellas. De por sí no tienen capacidad para dar lugar a imágenes o figuras que puedan representarse en la fantasía. El alma las recuerda entonces por la huella espiritual que dejaron impresa, o por el efecto que hicieron.

Todo lo referente a ellas está dicho en el capítulo 24 del libro segundo, donde las tratamos como aprehensiones del entendimiento. Allí dijimos cómo eran en dos maneras: unas increadas y otras de criaturas.

Sobre las que son de criaturas, sólo digo aquí lo que acabo de decir de las formas en el precedente capítulo, de cuyo género son también éstas que son de cosas criadas; cuando hayan producido buen efecto se puede acordar de ellas, no para quererlas retener en sí, sino para avivar el amor y noticia de Dios. Pero si no se sigue este buen efecto, nunca quiera acordarse de ellas.

Mas de las increadas procure acordarse las veces que pueda, porque le harán gran efecto, pues, como allí dijimos, son toques y sentimientos de unión de Dios, hacia donde vamos encaminando al alma. Y de esto no se acuerda la memoria por alguna forma, imagen o figura que hayan dejado impresa en el alma, porque no la tienen, sino por el efecto que en ella hicieron la luz, amor, deleite y renovación espiritual, etc., de las cuales cada vez que se acuerda, se renueva algo de esto.

CAPÍTULO 15

Cómo se ha de conducir en general la persona espiritual acerca de la memoria.

Resumamos lo que se ha dicho hasta ahora acerca del modo general con que debemos conducirnos con la memoria para poder llegar a la unión con Dios.

Lo que pretendemos con la memoria es que el alma se una con Dios en esperanza. Lo que se espera, no se posee. Y cuanto menos se posee de otras cosas, más capacidad y habilidad se tiene para esperar lo que se espera y consiguientemente más esperanza. Por el contrario, cuantas más cosas se poseen, menos capacidad y habilidad se tiene para esperar, y consiguientemente menos esperanza.

Según esto, cuanto más el alma desapropie la memoria de formas y cosas que no son Dios, tanto más pondrá la memoria en Dios y más vacía la tendrá para esperar que Él llene su memoria.

Lo que ha de hacer el alma, por tanto, para vivir en entera y pura esperanza de Dios, es que todas las veces que se acuerde de las impresiones que las comunicaciones sobrenaturales han dejado en su memoria, —ya sean noticias, formas o imágenes—, sin apegarse a ellas, se vuelva inmediatamente a Dios en vacío de todo aquello con afecto amoroso. No trate de pensar ni mirar aquellas cosas más de lo que le ayudan para poner el afecto en Dios, ni ponga su afecto ni gusto en ellas, sino en sólo Dios.

Pero de esto no se ha de concluir, ni mucho menos, que estemos de acuerdo con la doctrina de aquellos perniciosos hombres que, persuadidos de la soberbia y envidia de Satanás, quisieren quitar de delante de los ojos de los fieles las imágenes de Dios y de los Santos. Porque aquí no tratamos de que no haya imágenes y que no sean veneradas, sino damos a entender la diferencia que hay entre ellas y Dios, y que de tal manera pasen por estas imágenes pintadas, que no impidan de ir al Dios vivo, no poniendo tanto el afecto en ellas como en lo que representan.

Así como es bueno y necesario el medio para el fin, así lo son las imágenes para acordarnos de Dios y de los Santos. Y si se fija uno sólo en el medio, y no en el fin, no sirve más que de estorbo

para llegar a él. Pero aquí yo no me refiero a las imágenes pintadas, sino a las imágenes y visiones sobrenaturales, acerca de las cuales acaecen muchos engaños y peligros.

Porque acerca de venerar y estimar las imágenes que la Iglesia Católica nos propone, ningún engaño ni peligro puede haber, pues en ellas no se estima otra cosa sino lo que representan. Ni el recuerdo de ellas dejará de hacer provecho al alma, pues se las estima por el amor de lo que representan; que, aunque no repare en ellas más que para esto, siempre le ayudarán a la unión con Dios, cuando deje volar al alma y Dios le haga la merced de pasar de lo pintado al Dios vivo, en olvido de toda criatura y cosa de criatura.

CAPÍTULO 16

La noche oscura de la voluntad. Las afecciones de la voluntad.

De nada nos servirá purificar el entendimiento (en la virtud de la fe), y la memoria (en la virtud de la esperanza), si no purificamos también la voluntad en la caridad; puesto que gracias a la caridad las obras hechas en fe son vivas y tienen gran valor, y sin ella no valen nada, pues, como dice Santiago, *sin obras de caridad, la fe está muerta* (2, 20).

Y en esta noche y desnudez activa de la voluntad, para fundamentarla en la caridad de Dios, lo más importante que se debe hacer es seguir el precepto del Señor, que por boca de Moisés nos dice: *Amarás a tu Señor Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas* (Deuteronomio 6, 5). Pues este precepto contiene todo lo que el hombre espiritual debe de hacer para llegar de veras a Dios por unión de voluntad en la caridad. Y es gracias a la voluntad por la que el hombre puede dirigir todas sus potencias, apetitos, operaciones, y aficiones del alma hacia Dios, de manera que toda la habilidad y fuerza del alma no sirva más que para esto. En esto está, por tanto, la fortaleza del alma: en este poder gobernar las potencias, pasiones y apetitos por la voluntad. Y cuando endereza éstas hacia Dios y las desvía de todo lo que no es Dios, viene a amar a Dios con toda sus fuerzas.

Para lograrlo, tendrá que purificar la voluntad de todas sus afecciones desordenadas, de donde nacen los apetitos, afectos y operaciones desordenadas, y por tanto, el no poder amar a Dios con todas las fuerzas.

Estas afecciones de la voluntad o pasiones son cuatro: gozo, esperanza, dolor y temor. Si se ordenan hacia Dios —de manera que el alma no se goce sino en lo que es puramente honra y gloria de Dios, ni tenga esperanza de otra cosa, ni se duela sino de lo que a esto atañe, ni tema sino sólo a Dios—, está claro que se endereza y guarda la fortaleza del alma para Dios. Porque cuanto más se goce el alma en otra cosa que en Dios, tanto menos se gozará en Dios; y cuanto más espere otra cosa, tanto menos esperará en Dios.

Con este fin iremos viendo cada una de estas cuatro pasiones y los apetitos de la voluntad; porque todo el negocio para llegar a la unión con Dios está en purificar la voluntad de sus afecciones y apetitos, para que la voluntad humana y baja venga a ser voluntad divina, hecha una misma cosa con la voluntad de Dios.

Y es de advertir que estas cuatro pasiones tanto más reinan en el alma y la combaten, cuanto la voluntad está menos fuerte en Dios y más pendiente de las criaturas; porque entonces con mucha facilidad se goza de cosas que no merecen gozo, y espera lo que no aprovecha, y se duele de lo que, por ventura, se había de gozar, y teme donde no hay que temer.

De estas pasiones nacen todos los vicios e imperfecciones cuando están desenfrenadas, y también todas sus virtudes cuando están ordenadas y concertadas.

Conforme una de ellas se vaya ordenando y sujetando a la razón, se irán poniendo todas las demás en el mismo sentido. Porque están tan aunadas y tan hermanadas entre sí, que donde va una, van también las otras. Y así, por ejemplo, si la voluntad se goza de alguna cosa, en esa misma medida, la espera, se duele y teme perderla; y en la medida que de ella va quitando el gusto, va también perdiendo el temor y dolor de ella y quitando la esperanza.

Y dondequiera que vaya una pasión, irá también el alma y la voluntad y las demás potencias, y vivirán todas cautivas en la tal pasión; y las otras cuatro pasiones se verán arrastradas en el

mismo sentido, y todas ellas afligirán al alma, y no la dejarán volar a la libertad y descanso de la dulce contemplación y unión. Por eso dijo Boecio que el que quiera claramente entender la verdad, ha de echar de sí estas cuatro pasiones; porque, en donde estas pasiones reinan, no puede estar el alma tranquila y en la paz que se requiere para recibir la sabiduría.

CAPÍTULO 17

La primera pasión o afección de la voluntad: el gozo.

La primera de las pasiones del alma y afecciones de la voluntad es el gozo, el cual no es otra cosa que un contentamiento de la voluntad con estimación de alguna cosa que tiene por conveniente. Porque nunca la voluntad se goza sino cuando la cosa le hace aprecio y da contento.

Esto es cuanto al gozo activo, que es cuando el alma entiende distinta y claramente de lo que se goza, y está en su mano gozarse y no gozarse. Porque hay otro gozo pasivo, en que se puede hallar la voluntad gozando sin entender cosa clara y concreta, y a veces entendiéndola, no estando en su mano tenerlo o no tenerlo. Y de este trataremos después. Ahora diremos del gozo en cuanto es activo y voluntario de cosas manifiestas y claras.

El gozo puede nacer de seis tipos de bienes, conviene a saber: temporales, naturales, sensuales, morales, sobrenaturales y espirituales, acerca de los cuales hemos de ir por su orden poniendo la voluntad bajo la razón, para que no se embarace con ellos y deje de poner la fuerza de su gozo en Dios. Para todo ello conviene poner un fundamento, que será como un báculo o bastón en que hemos de apoyarnos siempre, para enderezar en todos estos bienes el gozo a Dios, y es éste: que la voluntad no se debe gozar sino sólo de aquello que es gloria y honra de Dios, y que la mayor honra que le podemos dar es servirle según la perfección evangélica; y lo que está fuera de esto no tiene ningún valor y provecho para el hombre.

CAPÍTULO 18

El gozo acerca de los bienes temporales.

Por bienes temporales entendemos aquí riquezas, condiciones de vida, oficios y otras pretensiones, e hijos, parientes, casamientos, etc.; todas los cuales son cosas de las que se puede gozar la voluntad.

Está claro cuán vana cosa es que los hombres se gocen de las riquezas, títulos, estados, oficios, y otras cosas semejantes que suelen ellos pretender; porque, si por ser el hombre más rico fuera más siervo de Dios, se debería gozar en las riquezas; pero antes le son causa de que le ofenda, según lo enseña el Sabio, diciendo: *Hijo, si fueres rico, no estarás libre de pecado* (Eccl. 11, 10). Porque, aunque es verdad que los bienes temporales, de suyo, necesariamente no hacen pecar, mas ordinariamente, por flaqueza de la voluntad, se apega el corazón del hombre a ellos y falta a Dios, lo cual es pecado; porque pecado es faltar a Dios, y por eso dice el Sabio que no estarás libre de pecado.

Que por eso el Señor llamó a las riquezas *espinas* en la parábola del sembrador (Mt. 13, 22; Lc. 8, 14), para dar a entender que el que las manosee con la voluntad quedará herido de algún pecado. Y de ahí la exclamación suya tan de temer: *¡Cuán difícil es que los que poseen riquezas* —los que se gozan en ellas— *entren en el reino de los cielos!* (Lc. 18, 24), lo cual bien da a entender que no se debe el hombre gozar en las riquezas, pues a tanto peligro se expone. Y para apartarnos de este peligro dice también el salmo: *Si abundáis en riquezas, no pongáis en ellas el corazón* (Sal. 61, 11).

Salomón, como hombre que había tenido muchas riquezas y sabía bien lo que eran, dijo que *todo cuanto había debajo del sol era vanidad de vanidades, aflicción de espíritu y vana solicitud de ánimo* (Ecclo 1, 14); y que *él que ama las riquezas no sacará fruto de ellas* (5, 9); y que *las riquezas se guardan para mal de su señor* (5, 12). Y esto bien se ve en el Evangelio, donde a aquel que se gozaba porque tenía almacenados muchos bienes para muchos años, le dijo Dios: *Necio, esta noche te pedirán el alma, y ¿para quién serán las cosas que preparaste?* (Lc. 12, 20). Y, finalmente,

David nos dice que *no tengamos envidia cuando nuestro vecino se enriquezca, pues no le aprovechará nada para la otra vida* (Sal. 48, 1719); dando allí a entender que antes le deberíamos tener lástima.

De todo esto se deduce que el hombre no se ha de gozar de las riquezas que posee ni de las que posee su hermano, sino sólo cuando con ellas sirve a Dios. Porque si de alguna manera se tolera que uno se goce en ellas, es cuando se invierten y emplean en el servicio de Dios; pues de otra manera no sacará de ellas provecho.

Y lo mismo se ha de entender de los demás bienes de títulos, condiciones de vida, oficios, etc., en todo lo cual es vano el gozarse, excepto cuando con ellos se sirve más a Dios y se camina más seguro hacia la vida eterna. Y porque claramente no se puede saber si esto está sucediendo, que se sirve más a Dios, etc., vana cosa sería gozarse en estas cosas, porque no es razonable tal gozo, pues como dice el Señor: *¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?* (Mt. 16, 26). No hay, pues, de qué gozarse, sino en si se le sirve más a Dios.

De los hijos tampoco hay por qué gozarse, ni por ser muchos, ni ricos, ni por estar adornados de dones y gracias naturales y bienes de fortuna, sino de si sirven a Dios. Pues a Absalón, el hijo de David, ni su hermosura, ni su riqueza, ni su linaje le sirvió de nada, pues no sirvió a Dios (2 Reg. 14, 25). Por tanto, vana cosa fue gozarse de tener todo esto.

También es vana cosa desear tener hijos, como hacen algunos que alborotan al mundo deseando tenerlos, pues no saben si serán buenos y servirán a Dios, y si el contento que de ellos esperan resultará en dolor, y el descanso y consuelo en trabajo y desconsuelo, y la honra que esperan de ellos, en deshonra y ofender más a Dios.

Por tanto, aunque todas las cosas le sonrían al hombre y todas le sean prósperas, antes se debe recelar que gozarse, pues en aquello crece la ocasión y el peligro de olvidar a Dios y ofenderle. Que, por eso, dice Salomón que se recataba él, diciendo: *A la risa juzgue por error, y al gozo dije: ¿Por que te engañas en vano?* (Eclesiastés 2, 2). Que es como decir: Cuando me sonreían las cosas, gran engaño cometí gozándome en ellas, porque grande error, sin duda, y torpeza es la del hombre que se goza en lo que

se le muestra alegre y risueño, no sabiendo ciertamente si ello le ocasiona algún bien eterno. *El corazón del necio* —dice el Sabio— *está donde está la alegría; mas el del sabio donde está la tristeza* (Eccl 7, 5), porque la alegría ciega el corazón y no le deja considerar ni ponderar las cosas, y la tristeza hace abrir los ojos y mirar el provecho y daño de ellas. Y como dice el mismo, *es mejor la ira que la risa* (ibid., 7,4); por tanto, *mejor es ir a la casa del llanto que a la del convite, porque en aquella se muestra el fin de todos los hombres* (ibid., 7, 3).

Y gozarse de tener mujer o marido, cuando claramente no saben si servirán a Dios mejor en el matrimonio, también es vanidad; pues antes debían pasar apuro, por ser el matrimonio causa, como dice san Pablo, de que por tener cada uno puesto el corazón en el otro, no lo tienen entero en Dios (1 Cor. 7, 33). Por lo cual dice que *el que se halle libre de mujer, no quiera buscar mujer* (ibid., 7,27), porque los que ya la tienen, conviene que sea con tanta libertad de corazón *como si no la tuvieran* (ibid., 7, 29). Y concluye, diciendo: *Esto es cierto lo que os digo, hermanos, que el tiempo es breve; resta, por tanto que los que tienen mujer, vivan como si no la tuvieran; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen, y los que compran, como si no poseyesen; y los que disfrutan de este mundo, como si no disfrutasen, porque la apariencia de este mundo pasa* (ibid., 7,29-31).

Todo lo cual nos lo dice San Pablo para darnos a entender que no se ha de poner el gozo en otra cosa que en lo que concierne al servicio de Dios, porque lo demás es vanidad y cosa sin provecho, pues el gozo que no es según Dios no le puede aprovechar al alma.

CAPÍTULO 19

Los daños que puede sufrir el alma por gozarse en los bienes temporales.

Si hubiésemos de decir los daños que cercan al alma por poner el afecto de la voluntad en los bienes temporales, ni tinta ni papel bastaría, y el tiempo sería corto para contarlos. Porque a partir de algo insignificante se puede llegar a grandes males y a destruir

grandes bienes: así, como de una chispa de fuego, si no se apaga, se puede encender un incendio que abrase el mundo.

Todos estos daños tienen raíz y origen en un daño privativo principal que hay en este gozo, que es el apartarse de Dios. Porque así como al alma que se une con Él por el afecto de la voluntad, le sobrevienen todos los bienes; así al que se aparta de Él por aficionarse a una criatura, le sobrevienen todos los daños y males en la medida del gozo y apego con que se junta con la tal criatura, porque eso es apartarse de Dios.

Este daño privativo –privarse de Dios—, de donde brotan los demás, tiene cuatro grados, uno peor que otro. Y cuando el alma llega al cuarto, sufre todos los males y daños que se pueden decir en este caso. De estos cuatro grados son figura las frases de la Escritura: *Se empachó el amado, engordó y dio pasos hacia atrás. Dejó a Dios su hacedor, y se alejó de Dios, su salud* (Deuteronomio 32, 15, 18).

El alma era amada por Dios antes de que se empachara o hartara. *Empacharse* el alma es engolfarse en este gozo de criaturas. Y de aquí brota el primer grado de este daño, que es *volver atrás*; lo cual es un embotamiento de la mente acerca de Dios, que le oscurece los bienes de Dios, como la niebla oscurece al aire para que no deje transparentar la luz del sol. Porque cuando una persona pone su gozo en alguna cosa y da rienda al apetito para dejarse esclavizar por ella, se entenebrece acerca de Dios y nubla la sencilla inteligencia de su juicio, según lo enseña el Espíritu divino: *La fascinación de la vanidad oscurece el bien; el vértigo de la concupiscencia trastorna y pervierte la mente que no tiene malicia* (Sab. 4,12); dando a entender que, aunque no haya malicia concebida en el entendimiento del alma, sólo la concupiscencia y gozo de las criaturas basta para hacer en ella este primer grado de daño. El alma tiene embotada la mente y oscurecido el juicio para entender la verdad y juzgar bien de cada cosa.

Por mucha santidad y buen juicio que tenga el hombre, no dejará de caer en este daño, si se entrega a la concupiscencia o gozo de las cosas temporales. Que por eso el Señor nos lo advirtió con estas palabras: *No recibas regalos, que hasta los prudentes ciegan* (Ex. 23, 8). Y esto decía con respecto a los que habían de ser jueces, porque necesitaban tener el juicio limpio y despierto, lo

cual no tendrían con la codicia y gozo de las regalos. También por eso Dios mandó a Moisés que pusiese por jueces a los que aborreciesen la avaricia, porque no se les embotase el juicio con el gusto de las pasiones (Ex. 18, 2122). Y así dijo que no solamente no la quisieran, sino que la aborreciesen. Porque, si uno quiere defenderse perfectamente de los apegos, ha de apoyarse en lo que le es contrario, es decir, en el aborrecimiento de poseer las tales criaturas,. Y así, la causa por la que el profeta Samuel fue siempre tan recto e instruido juez es porque nunca recibió de nadie ningún presente (1 Re. 12, 3).

El segundo grado de este daño privativo surge de este primero; el cual se da a entender en la frase que citamos: *Empachose el amado, engordó...* Y así, este segundo grado es el engorde o ensanchamiento de la voluntad para las cosas temporales. Y esto le nació de haber primero dado rienda al gozo; porque, haciéndolo así, se vino a engordar el alma en él, y aquel engorde de gozo y apetito le hizo dilatar y ensanchar más la voluntad para las criaturas. Y esto trae consigo grandes daños; porque este daño le lleva a apartarse de las cosas de Dios y de los santos ejercicios, y a no gustar de ellos, porque gusta de otras cosas y va dándose a muchas imperfecciones, a despropósitos, a gozos y vanos gustos.

Y este segundo grado de daño, cuando se consuma, hace que la persona abandone la vida espiritual que llevaba, y que toda su mente y codicia ande ya en lo mundano. No solamente tienen oscurecido el juicio y el entendimiento para conocer las verdades y la justicia o rectitud, como los que están en el primer grado; mas tienen además mucha flojedad y tibieza y descuido para saberlo y obrarlo, tal como dice Isaías de los malos jueces: *Todos aman los sobornos y van tras los regalos; no hacen justicia al huérfano, y el pleito de la viuda no llega hasta ellos* (Is. 1, 23). Lo cual no se da en ellos sin culpa, mayormente cuando les incumbe de oficio; porque ya los de este grado obran con malicia, a diferencia de los del primer grado, que carecen de ella. Y así, se van más apartando de la justicia y de las virtudes, porque van más dilatando la voluntad en el apego de las criaturas. Por tanto, la característica de los de este grado segundo es la gran tibieza que experimentan para las cosas espirituales y el que cumplan muy mal con ellas,

practicándolas más por cumplimiento o por fuerza, o más por rutina que por amor.

El tercer grado de este daño privativo es dejar a Dios del todo, no cumpliendo sus mandamientos por no privarse de las cosas y bienes mundanos, y pecando mortalmente de codicia. Y este tercer grado está figurado por lo que se sigue en la frase citada: *Dejó a Dios su hacedor* (Dt. 32, 15).

En este grado están todos aquellos que de tal manera tienen las potencias del alma engolfadas en las cosas del mundo, en riquezas y negocios, que no hacen nada por cumplir lo que les obligan los mandamientos de Dios; y tienen gran olvido y torpeza acerca de lo que toca a su salvación, y tanta más viveza y sutileza acerca de las cosas del mundo; tanto, que los llama Cristo en el Evangelio *hijos de este siglo* (Lc. 16, 8); y dice de ellos que son *más prudentes y astutos* en las cosas de este mundo que los *hijos de la luz* en las cosas que atañen a la salvación. Y así en lo de Dios no son nada y en lo del mundo lo son todo. Y estos propiamente son los avarientos, cuyo apetito y gozo está totalmente derramado hacia las criaturas, teniendo el corazón tan apegado hacia ellas, que nunca se hartan, antes bien, su apetito y su sed crecen tanto más cuanto ellos están más apartados de la fuente que solamente los podía hartar, que es Dios; porque de estos dice el mismo Dios: *Me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas agrietadas, que no pueden contener las aguas* (Jeremías 2, 13). Y esto es porque en las criaturas no halla el avaro con que apagar su sed, sino con que aumentarla. Estos son los que caen en mil maneras de pecados por amor de los bienes temporales, siendo innumerables sus daños. Y de estos dice el salmo: *Sus ojos les saltan de puro gordos y dejan traslucir los antojos del corazón* (Sal. 73, 7).

El cuarto grado de este daño privativo está figurado en la frase citada: *Se alejó de Dios, su salud*. A lo cual llegan desde el tercer grado, por no poner su corazón en los mandamientos de Dios por causa de los bienes temporales. El alma del avaro –con su memoria, al entendimiento y voluntad— viene a alejarse mucho de Dios, y se olvida de Él como si no fuese su Dios. Esto le ocurre porque ha hecho del dinero y de los bienes temporales un dios para sí, pues *la avaricia es culto de ídolos* (Col. 3, 5). Porque en

este cuarto grado llega hasta olvidar a Dios y a poner el corazón, que normalmente debía poner en Dios, explícitamente en el dinero, como si no tuviese otro dios.

En este cuarto grado de daño están aquellos que no dudan en supeditar las cosas sobrenaturales a las temporales, como si éstas fuesen su dios; cuando debían hacer lo contrario, ordenando todo hacia Dios, como es lo razonable. De estos es ejemplo Simón Mago, que quería comprar con dinero la gracia de Dios (Act. 8, 18--19); porque estimaba más el dinero que la gracia, creyendo que con dinero lo podía obtener todo.

Y en este cuarto grado de daño están muchos en la actualidad, que teniendo sus mentes oscurecidas por la codicia para las cosas espirituales, sirven al dinero y no a Dios, y se mueven por el dinero y no por Dios, poniendo delante el precio y no el divino valor y premio, teniendo al dinero como su principal dios y fin, anteponiéndole al último fin, que es el verdadero Dios.

De este último grado son también todos aquellos miserables que, estando tan enamorados de los bienes temporales, los tienen en tanta consideración como si fueran su dios y no dudan de sacrificarles sus vidas cuando ven que sufren alguna mengua temporal, desesperándose y estando dispuestos a morir por miserables motivos. Así muestran el desdichado galardón que con tal dios se consigue: desesperación y muerte. Y a los que no lleva a la muerte, les ofrece una vida llena de penalidades, de preocupaciones y otras muchas miserias, no permitiendo que la alegría entre en su corazón ni que sean felices. Ellos ponen su corazón en el dinero, apegándose a él, mas padecen por él hasta acabar en la justa perdición.

Y de este cuarto grado son aquellos que dice san Pablo que *los entregó a su réprobo sentir que los lleva a cometer toda clase de torpezas* (Rm. 1, 28). Y a los que menos daño causa, por lo menos, los hace volver muy atrás en el camino de Dios, que dan harta lástima. Por consiguiente, *no temas cuando un hombre se enriquece*, esto es, no le tengas envidia, pensando que te lleva ventaja, porque *cuando muera, no se llevará nada consigo, ni su gloria y gozo bajarán con él* (Sal. 49, 17-18).

CAPÍTULO 20
Los beneficios que gana el alma por no gozarse en las cosas temporales.

La persona espiritual ha de mirar mucho que no se le comience a apegar el corazón poniendo su gozo en las cosas temporales, pues desde las pequeñas cosas poco a poco pasará a las grandes. Nunca se fíe que por ser pequeño el apego, si no lo corta al instante, que podrá más adelante hacerlo; porque si cuando es tan pequeño al principio, no tiene ánimo para cortarlo, cuando sea más grande y más arraigado, ¿cómo piensa y presume que lo podrá cortar entonces? Lo que si está claro es que el que evita los apegos pequeños, no caerá en los grandes. Así nos lo advierte Nuestro Señor: *el que es fiel en lo poco, es también fiel en lo mucho, y el que es injusto en lo poco, también es injusto en lo mucho.* (Lc. 16, 10). Porque el que evita lo poco no caerá en lo mucho; mas en lo poco hay gran daño, pues, el que se goza en lo poco ha dejado abierta la cerca y muralla de su corazón; y como dice el adagio: el que comienza, la mitad tiene hecho. Por lo cual nos avisa David diciendo que, *aunque abunden las riquezas, no les apeguéis el corazón* (Salmo 61,11).

Aunque el hombre no lo hiciese por su Dios y porque le obliga la perfección cristiana, lo debería hacer por los beneficios temporales que se le siguen, además de los espirituales, como el de gozar de más libertad de ánimo y nobleza de corazón. Además, la razón se esclarece, y el alma goza de gran sosiego, tranquilidad y confianza en Dios. Es un verdadero culto y obsequio de la voluntad para con Dios. Incluso la persona disfruta más de las criaturas por estar desapropiada de ellas, lo cual no se puede lograr si uno está apegado a ellas; porque éste es una lazo muy fuerte que ata el espíritu a la tierra y que constriñe el alma.

Al estar desasido de las cosas, las conoce mejor y con más claridad, tanto natural como sobrenaturalmente; por lo cual las disfruta de forma muy diferente del que está asido a ellas, y con grandes ventajas. Porque el primero las gusta según la verdad de ellas, el otro según la mentira de ellas; el primero según lo mejor que ve en ellas, el otro según lo peor; el primero según la sustancia, el otro tiene asido su sentido a ellas, según el accidente;

porque el sentido no puede llegar más que al accidente, y el espíritu, purificado de la corteza y de lo accesorio, penetra la verdad y el valor de las cosas, porque ese es su objeto. Por lo cual el gozo con que se ase a las cosas, nubla el juicio propio. Porque uno no puede gozarse en las criaturas si no las posee apasionadamente; y la negación y purificación de tal gozo clarifica el juicio, como queda el aire después que se disipa la niebla.

El alma que no se apega a las criaturas se goza en todas las cosas, porque al no verse apegado a ninguna, es como si las tuviese todas. Mientras que el otro, en cuanto las mira tratando de poseerlas, pierde todo el gusto de todas en general. Mas el primero, en tanto que ninguna tiene en el corazón, las tiene, como dice san Pablo, todas en gran libertad (2 Cor 6,10); el otro, en tanto que tiene su voluntad enganchada a ellas, no tiene ni posee nada, antes ellas le tienen poseído el corazón; por lo cual, como cautivo, pena; y cuanto más quiere gozarse de las criaturas, más apreturas y penas padece su corazón cautivo.

El que está desasido no tiene preocupaciones, ni en la oración ni fuera de ella, y así, sin perder tiempo, con facilidad se enriquece espiritualmente; mientras que el otro todo el tiempo se lo pasa en dar vueltas y revueltas alrededor del lazo en que está asido su corazón, y a pesar de sus esfuerzos apenas puede liberar su pensamiento de lo que le ata, y por poco tiempo.

Debe, pues, la persona espiritual, reprimir los primeros movimientos del corazón en cuanto sienta que se le va en pos de las cosas, acordándose del principio que aquí nos guía: que no hay cosa en que el hombre se deba gozar, sino en si sirve a Dios y en procurar su honra y gloria en todas las cosas, enderezándolas sólo a esto y desviándose en ellas de la vanidad, no mirando en ellas su gusto ni consuelo.

Hay otro provecho muy grande que trae el desasirse del gozo de las criaturas, que es dejar el corazón libre para Dios, lo cual es la mejor disposición para que Él pueda repartir sus dones en el alma, porque si el alma no está en esta disposición, Dios no los reparte. Y son estos dones de mucha cuantía, incluso temporales, pues por un gozo que se prescinda por amor a Dios y por vivir perfectamente el Evangelio, le dará el ciento por uno en esta vida (Mt. 19, 29).

Mas, aunque no fuese por estos intereses, sino tan sólo por no disgustar a Dios, tendría la persona espiritual que apagarlos en su alma. Pues, como vemos en el Evangelio (Lc. 12, 20), sólo porque aquel rico se gozó porque tenía bienes para muchos años, se enojó tanto Dios, que le dijo que aquella misma noche iba a ser su alma llevada a juicio. Por lo que hemos de creer que cada vez que vanamente nos gozamos, nos está Dios mirando y asignando algún castigo y trago amargo según lo merecido, que la pena suele ir en correspondencia al gozo que se tuvo. Así, lo afirma san Juan en el Apocalipsis de Babilonia, que *en proporción a su jactancia y a su lujo, otro tanto le dio de tormento y llanto* (Apocalipsis 18, 7). Y la pena será mayor que el gozo, pues por breves placeres se dan eternos tormentos. Y no quedará gozo vano sin su castigo correspondiente, porque si *de toda palabra ociosa que hablen los hombres darán cuenta en el día del juicio* (Mt. 12, 36), menos perdonará el gozo vano.

CAPÍTULO 21

Cómo es vanidad gozarse en los bienes naturales y cómo el alma se ha de conducir a Dios a través de ellos.

Por bienes naturales entendemos la hermosura, la elegancia, la fortaleza física y todas las demás cualidades corporales; y en el alma, el buen entendimiento, el ingenio, la simpatía, el buen juicio, y las demás cualidades que atañen a la inteligencia.

En todos estos bienes naturales se goza vanamente el hombre por querer recibir el elogio y la alabanza que acompañan a estas cualidades, y no dar antes gracias a Dios, que las da para por ellas ser más conocido y amado. Gozarse únicamente por tenerlos es vanidad y engaño, tal como nos lo dice Salomón: *El encanto es engañoso, y vana la hermosura, lo admirable en una dama es el temor del Señor* (Proverbios. 31, 30). Es decir, el hombre debe desconfiar de estos dones naturales, pues por ellos puede fácilmente distraerse del amor a Dios y caer en ser vanidoso, siendo atraído y engañado por ellos. *El encanto es engañoso*, porque engaña al hombre y le atrae a lo que no le conviene por el vano gozo y la complacencia que siente de sí al que lo posee. Y *la hermosura es vana*, pues hace caer al hombre de muchas maneras

cuando la estima y en ella se goza, pues sólo se debe gozar cuando con ella sirve más a Dios; mas antes se debe temer y desconfiar, pues, los dones y gracias naturales pueden ser ocasión de que Dios sea ofendido por ellos, por la vana presunción o por la intensa pasión de quien pone los ojos en ellos.

Por lo cual, el que tenga tales cualidades, debe vivir con recato y cuidado, para no dar motivo, por vana ostentación, a que alguien aparte su corazón un punto de Dios. Porque estas gracias y dones naturales son muy provocativas y tentadoras, tanto para el que las posee como para el que se fija en ellas. Pues apenas habrá quien se escape de quedar su corazón de alguna manera atado a ellos, ya sea por un simple lazo o por una cuerda. Y por temor a que pueda suceder esto, muchas personas espirituales, que tenían algunas cualidades de éstas, alcanzaron de Dios con oraciones que se las quitase, por no querer ser causa y ocasión para sí o para otras personas de incitar algún afecto o gozo vano.

Has de purificar y oscurecer tu voluntad de este vano gozo, advirtiendo que la hermosura y todas las demás cualidades naturales son polvo, y que de ahí vienen y al polvo vuelven; y que la simpatía y encanto es también polvareda. Y para no caer en vanidad, tenlos por tal y así los has de estimar, y en todas estas cosas endereza tu corazón a Dios con gozo y alegría porque Él es en sí infinitamente más hermoso y bello. Piensa que todas estas cualidades son *como el vestido, que se gastan y pasan* (Salmo 101, 27), y sólo el Señor permanece inmutable para siempre. Y por eso, si en todas las cosas no sabes enderezar tu gozo a Dios, siempre te resultará este gozo falso y engañoso; porque poner el corazón en las criaturas es *dejarse engañar en vano* (Eccl. 2,2).

CAPÍTULO 22

Los daños que causa al alma el gozarse voluntariamente de los bienes naturales.

Los daños espirituales y corporales que directamente sufre el alma por gozarse de los dones o bienes naturales, podemos reducirlos a seis principalmente.

El primero es la vanagloria, la presunción, la soberbia y menosprecio del prójimo; porque no puede uno poner los ojos de la estimación en una cosa que no los quite de las demás. De este menosprecio del prójimo, en principio involuntario, es muy fácil caer en el intencional y voluntario. Y esto se experimenta, no sólo en el corazón, sino con la lengua, diciendo tal o tal cosa, tal o tal persona no es como tal o tal, etc.

El segundo daño es que excita las pasiones a la complacencia, al deleite sensual y a la lujuria.

El tercer daño es entregarse a la adulación y a las alabanzas vanas, que son engaño y vanidad, como dice Isaías: *Pueblo mío, el que te alaba te engaña* (Is. 3, 12). Y aunque algunas veces digan la verdad al alabar la gracia y hermosura de la persona, es casi imposible que no lleve esta alabanza envuelto algún daño, haciendo caer al otro en vana complacencia y gozo, movido por sus pasiones e intenciones imperfectas.

El cuarto daño consiste en el embotamiento de la razón y del espíritu, al igual como ocurría con el gozo de los bienes temporales, y aun en cierta manera mucho mayor; porque como los dones naturales son más próximos a la persona que los temporales, con más eficacia y presteza impresionan y embelesan. Y así, el juicio y la razón quedan cautivos y oscurecidos por este intenso gozo que se siente.

Y de aquí nace el quinto daño, que es la distracción de la mente en las criaturas.

Y de aquí nace y se sigue la tibieza y flojedad de espíritu, que es el sexto daño, que suele llegar a tanto, que la persona siente un intenso tedio y gran tristeza para las cosas de Dios, hasta venirlas a aborrecer.

Infaliblemente, el que pone el gozo en los dones naturales pierde la pureza de espíritu. Y si se entrega a las cosas del espíritu se hará de una forma bastante superficial, demasiado sensible y grosera, es decir, poco espiritual y recogida, viéndose más atraído por el gusto sensitivo que por la fuerza de espíritu.

Como el espíritu está tan bajo y flaco, no es capaz de apagar este hábito que ha contraído de gozarse en los dones naturales. La persona vive, en cierta manera, más en la flaqueza del sentido que

en la fuerza del espíritu; lo cual se comprueba por la poca fortaleza y perfección que demuestra cuando se presenta la ocasión. Aunque no niego que puede haber muchas virtudes con hartas imperfecciones; mas con estos gozos no apagados, no puede ser puro ni sabroso el espíritu interior, porque reina la *carne, que milita contra el espíritu* (Gal. 5, 17), y aunque no sienta daño el espíritu, por lo menos le causa distracción.

Pero, volviendo a hablar del segundo daño, —la inclinación hacia la complacencia, al deleite sensual y a la lujuria— es de advertir como se derivan de él otros daños innumerables. Es conocido de todos como cada día por esta causa se constatan un gran número de asesinatos, de honras perdidas, de insultos y peleas, de haciendas disipadas, de rivalidades y contiendas, de adulterios, abusos y fornicaciones; y cómo muchos santos se desploman en el suelo, cuyo número se puede comparar *a la tercera parte de las estrellas del cielo derribadas por la cola del dragón* (Apocalipsis 12, 4).

¿Hasta dónde no llega el veneno de este daño? ¿Y quien no bebe o poco o mucho de este cáliz dorado de la mujer babilónica del Apocalipsis (17, 4)? Apenas habrá alto o bajo, santo o pecador que no beba de su vino, poniendo su corazón en alguna cosa, pues, como allí se dice de ella, *fueron embriagados todos los reyes de la tierra del vino de su prostitución* (17, 2). Y a todos los estados sorprende, hasta el supremo y notable del santuario y divino sacerdocio, asentando su abominable vaso, como dice Daniel *en el lugar santo* (9, 27); apenas dejando fuerte que poco o mucho no le dé a beber del vino de este cáliz, que es este vano gozo. Que por eso dice que *todos los reyes de la tierra fueron embriagados de este vino*, pues muy pocos se hallarán que, por santos que hayan sido, no les haya embelesado y trastornado algo esta bebida del gozo y gusto de la hermosura y gracias naturales.

Y es de notar que diga que *se embriagaron*; porque, por poco que se beba del vino de este gozo, luego al punto se prende al corazón y embelesa oscureciendo la razón, como les pasa a los adictos al vino. Y si no se toma pronto algún antídoto que eche presto fuera el veneno, gran peligro corre la vida del alma. Porque la flaqueza espiritual le traerá a tanto mal, que se verá como Sansón, al que le cortaron los cabellos de su primera fortaleza, le

sacaron los ojos, y le ataron con una doble cadena para que diese vueltas a la muela, quedando cautivo de sus enemigos, para después, quizás, morir la segunda muerte. Todos estos daños se los causó la bebida de este gozo, como causa hoy a muchos; y después le vendrán a decir sus enemigos, como a Sansón, no sin grande confusión suya: *¿Eres tú el que rompías las gruesas maromas, despedazabas a los leones, matabas a mil filisteos, arrancabas los postigos de las puertas, y te librabas de todos tus enemigos?* (Jueces 16,19).

¿Cuál es el antídoto que nos debemos procurar contra este veneno? Tan pronto como el corazón se sienta afectado por este vano gozo de los bienes naturales, recuerde cuán vana cosa es gozarse de todo lo que no sea servir a Dios y qué peligroso y pernicioso es. Considere cuánto daño trajo a los ángeles el gozarse y complacerse de su hermosura y dones naturales, pues por esto cayeron en los abismos infernales, y cuántos males acontecen a los hombres cada día por esa misma vanidad. Y por ello, esfuércese en tomar el remedio que ofrece el poeta a los que comienzan a aficionarse a algún vicio: «Date prisa al principio a poner remedio; porque cuando la enfermedad haya tenido tiempo de esparcirse por el corazón, tarde llegará el remedio y la medicina» (Ovid. *Remed. Amoris I v.91-91*). Dice el Sabio: *No mires al vino: ¡Qué buen color tiene!, ¡cómo brinca en la copa!, ¡qué bien entra! Pero, a la postre, como serpiente muerde, como víbora pica!* (Prov. 23, 31-32).

CAPÍTULO 23

Los beneficios que saca el alma por no poner el gozo en los bienes naturales.

Muchos son los beneficios que se ganan por apartar el corazón de los bienes naturales, porque, además de que dispone para el amor de Dios y las otras virtudes, derechamente nos hace más humildes y más caritativos para con el prójimo. Como el alma no se aficiona a ninguno de los dones naturales, cuya apariencia es engañadora, queda libre para amar a todos como Dios quiere que sean amados. Y cuando ama de esta forma, según Dios y con mucha libertad, cuanto más crece este amor del prójimo, tanto más

crece el de Dios, y cuanto más el de Dios, tanto más el del prójimo; por ser una misma la causa.

Otro beneficio es que se sigue el consejo de Nuestro Salvador que dice: *el que quiera seguirme que se niegue a sí mismo* (Mateo 16, 24). Lo cual en ninguna manera podría hacer el alma que pone su gozo en sus bienes naturales, porque el que hace algún caso de sí no se niega ni sigue a Cristo.

Hay otro gran beneficio y es que deja el alma muy tranquila y libre de distracciones, recogida en los sentidos, sobre todo de los ojos. Porque, no queriendo gozarse en los bienes naturales, ni quiere mirar ni emplear los demás sentidos en ellos, por no estar atraída ni atada a ellos, de tal manera que no gasta el tiempo pensando en ellos. Se hace semejante a la prudente serpiente, que *tapa sus oídos para que los encantadores no la seduzcan* (Sal. 57, 5). Porque el que sabe cerrar las puertas del alma, que son los sentidos, muy bien se guarda, en tranquilidad y pureza.

En los que ya están adelantados en la mortificación de este gozo, hay otro beneficio no menor, y es que las cosas y las noticias malas no les impresionan ni manchan su alma como a los que todavía les contenta algo de esto. Y, por eso, a la negación y mortificación de este gozo le sigue la espiritual limpieza de alma y cuerpo, esto es, del espíritu y de los sentidos, y va teniendo trato angelical con Dios, haciendo de su alma y cuerpo digno templo del Espíritu Santo. Lo cual es imposible si el corazón se goza en los bienes y gracias naturales.

Otro beneficio es que evita incontables vanidades y muchos otros daños, tanto espirituales como temporales.

Y el último beneficio es la libertad de espíritu que se consigue, que la ayuda a servir mejor a Dios, a vencer con más facilidad las tentaciones, a acometer bien los trabajos, y a crecer en las virtudes.

CAPÍTULO 24

Cómo se ha de purificar la voluntad de gozarse en los bienes sensuales.

Por bienes sensuales entendemos aquí todo aquello que puede impresionar a los sentidos, tanto exteriores (vista, oído, olfato, gusto y tacto) como interiores (pensamiento, imaginación y fantasía).

Recordemos este principio: los sentidos no son capaces de conocer ni comprender a Dios como Él es. De manera que ni el ojo puede ver ni cosa que se le parezca a Él, ni el oído oír, ni el olfato oler, ni el gusto gustar, ni el tacto sentir nada que sea semejante a Dios; ni tampoco el pensamiento pensar ni la imaginación puede imaginar algo que se le asemeje, tal como se afirma en la Sagrada Escritura, que *ni ojo le vio, ni oído le oyó, ni llegó al corazón de hombre* (Isaías 64, 4; 1 Cor. 2, 9).

Ni por vía del espíritu ni por la del sentido puede conocer a Dios la parte sensitiva del hombre; por no tener la capacidad para ello, tan sólo puede captar lo espiritual por la vía sensitiva y sensual, y no más. Por lo que es vanidad que la voluntad conscientemente quiera gozarse en estos bienes sensuales, impidiendo de esta forma que pueda gozarse sólo en Dios. Y esto último no lo puede hacer si no se purifica y renuncia enteramente al gozo sensual.

Digo conscientemente, porque cuando la voluntad se goza en algo de lo dicho, sintiendo gusto de lo que oye, ve y trata, pero no buscado de manera premeditada, y al momento la voluntad se retira a gozarse en Dios y ello le ayuda a acercarse a Él, muy bueno es. Y entonces no sólo no se han de evitar tales impulsos, mas se deben aprovechar, para adelantar en la oración; porque hay almas que se motivan mucho a amar a Dios por los objetos sensibles. Pero ha de haber mucho recato en esto, mirando los efectos que de ahí se sacan; porque muchas personas que se dan a la oración usan las consolaciones de los sentidos bajo pretexto de oración y de darse a Dios, pero lo hacen más por darse gusto a sí mismos que a Dios; quedando al acabar más flacos de espíritu que antes.

Por lo cual quiero dar una señal para que se vea cuándo los gustos de los sentidos hacen provecho y cuándo no. Y es que todas las veces que oyendo cánticos u otras cosas, o viendo cosas agradables, u oliendo perfumes, o gustando algunos sabores y delicados toques, inmediatamente se pone el pensamiento y el afecto de la voluntad en Dios, dándole más gusto este pensamiento que la sensación que lo causó, y no gusta del tal sensación sino sólo por eso, es señal que saca provecho de lo dicho y que le ayuda ese incentivo sensitivo al espíritu. De esta manera se puede usar, porque entonces sirven los sentidos al fin para el que Dios los creó y nos lo dio, que es para ser por ellos más amado y conocido. Y es de notar que tiene este puro efecto espiritual, no por eso tiene apetencia de tales sensaciones, ni le importan apenas, aunque cuando se le ofrecen le dan mucho gusto, porque le llevan a Dios; y así no mendiga tenerlas, y cuando se le ofrecen, como digo, luego pasa la voluntad de ellas, y las deja y se pone en Dios.

La causa de que no le importen mucho estos gustos sensibles, aunque le ayuden para ir a Dios, es porque como el espíritu esta pronto para ir con todo y por todo a Dios, está tan satisfecho con el espíritu de Dios, que no echa menos nada ni lo apetece; y si lo apetece para esto, enseguida se le pasa y se le olvida, y no hace caso.

Pero el que no sienta esta libertad de espíritu en estos gustos sensuales, sino que su voluntad se detiene y se ceba en ellos, daño le hacen y debe apartarse de usarlos. Porque, aunque con la razón se quiera ayudar de ellos para ir a Dios, aun así, por cuanto el apetito gusta de ellos, según lo sensual, y conforme al gusto siempre es el efecto, ciertamente le será más estorbo que ayuda, y más daño que provecho. Y cuando vea que reina en sí el apetito de tales consolaciones, mortifíquelo; porque cuanto más intenso sea, tiene más de imperfección y flaqueza.

Debe, pues, la persona espiritual, en cualquier gusto sensual que se le ofrezca, ya sea por casualidad, ya sea adrede, aprovecharse de él sólo para ir a Dios, levantando a Él el gozo del alma para que su gozo sea útil y provechoso y perfecto, advirtiendo que todo gozo que no es en negación y aniquilación de otro cualquier gozo, aunque sea de cosa al parecer muy subida, es

vano y sin provecho y estorba para la unión de la voluntad con Dios.

CAPÍTULO 25

Los daños que causan al alma el querer gozarse en los bienes sensuales.

El alma que pone su gozo en las cosas sensuales sufre los mismos daños generales que los que ponen su corazón en cualquier gozo y no lo enderezan a Dios, esto es: oscuridad de la razón, tibieza, tedio espiritual, etc. Pero sufre especialmente los siguientes daños:

Primeramente, el gozo de las cosas visibles –no negándolo para ir a Dios—, engendra vanidad de ánimo y distracción de la mente, codicia desordenada, deshonestidad, descuido interior y exterior, impureza de pensamientos y envidia.

Del gozo de oír cosas inútiles derechamente nace distracción de la imaginación, habladurías, envidia, juicios temerarios y multitud de pensamientos inútiles, y de estos otros muchos y perniciosos daños.

De gozarse en suaves olores nace sentir asco de los pobres —que es contrario a la doctrina de Cristo—, aversión hacia la servidumbre y las tareas humildes, y la insensibilidad espiritual.

El poner el gozo en el sabor de los manjares excita la gula, la embriaguez, la ira, la discordia, y la falta de caridad con el prójimo y los pobres, como le aconteció a aquel epulón que comía cada día espléndidamente, mientras Lázaro pasaba hambre (Lc. 16, 19). El cuerpo se debilita y enferma; y se excita la concupiscencia, que le incita a la lujuria. El espíritu se embota y hastía para las cosas espirituales, de manera que no pueda gustar de ellas, ni aun estar en ellas ni tratar de ellas. Nace también de este gozo la distracción de lo demás sentidos y del corazón, y descontento acerca de muchas cosas.

El poner el gozo del tacto en las cosas suaves engendra molicie, lujuria, ánimo afeminado y tímido, frivolidad para pecar, chismes, falta de recogimiento, embotamiento del juicio, cobardía, inconstancia e insensibilidad para los bienes espirituales.

Todos estos daños causan dependiendo de la intensidad del gozo y flaqueza o inconstancia del sujeto. Ello redunda en flojera para hacer los ejercicios espirituales, poca disposición para la penitencia corporal, tibieza, poca devoción y poca frecuencia del Sacramentos de la Reconciliación y de la Eucaristía.

CAPÍTULO 26

Los beneficios que logra el alma por renunciar a gozar de las cosas sensibles.

Sorprendentes son los beneficios, tanto espirituales como temporales, que el alma saca de la negación de este gozo sensual.

El primero: el alma se recoge en Dios, conserva el espíritu y puede crecer más fácilmente en las virtudes.

El segundo: se hace menos animal y más racional; de hombre sensual se convierte en hombre espiritual, a veces casi angelical; y de temporal y humano se hace divino y celestial. Ciertamente, a esto se llega porque el ejercicio de los sentidos y la fuerza de la sensualidad guerrea —como dice el Apóstol (Gl. 5, 17)— contra la fuerza del espíritu, y, por tanto, mermando una de estas fuerzas, ha de crecer y aumentar la contraria, por cuyo impedimento no crecía. De esta manera la parte superior del alma, la que se comunica con Dios, se perfecciona en bienes y dones espirituales y celestiales. Pues como dice San Pablo, *el hombre carnal* (o animal, por poner su voluntad en las cosas sensibles), *no percibe las cosas de Dios* (1 Cor. 2, 14); mientras que el *hombre espiritual*, que endereza a Dios su voluntad, *lo penetra y juzga todo hasta las profundidades de Dios* (2, 10).

El tercer beneficio que se sigue es éste: tal como dice el Salvador, el alma *recibirá el ciento por uno* (Mt. 19, 29) en esta vida en gustos y gozo de la voluntad. Es decir, si un gozo niegas por el Señor, Él te dará cien veces más de gozo espiritual en esta vida temporal; mientras que por un gozo que tengas de esas cosas sensibles, obtendrás cien veces más de pesar y sinsabor. Así, por ejemplo, la persona que ha purificado su vista de los gozos visibles, disfruta de gozo espiritual —enderezado a Dios—, en todo cuanto ve, ya sean cosas divinas o profanas. De forma análoga, ocurre

con los demás sentidos. Porque, así como cuando estando todavía nuestros primeros padres en el estado de la inocencia, todo cuanto veían y hablaban y comían en el paraíso les servía para mayor gozo de contemplación, por tener ellos bien sujeta y ordenada la parte sensitiva a la razón, así el que tiene el sentido mortificado y sujeto al espíritu en todas las cosas sensibles, de cualquier bien sensual saca deleite de sabrosa advertencia y contemplación de Dios.

De ahí que al limpio todo lo alto y lo bajo le hace más bien y le sirve para más limpieza, mientras que el impuro de lo uno y de lo otro suele sacar mal. Mas el que no vence el gozo del apetito, no gozará ordinariamente de Dios por medio de sus criaturas.

Para el que no vive ya de sentidos, todas las operaciones de sus potencias se enderezan a la divina contemplación, porque, siendo verdad en buena filosofía que cada cosa, según el ser que tiene o vida que vive, es su operación, si el alma vive vida espiritual, mortificada la animal, siendo ya todas sus acciones y movimientos espirituales de vida espiritual, ha de ir con todo a Dios; y ya limpio de corazón, en todas las cosas halla noticia de Dios gozosa y gustosa, casta, pura, espiritual, alegre y amorosa.

De lo dicho concluyo la siguiente doctrina: hasta que el hombre no esté tan habituado a mortificar el gozo sensible, que al primer bien sensual que perciba, la voluntad se enderece a Dios dándole gracias, tendrá necesidad de negar su gozo y gusto acerca de ellas para sacar al alma de la vida sensitiva.

Y esto se mire mucho, porque es verdad. Y no se atreva el que no tiene aún mortificado el gusto en las cosas sensibles a gozarse de ellas, pensando que le harán bien al espíritu; porque más crecerán las fuerzas del alma sin estos gozos sensitivos.

Además, para aquellos que supieron negarse estos gozos sensibles, momentáneos y caducos, por amor de Dios, los bienes de gloria en el cielo serán mucho más excelentes,. A estos bienes de gloria tan excelentes lo llama San Pablo *inmenso caudal eterno de gloria* (2 Cor. 4, 17).

CAPÍTULO 27

Los bienes morales.

El cuarto género de bienes en que se puede gozar la voluntad son los bienes morales. Por bienes morales entendemos aquí las virtudes, el ejercicio de las obras de misericordia, la guarda de la ley de Dios, y toda obra buena.

Por una de estas dos razones el hombre goza de sus cosas: o por lo que ellas son en sí, o por el bien que traen consigo como medio e instrumento. Debido a esto, como veremos en seguida, los bienes morales, cuando se poseen y ejercitan, merecen más gozo de la voluntad que los tres anteriores bienes ya mencionados.

Y así, los tres anteriores géneros de bienes ningún gozo de la voluntad merecen, pues, de suyo al hombre ningún bien le hacen, por ser caducos y deleznables, y por acarrearle pena, dolor y aflicción de ánimo. Y aunque algún gozo merezcan por la segunda razón, que es cuando el hombre de ellos se aprovecha para ir a Dios, es tan incierto esto, que, como vemos comúnmente, más se daña el hombre con ellos que se aprovecha.

Pero los bienes morales ya por la primera razón, que es por lo que en sí son y valen, merecen algún gozo de su poseedor; porque consigo traen paz, tranquilidad, recto y ordenado uso de la razón, y una conducta armoniosa.

Incluso humanamente, merecen ser amadas y estimadas las virtudes por sí mismas. El hombre bien se puede gozar por lo que son en sí y por los beneficios que traen consigo. Por eso los filósofos y sabios las estimaron y alabaron, y las procuraron tener y ejercitar, aun siendo gentiles, pues sólo ponían los ojos en ellas por los bienes temporales a que daban lugar.

Dios ama tanto estos bienes morales, que sólo porque Salomón le pidió sabiduría para gobernar con justicia a su pueblo y para instruirle en las buenas costumbres, se lo agradeció prometiéndole que *le daría la sabiduría que había pedido, y además riquezas y honra, de manera que ningún rey en el pasado ni en el futuro fuese semejante a él* (3 Re. 3, 11-13).

Pero el cristiano, no sólo se goza en los bienes morales por los beneficios naturales que traen consigo. A la luz de la fe, espera en

la vida eterna -–sin la cual todo lo de aquí y de allá no vale nada— y se goza en ellos porque, ejercitándose en las virtudes y haciendo las obras buenas por amor de Dios, alcanza la vida eterna. Porque el hombre sólo debe buscar y gozarse en poder servir y honrar a Dios con sus buenas costumbres y virtudes. Sin esta intención, las virtudes no valen nada delante de Dios. Esto se ve claro en las diez vírgenes del Evangelio (Mt. 25, 113). Todas habían guardado virginidad y hecho buenas obras, pero cinco de ellas no habían puesto su gozo en la segunda manera –enderezando su voluntad desde las buenas obras a Dios—, mas lo pusieron en la primera manera, gozándose de poseerlas, y por eso no pudieron entrar en la casa celestial, y no recibieron ningún agradecimiento ni premio del Esposo. Lo mismo les ocurrió a muchos hombres antiguos que tuvieron muchas virtudes e hicieron buenas obras, y lo mismo les ocurre a muchos cristianos de hoy, que no les aprovechan para la vida eterna sus buenas obras y virtudes, porque no pretenden en ellas la gloria y honra que es de sólo Dios.

Por tanto, el cristiano debe gozarse, no porque hace buenas obras y sigue buenas costumbres, sino porque las hace por amor de Dios sólo, sin ningún otro motivo.

Para enderezar, pues, el gozo a Dios en los bienes morales ha de advertir el cristiano que el valor de sus buenas obras --ayunos, limosnas, penitencias, oraciones, etcétera— no se funda tanto en la cantidad y cualidad de ellas, sino en el amor de Dios con que las hace. Tanto más valdrán, cuanto con más puro y entero amor de Dios hayan sido hechas, y con menos intereses de gozo, gusto y consuelo. Y por eso, no ha de poner el corazón en el gusto, consuelo y sabor y los demás buenos efectos que suelen traer consigo los buenos ejercicios y obras buenas, sino sólo en Dios, deseando servirle con ellas. Es decir, renunciando al gozo de poseerlas, ha de querer en secreto que sólo Dios sea el que se goce de ellas y guste de ellas, sin ninguno otro fin que la honra y gloria de Dios.

CAPÍTULO 28

Los siete daños en que se puede caer el que pone su gozo en los bienes morales.

Son siete los daños principales en que puede caer el hombre por gozarse vanamente de sus buenas obras y costumbres. Todos ellos son muy perniciosos, por ser espirituales.

El primer daño es la vanidad, soberbia, vanagloria o presunción; y esto sucede así, porque el que se goza de sus obras es porque las estima. Y de ahí nace la jactancia y lo demás, como se dice del fariseo en el Evangelio, que oraba y se congraciaba con Dios con jactancia de que ayunaba y hacía otras buenas obras (Lc. 18, 12).

El segundo daño, ligado a el anterior, es que se compara con los otros y juzga a los demás como malos e imperfectos, pareciéndole que no hacen las cosas tan bien como él, menospreciándoles de corazón, y a veces incluso de palabra. Así lo vemos también en el fariseo, pues en sus oraciones decía: *Gracias te doy porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos y adúlteros* (Lc. 18, 11). De manera que en un solo acto caía en estos dos daños: el vanagloriarse de sí mismo y el despreciar a los demás. Muchos hoy día también piensan lo mismo cuando dicen: "No soy yo como fulano, ni hago malas obras como éste o el otro". Y aún son peores que el fariseo muchos de estos; porque el fariseo despreciaba a los demás, y en particular, al publicano, diciendo: *No soy como este publicano*; mas ellos, no se contentan con eso, sino que incluso llegan a enojarse y a envidiar cuando ven que los otros son alabados o que hacen o valen más que ellos.

El tercero daño es que como al obrar se fijan en el gusto o en las ventajas que sacan, comúnmente no las hacen sino cuando ven que de ellas se les ha de seguir algún gusto y alabanza; y así, como dice Cristo, *todas lo hacen para ser vistos por los hombres* (Mt. 23, 5), y no obran sólo por amor de Dios.

El cuarto daño es consecuencia de éste, y es que, por sus obras y virtudes, no tendrán recompensa en Dios, por haberla querido hallar durante esta vida en gozos o consuelos, o en ganar prestigio o fama, o en cualquier otro interés; en lo cual dice el Salvador que en eso ya *recibieron la paga* (Mt. 6, 2). Y así, se quedan al final

únicamente con el trabajo de la obra y avergonzados por no tener recompensa eterna.

Hay tanta miseria acerca de este daño en los hijos de los hombres, que tengo para mí que las mayoría de las obras que hacen ante de los demás, o son viciosas, o no les valdrán nada, o son imperfectas delante de Dios, por no ir ellos desasidos de estos intereses y respetos humanos. Porque ¿qué otra cosa se puede juzgar de algunas obras y monumentos que algunos hacen o mandan hacer, con la única condición de que vayan envueltas en elogios y homenajes hacia su persona? Pensemos, por ejemplo, en los templos que algunos costean con su dinero, y en las inscripciones y blasones que mandan poner en ellos, buscando perpetuar su nombre, linaje o señorío, para que todos les recuerden y les alaben, pudiendo decirse que se adoran a sí mismos más que a Dios. Lo cual es verdad si por este motivo las hacen, y sin ello no las hacen.

Pero aparte de estos, que son los peores, ¿cuántos hay que de otras muchas maneras se causan este daño con sus obras? Unos quieren que se las alaben, otros que se las agradezcan; otros las hacen públicas y gustan que lo sepa fulano y fulano y aun todo el mundo, y a veces quieren que pase la limosna o lo que hacen a través de terceros, para que se entere más gente; otros quieren lo uno y lo otro; lo cual es el *tañer de la trompeta*, que dice el Salvador en el Evangelio (Mt. 6, 2), que hacen los vanidosos, de ahí que no obtendrán de sus obras ninguna recompensa de Dios.

Deben, pues, para huir este daño, esconder la obra —que sólo Dios la vea—, y no querer que nadie se entere. Y no sólo la ha de esconder de los demás, más aún de sí mismo, esto es: que ni él se quiera complacer en ella, estimándola como si fuese algo, ni sacar gusto de ella; como espiritualmente se entiende aquello que dice Nuestro Señor: *No sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha* (Mt. 6, 3), que es como decir: no estimes con el ojo mundano y carnal la obra que haces espiritual. Y de esta manera se endereza la intención recta hacia Dios por amor y da fruto la obra; y no sólo no la perderá, sino que será de gran mérito.

El quinto daño consiste en que les impide progresar en el camino de la perfección. Estando tan apegados al gusto y al consuelo en todo lo que hacen, cuando en sus obras y ejercicios no

hallan gusto y consuelo, ellos comúnmente se desalientan, se vienen abajo, y dejan de perseverar, por no hallar consuelo en sus obras. No se dan cuenta de que esta falta de gusto y consuelo sucede ordinariamente cuando Dios los quiere llevar adelante en la vida espiritual: por eso les da el pan duro, que es el de los perfectos, y les quita la leche de niños que hasta entonces habían tomado; les prueba así las fuerzas, y les mortifica su delicado apetito para que puedan gustar el alimento de los mayores. Pero ellos, por estar tan apegados a los consuelos, cuando se les ofrece alguna mortificación, en vez de progresar en la virtud, mueren a sus buenas obras, es decir, las dejan de hacer, y dejan de perseverancia, en que está la suavidad del espíritu y el consuelo interior.

El sexto daño es que comúnmente se engañan, teniendo por mejores las cosas y obras que les saben bien que aquellas de que les resultan desagradables, y alaban y estiman las unas y desestiman las otras. Mas comúnmente aquellas obras en que de suyo el hombre más se mortifica —sobre todo cuando no está adelantado en la perfección— son más agradables y preciosas delante de Dios, por causa de la negación que el hombre en ellas se hace, que aquellas en las que halla consuelo, donde muy fácilmente se puede buscar a sí mismo. Y a este propósito dice de estos la Sagrada Escritura: *Lo que de sus obras es malo, dicen ellos que es bueno* (Miqueas 7, 3). Lo cual les sucede por poner ellos el gusto en sus obras, y no en únicamente dar gusto a Dios. Y cuán extendido está este daño, tanto en los espirituales como en los hombres comunes, sería prolijo de contar, pues apenas hallarán uno que puramente se mueva a obrar por Dios sin arrimo de algún consuelo, gusto u otro interés.

El séptimo daño es que, en cuanto el hombre no renuncia a gozarse vanamente de los bienes morales, se hace más incapaz para recibir consejo y enseñanza razonable acerca de las obras que debe hacer. La flaqueza habitual que tiene para obrar, junto con el vano gozo que siente, le tienen encadenado, y es incapaz entonces de tener el consejo ajeno por mejor que su juicio propio; y, aunque le tenga por tal, no lo quiere seguir, por no tener ánimo para ello.

Estos decaen mucho en la caridad para con Dios y con el prójimo, ya que el amor propio que ponen en sus obras les viene a enfriar la caridad.

CAPÍTULO 29

Los beneficios que recibe el alma de no querer gozarse vanamente en los bienes morales.

Muy grandes son los beneficios que recibe el alma por no querer gozarse vanamente en este genero de bienes.

En primer lugar, se libra de caer en muchas tentaciones y engaños del demonio, los cuales están encubiertos en el gozo de las buenas obras. Pero no hay que esperar a que engañe el demonio porque el mismo gozo vano es ya un engaño, sobre todo cuando el alma se jacta de alguna manera de sus obras en su corazón, según dice Jeremías: *Tu arrogancia te engañó* (49, 16). Pues, ¿qué mayor engaño que la jactancia? Y de esto se libra el alma que renuncia a este gozo.

El segundo beneficio: permite que la persona haga las obras con más serenidad, equilibrio y seriedad. Pero si se goza y gusta de ellas apasionadamente, esto resulta imposible, porque no puede guiarse por la razón, sino que anda variando a cada rato en las obras y propósitos, dejando unas y tomando otras, comenzando y dejando sin acabar nada; porque, como obra por el gusto, y éste es variable, acabándose éste, deja la obra y el propósito, aunque sea una cosa importante. El gozo que recibe de su obra es el alma y la fuerza de su actividad: apagado el gozo, muere y acaba la obra, y así no perseveran. De estos habló Cristo cuando dijo que *reciben la palabra con gozo y luego se lo quita el demonio, para que no perseveren* (Lc. 8, 12). Y es porque no tenían más fuerza y raíces que el dicho gozo. De ahí que renunciar a este gozo y no poner la voluntad en él, es causa de perseverancia y de saber acertar. Y así, es grande este beneficio, como también es grande el daño contrario. El sabio pone sus ojos en la esencia y provecho de la obra, no en el sabor y placer que le causa; de esta forma, no se esfuerza vanamente, y saca de la obra gozo estable y no se desanima.

El tercero es un beneficio divino: el alma que renuncia al gozo vano en estas obras, se hace pobre de espíritu, es decir, alcanza una de las bienaventuranzas que nos ha declarado el Hijo de Dios, diciendo: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los cielos* (Mt. 5, 3).

El cuarto beneficio: el que se niegue este gozo, será en el obrar manso, humilde y prudente; porque no obrará impetuosa y apresuradamente, arrebatado por el gozo, ni presuntuosamente, afectado por la estimación que recibe de su obra; ni incautamente, cegado por el gozo.

El quinto provecho es que se hace agradable a Dios y a los hombres y se libra de la avaricia, de la gula y acedia espiritual, y de la envidia espiritual y de otros mil vicios.

CAPÍTULO 30

Los bienes sobrenaturales. Cómo se distinguen de los espirituales, y cómo se ha de enderezar el gozo de ellos a Dios.

Por bienes sobrenaturales entendemos aquí todos los dones y gracias dados por Dios, que exceden la facultad y virtud natural, que se llaman *gratis datas*, como son los dones de sabiduría y ciencia que dio a Salomón, y las gracias de que habla san Pablo, conviene a saber: fe, carisma de sanación, poder de obrar milagros, profecía, conocimiento y discernimiento de espíritus, don de lenguas y don de interpretarlas (1 Cor. 12, 910).

He querido hacer esta distinción –la de los bienes sobrenaturales— porque, aunque son también bienes espirituales, son muy diferentes de los otros bienes espirituales que trataremos luego. Porque el efecto de estos redunda inmediatamente en provecho de los demás hombres, y por este provecho y fin los da Dios, como dice san Pablo (1 Cor. 12, 7), que *a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho de los demás*; lo cual se entiende de estas gracias; mas en los bienes espirituales, el ejercicio y trato es sólo del alma a Dios y de Dios al alma, en comunicación de entendimiento y voluntad, etc., como diremos después.

De los dones y gracias sobrenaturales, tal como aquí los entendemos, se siguen dos provechos o beneficios: uno temporal y otro espiritual.

El provecho temporal es la curación de enfermedades, dar vista a los ciegos, resucitar muertos, lanzar demonios, profetizar el futuro para que las personas para que miren por sí, y otras acciones similares a éstas.

El beneficio espiritual y eterno es que Dios sea conocido y servido por quienes ven estas obras.

En cuanto al primer provecho, el temporal, poco o nada merece que el alma se goce de estos bienes; porque, excluido el segundo provecho, poco o nada le importan al hombre, pues de suyo no son medio para unir el alma con Dios, pues el único medio es la caridad. Y estas obras, sin el segundo provecho, ya san Pablo nos enseña lo que valen: *Aunque yo hablase las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, vengo a ser como un bronce que suena o una campana que retiñe. Y si tuviese el don de profecía y conociese todos los misterios y toda la ciencia y tuviese una fe tan grande que trasladara las montañas, si no tengo caridad, nada soy*, etc. (1 Cr. 13, 1-2). De ahí que Cristo dirá a muchos que estimaron sus obras por estos provechos temporales, cuando apoyándose en ellas le pidan la gloria, diciendo: *Señor, ¿no profetizamos en tu nombre y en tu nombre hicimos muchos milagros? Entonces les dirá: Apartaos de mí, obradores de iniquidad* (Mt. 7, 22-23).

Debe, pues, el hombre gozarse, no en si tiene tales gracias y las pone por obra, sino en si saca de ellas el segundo fruto espiritual, es a saber: servir a Dios a través de ellas con verdadera caridad, en que está el fruto de la vida eterna. Que por eso reprendió Nuestro Salvador a los discípulos que venían gozosos porque habían lanzado demonios, diciendo: *No queráis gozaros porque los espíritus os obedezcan, sino porque vuestros nombres están escritos en el libro de la vida* (Lc. 10, 20). Por lo que el hombre no se debe gozar sino en lo que le encamina hacia el cielo, esto es, el hacer las obras en caridad; porque ¿qué aprovecha y qué vale delante de Dios lo que no es amor de Dios? Y este amor de Dios no podrá ser perfecto si no se sabe renunciar con fortaleza y discernimiento al gozo de todas las cosas, poniendo su gozo sólo

en hacer la voluntad de Dios. Y de esta manera se une la voluntad con Dios por estos bienes sobrenaturales.

CAPÍTULO 31

Los daños que causan al alma el gozarse en los bienes sobrenaturales.

Tres daños principales acarrean al alma que pone su gozo en los bienes sobrenaturales: engañar y ser engañada, menoscabo de la fe en el alma, vanagloria o alguna vanidad.

Respecto al primero, muy fácilmente engaña a los demás y se engaña a sí mismo el que se goza de esta manera en las obras. Y la razón es porque para conocer estas obras —cuáles son falsas y cuáles verdaderas—, y cómo y a qué tiempo se han de llevar a cabo, es menester mucha prudencia y mucha luz de Dios, y tanto lo uno como lo otro impiden mucho que el alma pueda estimar estas obras y gozarse de ellas. Y esto por dos cosas: lo uno, porque el gozo embota y oscurece el juicio; lo otro, porque este gozo inclina al hombre a creer con avidez el engaño, mas aún, lo empuja a poner en práctica estas obras inmediatamente.

Y aunque las virtudes y las obras que se ponen por obra sean verdaderas, bastan estos dos defectos para engañarse muchas veces en ellas, o no entendiéndolas como se han de entender, o no aprovechándose de ellas y usándolas cómo y cuando es más conveniente. Porque aunque es verdad que cuando Dios da estos dones y gracias, da también la luz y el conocimiento para entender cómo y cuando se han de poner en obra, todavía las almas, por su imperfección, pueden errar mucho, no usando de ellas con la perfección que Dios quiere, y cómo y cuándo Él quiere. Esto se ve en el caso de los apóstoles Santiago y Juan, cuando querían hacer bajar fuego del cielo sobre los samaritanos porque no daban posada a nuestro Salvador; a los cuales el reprendió por ello (Lc. 9, 54-55).

Ya que no convenía, claramente se advierte en este caso cómo a estos apóstoles les movía en su propósito alguna pasión e imperfección (encubierta en el gozo de ser estimados por llevar a cabo una obra portentosa). Porque cuando no hay semejante

imperfección, solamente se mueven y determinan a obrar estas virtudes cuándo y cómo Dios les mueve a ello, y hasta entonces no conviene. Que, por eso, se quejaba Dios de ciertos profetas por Jeremías, diciendo: Y*o no envié a esos profetas, y ellos corrieron; no les hablé, y ellos profetizaron* (23, 21). Y más adelante dice: *Engañaron a mi pueblo con su mentira y su presunción, cuando yo ni les he enviado ni dado órdenes* (23, 32).

De aquí se entiende que por gozarse de estas obras sobrenaturales no solamente se puede llegar a usar inicua y perversamente de estas gracias que da Dios, mas aún hasta usarlas sin habérselas Dios dado. Porque, como el demonio los ve aficionados a estas cosas, se las facilita entrometiéndose de muchas maneras, y con esto cobran ellos desvergonzada osadía, encumbrándose en estas prodigiosas obras.

Y no para sólo en esto, sino que a tanto mueve el gozo y codicia de estas obras, que si antes tenían pacto oculto con el demonio (porque muchos de estos por este oculto pacto obran estas cosas), se atreven incluso a hacer con él pacto expreso y manifiesto, sujetándose, por acuerdo, por discípulos al demonio y seguidores suyos. De aquí surgen los hechiceros, los encantadores, los magos y brujos.

Y a tanto mal llega el gozo de estos en estas obras, que no sólo llegan a querer comprar los dones y gracias por dinero —como quería Simón Mago (Hch. 8, 18)—, para servir al demonio, sino que aun procuran posesionarse de las cosas sagradas y aun (lo que no se puede decir sin temblar) las divinas, como cuando usurpan el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo para uso de sus maldades y abominaciones. ¡Dilate y muestre Dios aquí su gran misericordia!

Debe, pues, el que tenga una gracia sobrenatural, estar muy lejos de querer ejercitarla, despreocupándose de ponerla por obra; porque Dios, que se la da sobrenaturalmente para utilidad de su Iglesia o de sus miembros, le moverá también sobrenaturalmente cómo y cuándo la deba ejercitar. Y así como mandaba a sus discípulos que no se preocupasen de lo que habrían de hablar, ni de cómo lo habrían de decir (Mateo 10,19), porque se trataba de un asunto sobrenatural de fe, también quiere que, ya que la importancia de estas obras no es menor, espere el hombre a que Dios se determine a hacerlas. Que por eso los discípulos en los

Hechos de los Apóstoles (4, 29-30), aunque les había infundido estas gracias y dones, hicieron oración a Dios, rogándole que fuese servido de extender su mano en hacer señales y obras y curaciones por ellos, para introducir en los corazones la fe de nuestro Señor Jesucristo.

El segundo daño proviene de este primero: el menoscabo de la fe en el alma; lo cual puede acontecer de dos maneras:

La primera atañe a las demás personas. Porque, poniéndose a obrar el milagro o la virtud sin oportunidad ni necesidad, además de que es tentar a Dios, que es gran pecado, podrá ocurrir que no salga bien, y de ahí que engendre en los corazones menos crédito y desprecio de la fe. Porque, aunque algunas veces salgan bien, por quererlo Dios por otros motivos, no dejan de errar ellos y ser culpados por usar de estas gracias cuando no conviene.

En la segunda manera puede asimismo recibir menoscabo el mérito de la fe, porque haciendo mucho caso de estos milagros, se desacostumbra el alma de vivir de fe, el cual es un hábito oscuro; y así, donde más señales y testimonios concurren, menos merecimiento hay por creer. De ahí que San Gregorio diga que no tiene ningún mérito lo que es percibido por la razón humana.

Y así, estas maravillas nunca Dios las obra, sino cuando claramente son necesarias para creer. Por eso, para que sus discípulos no careciesen del mérito de la fe, antes de que tuviesen la experiencia de su resurrección, y se les mostrase, hizo muchas cosas para que sin verle le creyesen. Y así, a María Magdalena (Mt. 28, 18) primero le mostró vacío el sepulcro y después le anunció la resurrección por medio de los ángeles —porque la fe entra por el oído, como dice san Pablo (Rm. 10, 17)— para que oyéndolo, lo creyese antes que lo viese. Y aunque se le mostró al principio como un hombre común, fue para acabarla de instruir en la creencia que le faltaba con el calor de su presencia (Jn. 20, 11--18). Y a los discípulos primero se lo envió a decir con las mujeres, después fueron a ver el sepulcro (Mt. 28, 78; Jn. 20, 1-10). Y a los que iban a Emaús primero les inflamó el corazón en fe antes de mostrarse a ellos, yendo Él disimulado con ellos (Lc. 24, 15); y, finalmente, después les reprendió a todos porque no habían creído a los que les habían anunciado su resurrección (Mc. 16, 14); y a Tomás, porque quiso ver y tocar primero sus llagas, le reprendió y

le dijo que serían bienaventurados los que le creyeran sin haberle visto (Jn. 20, 29).

Y así, no es del agrado de Dios que se hagan milagros, porque, como dicen, cuando los hace, a más no poder los hace. Y por eso reprendía Él a los fariseos, porque no daban crédito sino por señales, diciendo: *Si no veis prodigios y señales, no creéis* (Jn. 4, 48). Pierden, pues, mucho acerca de la fe los que quieren gozarse en estas obras sobrenaturales.

El tercer daño es que comúnmente por el gozo de estas obras las personas caen en vanagloria o en alguna vanidad; porque aun el mismo gozo de estas maravillas, no siendo puramente, como hemos dicho, en Dios y para Dios, es vanidad. Lo cual se ve en haber reprendido Nuestro Señor a los discípulos por haberse gozado de que les obedecían los demonios (Lc. 10, 20); y si tal gozo no fuese vano, no lo hubiese reprendido.

CAPÍTULO 32

Dos beneficios que saca el alma por renunciar a gozarse de las gracias sobrenaturales.

Además de los provechos que el alma logra al librarse de los tres daños dichos por la privación de este gozo, adquiere dos excelentes beneficios.

El primero consiste en que engrandece y da más gloria a Dios; el segundo consiste en que el alma se ensalza y eleva a sí misma. Porque de dos maneras es Dios ensalzado en el alma: la primera es apartando el corazón y gozo de la voluntad de todo lo que no es Dios, para ponerlo en Él solamente. Y al levantar el corazón sobre todas las cosas, se ensalza el alma sobre todas ellas.

Al poner el corazón en Dios solamente, es ensalzado y engrandecido el mismo Dios, manifestando al alma su excelencia y grandeza y testimoniándole quien Él es. Lo cual no se hace sin vaciar el gozo y consuelo de la voluntad acerca de todas las cosas, como se nos advierte en los Salmos: *Basta ya; sabed que yo soy Dios, excelso sobre las naciones* (Sal. 45, 11). Y pues es verdad que se ensalza Dios cuando el alma pone su gozo en Él, apartándolo de todas las cosas, mucho más se ensalza

apartándole de las cosas más maravillosas para ponerle sólo en Él, pues son de más alta calidad al ser sobrenaturales; y así, posponerlas para poner el gozo sólo en Dios, equivale a atribuir mayor gloria y excelencia a Dios que a ellas; porque cuanto uno más y mayores cosas desprecia por otro, tanto más le estima y engrandece.

Además de esto, Dios es ensalzado porque cuanto Dios es más creído y servido sin testimonios y señales, tanto más es ensalzado por el alma, pues cree a Dios más que a las señales y milagros que le puedan dar a entender.

El segundo beneficio es que se levanta el alma a mayor altura, porque, apartando la voluntad de todos los testimonios y señales aparentes, se ensalza en fe muy pura, la cual se la infunde y aumenta Dios, y juntamente le aumenta las otras dos virtudes teologales, que son la caridad y la esperanza. De esta forma el alma goza de divinas y altísimas noticias por medio del oscuro y desnudo hábito de la fe; y de gran deleite de amor por medio de la caridad, porque no se goza la voluntad en otra cosa que en Dios vivo; y de satisfacción en la memoria por medio de la esperanza. Todo lo cual es un admirable beneficio porque es esencial para poder llegar a la unión perfecta del alma con Dios.

CAPÍTULO 33

Los bienes espirituales de que se puede gozar la voluntad.

Ya que la intención de esta obra es encaminar el espíritu por los bienes espirituales hasta la divina unión del alma con Dios, nos toca tratar ahora el sexto género bienes, que son los bienes espirituales, los cuales son los que más sirven para este propósito. Y es de considerar, por la ignorancia de algunos, cómo frecuentemente se ponen las cosas espirituales al servicio de los bienes sensitivos, dejando al espíritu vacío y seco.

Por bienes espirituales entiendo todos aquellos bienes que mueven y ayudan para las cosas divinas y para el trato del alma con Dios, y las comunicaciones de Dios con el alma.

Primeramente habrá que distinguir dos tipos de bienes espirituales: unos sabrosos, y otros penosos. Y dentro de cada uno de estos

tipos, los hay también de dos maneras: dentro de los sabrosos, unos son de cosas claras que netamente se entienden, y otros, de cosas que no se entienden clara ni distintamente. Y dentro de los penosos, también algunos son de cosas claras y precisas, y otros, de cosas confusas y oscuras.

Estos bienes espirituales podemos también distinguirlos según las potencias del alma; porque unos, por cuanto son intelectuales, pertenecen al entendimiento; otros, por cuanto son afecciones, pertenecen a la voluntad; y otros, por cuanto son imaginarios, pertenecen a la memoria.

Dejamos para después los bienes penosos, porque pertenecen a la noche pasiva, donde hemos de hablar de ellos, y también los sabrosos que decimos son de cosas confusas y no distintas, para tratarlos al final, por cuanto pertenecen a la noticia general, confusa, amorosa, en que se hace la unión del alma con Dios. Hablaremos aquí de aquellos bienes sabrosos que son de cosas claras y concretas.

CAPÍTULO 34

Los bienes espirituales que claramente pueden ser contenidos en el entendimiento y en la memoria.

Mucho hemos hablado en el Segundo y Tercer Libro acerca de la multitud de aprehensiones de la memoria y del entendimiento. Como allí se trató largamente de la manera en que estas dos potencias deben comportarse acerca de estas aprehensiones para encaminarse a la divina unión, de la misma manera le conviene a la voluntad que se comporte con respecto al gozo de ellas, y por tanto, no es necesario referirlo de nuevo. Basta decir que dondequiera que allí dice que aquellas potencias se vacíen de tales y tales aprehensiones, se entienda también que la voluntad también se ha de vaciar del gozo de ellas. Y de la misma manera que queda dicho que la memoria y entendimiento han de proceder acerca de todas aquellas aprehensiones, tendrá también que proceder la voluntad. Puesto que el entendimiento y las demás potencias no pueden admitir ni negar nada sin que intervenga en ello la voluntad, claro está que la misma doctrina que sirve para lo uno servirá también para lo otro.

Véase allí lo que para esto se requiere, porque en todos aquellos daños caerá si no se sabe enderezar a Dios.

CAPÍTULO 35

Los bienes espirituales sabrosos que claramente pueden dar gozo a la voluntad. Las imágenes y los retratos.

A cuatro clases de bienes podemos reducir todos los que claramente pueden dar gozo a la voluntad, conviene a saber: motivos, provocativos, directivos y perfectivos. Trataremos de ellos ordenadamente, y primeramente, de los motivos, que son las imágenes y los retratos de los Santos, los oratorios y las ceremonias.

Los retratos y las imágenes son muy importantes para el culto divino y muy necesarios para mover la voluntad a la devoción, como muestra la aprobación y uso que de ellos hace nuestra Madre la Iglesia, por lo cual siempre conviene que nos aprovechemos de ellos para despertar de nuestra tibieza. Pero en el uso de ellos puede haber mucha vanidad y gozo vano, porque, hay muchas personas que ponen su gozo más en la pintura y ornato que en lo que representan.

La Iglesia estableció el uso de las imágenes con dos fines principales, es a saber: para reverenciar a los Santos en ellas, y para mover la voluntad y despertar la devoción por medio de ellas a ellos; y en cuanto sirven para esto son provechosas y el uso de ellas necesario. Y, por eso, se han de escoger las que son más expresivas y mueven más la voluntad a la devoción, dando más importancia a esto que al valor y curiosidad de la hechura y su ornato. Porque hay, como digo, personas que se fijan más en la singularidad de la imagen y valor de ella que en lo que representa; y su devoción interior, que espiritualmente debían enderezar al santo invisible —después de olvidar la imagen, que no sirve más que para este propósito—, la emplean en el ornato y curiosidad exterior, buscando sobre todo agradar y deleitar sus sentidos, quedándose el amor y gozo de la voluntad en aquello. Lo cual totalmente impide el verdadero espíritu, que no puede desarrollarse si el alma no aniquila el afecto que siente hacia todas las cosas.

Un síntoma de esto es la costumbre que tienen algunas personas de adornar las imágenes con vestidos mundanos, procurando con esto el demonio y ellos canonizar sus vanidades, poniéndolas en los santos, no sin agraviarles mucho. Y de esta manera, la devoción se les queda en poco más que en ornato de muñecas, sirviéndose incluso algunos de las imágenes como si no fuesen más que ídolos en que tienen puesto su gozo.

La verdadera persona devota en lo invisible principalmente pone su devoción, y de pocas imágenes requiere, y de éstas sobre todo elige las que más se conforman con lo divino que con lo humano. Ni incluso en éstas últimas tiene asido el corazón, porque si se las quitan, apenas le importa ni pierde la paz; porque la viva imagen busca dentro de sí, que es Cristo crucificado, en el cual antes gusta de que todo se lo quiten y que todo le falte. Porque mayor perfección del alma es estar con tranquilidad y gozo privada de ellas que poseyéndolas con gusto y asimiento. Que aunque es bueno gustar de tener aquellas imágenes que ayuden al alma a más devoción (por lo cual se han de escoger las que más mueven), no es perfección estar tan apegada a ellas que las tenga por suyas, de manera que si se las quitan se entristezca.

Cuanto más esté el alma apegada a una imagen o retrato, tanto menos subirá su oración a Dios; aunque es verdad que, por excitar unas la devoción más unas que otras, conviene aficionarse más a unas que a otras por esta causa y no por estar apegada a ellas y tenerlas como posesión propia. Porque las imágenes deben ayudar a que nuestro espíritu vuele a través de ellas a Dios. Pero si la persona sólo pone su atención en la imagen, estando toda engolfada en las sensaciones y los sentimientos que le suscita, no le servirá más que de estorbo, como cuando estamos apegados y asidos a cualquier cosa.

El que no vive la desnudez y pobreza del espíritu que requiere la perfección, fácilmente caerá en la imperfección que comúnmente tienen algunos respecto de los rosarios, queriendo que sean de esta hechura más que de la otra, o de este color y metal más que de aquel, o de este ornato o de ese otro. Mas nada importa la contextura para que Dios oiga mejor lo que se reza por este rosario o por ese otro. Él sobre todo escucha la oración que se hace con sencillo y verdadero corazón, que no mira más que a agradar a

Dios, no importándole nada que se haga por este rosario que por el otro, excepto cuando fuese de indulgencias.

Es nuestra vana codicia de tal suerte y condición, que en todas las cosas quiere hacer asiento; siendo como la carcoma, que roe hasta lo sano, y tanto en las cosas buenas como en las malas hace su oficio. Porque ¿qué otra cosa es preciarse de tener un rosario curioso y querer que sea antes de esta forma que de aquella, sino tener puesto el gozo en el instrumento, y querer escoger antes esta imagen que la otra, no mirando si le despertará más el amor, sino en si es más precioso y curioso? El que emplea su gusto y gozo sólo en amar a Dios, para nada le importará que el rosario o la imagen sea de una contextura o de otra. Pues da lástima ver como algunas personas espirituales están tan asidas al modo y hechura de estos instrumentos, que nunca están satisfechas, y siempre están cambiando unos por otros, olvidando la devoción del espíritu por estos modos visibles, que se apegan tanto a ellos como si fuesen alhajas o joyas.

CAPÍTULO 36

La ignorancia que tienen algunas personas acerca de las imágenes.

Mucho habría que decir sobre la ignorancia de muchas personas acerca de las imágenes; porque llega la bobería a tanto, que algunas ponen más confianza en unas imágenes que en otras, pensando que les oirá Dios más por ésta que por aquella, representando ambas una misma cosa, como dos imágenes de Cristo o dos de Nuestra Señora. Y esto es porque tienen más afición a la hechura de una que a la otra, lo cual indica la gran ignorancia que tienen acerca del trato con Dios y sobre el culto y honra que se le debe, el cual sólo mira la fe y pureza de corazón del que ora. Porque el que haga Dios a veces más mercedes por medio de una imagen que por otra, no es porque una valga más que la otra, aunque en la hechura sean muy diferentes, sino porque las personas despiertan más su devoción por medio de una que de otra; que si la misma devoción tuviesen por la una que por la otra, y aun sin la una y sin la otra, las mismas mercedes recibirían de Dios.

Por tanto, la causa por la que Dios concede mercedes y hace milagros por medio de algunas imágenes más que por otras, no es para que estimen más aquellas que las otras, sino para que con aquella novedad se despierte más la devoción dormida y el afecto de los fieles a la oración. Si una determinada imagen enciende más la devoción y hace perseverar más en la oración (los dos requisitos para que nos escuche Dios y nos conceda lo que le pedimos), entonces, es normal que Él continúe concediendo milagros y mercedes a través de esa imagen; y esto, ciertamente, no lo hace Dios por la imagen, pues en sí no es más que pintura, sino por la devoción y fe que se tiene en el santo que representa. Y así, si la misma devoción tuvieses tú y la misma fe en Nuestra Señora delante de cualquier imagen que la represente, las mismas mercedes recibirías. Además, por experiencia se ve que Dios hace algunas mercedes y obra milagros por medio de algunas imágenes no muy bien talladas ni curiosamente pintadas o figuradas, para que los fieles no atribuyan algo de esto a la figura o pintura.

Y muchas veces suele nuestro Señor obrar estas mercedes por medio de las imágenes que están más apartadas y solitarias. Esto lo hace para que con aquel propósito de ir a ellas crezca más el afecto y sea más intensa la oración. Y también para que se aparten del ruido y de la gente para orar, como lo hacía el Señor (Mt. 14, 23; Lc. 6, 12). Por eso, el que hace una romería, debería hacerla cuando no va mucha gente; y cuando va mucha turba, nunca yo se lo aconsejaría, porque, ordinariamente, vuelven más distraídos de cómo fueron. Además, muchos las hacen más por divertirse que por devoción.

De manera que mientras haya devoción y fe, cualquier imagen bastará; mas si no la hay, ninguna bastará. Que harta viva imagen era nuestro Salvador en el mundo y, con todo, los que no tenían fe, aunque más andaban con Él y veían sus obras maravillosas, no se aprovechaban. Y esa era la causa por la que en su tierra no hizo muchos milagros, como dice el evangelista (Mt. 13, 58; Lc. 4, 24).

También quiero aquí decir algunos efectos sobrenaturales que causan a veces algunas imágenes en algunas personas, y es que a algunas imágenes da Dios espíritu particular en ellas, de manera que queda fijada en la mente la figura de la imagen y devoción que causó, trayéndola como presente; y cuando de repente de ella se

acuerda, le hace el mismo espíritu que cuando la vio, a veces menos y aun a veces más; y en otra imagen, aunque sea de más perfecta hechura, no hallará aquel espíritu.

También muchas personas tienen devoción más en una hechura que en otras, y en algunas no será más que afición y gusto natural, así como a uno contentará más un rostro de una persona que de otra, y se aficionará más a ella naturalmente, y la traerá más presente en su imaginación, aunque no sea tan hermosa como las otras, porque se inclina su natural a aquella forma y figura. Y así pensarán algunas personas que la afición que tienen a tal o tal imagen es devoción, y no será quizá más que afición y gusto natural. Otras veces acaece que mirando una imagen, la vean moverse, o hacer gestos y muecas, y dar a entender cosas, o hablar. Esta manera y la de los afectos sobrenaturales que aquí decimos de las imágenes, aunque es verdad que muchas veces son verdaderos afectos y buenos, causando Dios aquello, o para aumentar la devoción, o para que el alma tenga algún apoyo a que ande asida por ser algo flaca y no se distraiga, muchas veces lo hace el demonio para engañar y dañar. Por tanto, para todo daremos doctrina en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO 37

Cómo se ha de encaminar a Dios el gozo de la voluntad por el objeto de las imágenes, de manera que no yerre ni se frene por ellas.

Así como las imágenes son de gran provecho para acordarse de Dios y de los santos y mover la voluntad a devoción usando de ellas, por la vía ordinaria, como conviene, así también serán para errar mucho si cuando acaecen cosas sobrenaturales acerca de ellas, no supiese el alma conducirse como conviene para ir a Dios. Porque uno de los medios con que el demonio atrapa a las almas incautas con facilidad y les impide avanzar en el camino de la verdad del espíritu, es por las cosas sobrenaturales y extraordinarias de que hace muestra por las imágenes, ya sean las materiales y corpóreas que usa la Iglesia, ya las que él suele fijar en la fantasía debajo de tal o tal santo o imagen suya, transfigurándose en ángel de luz para engañar (2 Cor. 11, 14).

Porque el astuto demonio, en esos mismos medios que tenemos para remediarnos y ayudarnos, se procura disimular para cogernos como unos incautos; por lo cual, el alma buena siempre en lo bueno se ha de recelar más, porque lo malo testimonia claramente que lo es.

Los daños que el alma puede sufrir en estos casos son, por tanto, los siguientes: que se vea impedida de volar a Dios, que use las imágenes de forma inapropiada por ignorancia, o que sea engañada natural o sobrenaturalmente por ellas. Para evitar estos daños y purificar la intención con que se las usa, enderezando por ellas el alma a Dios, que es la intención con que la Iglesia las usa, sólo una advertencia quiero poner que bastará para todo, y es que, pues las imágenes nos sirven para levantarnos hacia las cosas invisibles, que procuremos solamente poner la motivación, el afecto y el gozo (de la voluntad) en lo vivo que representan.

Por tanto, tenga el fiel este cuidado, que al ver la imagen no quiera embeber sus sentidos en ella, ya sea corporal la imagen, o imaginaria; ya de hermosa hechura, o de rico atavío; ya le provoque devoción sensitiva o espiritual; incluso si le manifiesta señales sobrenaturales. No haciendo caso de nada de estos accidentes, no repare más en ella, sino luego levante de ahí la mente a lo que representa, poniendo el centro y gozo de la voluntad en Dios con la oración y devoción de su espíritu, o en el santo que invoca, porque lo que se ha de llevar lo vivo y el espíritu no se lo lleve lo pintado y el sentido. De esta manera no será engañado, porque no hará caso de lo que la imagen le diga, ni ocupará el sentido ni el espíritu para que no vaya libremente a Dios, ni pondrá más confianza en una imagen que en otra. Y la que sobrenaturalmente le diese devoción, se la dará más copiosamente, puesto que inmediatamente dirigirá su afecto a Dios; porque Dios, siempre que hace esas y otras mercedes, las hace inclinando el afecto del gozo de la voluntad a lo invisible, y así quiere que lo hagamos, aniquilando las potencias acerca de todas las cosas visibles y sensibles.

CAPÍTULO 38

Los oratorios y lugares dedicados a la oración.

Está claro cómo en estos accidentes de las imágenes puede la persona espiritual cometer harta imperfección, y a veces con gran peligro, poniendo su gusto y gozo en ellas como en las demás cosas mundanas. Incluso aún más, porque al entender que son cosas santas, se confían más y no temen apropiarse de ellas ni apegarse a ellas. Y así, se engañan a veces harto, pensando que ya están llenos de devoción porque gustan de estas cosas santas, y, por ventura, no es más que inclinación y afecto natural, que, al igual que se ponen en otras cosas, se ponen en aquello.

Esto se ve también en la forma como algunas personas disponen sus oratorios, no hartándose de añadir una imagen tras otra, gustando del orden y atavío con que las ponen, a fin que su oratorio este bien adornado y parezca bien. Y a Dios no le quieren por esto más, mas antes menos, pues el gusto que ponen en aquellos ornatos pintados se lo quitan a lo que realmente está vivo, como hemos dicho.

Es verdad que las imágenes deben adornarse, ataviarse y reverenciarse mucho, por lo cual los que las tienen con poca pulcritud y reverencia son dignos de mucha reprensión. También lo son aquellos artistas que tallan las imágenes tan mal, que antes quitan la devoción que la acrecientan, por lo cual se debía impedir que las hiciesen a los que son cortos y toscos en este arte. Pero ¿qué tiene esto que ver con el gusto y apego que pones en estos ornatos y atavíos exteriores, cuando de tal manera te engolfan el sentido, que ponen muchas trabas para que tu corazón vuele hasta Dios para amarle y olvidarte de todas las cosas por su amor? Que si a esto faltas por eso otro, no sólo no te lo agradecerá, mas te castigará, por no haber buscado en todas las cosas su gusto más que el tuyo.

Lo cual podrás bien entender en aquella fiesta que hicieron a Su Majestad cuando entró en Jerusalén, recibiéndole con tantos cantares y ramos (Mt. 21, 9) mientras lloraba el Señor (Lc. 19, 41); porque, teniendo ellos su corazón muy lejos de Él, le hacían tributo con aquellas señales y ornatos exteriores. En lo cual podemos

decir que más se hacían fiesta a sí mismos que a Dios, como acaece a muchos hoy día, que, cuando hay alguna solemne fiesta en alguna parte, más se suelen alegrar por lo que ellos se han de divertir en ella, ya sea por lo que van a ver o por ser vistos, ya sea por comer, o por otras cosas, que por agradar a Dios. Mostrando tales inclinaciones e intenciones en nada agradan a Dios, y peor aún si los mismos que celebran las fiestas inventan alguna cosa ridícula y profana para incitar a risa a la gente, para que más se distraigan; o poniendo cosas que agraden más a la gente que la muevan a devoción.

Pues ¿qué diré de otras intenciones e intereses que tienen algunos en las fiestas que celebran? Estos ponen más su mirada y su codicia en sus intereses que en el servicio de Dios. Mas ellos mismos se dan cuenta, y Dios los ve. Pero tanto unos como otros, cuando así pasa, más se hacen a sí la fiesta que a Dios. Y aunque ellos piensan que están haciendo algo bueno, no lo toma Dios en cuenta, mas está enojado con ellos. Así se enojó con los hijos de Israel –dando muerte a muchos millares— cuando hacían fiesta cantando y bailando a su ídolo, pensando que hacían fiesta a Dios (Ex. 32, 7-28). Así también se muestra en la parábola de las bodas, cuando entró uno que estaba mal ataviado, sin el traje de boda, al cual mandó el rey echar en las tinieblas exteriores atado de pies y manos (Mt. 22, 12-13). En lo cual se conoce cuán mal sufre Dios en las fiestas que se hacen para su servicio estos desacatos.

Porque ¡cuántas fiestas, Dios mío, os hacen los hijos de los hombres en que sale con más ganancia el demonio que Vos! Y el demonio gusta de ellas, porque en ellas, como el tratante, hace él su feria. Y cuántas veces diréis Vos en ellas: *Este pueblo me honra con los labios, mas su corazón está lejos de mí, en vano me dan culto* (Mt. 15, 8).

Porque la causa por la cual Dios ha de ser servido es sólo por ser Él quien es, y no interponiendo otros fines. Y así, no sirviéndole sólo por quien Él es, es servirle en vano.

Mas, volviendo a los oratorios, digo que algunas personas los adornan más por su gusto que por el de Dios. Y algunos hacen tan poco caso de la devoción en ellos, que no los tienen en más que sus camarillas profanas, y aun algunos no en tanto, pues tienen más gusto en lo profano que en lo divino.

Pero dejemos ahora esto y hablemos de los que hilan más fino, es a saber, de los que se tienen por gente devota. Porque muchos de estos de tal manera ponen su gusto y apego en el ornato de su oratorio, que todo lo que podían ocuparse en la oración y recogimiento interior para unirse con Dios, se les va en esto. Y no se dan cuenta que, por no disponer su oratorio para aumentar el recogimiento interior y la paz del alma, se distraen tanto en él como en las demás cosas, inquietándose por lo que sienten a cada paso, y más si no sienten nada.

CAPÍTULO 39

Cómo se ha de usar de los oratorios y templos, encaminando el espíritu a Dios por ellos.

Para encaminar a Dios el espíritu en este género de bienes, conviene advertir que a los principiantes todavía se les permite y aun les conviene tener algún gusto sensible acerca de las imágenes, oratorios y otras cosas devotas visibles, por cuanto aún no tienen destetado y desengañado el paladar de las cosas mundanas, para que con este nuevo gusto dejen el otro; como al niño que, para desocuparle la mano de una cosa, se la ocupan con otra para que no llore al dejarle con las manos vacías.

Pero si la persona espiritual quiere seguir adelante en el camino del espíritu hacia Dios, tendrá que renunciar a todos esos gustos en que la voluntad se goza; porque el puro espíritu muy poco se ata a nada a esos objetos, sino sólo a Dios en recogimiento interior y trato mental con Él; y aunque se aprovecha de las imágenes y oratorios, lo hace como muy de pasada, poniendo inmediatamente su espíritu en Dios, olvidado de todo lo sensible.

Por tanto, aunque es mejor orar en un lugar digno y decoroso, con todo, se ha de escoger el lugar que menos impida a los sentidos y al espíritu de ir hacia Dios. De esta forma seguiremos el consejo de nuestro Salvador, cuando respondió a la mujer samaritana que le preguntó qué cuál era el lugar más propicio para orar, si el templo o el monte; y Él le respondió que no estaba la verdadera oración sujeta al lugar, sino que *los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad* (Jn. 4, 23-24).

De ahí que aunque los templos y lugares apacibles son más apropiados para la oración, porque el templo no se ha de usar para otra cosa, todavía para este asunto que nos ocupa —el trato interior que buscamos con Dios—, se deberá escoger el lugar que menos distraiga y lleve tras sí el sentido. Y así no ha de ser un lugar demasiado atractivo y deleitable a los sentidos, como suelen procurar algunos, para que, en vez de recoger el espíritu en Dios, no termine en una simple recreación de sentidos. Y por eso es bueno escoger un lugar solitario, y aun áspero, para que el espíritu sólida y derechamente suba hacia Dios, sin ser impedido ni detenido por las cosas visibles. Cuando éstas ayudan a veces a levantar el espíritu, lo hacen con la condición de que se olviden enseguida, para que el espíritu se quede en Dios. Nuestro Salvador nos daba ejemplo de esto escogiendo lugares solitarios para orar, que no distraen mucho los sentidos (Mt. 14, 24) y que levantan el alma a Dios, como son los montes (Lc. 6, 12; 19, 28), los cuales se levantan de la tierra, y ordinariamente están pelados de sensitiva recreación.

Por tanto, la verdadera persona espiritual nunca se ata a que el lugar para orar esté acondicionado de tal o tal manera, porque esto significaría que todavía está atada a las cosas sensibles; sino sólo mira al recogimiento interior, en olvido de lo demás, escogiendo para ello el lugar más libre de objetos y atractivos sensibles, para poder gozarse más a solas de las criaturas con su Dios. Mas sorprende ver algunas personas espirituales que todo se les va en componer oratorios y acomodar lugares agradables según sus gustos e inclinaciones; y apenas se cuidan del recogimiento interior, que es lo que realmente importa; porque, si de verdad se cuidasen de ello, no podrían poner su gusto en aquellos modos y maneras, antes les cansarían.

CAPÍTULO 40

Se ha de encaminar el espíritu hacia el recogimiento interior.

El que algunas personas espirituales no acaben nunca de entrar en los gozos verdaderos del espíritu, se debe a que nunca acaban de remontarse de las cosas exteriores y visibles, renunciando a

gozarse de ellas. Adviertan estos tales que, aunque el lugar más digno y más apropiado para hacer la oración es el templo y el oratorio, y que las imágenes nos motivan a ello, que no ha de ser de tal manera que se emplee lo mejor del alma en fijarse en lo visible –el templo, el oratorio, o la imagen—, y se olvide de orar en el templo vivo, que es el recogimiento interior del alma. Por esto nos advirtió el Apóstol: *Mirad, que vuestros cuerpos son templos vivos del Espíritu Santo, que mora en vosotros* (1 Cor. 3, 6; 6, 19). Y sobre todo nos enseñó Cristo que los verdaderos adoradores adoraran al Padre *en espíritu y en verdad* (Jn. 4, 24). Porque muy poco caso hace Dios de tus oratorios y lugares bien acondicionados si, por tener tu apetito y gusto asido a ellos, tienes algo menos de desnudez interior, que es la pobreza espiritual en negación de todas las cosas que puedas poseer.

Debes, pues, para purificar la voluntad del gozo y apetito vano en esto y enderezarlo a Dios en tu oración, sólo mirar que tu conciencia este pura y tu voluntad entera en Dios, y la mente puesta de veras en Él; y, como he dicho, escoger el lugar más apartado y solitario que puedas, y convertir todo el gozo de la voluntad en invocar y glorificar a Dios; y de esos otros gustillos del exterior no hagas caso, antes procura negarlos. Porque si se hace el alma al sabor de la devoción sensible, nunca atinará a pasar a la fuerza del deleite del espíritu, que se halla en la desnudez espiritual mediante el recogimiento interior.

CAPÍTULO 41

Algunos daños en que caen los que se dan al gusto sensible de las cosas y lugares devotos.

Muchos daños, tanto interiores como exteriores, sufre la persona espiritual, por andar siempre buscando el gusto sensible acerca de las cosas dichas. En cuanto a lo interior, nunca llegan al recogimiento interior del espíritu, que consiste en pasar de todo eso, y hacer olvidar al alma todos esos sabores sensibles, y entrar en lo vivo del recogimiento del alma, y adquirir las virtudes con fuerza. En cuanto a lo exterior, no están preparadas para poder orar en cualquier lugar, sino tan solo en los que son de su gusto; y

así, muchas veces faltan a la oración, pues, como dicen, no están hechas más que al libro de su aldea.

Además de esto, este querer gustarse de las cosas sensibles es la causa de que cambien de lugar a cada rato, y así ahora los veis en un lugar, ahora en otro; ahora tomar una ermita, ahora otra; ahora arreglar un oratorio, ahora otro.

Y entre estos están también los que se les va la vida en mudar de ambientes y modos de vivir. Estos tales, sólo tienen fervor y gozo sensible acerca de las cosas espirituales, y nunca se han hecho fuerza para llegar al recogimiento espiritual, negando la propia voluntad y sujetándose a sufrir incomodidades. Y así, todas las veces que ven un lugar devoto a su parecer, o alguna manera de vida, o estado que cuadre con su condición e inclinación, luego se van tras él y dejan el que tenían. Y como se mueven por el gusto sensible, de aquí que presto buscan otra cosa, porque el gusto sensible no es constante, sino que cambia a cada rato.

CAPÍTULO 42

Tres clases de lugares devotos.

Podemos distinguir tres clases de lugares a través de los cuales suele Dios mover la voluntad a la devoción.

Primeramente, están las tierras y sitios que de forma natural despiertan a devoción, ya sea por la agradable disposición y apariencia de la tierra como de los árboles, o por su solitaria quietud. Muy beneficioso resultará aprovecharse de ellos, con tal que la voluntad enseguida se dirija hacia Dios olvidando tales lugares; así como para llegar al fin conviene no detenerse en el medio y principio más de lo debido. Mas el que intente recrear los sentidos y satisfacerse sensiblemente con la vista, antes hallará sequedad de espíritu y distracción espiritual; porque la satisfacción y provecho espirituales no se hallan sino en el recogimiento interior.

Es decir, estando en tal lugar, olvidándose del lugar, la persona espiritual ha de procurar estar en su interior con Dios, como si no estuviese en dicho lugar; porque el que trate de deleitarse con el lugar, de aquí para allí, más busca recreación sensitiva e inestabilidad de ánimo que sosiego espiritual.

Así lo hacían los anacoretas y otros santos ermitaños, cuando en los extensos y fascinantes desiertos escogían el lugar más exiguo que podía bastarles, edificando estrechísimas celdas y cuevas para encerrarse allí. Porque entendían muy bien aquellos santos que si no apagaban su afán y codicia de hallar gusto y sabor espiritual, no podrían llegar a ser espirituales.

La segunda clase comprende algunos lugares, ya sean desiertos o no, donde Dios suele hacer grandes mercedes espirituales a determinadas personas; de manera que ordinariamente queda inclinado el corazón de aquella persona, que recibió allí tales mercedes, a aquel lugar donde las recibió, y le dan algunas veces algunos grandes deseos y ansias de ir a aquel lugar. Aunque cuando van no vuelven a experimentar las mercedes de antes, porque no está en su mano; porque estas mercedes las hace Dios cuándo, cómo y dónde quiere, sin estar sujeto a lugar ni a tiempo, ni al deseo de la persona que las recibe.

Pero, de todas formas, es bueno que la persona retorne allí algunas veces a orar, con tal que vaya desprendida de sus gustos sensitivos; y esto, por tres razones: la primera, porque, aunque, como decimos, Dios no está sujeto a lugar, parece que quiso allí Dios ser alabado de tal alma, haciéndola allí aquellas mercedes. La segunda, porque más se acuerde el alma de agradecer a Dios lo que allí recibió. La tercera, porque fácilmente se despertará más la devoción allí al acordarse de las gracias que recibió.

Por estas razones debe ir, y no por pensar que Dios está obligado a hacerle allí mercedes, de manera que no pueda donde quiera, porque más digno lugar es el alma y más propio para Dios que ningún lugar terrenal. De esta manera leemos en la sagrada Escritura como hizo Abraham un altar en el mismo lugar donde se le apareció Dios, e invocó allí su santo nombre, y después, viniendo de Egipto, volvió por el mismo camino donde se le había aparecido Dios, y volvió a invocarle allí en el mismo altar que había edificado (Gn. 12, 8, y 13, 4).

La tercera clase comprende algunos determinados lugares que Dios elige para ser allí invocado, tal como el monte Sinaí, donde dio Dios la ley a Moisés (Ex. 24, 12), o el lugar que señaló a Abraham para que sacrificase a su hijo (Gn. 22, 2), o también el

monte Horeb, donde se apareció a nuestro padre Elías (3 Re. 19, 8).

La razón por la que Dios escoge estos lugares más que otros para ser alabado, Él sólo lo sabe. Lo que nos conviene saber nosotros es que todo es para nuestro provecho y que Él oye nuestras oraciones donde quiera que con entera fe le roguemos; aunque en los que están dedicados a su servicio hay mucha más ocasión de ser oídos en ellos, por tenerlos la Iglesia señalados y dedicados para esto.

CAPÍTULO 43

Los modos y maneras erradas de orar de que se valen muchas personas.

Si bien es hasta cierto punto tolerable que las personas pongan su gozo en satisfacer sus gustos sensibles con ciertas imágenes o lugares para orar, por hacerlo inocentemente, si llevar mala intención, es insufrible ver la gran afición que algunos tienen a ciertas devociones o ceremonias introducidas por gente poco instruida y carente de la sencillez de la fe.

Dejemos aparte las oraciones que incluyen algunos nombres extraordinarios o términos que no significan nada, y otras cosas no sacras –claramente malas y a veces pecaminosas—, ideadas por gente necia y de alma tosca y sospechosa, que pueden incluso haber pactado ocultamente con el demonio. Porque estas supuestas oraciones provocan la ira de Dios y no su misericordia, las dejo aquí de tratar.

Mas quiero llamar la atención ahora sobre aquellas oraciones o prácticas de piedad que, por no incluir estas formas sospechosas, muchas personas emplean con devoción indiscreta, poniendo tanta confianza y fe en el particular modo de hacerlas, que piensan que si en un punto faltan y se salen de los límites prescritos, para nada les aprovechará ni las oirá Dios. Es decir, ocurre que estas personas ponen más su fe en aquellos modos y maneras que en Dios mismo –el fin al que se dirige la oración—, no sin gran desacato y agravio de Él. Estos modos y maneras incluyen, por ejemplo: el que sea la misa con tantos cirios y no más ni menos;

que la diga un sacerdote de tal o cuál condición; el que sea a tal hora y no antes ni después; el que sea después de tal día, y no antes ni después; y que las oraciones y estaciones sean tantas y tales y a tales tiempos, y con tales y tales ceremonias, y no antes ni después, ni de otra manera; y que la persona que las recite tenga tales cualidades y no otras. Llegan a pensar que si falta algo de lo que ellos llevan propuesto, todo es en vano.

Y lo que es peor es que algunos quieren sentir con tales devociones determinados efectos en sí, o saber que se ha cumplido lo que piden al final de sus largas oraciones llenas de formalidades; lo cual no es menos que tentar a Dios y enojarle gravemente; tanto, que algunas veces da licencia al demonio para que los engañe, haciéndoles sentir y entender cosas harto ajenas al provecho de su alma, mereciéndolo ellos por la intención con que hacen en sus oraciones (por tener en más lo que ellos pretenden que lo que Dios quiere). Y así, porque no ponen toda su confianza en Dios, nada les sale bien.

CAPÍTULO 44

Cómo se han de enderezar a Dios estas devociones.

Sepan, pues, estas personas que cuanta más confianza pongan en estas cosas y formalidades, tanta menos confianza ponen en Dios, y no alcanzarán de Dios lo que desean.

Pues hay algunos que más oran por conseguir lo que pretenden que por glorificar de Dios. Y así, aunque ellos en teoría admiten que si es del agrado de Dios, que se haga, y sino, no, mas por el afán que ponen en lograr lo que pretenden, multiplican tal cantidad de peticiones, que les sería mucho más provechoso emplear su tiempo y esfuerzo en conseguir cosas de más importancia para ellos, como es limpiar de veras sus conciencias y entender lo que verdaderamente importa para su salvación, posponiendo todas las otras peticiones que no se refieran a esto. Y de esta manera, alcanzando lo más importante, alcanzarían también lo otro si les viene bien, aunque no se lo pidan, mucho mejor y antes que si toda la fuerza la pusiesen en ello.

Así nos lo ha prometido el Señor: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las otras cosas se os darán por añadidura* (Mt. 6, 33); porque ésta es la petición que más le agrada. Para alcanzar todos nuestros deseos, no hay mejor medio que poner la fuerza de nuestra oración en lo que es más del gusto de Dios; entonces no sólo nos dará lo que le pedimos, la salvación, sino aun lo que Él ve que nos conviene y nos resulta bueno, aunque no se lo pidamos. Pues como dice el salmista: *Cerca está el Señor de los que le invocan, de todos los que le invocan con verdad* –es decir, de los que le piden las cosas que realmente importan, como son las de la salvación—, *El cumple el deseo de los que le temen, escucha su ruegos, y los salva. Porque guarda el Señor a los que le aman* (Salmo 144, 18-20). Que *está cerca el Señor* significa que está dispuesto a concederles aun lo que no pensaban pedirle. Esto le ocurrió a Salomón, cuando le pidió una cosa que era del agrado de Dios, la sabiduría, con la que podría regir justamente a su pueblo, y por eso le respondió Dios, diciendo: *Porque has pedido esto, en vez de pedir para ti una larga vida, riquezas o la muerte de tus enemigos, yo te doy no sólo la sabiduría que me pides para regir justamente a mi pueblo, mas aun lo que no me has pedido, riquezas y gloria, como no tuvo nadie entre los reyes* (I Reyes 3, 9-12).

Así tenemos que pedirle al Señor. Porque Él es de tal manera que si los que le piden se conforman a lo que le agrada, Él hará cuanto ellos quieran; mas si van con interés, no obtendrán nada.

Pidámosle como nos enseñó Jesucristo. Cuando los discípulos le rogaron que les enseñase a orar, Él nos enseñó todo lo que necesitamos para que el Padre Eterno nos escuche, pues le conoce tan bien. Y todo se reduce a las siete peticiones del Padrenuestro (Mt. 6, 9-13; Lc. 11, 12), en que se incluyen todas nuestras necesidades espirituales y temporales. Y no nos enseñó más peticiones, antes, en otra parte, nos dijo que cuando orásemos, que no tratásemos de hablar mucho, porque *bien sabe nuestro Padre celestial lo que os conviene* (Mt. 6, 78). Sólo nos encargó, con mucho encarecimiento, que perseverásemos en la oración, es a saber, en la del Padrenuestro, que oremos sin desfallecer (Lc. 18, 1). No nos enseñó otras peticiones, sino tan solo que repitiésemos éstas muchas veces con fervor y cuidado;

porque en ellas se encierra toda la voluntad de Dios y todo lo que nos conviene. Por eso, cuando Su Majestad acudió tres veces al Padre Eterno, las tres veces oró empleando palabras del Padrenuestro, diciendo: *Padre, si no es posible que pase de mí este cáliz que tengo que beber, hágase tu voluntad* (Mt. 26, 39).

Y únicamente nos dio dos consejos para poder orar bien: primero, que lo hiciésemos en un lugar retirado y silencioso, sin dar cuenta a nadie de él, para que lo pudiésemos hacer con más entero y puro corazón: *Cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí en lo secreto* (Mt. 6, 6). Segundo, que fuésemos a los desiertos solitarios, y que orásemos en la hora más tranquila del día, como Él solía hacer por la noche (Lc. 6, 12). Y así, no hay para qué ceñirse a un tiempo o a unos días determinados, ni usar otras ingeniosas palabras y devociones, sino sólo las que usa la Iglesia y tal como las usa, porque todas se reducen a las que hemos dicho del Padrenuestro.

Y con esto no condeno, sino antes apruebo, que se puedan dedicar determinados días para orar y hacer penitencia; sólo condeno que se ponga la confianza en estrictas y detalladas normas para hacer la oración y no en que Dios está siempre dispuesto a escucharnos.

CAPÍTULO 45

La segunda clase de bienes distintos en que se puede gozar vanamente la voluntad: la predicación.

La segunda manera de bienes distintos sabrosos en que vanamente se puede gozar la voluntad, son los que provocan o persuaden a servir a Dios, que llamamos provocativos. Estos son los sermones o predicaciones, de los cuales podríamos hablar de dos maneras: en lo que atañe a los mismos predicadores o a los oyentes.

En lo que atañe al predicador, para aprovechar al pueblo y no estorbarse a sí mismo con vano gozo y presunción, le conviene advertir que aquel ejercicio más es espiritual que vocal; porque, aunque se ejercita con palabras aprendidas de fuera, su fuerza y

eficacia no le viene sino del espíritu interior. De donde, por más alta que sea la doctrina que predica y por más esmerada la retórica y subido el estilo con que va vestida, no hace de suyo ordinariamente más provecho que el que provenga del espíritu interior. Y aunque es verdad que la palabra de Dios de suyo es eficaz, pues *su voz es potente* (Sal. 67, 34), y como el fuego tiene virtud de quemar, mas no quemará si no encuentra disposición en el sujeto que predica.

Para que la Palabra dé fruto dos disposiciones debe de haber: una del que predica y otra del que oye. Mas normalmente el provecho está en relación con la disposición del que enseña. Pues tal como es el maestro, tal suele ser el discípulo.

Así lo vemos en los Hechos de los Apóstoles, cuando los siete hijos de aquel príncipe de los sacerdotes de los judíos intentaban conjurar los espíritus de la misma forma que san Pablo, pronunciando el nombre de Jesús; el demonio entonces se enfureció contra ellos y les dijo: *Conozco a Jesús y sé quien es Pablo; pero ¿quiénes sois vosotros?* (19, 15) y embistió sobre ellos, de suerte que desnudos y heridos, tuvieron que huir. Y así aconteció porque ellos no tenían la disposición que convenía, y no porque Cristo no quisiese que en su nombre lo hiciesen; porque una vez hallaron los Apóstoles a uno que no era discípulo suyo echando un demonio en nombre de Cristo, y se lo prohibieron, y el Señor se lo reprendió, diciendo: *No se lo prohibáis, porque nadie hay que haga un milagro en mi nombre y pueda seguir hablando mal de mí* (Mc. 9, 38). Pero el Señor aborrece a los que enseñan la ley de Dios sin guardarla ellos, y a los que predican el buen espíritu sin tenerlo. Que por eso dice por san Pablo: *Tú, que enseñas a otros, ¿cómo no te enseñas a ti mismo? Tú, que predicas que no se ha de robar, ¿por qué robas?* (Rm. 2, 21). Y dice el Espíritu Santo: *Al pecador dijo Dios: ¿Por qué recitas mis preceptos, y pones en tu boca mi alianza, tú que detestas la doctrina y echas a tus espaldas mis palabras?* (Sal. 49, 1617). En lo cual se da a entender que no tendrán fruto.

Ordinariamente vemos que conforme mejor es la vida del predicador, mayor es el fruto que hace, aunque sea muy pobre su estilo, poco elegante su dicción, o poco subida su doctrina, porque el espíritu que está vivo no puede dejar de irradiar calor. Pero quien no viva lo que enseña muy poco provecho hará, por más subido

que sea su estilo y su doctrina. Es verdad que el buen estilo, la doctrina y la facilidad de palabra mueven mejor y hacen mejor efecto cuando van acompañadas de buen espíritu; pero sin él, aunque resulte agradable el sermón a nuestros oídos y a nuestro entendimiento, muy poco o nada moverá a la voluntad; porque comúnmente se quedará tan floja y remisa como antes para obrar, aunque se hayan dicho cosas maravillosas. Si no hay espíritu la palabra sólo sirve para deleitar el oído, como una música armoniosa o tañido de campanas; y la palabra no tendrá fuerza para resucitar al muerto de la sepultura.

Poco importa escuchar una música mejor que otra si no me mueve más que aquella a hacer obras buenas, porque, aunque se hayan escuchado maravillas, luego se olvidan, porque no irradiaron fuego en la voluntad. De suyo no hace mucho fruto lo que sólo resulta agradable a los oídos, pues la doctrina se queda en simples sensaciones y no pasa al espíritu. De esta forma el oyente se queda sólo en la estimación del modo y accidentes con que va dicha la doctrina, y alaba al predicador en esto o en aquello, fijándose sólo en estos detalles, mas no en la enmienda que la doctrina ilumina.

Lo mismo nos da a entender San Pablo cuando escribe: *Yo, hermanos, cuando fui a vosotros, no me presenté anunciándoos el misterio de Dios con sublimidad de lenguaje o de sabiduría, porque en medio de vosotros preferí no saber otra cosa que a Jesucristo, y a éste crucificado… Y mi lenguaje y mi predicación, no se basaba sobre palabras persuasivas de humana sabiduría, sino sobre la manifestación del Espíritu y de la verdad* (1 Cor. 2, 1-4).

Con esto el Apóstol no pretende, ni yo tampoco, condenar el buen estilo, la elocuencia y la buena preparación, porque estas cosas son muy importantes para el predicador, como también para todos los negocios. De suyo la buena preparación y el buen estilo incluso pueden levantar y reconstruir las cosas caídas y corrompidas, así como la mala preparación corrompe y hace perder a las cosas buenas.

FIN DE LA OBRA

Noche Oscura

Prólogo

En este libro se ponen primero todas las canciones que se han de declarar. Después se declara cada canción de por sí, poniendo cada una de ellas antes de su declaración, y luego se va declarando cada verso de por sí, poniéndole también al principio. En las dos primeras canciones se declaran los efectos de las dos purificaciones espirituales de la parte sensitiva del hombre y de la espiritual. En las otras seis se declaran varios y admirables efectos de la iluminación espiritual y unión de amor con Dios.

CANCIONES DEL ALMA

En una noche oscura,
con ansias, en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada
estando ya mi casa sosegada.

A oscuras y segura,
por la secreta escala, disfrazada,
¡oh dichosa ventura!,
a oscuras y en celada,
estando ya mi casa sosegada.

en la noche dichosa,

en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía.

Aquésta me guiaba
más cierto que la luz de mediodía,
adonde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.

¡Oh noche que guiaste!
¡oh noche amable más que el alborada!
¡oh noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!

En mi pecho florido,
que entero para él solo se guardaba,
allí quedó dormido,
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.

El aire de la almena,
cuando yo sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería
y todos mis sentidos suspendía.

Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo y dejéme,

dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

FIN

Comienza la declaración de las canciones que tratan del modo y manera que tiene el alma en el camino de la unión del amor con Dios, por el padre fray Juan de la Cruz, religioso de la Orden de la gloriosísima Virgen del Monte Carmelo, profesor de la regla primitiva y fundador de los Descalzos.

Antes que entremos en la declaración de estas canciones, conviene saber aquí que el alma las dice estando ya en la perfección, que es la unión de amor con Dios, habiendo ya pasado por los estrechos trabajos y aprietos, mediante el ejercicio espiritual del *camino estrecho de la vida eterna* que dice nuestro Salvador en el Evangelio (Mt. 7, 74), por el cual camino ordinariamente pasa para llegar a esta alta y dichosa unión con Dios. El cual por ser tan estrecho y por ser tan pocos los que entran por él, como también dice el mismo Señor (Mt. 7, 14), tiene el alma por gran dicha y ventura haber pasado por él a la dicha perfección de amor, como ella lo canta en esta primera canción, llamando noche oscura con harta propiedad a este camino estrecho, como se declarará adelante en los versos de la dicha canción. Dice, pues, el alma, gozosa de haber pasado por este angosto camino de donde tanto bien se le siguió, en esta manera:

LIBRO PRIMERO

La Noche pasiva del sentido.

Canción primera

En una noche oscura,
con ansias, en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada
estando ya mi casa sosegada.

DECLARACIÓN

Cuenta el alma en esta primera canción el modo y manera que tuvo en salir, según la afición, de sí y de todas las cosas, muriendo por verdadera mortificación a todas ellas y a sí misma, para venir a vivir vida de amor dulce y sabrosa con Dios. Y dice que este salir de sí y de todas las cosas fue *una noche oscura*, que aquí entiende por la contemplación purgativa o purificativa, como después se dirá, la cual *pasivamente* causa en el alma la dicha negación de sí misma y de todas las cosas.

Y esta salida dice ella aquí que pudo hacer con la fuerza y calor que para ello le dio el amor de su Esposo en la dicha contemplación oscura. En lo cual encarece la buena dicha que tuvo en caminar a Dios por esta noche con tan próspero suceso que ninguno de los tres enemigos –mundo, demonio y carne—, que son los que siempre contrarían este camino, se lo pudiese impedir; por cuanto la dicha noche de contemplación purificativa hizo adormecer y amortiguar en la casa de su sensualidad todas las pasiones y apetitos según sus apetitos y movimientos contrarios. Dice, pues, el verso:

En una noche oscura,

CAPÍTULO 1

Las imperfecciones de los principiantes.

En esta noche oscura comienzan a entrar las almas cuando Dios las va sacando del estado de principiantes, que es el de los que meditan en el camino espiritual, y las comienza a poner en el de los aprovechantes o aprovechados, que es ya el de los contemplativos, para que, pasando por aquí, lleguen al estado de los perfectos, que es el de la divina unión del alma con Dios. Por tanto, para entender y declarar mejor qué noche sea ésta por que el alma pasa, y por qué causa la pone Dios en ella, primero convendrá tratar aquí algunos rasgos de los principiantes. Lo cual, aunque se haga brevemente, no dejará también de servir a los mismos principiantes, para que, entendiendo la flaqueza del estado que llevan, se animen y deseen que los ponga Dios en esta noche, donde se

fortalece y confirma el alma en las virtudes y pasa los inestimables deleites del amor de Dios. Y, aunque nos detengamos un poco, será lo suficiente para que podamos tratar después esta noche oscura.

Es, pues, de saber que el alma, después que determinadamente se convierte a servir a Dios, ordinariamente la va Dios criando en espíritu y regalando, al modo que la amorosa madre hace al niño tierno, al cual al calor de sus pechos le calienta, y con leche sabrosa y manjar blando y dulce le cría, y en sus brazos le trae y le regala. Pero, en la medida con que va creciendo, le va la madre quitando el regalo y, escondiendo el tierno amor, pone el amargo acíbar en el dulce pecho, y, bajándole de los brazos, le hace andar por su pie, para que, abandonando los atributos de niño, se dé a cosas más grandes y sustanciales.

La gracia de Dios, después de haber reengendrado al alma, infundiéndole nuevo calor y fervor de servir a Dios, la cuida como amorosa madre que es; porque hace que halle en todas las cosas dulce y sabrosa la leche espiritual, sin ningún trabajo suyo, y en los ejercicios espirituales gran gusto, porque le da Dios aquí su pecho de amor tierno, como a tierno niño que es (1 Pe. 2, 23).

De ahí que el deleite del alma es pasarse grandes ratos en oración, y hasta a veces las noches enteras; sus gustos son las penitencias, sus contentos los ayunos, y sus consuelos frecuentar los sacramentos y hablar de las cosas divinas. En estas cosas, aunque pongan gran empeño para asistir a ellas, las frecuenten y traten con gran cuidado, hablando espiritualmente, comúnmente lo hacen de forma muy flaca e imperfecta. En estas obras espirituales –como son movidas por el consuelo y gusto que allí hallan, y, como no están todavía adiestradas en las virtudes mediante ejercicios de fuerte lucha— tienen muchas faltas e imperfecciones. Al fin y al cabo, cada uno obra conforme al hábito de perfección que tiene; y, como éstos no han tenido tiempo de adquirir los hábitos fuertes, de necesidad han de obrar como flacos niños, flacamente. Para que pueda verse esto más claramente, y ver lo faltos que aún están estos principiantes acerca de las virtudes, a pesar de que parezcan obrar fácilmente impulsados por los consuelos y gustos que sienten, iremos recorriendo siete vicios capitales, diciendo algunas de las muchas imperfecciones que en cada uno de ellos tienen, en

que se verá claro cuán infantilmente obran. De esta forma se verá también cuántos bienes trae consigo la noche oscura de que luego hemos de tratar, pues de todas estas imperfecciones limpia al alma y la purifica.

CAPÍTULO 2

Algunas imperfecciones espirituales que tienen los principiantes acerca del hábito de la soberbia.

Como estos principiantes se sienten tan fervorosos y diligentes en las cosas espirituales y ejercicios devotos, aunque es verdad que las cosas santas de suyo humillan, por su imperfección les hacen brotar muchas veces ciertos ramalazos de soberbia oculta, de donde vienen a sentir alguna satisfacción de sus obras y de sí mismos. De aquí también les nace ciertos deseos algo vanos, y a veces muy vanos, de hablar de cosas espirituales delante de los demás, y aun a veces de enseñarlas más que de aprenderlas, y condenan en su corazón a los otros, cuando no les ven que caminan según la manera de devoción que ellos querrían, y aun a veces lo dicen de palabra, pareciéndose en esto al fariseo, que se jactaba delante de Dios de las obras que hacía, y despreciaba al publicano (Lc. 18, 11-12).

A estos muchas veces el demonio les aumenta el fervor y las ganas de hacer estas obras u otras similares, para que crezcan en soberbia y presunción. Sabe muy bien él que todas estas obras y virtudes que hacen, no sólo no les valen nada, mas antes se les vuelven en vicio. Algunos de éstos llegan a tanto mal, que no quieren que nadie parezca bueno sino tan solo ellos; y así, bien de obra o de palabra, cuando se ofrece la ocasión, condenan y denigran a los otros, fijándose en la mota que ven en el ojo de su hermano, y no consideran la viga que tienen en el suyo (Mt.7,37); es decir, filtran el mosquito ajeno mientras se tragan el propio camello (Mt. 23, 24).

A veces, cuando sus maestros espirituales, confesores o directores espirituales, no les aprueban su espíritu y modo de proceder (porque desean que estimen y alaben sus cosas), juzgan que ellos no entienden su espíritu, o que no son espirituales, pues no aprueban sus deseos ni condescienden con ellos. Y así, presto

desean y procuran tratar con otro que cuadre mejor con sus gustos; porque ordinariamente desean tratar su espíritu con aquellos que piensan les han de alabar y estimar sus cosas, y huyen, como de la muerte, de aquellos que deshacen sus planes para ponerlos en camino seguro, y aun a veces les toman ojeriza. Presumen de sí mismos, suelen proponer mucho y hacen muy poco. A veces ansían que los demás los tengan por muy espirituales y fervorosos, y para esto se hacen notar exteriormente, mediante ciertas posturas, suspiros y otros ademanes; incluso a veces, procuran tener algunos arrobamientos, sobre todo en público, a los cuales les ayuda el demonio, y se complacen en que los demás se enteren.

Muchos quieren dar incluso lecciones a sus confesores, y de aquí les nacen mil envidias e inquietudes. Sienten vergüenza de confesar abiertamente sus pecados, para que no los tengan en menos, y así los colorean para que no parezcan tan malos, con lo que más van a excusarse que acusarse. Y a veces buscan otro confesor para decir lo malo, para que el otro no lo sepa y piense que no tienen nada malo, sino bueno; y así, siempre gustan de decirle lo bueno, y a veces con tales términos que parezcan mejor de lo que son, deseando parecer buenos, mas la verdadera humildad no busca aparentar ser bueno y no desea ser tenido en algo por el confesor ni por nadie.

Algunos de éstos tienen en poco sus faltas, mientras que otras veces se entristecen demasiado de verse caer en ellas, pensando que ya tenían que ser santos, y se enojan contra sí mismos con impaciencia, lo cual es otra imperfección. Tienen muchas veces grandes ansias de que Dios les quite sus imperfecciones y faltas, más por verse sin la molestia de ellas en paz que por Dios; no mirando que, si se las quitase, por ventura se harían más soberbios y presuntuosos. Son enemigos de alabar a otros y amigos de ser alabados, y a veces incluso lo pretenden; en lo cual son semejantes a las vírgenes necias, las cuales, teniendo sus lámparas a punto de apagarse, buscaban aceite por fuera de ellas (Mt. 25, 8).

De estas imperfecciones algunos llegan a tener muchas y muy graves; otros tienen menos, y algunos solo los primeros movimientos o poco más; pero apenas habrá algún principiante que al tiempo de estos fervores no caiga en algo de esto. Pero los que en este tiempo progresan en la perfección, muy de otra manera

proceden y con muy diferente temple de espíritu; porque se aprovechan y edifican mucho con la humildad, no sólo teniendo sus propias cosas en nada, mas con muy poca satisfacción de sí; a todos los demás tienen por mucho mejores que ellos, y les suelen tener una santa envidia, con gana de servir a Dios como ellos; porque, cuanto más fervor llevan y cuantas más obras hacen y gusto tienen en ellas, como van en humildad, tanto más conocen lo mucho que Dios merece y lo poco que es todo cuanto hacen por Él; y así, cuanto más hacen, tanto menos satisfechos se sienten de sí mismos. Tanto querrían hacer por Él en caridad y amor, que todo lo que hacen no les parece nada; y tanto les ocupa y embebe este cuidado de amor, que nunca advierten si los demás hacen o no hacen; y si lo advierten, creen que todos son mucho mejores que ellos.

Como se consideran poca cosa, desean que los demás los tengan en poco y que les deshagan y desestimen sus cosas. Y cuando son alabados y estimados, de ninguna manera lo pueden creer, y les parece extraño que hablen bien de ellos.

Estos, con mucha tranquilidad y humildad, desean grandemente que cualquiera les enseñe lo que les pueda aprovechar; harta contraria cosa de la que tienen los anteriores, que querrían ellos enseñarlo todo, y aun cuando parece les enseñan algo, ellos mismos toman la palabra de la boca como que ya se lo saben. Pero éstos, los que progresan en la perfección, están muy lejos de querer ser maestros de nadie, y están muy prontos a echar por otro camino del que llevan, si se lo mandasen, porque nunca piensan que aciertan en nada. Se gozan cuando los demás son alabados; sólo tienen pena de que no sirven a Dios como ellos. No quieren hablar de sus cosas, porque las tienen en tan poco, que aun a sus maestros espirituales tienen vergüenza de decirlas, pareciéndoles que son cosas que no merece la pena hablar de ellas. Más ganas tienen de decir sus faltas y pecados, y de que los conozcan, que no sus virtudes; y así se inclinan más a tratar de las cosas de su alma con quien en menos tienen sus cosas y su espíritu, lo cual es señal de que tienen espíritu sencillo, puro y verdadero, y muy agradable a Dios. Porque, como mora en estas almas humildes el espíritu sabio de Dios, luego las mueve e inclina a guardar adentro sus tesoros en secreto y echar afuera sus males. Porque da Dios a los

humildes, junto con las demás virtudes, esta gracia, así como a los soberbios la niega (Sab. 4, 6).

Éstos estarán dispuestos a dar su sangre por quien sirve a Dios, y ayudarán en todo lo que depende de ellos a que le sirvan. Cuando caen imperfecciones las sufren con humildad, esperando en Dios con suavidad de espíritu y temor amoroso. Mas son muy pocas las almas que al principio caminan con esta manera de perfección; que ya nos contentaríamos que no cayesen en las cosas contrarias. Que, por eso, como después diremos, pone Dios en la noche oscura a los que quiere purificar de todas estas imperfecciones para llevarlos adelante.

CAPÍTULO 3

Las imperfecciones que suelen tener los principiantes acerca del segundo vicio capital: la avaricia espiritual.

Muchos de estos principiantes tienen también a veces mucha avaricia espiritual, porque apenas se les ve contentos en el espíritu que Dios les da, andando muy desconsolados y quejosos porque no hallan el consuelo que querrían en las cosas espirituales. Muchos no se hartan de oír consejos y aprender preceptos espirituales, y de tener y leer muchos libros que traten de esto, y se les va más el tiempo en esto que en ser mortificados y pobres de espíritu. Algunos se cargan de imágenes y rosarios bien curiosos; ya cambian unos por otros; ya los quieren de esta manera, ya de esa otra, aficionándose más a una determinada cruz por ser más curiosa. Otros van llenos de medallas y reliquias. En lo cual yo condeno que pongan el corazón en tanta variedad de cosas, por cuanto va contra la pobreza de espíritu, la cual sólo mira a lo principal de la devoción, que es ayudar a la oración; pues la verdadera devoción nace del corazón, y se fundamenta en las realidades espirituales y en lo que representan.

Mas los que van bien encaminados no se atan a estos instrumentos visibles, ni se cargan de ellos, ni se preocupan de saber más de lo que conviene saber para obrar; porque sólo ponen los ojos en agradar a Dios, y ésta es su única codicia. Y así, con gran generosidad dan cuanto tienen, y su gusto es poderse quedar sin ello por Dios y por la caridad del prójimo, ya se trate de cosas

espirituales o temporales; porque, como digo, sólo ponen los ojos en la meta de la perfección interior: dar gusto a Dios, y no a sí mismo en nada.

De estas imperfecciones no se puede el alma purificar cumplidamente hasta que Dios no la ponga en la pasiva purificación de la noche oscura. Mas conviene al alma, en cuanto pueda, poner todo lo que está de su parte por alcanzar la perfección, para que merezca que Dios la ponga en esa divina cura, donde sana el alma de todo lo que ella por su cuenta no es capaz. Porque, por más que el alma se esfuerce, no puede ella activamente purificarse y disponerse para la divina unión, que es la perfección de amor, si Dios no la toma de la mano y la purifica en aquel oscuro fuego.

CAPÍTULO 4

Otras imperfecciones que suelen tener estos principiantes acerca del tercer vicio: la lujuria espiritual.

Muchos principiantes tienen lujuria espiritual, denominándose así porque es una lujuria que se desencadena a partir de cosas espirituales. Así, por ejemplo, acaece que en los mismos ejercicios espirituales, sin pretenderlo, se suscitan en la sensualidad movimientos y actos torpes, a veces incluso cuando el espíritu está en mucha oración, o recibiendo los Sacramentos de la Penitencia o de la Eucaristía.

A veces estos movimientos proceden del gusto que siente el natural en las cosas espirituales; porque, como gusta el espíritu y sentido de aquella recreación, se mueve cada parte del hombre a deleitarse según su calidad. El espíritu, que es la parte superior, se mueve a recrearse y deleitarse en Dios; y la sensualidad, que es la parte inferior, se mueve a deleitarse con lo torpe y lo sensual, porque no sabe otra cosa. Y así, acaece que el alma está en mucha oración con Dios según el espíritu, y, por otra parte, según el sentido siente pasivamente rebeliones y movimientos y actos sensuales, no sin harta desgana del alma. Esto acaece a veces en la Comunión, pues, como en este acto de amor recibe el alma alegría y regalo, porque se lo da el Señor, la sensualidad toma también su parte. Mas cuando la parte sensitiva sea trocada por la

purificación de la noche oscura, ya no sufrirá estas flaquezas; porque todo lo recibirá en el espíritu.

Otras veces proceden estas rebeliones del mismo demonio, el cual intenta inquietar y turbar al alma que está tratando de orar, suscitando en su disposición natural estos movimientos torpes, con el fin de ver si consiente en algo de ellos, para hacerle harto daño. Entonces algunas almas, por temor a que no se susciten estos movimientos que les suceden en la oración, aflojan en la misma oración, para no tener que luchar, que es lo que él pretende. Incluso algunos dejan la oración del todo, pareciéndoles que cuando se ejercitan en ella se sienten más tentados que cuando no la hacen. Así realmente sucede, porque el demonio les tienta más en ésta ocupación que en cualquier otra, para que la dejen. A veces incluso llegan a representarse en la imaginación cosas muy feas y torpes, a veces suscitadas por las mismas meditaciones o por las personas que dirigen sus almas. Esto hace el demonio para aterrarlas y acobardarlas; de manera, que quienes hacen caso de ello, incluso no se atreven a meditar ni mirar nada, porque presto tropiezan en ello.

Algunos se aficionan a una determinada persona espiritual, más por afecto sensual que por motivos espirituales; lo cual se comprueba porque al recordar tal afición, no crece el amor de Dios a la vez, sino el remordimiento de conciencia. Mas cuando la afición es puramente espiritual, creciendo ella, crece el amor de Dios, y cuanto más se acuerda de ella, tanto más se acuerda de Dios y suspira por Él. Esto tiene el espíritu de Dios, que lo bueno aumenta con lo bueno, por cuanto hay semejanza y conformidad. Pero cuando tal amor nace del apetito sensual, tiene efectos contrarios; y cuanto más crece lo uno, tanto más decrece lo otro; si crece el amor sensual, se enfría el amor de Dios hasta llegar a olvidarse de Él, y les remuerde en algo la conciencia.

Por el contrario, conforme crece el amor de Dios en el alma, se va enfriando el otro amor hasta llegar a olvidarlo, porque, como son amores contrarios, no sólo no ayuda el uno al otro, mas antes el que predomina apaga y confunde al otro y se fortalece en sí mismo. Por esto dijo nuestro Salvador que *lo que nace de carne, es carne, y lo que nace de espíritu, es espíritu* (Jn. 3, 6), esto es: el amor que nace de la sensualidad, termina en sensualidad, y el que

nace del espíritu, acaba en espíritu de Dios y le hace crecer. Y ésta es la diferencia que hay entre los dos amores para conocerlos.

Mas cuando el alma entre en la noche oscura, todos estos amores quedarán sometidos a la razón; el amor de Dios se fortalecerá y purificará, y el amor carnal se acabará. No obstante, al principio de esta noche a ambos los hace perder de vista, como después se dirá.

CAPÍTULO 5

De las imperfecciones en que caen los principiantes acerca del vicio de la ira.

Debido a la concupiscencia que tienen muchos principiantes en los gustos espirituales, tienen de ordinario muchas imperfecciones en el vicio de la ira. Y así algunos, cuando dejan de sentir consuelo y gusto en las cosas espirituales, se muestran muy desabridos, poniendo muy mala cara en todo lo que hacen y enfadándose fácilmente por cualquier cosilla, de tal forma que a veces no hay quien los aguante. Esto muchas veces sucede después de haber estado muy recogidos en la oración con gran consuelo sensible, y como se les acaba aquel consuelo, sencillamente queda el natural desabrido y desganado. Se comportan en esto como un bebé al que le apartan del pecho en que estaba lactando a placer. Pero si la persona no se deja llevar de la desgana, no hay culpa, sino tan sólo imperfección, la cual tendrá que purificarse por la sequedad y aprieto de la noche oscura.

Otros principiantes caen en otra forma de ira espiritual, la cual consiste en airarse contra los vicios ajenos con cierto celo desasosegado, haciéndoselo notar a los otros; y a veces les dan ímpetus de querer reprenderles con enojo, y aun lo hacen algunas veces, teniéndose ellos como los dueños de la virtud. Todo lo cual es contrario a la mansedumbre espiritual.

Hay otros que cuando se ven imperfectos, se aíran impacientes contra sí mismos por no ser humildes; muestran en esto tanta impaciencia, que querrían ser santos en un día. Muchos de estos se hacen grandes propósitos, y como no son humildes ni desconfían de sí, cuantos más propósitos hacen, tanto más caen y

tanto más se enojan, no teniendo paciencia para esperar a que se lo dé Dios cuando Él quiera; lo cual también es contrario a la mansedumbre espiritual; pues uno no puede reformarse del todo sino por la purificación de la noche oscura. Aunque algunos tienen tanta paciencia para esto del querer mejorar en la perfección, que no quisiera Dios que tuviesen tanta.

CAPÍTULO 6

De las imperfecciones acerca de la gula espiritual.

Mucho hay que decir acerca del cuarto vicio, la gula espiritual, porque difícilmente se encontrará alguien que no se haya librado totalmente de él.

Así, son muy numerosos los que, engolosinados por los consuelos sensibles que hallan en los ejercicios espirituales, procuran más gustar de estos consuelos que alcanzar la pureza y sabiduría de espíritu, que es lo que Dios mira y acepta más de nuestro camino espiritual. Y no sólo manifiestan su imperfección por pretender tales consuelos, sino que la golosina que ya tienen les hace obrar imprudentemente, saliéndose de los cauces que conducen a las virtudes. Así, unos, atraídos por el consuelos que hallan, se matan a hacer penitencias y se debilitan a base de ayunos, haciendo más de lo que su flaqueza aguanta, sin ningún orden y sin pedir consejo; incluso algunos se atreven a hacer estas penitencias aunque expresamente se les haya prohibido.

Obrando así, son muy imperfectos e indiscretos, porque ponen la penitencia corporal por encima de la sumisión y de la obediencia, que son la penitencia de juicio y voluntad que más le agrada a Dios, el sacrificio más grato que podamos hacerle. Sin esta penitencia de juicio y voluntad, la penitencia corporal no es más que penitencia de bestias, porque la persona se mueve como las bestias, únicamente por el apetito y gusto que encuentran. Ciertamente, aquí también se comprueba, que todos los extremos son malos.

Como en esta manera de proceder no siguen más que su propia voluntad, antes crecen en vicios que en virtudes. Por lo menos, crecen en gula espiritual y soberbia, pues no se sujetan a la

obediencia en lo que hacen. Y tanto les atiza y acrecienta el demonio esta gula a muchos de éstos, que modifican o varían a su capricho lo que se les manda, porque les sabe amarga toda obediencia acerca de esto. Y algunos llegan incluso a quitárseles las ganas y la devoción de hacer los ejercicios espirituales si se los mandan por obediencia, porque sólo tienen ganas y gusto cuando hacen lo que les apetece; mas si sólo se guían por esto, más les valdría no hacerlo.

Son muy respondones con sus maestros espirituales cuando no les conceden lo que desean, e intentan salirse con la suya a toda costa. Si no llegan a conseguirlo, se entristecen como niños y andan de mala gana, y les parece que no sirven a Dios cuando no les dejan hacer lo que quieren. Como andan tan apegados a su gusto y voluntad propia, y esto tienen por su Dios, cuando les impiden obrar a su capricho y les quieren poner en voluntad de Dios, se molestan y desaniman. Piensan que servir y agradar a Dios es gustar consuelos y hacer lo que les apetece.

Hay también otros que por sentir estos consuelos tienen tan poco conocida su bajeza y propia miseria que olvidan el amoroso temor y respeto que deben a la grandeza de Dios. Y así, cuando comulgan, todo se les va en procurar algún sentimiento y gusto más que en reverenciar y alabar en sí con humildad a Dios: y de tal manera se inclinan a esto que, cuando no sacan algún gusto o sentimiento sensible, piensan que no han hecho nada. De esta manera juzgan muy bajamente de Dios, ignorando que el menor de los beneficios que hace este Santísimo Sacramento es el que toca a lo sensitivo, porque mayor es el efecto invisible de la gracia; y para que pongan en Él los ojos de la fe, quita Dios muchas veces esos otros gustos y consuelos sensibles. Y así, quieren sentir a Dios y gustarle como si fuese comprensible y accesible a nuestros sentidos, y no sólo en la Comunión, sino también en los demás ejercicios espirituales, todo lo cual denota una gran imperfección e impureza en la fe, muy contra la condición de Dios.

En la oración les viene a suceder lo mismo, pues piensan que todo el provecho de ella está en hallar gusto y devoción sensible, y por ello, procuran sacarlo, como dicen, a fuerza de brazos, cansando y fatigando las potencias y la cabeza; y cuando no lo consiguen, se desconsuelan mucho pensando que no han hecho

nada. Pretendiendo esto pierden la verdadera devoción y espíritu, que consiste en perseverar en la oración con paciencia y humildad, desconfiando de sí, sólo por agradar a Dios. Por esto, cuando no hallan el consuelo o gusto que buscan en éste o en otro ejercicio espiritual, sienten mucha desgana y repugnancia de volver a él, y a veces lo dejan. En fin, son semejantes a los niños, que no se mueven ni obran por razón, sino por el gusto. Todo se les va en buscar gusto y consuelo de espíritu, y por esto nunca se hartan de leer libros, y tan pronto toman una meditación, tan pronto otra, andando a la caza de gustos y consuelos en las cosas de Dios. El Señor entonces se los niega muy justa, sensata y amorosamente, porque, si no lo hiciese, crecerían por esta gula y golosina espiritual en males sin cuento. Por todo esto, conviene mucho a éstos entrar en la noche oscura, para que se purifiquen de estas niñerías.

Otra imperfección muy grande que tienen, es que son muy flojos y remisos en ir por el camino áspero de la cruz; porque el alma que se entrega a recibir consuelos sensibles, naturalmente le resulta muy duro todo sinsabor de negación propia.

Tienen también otras muchas imperfecciones que provienen de aquí, las cuales el Señor a veces les cura con tentaciones, sequedades y otros trabajos, que todo es parte de la noche oscura. No quiero tratar aquí, por no alargarme, de estas otras imperfecciones, sino sólo decir que la sobriedad y templanza espiritual lleva otro modo muy diferente de mortificación, temor y sujeción en todas sus cosas; pues la perfección y valor con que hacemos las cosas no está en sentir muchos consuelos y gustos sensibles, sino en saberse negar a sí mismo en ellas. Esto es lo que tenemos que tratar de hacer, en cuanto nos sea posible, hasta que Dios quiera purificarnos de hecho entrándonos en la noche oscura, a la cual quiero llegar cuanto antes, dándome prisa en tratar estas imperfecciones.

CAPÍTULO 7

Las imperfecciones acerca de la envidia y acidia espiritual.

Acerca también de los otros dos vicios, la envidia y la acidia espiritual, tienen estos principiantes hartas imperfecciones. Con respecto al primero, frecuentemente les molesta el bien espiritual

de los otros, sintiendo pena de que les lleven ventaja en este camino y de que se les alabe. Llegan a entristecerse tanto al ver las virtudes ajenas, que a veces no lo pueden sufrir y tratan de desprestigiarlos, deshaciendo aquellas alabanzas como pueden. Les gustaría que hiciesen con ellos otro tanto, pues pretenden ellos ser preferidos en todo. Todo lo cual es muy contrario a la caridad, la cual, como dice san Pablo, *se goza de la verdad* (1 Cor. 13, 6); y, si alguna envidia tiene, es envidia santa, pesándole de no tener las virtudes del otro, con gozo de que el otro las tenga, y holgándose de que todos le lleven la ventaja porque sirvan a Dios, ya que él está tan falto en ello.

Con respecto a la acidia espiritual, suelen sentir tedio o hastío en las cosas que son más espirituales y huyen de las que contradicen más su gusto sensible; pues, como buscan tanto los consuelos en las cosas espirituales, si no hallan gusto en ellas, sienten fastidio. Y si una vez no hallan en la oración el gusto o consuelo sensible que ellos buscaban (porque en fin conviene que Dios se lo quite para probarlos), no quieren volver a ella, o a veces la dejan o van de mala gana. Y así, por esta acidia, supeditan el camino de la perfección, que es el de la negación de su voluntad y de su gusto por Dios, a los gustos o consuelos sensibles, andando ellos más buscando satisfacerse en ellos que tratando de agradar a Dios.

A muchos les gustaría que Dios hiciese siempre lo que ellos quisiesen, y se entristecen porque tienen que querer lo que quiere Dios, sintiendo gran repugnancia en tener que conformar su voluntad con la de Dios. De ahí les pasa muchas veces, que en lo que ellos no hallan su voluntad y gusto, piensan que no es voluntad de Dios; y por el contrario, cuando ellos están satisfechos, creen que Dios ha de estarlo, midiendo a Dios por su propia medida, y no a sí mismos con Dios. De esta forma obran muy al contrario lo que Él mismo nos enseñó en el Evangelio, cuando nos dijo que *el que pierda su vida (o voluntad) por Él, ese la ganará, pero el que la quiera ganar, ése la perderá* (Mt. 16, 25).

También sienten tedio o fastidio cuando les mandan lo que no les gusta. Como andan buscando goces y regalos sensibles en la vida espiritual, son muy flojos para el trabajo y la fortaleza que supone seguir el camino de la perfección; se parecen en esto a los

que han llevado una vida regalada, que huyen con tristeza de todo lo áspero, y se escandalizan de la cruz, donde están los deleites del espíritu. Y en las cosas más espirituales más tedio todavía tienen, porque, como ellos pretenden andar en ellas a sus anchas, a gusto de su voluntad, y les produce gran tristeza y repugnancia tener que entrar por el camino estrecho que lleva a la vida (Mt. 7, 14).

Refiero estas imperfecciones aquí, entre las muchas que tienen los principiantes, para que se vea cuánta necesidad tienen de que Dios les meta en el estado de aprovechados, que es el de la noche oscura. Allí, destetándoles de los pechos de estos gustos y consuelos sensibles en puras sequedades y tinieblas interiores, les quita todas estas necedades y niñerías, y les hace ganar las virtudes por medios muy diferentes. Porque, por más que el principiante trate de mortificarse en todas sus acciones y pasiones, nunca lo logrará del todo, ni con mucho, hasta que Dios lo haga en él pasivamente, por medio de la purificación de la noche oscura. Para poder hablar de ella con provecho, pido a Dios sea servido de darme su divina luz, porque es bien necesaria en noche tan oscura y materia tan dificultosa. Comienza, pues, con el verso:

En una noche oscura.

CAPÍTULO 8

Se declara el primer verso de la primera canción y se comienza a explicar esta noche oscura.

Esta *Noche*, que decimos ser la contemplación, causa dos tipos de tinieblas o purificaciones en las personas espirituales, según las dos partes, *sensitiva* y *espiritual*, que conforman el hombre. Y así, una noche o purificación es sensitiva, por la que se purifica el alma según el sentido, acomodándolo al espíritu; y la otra es noche o purificación espiritual, por la que se purifica y desnuda el alma según el espíritu, disponiéndola para la unión de amor con Dios. La purificación sensitiva, por ser bastante frecuente y acontecer en muchos principiantes, será tratada en primer lugar; la espiritual se

da en muy pocos de los ya ejercitados o aprovechados, y la trataremos después.

La primera purificación es amarga y terrible para el sentido. Mas la segunda todavía lo es mucho más, y no se puede comparar con la primera, porque es horrenda y espantable para el espíritu, como veremos. Y como de la purificación o *Noche sensitiva* se han escrito muchas cosas sobre ella, la trataremos brevemente, para poder pasar enseguida a tratar la *Noche espiritual*, por haber de ella muy poco escrito y ser muy poca la experiencia que se tiene de ella.

Tal como hemos visto, los principiantes llevan un estilo de vida bastante rastrero en el camino de Dios, porque se acomoda muy bien a sus propios deseos y gustos. Como se hallan en este bajo grado de amor, Dios los quiere sacar de él y llevar adelante, a más alto grado de amor de Dios. Para ello, los tendrá que librar de la forma con que hacen sus ejercicios espirituales, tan supeditada a lo sensible y al discurso de la meditación, que tantos inconvenientes tiene para encontrar a Dios. Todo lo encaminará para que se ejercite el espíritu, en que más abundantemente y más libres de imperfecciones pueden comunicarse con Él.

¿Cuándo Dios comienza a meterles en la noche oscura? Una vez que se han ejercitado durante algún tiempo en el camino de la virtud, perseverando en la meditación y después de haber gustado los consuelos sensibles de la oración, los cuales les han ayudado a perder la afición que antes tenían a las cosas mundo y a procurarse algunas fuerzas espirituales en Dios. En ese momento ya están en disposición de poder refrenar algo su inclinación hacia las criaturas, y de poder sufrir por Dios un poco de carga y sequedad sin volverse atrás. Entonces, cuando más a gusto andan en estos ejercicios espirituales, y cuando más claro a su parecer les luce el sol de los divinos favores, Dios les oscurece toda esta luz y les cierra la puerta y el manantial de la dulce agua espiritual con que gustaban de Dios todas las veces y todo el tiempo que ellos querían (si no lo hizo hasta entonces, fue porque eran flacos y tiernos niños todavía, y no había puerta cerrada para éstos, como dice san Juan en el Apocalipsis [3, 8]). Y así, los deja tan a oscuras que no saben qué hacer con la imaginación y la meditación, porque no pueden dar un paso en meditar como antes solían, dejándolos

en tanta sequedad que no sólo no hallan gusto en los ejercicios espirituales, sino desconsuelo y amargura; porque, como he dicho, viendo ya Dios que están algo creciditos, para que se fortalezcan y salgan de mantillas, los aparta del dulce pecho, los baja de sus brazos, y deja que anden por sus propios pies; en lo cual sienten ellos gran novedad porque se les ha vuelto todo al revés.

En la personas recogidas esto comúnmente acontece antes que a las demás, por cuanto están más libres de las ocasiones para volverse atrás y pueden reformar más pronto las inclinaciones o apetitos que tienen hacia las cosas mundanas, que es lo que se requiere para comenzar a entrar en esta dichosa noche del sentido. Ordinariamente no pasa mucho tiempo, después que comienzan el camino espiritual, en entrar en esta *Noche del sentido*; y la mayoría entran en ella, tal como se ve, porque comúnmente suelen sufrir estas sequedades.

CAPÍTULO 9

Las señales por las que se conoce que la persona espiritual va por el camino de la noche o purificación sensitiva.

Pero, porque estas sequedades podrían proceder, no de la noche y purificación sensitiva, sino de pecados e imperfecciones, o de la flojedad y tibieza, o de alguna enfermedad o indisposición corporal, pondré aquí algunas señales por las que se conocerá si es *Noche sensitiva*, o si procede de alguno de los tales vicios. Para saberlo hay tres señales principales.

La primera: así como el alma no halla gusto ni consuelo en las cosas de Dios, tampoco lo halla en las cosas creadas; porque, como pone el Señor al alma en esta oscura noche a fin de purificarle el apetito sensitivo, en ninguna cosa deja que se engolosine ni halle gusto. Y en esto se conoce que esta sequedad y desconsuelo no proviene de pecados ni de imperfecciones; porque, si así fuese, se sentiría inclinada naturalmente a gustar de alguna cosa diferente que de las cosas de Dios; porque, cuando se relaja el apetito en alguna imperfección, el alma queda inclinada en este sentido, poco o mucho, según el gusto y afición que allí aplicó.

Pero, porque este no gustar ni de cosa de arriba ni de abajo podría provenir de alguna indisposición corporal o enfermedad psíquica (por ejemplo, una depresión o melancolía), la cual muchas veces no deja que la persona halle gusto en nada, es menester la segunda señal.

La segunda señal es que ordinariamente la persona está preocupada y se aflige porque piensa que no sirve a Dios, sino que está retrocediendo, al advertir este sinsabor o desconsuelo que siente para las cosas de Dios. En esto se comprueba que no proviene de flojedad y tibieza, pues uno de los efectos de la tibieza es que la persona pierde el interés por las cosas de Dios y no se preocupa interiormente de ellas. Y así hay una gran diferencia entre tener sequedad o estar en tibieza; porque en la tibieza hay mucha flojedad y negligencia en la voluntad y en el ánimo, y la persona no se preocupa de si sirve o no a Dios; mientras que cuando es sequedad purificativa, la persona está preocupada habitualmente, con temor y pena, de que no sirve a Dios. Y esta sequedad, aunque algunas veces se vea influida por alguna depresión o melancolía, como muchas veces lo es, no por eso deja de hacer su efecto purificativo, pues de todo gusto está privada, y su única preocupación es la relación que guarda con Dios; porque, cuando es mera enfermedad o indisposición corporal, sólo hay disgusto y perjuicio del natural, sin estos deseos de servir a Dios que tiene la sequedad purificativa, en la cual, aunque la parte sensitiva está muy decaída, floja y flaca para obrar por el poco gusto que halla, el espíritu, sin embargo, está pronto y fuerte.

Esta sequedad se debe a que Dios transfiere los bienes y la fuerza de la parte sensitiva o sensible al espíritu, quedándose la primera en ayunas, seca y vacía. Porque la parte sensitiva no tiene capacidad para gustar de lo que es puro espíritu, y así, gustando el espíritu, se desanima la carne y pierde fuerza para obrar; mas el espíritu que recibe el alimento, anda fuerte y más atento y solícito que antes en el cuidado de no faltar a Dios. Si la persona entonces no siente gozo y gusto espiritual, sino sequedad y sinsabor, es por la novedad del cambio que experimenta; porque, tiene todavía el paladar habituado a los gustos sensibles (con la atención puesta en ellos), mientras que el paladar espiritual no está todavía acostumbrado ni purificado para percibir los gustos espirituales, que son

muy sutiles. Y hasta que no se disponga progresivamente a percibirlos a través de esta seca y oscura noche, no podrá sentir el gusto y bien espiritual, sino la sequedad y sinsabor, a falta del gusto que antes con tanta facilidad gustaba.

Dios comienza a llevar a éstos por las soledades del desierto como hizo con los hijos de Israel, cuando les dio *el manjar del cielo*, que de suyo tenía todos los sabores, pues *se convertía al sabor que cada uno quería* (Sab. 16, 2021), satisfaciendo todos los gustos. Mas a pesar de ello, añoraban los hijos de Israel el sabor de las carnes y cebollas de Egipto, por tener el paladar habituado a estos alimentos, más no a la dulzura delicada del maná angélico. De ahí que llorasen y gimiesen por las carnes cuando tenían el manjar del cielo (Núm. 11, 46). Que a tanto llega la bajeza de nuestro apetito, que nos hace añorar nuestras miserias y aborrecer el bien indecible del cielo.

Cuando estas sequedades provienen de la purificación sensitiva, aunque el espíritu no sienta gusto al principio por las causas que acabamos de decir, sí está provisto de fortaleza y energía para obrar, por la sustancia que le da el manjar interior, el cual es principio de oscura y seca contemplación para el sentido. Esta forma de contemplar, oculta y secreta para el mismo que la tiene, junto con la sequedad y vacío sensible que trae consigo, dispone al alma a desear estarse a solas y en quietud, sin poder pensar en cosa particular ni tener gana de pensarla. Si las personas a quienes les sucede esto, fuesen capaces de permanecer quietas, despreocupadas de obrar interior o exteriormente, no tratando de hacer nada, al punto en aquel descuido y desocupación sentirían delicadamente este regalo o refrigerio interior; el cual es tan delicado que si uno trata de sentirlo, no lo siente; porque obra en la mayor inactividad y descuido del alma, siendo como el aire, que si lo queremos agarrar con el puño, se escapa.

Y a este propósito podemos entender lo que a la Esposa dijo el Esposo en el Cantar de los Cantares: *Aparta tus ojos de mí, porque ellos me hacen volar* (6, 4); porque de tal manera pone Dios al alma en este estado y en tan diferente camino, que si quiere obrar con sus potencias, antes estorba la obra que Dios hace en ella, que ayuda; lo cual antes era muy al revés. Esto se debe a que en este estado de contemplación –cuando sale de la etapa de la

meditación y entra en el estado de aprovechados—, Dios es el que obra en el alma y, por eso, le traba las potencias interiores, no dejándole apoyo en el entendimiento, ni afecto sensible en la voluntad, ni consideración en la memoria. Porque, en este tiempo, lo que de suyo puede obrar el alma no sirve sino para estorbar la paz interior y la obra que en esa sequedad sensitiva hace Dios en el espíritu. Esta paz, espiritual y delicada, actúa en el alma de forma quieta, pasiva, delicada, solitaria, beneficiosa y pacífica, muy ajena de todos esos otros gustos primeros, que eran muy palpables y sensibles; porque es la paz que *habla Dios en el alma para hacerla espiritual*.

La tercera señal para que saber que es purificación del sentido es el no poder ya meditar ni discurrir con la imaginación, como solía, por más que se esfuerce y ponga de su parte. Aquí comienza Dios a comunicarse, no ya por los sentidos internos, como antes hacía por el razonamiento (reflexionando y examinando las diversas consideraciones), sino por el espíritu puro, en que no cabe el discurrir sucesivamente pasando de una a otra consideración. El alma se comunica con Dios por un acto de sencilla contemplación, donde no alcanzan los sentidos de la parte inferior, ya sean exteriores o interiores. De ahí que la imaginación y la fantasía no pueden entonces apoyarse en ninguna consideración.

Este empacho de las potencias y del gusto de ellas no proviene de ninguna enfermedad o perturbación psíquica. Si se debiese a estas causas, al acabarse la enfermedad o la perturbación, podrían gradualmente las potencias del alma volver a estar como antes, nutriéndose donde antes lo hacían. Mas en la purificación del apetito sensitivo no es así, porque, después que se comienza a entrar en ella, siempre prosigue adelante y no se puede ya discurrir con las potencias. Es verdad que al principio, a veces este estado no es permanente, sino que en ciertos momentos vuelve el alma a gustar de los consuelos sensibles y de los discursos de la meditación, pues por ventura, por la flaqueza que tiene no conviene destetarla de golpe; mas con todo, conforme va gradualmente entrando más en la noche sensitiva, va dejando de obrar por lo sensible, si es que va progresando en el camino del espíritu.

Los que no van por camino de contemplación muy diferente modo llevan, porque esta noche de sequedades no suele en ellos

ser constante, sino que a veces tienen sequedades, y otras veces consuelos; y en ciertos momentos pueden discurrir o meditar, y otras veces no. Dios sólo les mete en esta noche a éstos por temporadas, para ejercitarlos, hacerles más humildes y reformar sus afectos, para que no pongan su corazón viciosamente en las cosas espirituales, y no para llevarlos a la vida del espíritu, que es la contemplación. No a todos los que se ejercitan en el camino del espíritu lleva Dios a la contemplación, ni siquiera a la mitad: el porqué, Él sólo lo sabe. Por esto, a éstos nunca les aparta del todo de los pechos de los consuelos sensibles y de los discursos de la meditación, sino solamente por temporadas, como hemos dicho.

CAPÍTULO 10

Cómo hay que estar en esta noche oscura sensitiva.

Tal como hemos dicho, en el tiempo de las sequedades de esta noche sensitiva hace Dios el trueque de sacar al alma de la vida del sentido a la del espíritu, pasándola de la meditación a la contemplación, donde las potencias del alma ya no pueden discurrir en las cosas de Dios. Y es entonces cuando las personas espirituales padecen grandes penas, no tanto por las sequedades, como por las dudas que les asaltan de haber perdido el camino, pensando que se les ha acabado el bien espiritual y que Dios las ha dejado, pues no hallan arrimo ni gusto en cosa buena. Tratando de recuperar lo perdido, estas personas se esfuerzan entonces en fijar las potencias sobre algún punto de meditación, como antes hacían, creyendo que si no hacen esto, no se hace nada; lo cual hacen no sin harta desgana y repugnancia interior del alma, que ya gusta de estarse en aquella quietud y ocio, sin obrar con las potencias. De esta manera, se perjudican en lo primero y no se aprovechan de lo segundo; porque tratando de ocupar el espíritu, pierden la paz y tranquilidad de espíritu que tenían. Y así son semejantes al que deja lo hecho para volverlo a hacer, o al que se sale de la ciudad para volver a entrar en ella, o al que deja la caza que se ha granjeado para volver a irse de caza. Todo esto resulta inútil, porque no hallará nada siguiendo esa forma primera de proceder.

Estas personas, en este etapa, si no encuentran alguien que las entienda y las pueda aconsejar, se vuelven atrás, dejando el camino, aflojando en la oración, o, a lo menos, frenándose para proseguir adelante, por el gran empeño que ponen en ir por el camino de la meditación, fatigando y trabajando demasiado la mente, pensando que lo que les pasa es por su negligencia o pecados. Este gran empeño que ponen resulta superfluo, porque Dios las lleva ya por otro camino, que es de contemplación, muy diferente al primero; porque el uno es de meditación y discurso, y en el otro no cabe la imaginación ni el discurso.

Los que se vean así, conviene que se consuelen perseverando en paciencia, sin culparse a sí mismos. Confíen en Dios, que no abandona a los que con sencillo y recto corazón le buscan, ni deja de darles lo necesario para el camino, hasta llevarlos a la clara y pura luz de amor, a la que llegarán por medio de la noche oscura del espíritu, si merecen que Dios les ponga en ella.

No traten entonces de meditar, pues ya no es tiempo de eso, sino dejen estar el alma en sosiego y quietud, aunque claramente les parezca que no hacen nada y que pierden el tiempo, y aunque les parezca que es por su flojera el que no tengan ganas de pensar en nada; que harto harán con tener paciencia y perseverar en la oración sin hacer nada. Lo único que han de hacer aquí es dejar el alma libre, desembarazada y descansada de toda consideración y pensamiento, no preocupándose en qué pensar y meditar, contentándose sólo con una advertencia amorosa y sosegada en Dios, estando sin hacer nada y sin ganas de gustarle o sentirle; porque todas estas pretensiones inquietan y distraen al alma de la sosegada quietud y suave ocio que trae consigo la contemplación.

Ya que en la oración no pueden hacer ni pensar nada, por más escrúpulos que les vengan de que están perdiendo el tiempo, pensando que sería bueno hacer otra cosa, manténganse así en calma, como quien va a la oración buscando estar a sus anchas. Porque la persona que de suyo quiera hacer algo con las potencias interiores, lo único que conseguirá es estorbar y perder los bienes que Dios le está imprimiendo en el alma por medio de esa paz y quietud. Es como si una persona posase ante un pintor, y a la vez no dejase de moverse, queriendo hacer algo; por no estarse quieta, no dejaría que el artista pudiera pintar su rostro, y desbarataría el

trabajo que hace. Y así, cuando el alma se quiere estar en paz y quietud interior, cualquier operación o afición o advertencia que ella quiera tener entonces, la distraerá e inquietará y hará sentir la sequedad y vacío del sentido, porque, cuanto más pretenda apoyarse en el afecto y conocimiento, tanto más sentirá su ausencia, la cual no puede ya ser suplida por aquella vía.

No le importe entonces ver que está imposibilita para obrar con las potencias, antes guste presto de no poder hacer nada con ellas, pues de esta manera no estorba lo que Dios va haciendo en el alma a través de la contemplación infusa. Estándose así, en paz, el Señor se comunica con más abundancia, haciendo arder en el espíritu el amor que esta oscura y secreta contemplación trae consigo. Porque contemplación no es otra cosa que comunicación secreta, pacífica y amorosa de Dios, que inflama el alma en espíritu de amor, según se da a entender en el verso siguiente:

Con ansias en amores inflamada.

CAPÍTULO 11

Se declaran los tres versos de la canción.

Este fuego de amor, aunque a los principios no se siente, conforme va creciendo, más el alma se aficiona y enciende en el amor de Dios, sin saber ni entender cómo. Y a veces crece tanto la llama, que con ansias de amor desea a Dios. Porque al encenderse el corazón en amor de contemplación, las afecciones sensitivas se mudan, pasando de la vida sensitiva a la espiritual, cesando los apetitos y pasando sequedades. *El alma se ve resuelta en nada y aniquilada, y no sabe el motivo*. Sin saber el alma por dónde va, se ve aniquilada acerca de todas las cosas de arriba y de abajo que solía gustar, y sólo se ve enamorada, sin saber cómo ni porqué. Y a veces crece tanto esta llama de amor y son tan grandes las ansias por Dios, que parece que se le secan los huesos de tanta sed, y se marchita el natural, y se viene abajo su calor y fuerza. Y como el salmista, exclama: *Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo* (Sal. 41, 3). Y llega a ser esta sed tan intensa que podemos decir que

mata de sed. Pero la vehemencia de esta sed no es continua, sino algunas veces, aunque de ordinario suele sentir algo de sed.

Hay que advertir, pues, que a los principios comúnmente no se siente este amor, sino tan sólo sequedad y vacío; y este amor, que se va encendiendo en medio de sequedades y vacío de las potencias, consiste en un ordinario cuidado y solicitud de Dios, con pena y temor de que no le sirve. Lo cual resulta muy grato para Dios y no es pequeño sacrificio, el ver que está el *espíritu atribulado y solícito por su amor* (Sal. 51, 19). Esta solicitud y cuidado pone en el alma aquella secreta contemplación. Mientras tanto la parte sensitiva se purifica de las aficiones naturales por medio de sequedades. De esta forma se enciende en el espíritu este amor divino. Pero entretanto, todo es padecer en esta oscura y seca purificación del apetito, curándose de muchas imperfecciones y ejercitándose en muchas virtudes para hacerse capaz del dicho amor, como ahora se dirá sobre el verso siguiente:

¡Oh dichosa ventura!

Dios pone el alma en esta noche sensitiva, oscureciendo su raciocinio e impidiendo que discurrir y meditar, a fin de purificar su espíritu y prepararla para la unión con Dios. De esta forma en esta noche espiritual el alma obtiene muchos beneficios, aunque a ella no se lo parezca al principio, teniendo por *dichosa ventura* el haber salido de los lazos de los sentidos gracias a esta noche. Todos estos beneficios que se hallan en esta noche se resumen en el siguiente verso:

Salí sin ser notada.

Se entiende aquí por salir que el alma se libra de la atadura con que estaba ligada a la parte sensitiva para buscar a Dios, ya no requiriendo de operaciones tan endebles, limitadas y tan arriesgadas como las de esta parte inferior, pues, a cada paso tropezaba con mil imperfecciones y torpezas, tal como hemos visto en los siete vicios capitales, de todos los cuales se libra. Esta noche apaga todos los gustos de arriba y de abajo, oscurece todos los discursos, y alcanza para el alma otros innumerables bienes en la ganancia de las virtudes. Por lo cual, es un gran consuelo ver cómo cosa que tan áspera y adversa aparentemente para al alma y tan contraria al gusto espiritual, obra tantos bienes en ella. Los

cuales se logran por medio de esta noche, al salir el alma según la afección y operación, de todas las cosas creadas, y al caminar a las eternas, que es gran dicha y ventura: lo uno, por el gran bien que es apagar el apetito y afección acerca de todas las cosas; lo otro, por ser muy pocos los que soportan y perseveran en entrar por esta *puerta angosta*, y por *el camino estrecho que guía a la vid*a, como dice nuestro Salvador (Mt. 7, 14). Porque la *angosta* puerta es esta noche del sentido, del cual se despoja y desnuda el alma para entrar en ella, juntándose en fe, que es ajena de todo sentido, para caminar después por el *camino estrecho*, que es la otra noche del espíritu, en que después entra el alma para caminar a Dios en pura fe, que es el medio por donde el alma se une con Dios. Por el cual camino, por ser tan estrecho, oscuro y terrible (que no hay comparación de esta noche de sentido a la oscuridad y trabajos de la noche del espíritu), son muchos menos los que caminan por él, pero son sus provechos sin comparación mucho mayores que los de ésta. De los cuales comenzaremos ahora a decir algo, con la mayor brevedad que me sea posible, por pasar a la otra noche.

CAPÍTULO 12

Los beneficios que produce en el alma esta noche del sentido.

Esta noche y purificación del apetito es dichosa para el alma, porque le alcanza muchos bienes y beneficios, aunque a ella le parezca que se los quita. Y así como Abraham hizo gran fiesta cuando quitó la leche a su hijo Isaac (Gn. 21, 8), los santos del cielo se gozan de que Dios saque ya a esta alma de los pañales, la baje de los brazos, la haga andar por su propios pies y la quite la leche de los pechos —el suave y dulce manjar de los niños—, haciendo que coma pan con corteza y que comience a gustar alimento de robustos, porque en estas sequedades y tinieblas del sentido se comienza a recibir el espíritu de la contemplación infusa.

Y éste es el primero y principal beneficio que trae esta seca y oscura noche: el conocimiento de sí y de su miseria. Es lógico que así sea, pues todas las mercedes que Dios hace al alma vienen envueltas normalmente en este conocimiento; mas las sequedades

que ahora siente, la incapacidad que experimenta para obrar con las potencias, y la dificultad que halla para las cosas buenas, la hacen conocer más todavía su propia bajeza y miseria, lo que no alcanzaba a ver en el tiempo de la abundancia y prosperidad. Esto está muy bien figurado en el Éxodo (33, 5), cuando quiso Dios humillar a los hijos de Israel con el fin de que se conociesen, para lo cual les mandó que se quitasen el atavío festivo con que ordinariamente andaban vestidos en el desierto, diciendo: *Ahora, y de aquí en adelante, despojaos el ornato festivo y poneos vestidos comunes y de trabajo, para que sepáis el tratamiento que merecéis* (33,5). Lo cual es como si dijera: Por cuanto el traje que traéis, por ser de fiesta y alegría, no os permite comprender todo lo limitados y viles que sois, quitaos ya ese traje, para que de aquí en adelante, viéndoos vestidos de vilezas, conozcáis que no merecéis más y quienes sois. Y esto es así ciertamente, porque el alma antes no se daba cuenta de su propia miseria; porque al andar como de fiesta —hallando en Dios mucho gusto, consuelo y sostén—, estaba muy satisfecha y contenta de sí misma, pareciéndole que en algo servía a Dios. Y aunque expresamente el alma no lo considerase así, a lo menos, la satisfacción que hallaba en los consuelos sensibles, se le apegaba en parte. Mas cuando el alma se pone este otro vestido de trabajo, de sequedad y desamparo, oscurecidas las primeras luces, adquiere más luces para conocerse verdaderamente, no teniéndose ya en nada ni teniendo satisfacción ninguna de sí; porque ve que de suyo no hace nada ni puede nada. De esta manera va adquiriendo la excelente y necesaria virtud del conocimiento propio. Y la poca satisfacción que tiene de sí y el desconsuelo que tiene de que no sirve a Dios, Él lo estima en más que todas las obras que hacía y que todos los consuelos que sentía al principio, por grandes que fuesen, por cuanto en ellos se exponía a muchas imperfecciones y desconsideraciones. Y de este traje de sequedad, que lleva al conocimiento propio, brotan otros muchos beneficios, como de su fuente y origen.

Del bajo concepto que tiene de sí, le nace al alma el tratar a Dios con más respeto y cortesía, que es lo que siempre ha de tener el trato con el Altísimo. Lo cual no se daba cuando abundaba en gustos y consuelos; porque aquellos contentos que sentía, hacían que fuese atrevida y desconsiderada para con Dios. Es lo que le

acaeció a Moisés (Ex. 3, 26) cuando sintió que Dios le hablaba; cegado por aquel consuelo, sin más consideración, se atrevió a acercarse a Él, hasta que le fue ordenado que se detuviese y se descalzase. Este pasaje nos está indicando el respeto y la discreción (en desnudez de apetitos) con que se ha de tratar a Dios. Y cuando Moisés obedeció, deteniéndose y descalzándose, quedó tan puesto en razón y tan advertido, que dice la Escritura que no sólo no se atrevió a acercarse, más que ni aun osaba alzar la cabeza; porque, quitados los zapatos de los apetitos y gustos, reconoció su propia miseria con respecto a Dios, lo cual era muy conveniente para poder escuchar la palabra de Dios.

Esto mismo se da a entender en la figura de Job. Dios quiso prepararle para dialogar con Él, no por los deleites y consuelos que sentía en los momentos de la prosperidad (Jb. 1, 18), sino dejándole desnudo en el muladar, desamparado y aun perseguido de sus amigos, lleno de angustia y amargura, y sembrado de gusanos el suelo (29 y 30). De esta manera se preció el que *levanta al pobre del estiércol* (Sal. 112, 7), el Altísimo Dios, de descender y hablar allí cara a cara con él, descubriéndole las grandes profundidades de su sabiduría, lo que nunca antes hizo en el tiempo de la prosperidad (Jb. 38-42).

Otro excelente beneficio se logra en esta noche oscura: *lucirá tu luz en las tinieblas* (Is. 58, 10), es decir, Dios iluminará el alma, no sólo dándole conocimiento de su bajeza y miseria, sino de la grandeza y excelencia de Dios. Porque, ya apagados los apetitos y gustos y apoyos sensibles, queda limpio y libre el entendimiento para entender la verdad, ya que el gusto sensible, aunque sea de cosas espirituales, ofusca y embaraza el espíritu. El mismo aprieto y sequedad del sentido ilustra y *aviva el entendimiento*, pues en la humillación con que queda el alma, vacía y desembarazada, puede actuar Dios libremente. Y así, por medio de esta noche oscura y seca, se va instruyendo el alma en la divina sabiduría, lo que no se lograba con los consuelos primeros.

Esto lo da muy bien a entender el mismo profeta Isaías, diciendo: *¿A quién enseñará Dios su ciencia y a quién se le hará entender lo que oye? A los recién destetados, a los retirados de los pechos* (Is 28, 9). Es decir, nos disponemos a recibir los favores divinos, no con la leche primera de la suavidad espiritual, ni con las

sabrosas consideraciones discusivas con que gustaba el alma, sino mediante la carencia de lo uno y de lo otro. Pues el alma que quiere escuchar a Dios debe estar muy levantada y desapegada de afectos y sentidos. De manera que de esta noche de sequedades surge primeramente conocimiento de sí – fundamento de todo—, y después conocimiento de Dios. Que por eso decía san Agustín a Dios: *Señor, que me conozca, y que te conozca*. Porque un extremo se conoce bien por el otro.

Y para probar con más claridad la eficacia que tiene esta noche sensitiva, en su sequedad y desamparo, para hacer que el alma sea iluminada por Dios y pueda llegar a un alto conocimiento de Él, nos basamos en el salmo siguiente: *En tierra reseca, agotada, sin agua y sin camino permanecía delante de ti para poder ver tu virtud y tu gloria* (Sal. 63, 2-3). En lo cual se nos da a entender una cosa admirable, que no son los deleites y gustos espirituales los que disponen y sirven de medio para conocer la gloria de Dios, sino las sequedades y desapegos de la parte sensitiva, la tierra seca y desierta; y que no son los conceptos y consideraciones divinas, el camino para sentir y ver la virtud de Dios, sino el no poder fijar el concepto en Dios, y el no poder caminar discurriendo con el raciocinio y la imaginación, lo que se entiende aquí por la tierra sin camino. De manera que el medio para poder llegar a conocer a Dios y a sí mismo, es esta noche oscura con sus sequedades y vacíos, aunque no lo logre con la plenitud y la abundancia con que se logra en la noche del espíritu, porque este conocimiento es como principio del otro.

Saca también el alma de las sequedades y vacíos de esta noche la humildad espiritual, que es la virtud contraria al primer vicio capital, que dijimos que era la soberbia espiritual. Esta humildad, que se adquiere por el conocimiento propio, purifica de todas aquellas imperfecciones en que el alma solía caer por la soberbia en el tiempo de la prosperidad. Porque el alma, como se ve tan seca y miserable, para nada considera que va mejor que los demás o que les lleva ventaja, como antes hacía; antes, por el contrario, piensa que los otros van por delante de ella.

Y de aquí nace el amor del prójimo, porque los estima y no los juzga como antes solía, cuando se veía a sí con mucho fervor en comparación con los otros. Sólo conoce su miseria y la tiene tan

delante de los ojos, que no puede poner los ojos en nadie. Es lo que nos quiere indicar el salmo al decir: *Enmudecí, fui humillado, quedé en silencio y calma, mas al ver su dicha se enconó mi tormento* (Sal. 38, 3). Esto dijo, porque le parecía que estaba tan pobre de bienes su alma, que no solamente no podía ufanarse de ellos, mas acerca de los bienes ajenos también enmudeció, por el dolor que le producía el conocimiento de su propia miseria.

Estas almas se vuelven sumisas y obedientes en el camino espiritual, pues, como se ven tan miserables, no sólo atienden a lo que se les enseña, mas aun desean que cualquiera las encamine y les diga lo que deben hacer. Pierden el engreimiento de que presumían a veces en la prosperidad. En conclusión, se purifican de todas imperfecciones que nacen de la soberbia espiritual.

CAPÍTULO 13

Otros beneficios que el alma se procura en esta noche pasiva del sentido.

Antes el alma tenía muchas imperfecciones por la avaricia espiritual, que la hacía codiciar las cosas espirituales, buscando consuelos en lo variados ejercicios espirituales que realizaba, aunque siempre quedaba insatisfecha. Ahora, en esta noche oscura y de sequedades, anda bien reformada; porque, como no halla el gusto y sabor que antes solía tener en las cosas espirituales, sino sinsabor y trabajo, con tanta templanza usa de ellas, que a veces se queda corta tal como antes se excedía de largo. Aunque a los que Dios pone en esta noche comúnmente les da humildad y prontitud para acometer sus ejercicios espirituales, mas con sinsabor, para que sólo por Dios hagan aquello que se les manda; mas no se aprovechan de muchas cosas porque no hallan gusto en ellas.

Debido a esta sequedad y sinsabor sensible que halla en las cosas espirituales, el alma se libra también de las imperfecciones que proceden de la lujuria y gula espiritual en que antes solía caer. Dios pone al alma en esta seca y oscura noche, para que se adormezca la concupiscencia y se frene el apetito, y no pueda alimentarse ya de ningún gusto ni sabor sensible de cosa celestial o terrena. De esta forma las pasiones pierden fuerza y la

concupiscencia queda estéril, por no usarse el gusto, así como cuando se deja de ordeñar la vaca se seca la producción de leche. Esta sobriedad espiritual produce admirables beneficios; así, apagados los apetitos y la concupiscencia, vive el alma en paz y tranquilidad espiritual; porque donde no reina el apetito y la concupiscencia no puede haber perturbación, sino paz y consuelo de Dios.

De aquí brota un segundo beneficio, y es que el alma trae ordinaria memoria de Dios, con temor y recelo de volver atrás en el camino espiritual; lo cual es un gran beneficio, porque se purifica el alma y se limpia de muchas imperfecciones.

Otro gran beneficio de esta noche: el alma se ejercita en todas las virtudes en general. Así ocurre con la paciencia y longanimidad, las cuales se ejercitan bien en estos desiertos y sequedades, teniendo que perseverar en los espirituales ejercicios sin hallar consuelo o gusto sensible. Se ejercita también en la caridad de Dios, pues ya no se mueve por el gusto y los consuelos que siente, sino sólo por Dios. Se ejercita la virtud de la fortaleza, porque en estas dificultades y sinsabores que halla para obrar saca fuerzas de su flaqueza, y así se hace fuerte. Y, finalmente, en todas las virtudes, así teologales como cardinales y morales, corporal y espiritualmente se ejercita el alma en estas sequedades.

El alma obtiene, por tanto, en esta noche cuatro beneficios: goza de gran paz; tiene ordinariamente la memoria y la atención puesta en Dios; su alma se limpia y se purifica; y se ejercita en las virtudes que acabamos de decir.

Acerca de las imperfecciones de los otros tres vicios espirituales que allí dijimos, que son ira, envidia y acidia, también en esta sequedad del apetito se purifica el alma y adquiere las virtudes contrarias. Porque, ablandada y humillada por las sequedades y dificultades que encuentra, y por otras tentaciones y trabajos en que se ejercita, se hace mansa para con Dios, para consigo misma, y también para con su prójimo; de manera que ya no se enoja y se perturba al ver las faltas propias, ni se enoja contra el prójimo al ver las ajenas, ni se disgusta con Dios y tiene quejas contra Él porque no la hace santa prontamente.

Acerca de la envidia, muestra aquí caridad para con los demás; porque, si alguna envidia tiene, no es de carácter malo, como antes

solía, cuando sentía pena porque otros fuesen preferidos a él y porque le llevasen ventaja. Ya aquí, viéndose tan miserable como se ve, si tiene envidia, es virtuosa, deseando imitar a los demás en lo bueno, lo cual denota mucha virtud.

Las acidias y tedios que aquí siente en las cosas espirituales tampoco son malos como antes solía; porque aquéllos procedían de los gustos que a veces tenía y pretendía tener cuando no los hallaba; pero ahora estos tedios no proceden de la flaqueza del gusto, porque se lo ha quitado Dios acerca de todas las cosas en esta purificación del apetito.

Muchas veces, en medio de estas sequedades y aprietos, cuando menos se piensa, Dios comunica al alma una gran suavidad espiritual, un amor muy puro y grandes comunicaciones espirituales, de mucho mayor provecho y precio que cuando antes se deleitaba en consuelos sensibles; aunque el alma en los principios no lo considera así, porque son tan delicados estos favores espirituales, que no los percibe el sentido.

Finalmente, como el alma se purifica aquí de las afecciones y apetitos sensitivos, logra libertad de espíritu, en la que se van granjeando los doce frutos del Espíritu Santo. Y de forma admirable se libra de las manos de los tres enemigos — mundo, demonio y carne—, pues, apagándose el sabor y gusto sensitivo acerca de las cosas, no tiene el demonio, ni el mundo, ni la sensualidad armas ni fuerzas contra el espíritu.

Estas sequedades hacen al alma andar con pureza de intención en el amor de Dios, pues ya no la mueve a obrar el gusto o consuelo que halla, como antes solía, sino sólo el dar gusto a Dios. Ya no es presumida ni se siente satisfecha de sí misma, como solía acontecer en el tiempo de la prosperidad; al contrario, se vuelve desconfiada y temerosa de sí, no teniendo de sí satisfacción alguna, pues vive el santo temor que conserva y aumenta las virtudes.

En esta noche crecen su delicadeza para con Dios y las ansias por servirle, porque, como se le van secando los pechos de la sensualidad, con que sustentaba y criaba los apetitos tras los que iba, sólo queda un ansia pura de servir a Dios, sin consuelo sensible, lo cual a Él le agrada mucho.

Y ya que el alma reconoce que en esta purificación por donde pasó, llena de sequedades, sacó y consiguió tantos y tan preciosos beneficios, no puede menos que exclamar, en la canción que vamos declarando, el siguiente verso:

¡oh dichosa ventura!,

salí sin ser notada.

Esto es: salí de los lazos y de la sujeción de mis apetitos sensitivos y afecciones, sin ser notada, es decir, sin que los dichos tres enemigos me lo pudiesen impedir. Los cuales, como hemos dicho, junto con los apetitos y gustos –sin los cuales ellos no pueden combatir al alma—, tienden lazos al alma, la enredan y la detienen para que no salga de sí misma a la libertad del amor de Dios.

CAPÍTULO 14

Se declara el último verso de la primera canción.

¿Cuáles son los efectos que a larga produce en el alma esta noche pasiva del sentido? Las cuatro pasiones (gozo, dolor, esperanza y temor), después de una continua mortificación, se sosiegan; los apetitos de la sensualidad quedan dormidos por la habituales sequedades; los sentidos y las potencias interiores obran ya en armonía; las operaciones discursivas cesan, tal como hemos dicho. Es decir, queda en calma la gente que ocupa la parte inferior del alma, la que en el verso se denomina *su casa*, tal como dice:

estando ya mi casa sosegada

Pues bien, estando esta casa de la sensualidad ya sosegada, esto es, mortificada, las pasiones apagadas y los apetitos dormidos por medio de esta dichosa noche de la purificación sensitiva, salió el alma a comenzar el camino del espíritu, que es el de los aprovechados, llamado también *vía iluminativa* o de *contemplación infusa*, en el cual Dios alimenta y fortalece al alma, sin necesidad de que ella tenga que discurrir ni que tome parte activa. De está

última noche espiritual pasarán a la divina unión de amor, aunque no todos, sino los menos, pasan ordinariamente.

Mas el camino de los que, después de pasar esta *noche pasiva del sentido*, han de entrar en la otra más ardua *noche del espíritu*, suele ir acompañado de grandes trabajos y tentaciones, que duran mucho tiempo, aunque en unos más que en otros. Porque algunos, por ejemplo, son tentados por el *ángel de Satanás* (que es el espíritu de fornicación), quien les azota los sentidos con abominables y fuertes tentaciones, y les atribula con feas representaciones en la imaginación, que a veces les produce mayor pena que si se estuviesen muriendo (2 Cor. 12, 7).

Otros padecen de mil escrúpulos y perplejidades, para se ejerciten en la paciencia; y estos escrúpulos son tan difíciles de resolver, que nunca se satisfacen con nada, ni les sirven los consejos que se les da. Éste es uno de los peores tormentos que se pueden pasar en esta noche, muy parecido a lo que se pasa en la noche espiritual.

En esta noche sensitiva, Dios envía estas tempestades y trabajos ordinariamente a los que ha de poner después en la noche espiritual, aunque no todos pasan a ella. De esta forma van ejercitando y curtiendo los sentidos y potencias para la unión de la Sabiduría que allí les han de dar. Porque si el alma no es tentada, ejercitada y probada con trabajos y tentaciones, no puede adquirir la Sabiduría. Que por eso dijo el Eclesiástico: *El que no es tentado, ¿qué sabe? Y el que no es probado, ¿qué cosas puede conocer?* (34, 9-10). Sobre esta verdad da Jeremías buen testimonio, cuando dice: Me c*astigaste, Señor, y fui enseñado* (Jer. 31, 18). Y la manera más propia para entrar en Sabiduría son estos trabajos interiores, por cuanto purifican eficazmente el alma de todos los gustos y consuelos a los que se había apegado por su flaqueza natural, y humillan el alma de veras preparándola el ensalzamiento que ha de tener.

Pero no sabemos cuánto puede durar este ayuno y penitencia del sentido, porque en cada uno es diferente, y no todos lo pasan de la misma manera y con las mismas tentaciones; Esto va medido por la voluntad de Dios, conforme a las imperfecciones que cada uno tiene que purificar; y conforme al grado de amor de unión a que Dios la quiere levantar. Por ello, a cada alma la humillará más

o menos intensamente, por más o menos tiempo. Los que son más fuertes y pueden soportar mayores sufrimientos, los purifica más presto. A los muy flacos los trata con mucha condescendencia, no permitiendo que sean tentados fuertemente, y teniéndolos largo tiempo en esta noche, dándoles frecuentes gustos y consuelos sensibles, para que no se vuelvan atrás; así que tarde llegan a la pureza de perfección en esta vida, y algunos de éstos nunca. A veces están en la noche, a veces fuera de ella, sin pasar adelante. Para que se conserven en humildad y conocimiento propio, los ejercita Dios algunos ratos y días en aquellas tentaciones y sequedades; y les envía consuelos otras veces por temporadas, para que no flaqueen y no se vuelvan a buscar los consuelos del mundo.

Pero las almas que han de pasar a tan dichoso y alto estado como es la unión de amor, por muy aprisa que Dios las lleve, harto tiempo suelen durar ordinariamente en estas sequedades y tentaciones. Tiempo es, pues, de comenzar a tratar la segunda noche.

LIBRO II de la NOCHE OSCURA

CAPÍTULO 1

La noche oscura del espíritu.

El alma que Dios lleva adelante, enseguida que sale de las sequedades y trabajos de la primera purificación y *Noche del sentido*, la pone Su Majestad en esta *Noche de espíritu*. Pero antes, ha de pasar harto tiempo y años, salir del estado de principiantes y ejercitase en el de aprovechados, en el cual, como el que ha salido de una estrecha cárcel, anda en las cosas de Dios con mucha más libertad y satisfacción y con más abundante deleite interior que a los principios. Entonces la oración ya no depende de la imaginación ni del discurso de la meditación, sino que con gran facilidad entra en contemplación serena y amorosa. Pero como el alma no se ha purificado completamente, pues falta la purificación principal, la del espíritu, nunca faltan necesidades, sequedades, tinieblas y aprietos, a veces mucho más intensos que los pasados, que son como presagios de la noche del espíritu que está por venir, aunque no duran tanto como en ésta. Porque, habiendo pasado algunos ratos o días en esta noche o tempestad, luego vuelve a su acostumbrada serenidad.

De esta manera Dios purifica a las almas que no han de subir a tan alto grado de amor como las otras, metiéndolas a ratos, como a bocados en esta noche de contemplación y purificación espiritual, con frecuentes anocheceres y amaneceres. El abundante consuelo interior espiritual que hallan, ejerce su efecto en la parte sensitiva, la cual, aunque está más purificada, es todavía flaca y no puede resistir las cosas fuertes del espíritu, de aquí que el cuerpo sufre muchos decaimientos, quebrantos y fatigas. Por ello, las comunicaciones que tienen con Dios no puedan ser muy intensas y espirituales, cuales se requieren para la divina unión con Dios. Al no ser puramente espirituales, dan lugar a arrobamientos, traspasos y descoyuntamientos de huesos. Mas en los que han sido purificados por la noche segunda del espíritu, estos

arrobamientos y tormentos del cuerpo cesan, y gozan de libertad del espíritu, sin que se anuble ni trasponga el sentido.

Y para que veamos la necesidad que tienen de entrar en esta noche del espíritu, señalaremos aquí algunas imperfecciones y peligros que tienen estos aprovechados.

CAPÍTULO 2

Otras imperfecciones que tienen estos aprovechados.

Otros dos tipos de imperfecciones tienen estos aprovechados o avanzados: unas son habituales y otras actuales.

Las imperfecciones habituales son las afecciones y hábitos imperfectos que todavía, como raíces, quedan en el espíritu, donde la purificación del sentido no ha podido llegar, las cuales sólo podrán ser quitadas mediante la purificación espiritual. Mas la diferencia que hay entre la purificación espiritual de la del sentido es análoga a la que hay entre una raíz y la rama, o la que hay entre sacar una mancha vieja y bien adherida o la de sacar una mancha fresca. Porque la purificación del sentido sólo es una preparación para la del espíritu, y más sirve para conformar el sentido al espíritu, que para unir el espíritu con Dios. Pero en estos aprovechados todavía permanecen en el espíritu las manchas del hombre viejo, aunque ellos no lo crean así, ni las vean. Si éstas no salen con la lejía de la purificación de la noche del espíritu, no podrá el alma llegar a la pureza de la unión divina.

También padecen estos aprovechados la confusión de espíritu y la rudeza natural que todo hombre contrae por el pecado, es decir, la falta de atención y de aplicación de espíritu. Este espíritu pues conviene que se ilustre, clarifique y recoja por la penalidad y aprieto de la noche del espíritu.

Las imperfecciones actuales, o que se tienen en ciertos momentos, no a todos afectan de la misma manera. Hay quienes, por ser muy inclinados a afectarse sensiblemente ante cualquier fenómeno espiritual, tienen frecuentes visiones imaginarias y espirituales con otros sentimientos sabrosos. Estas son impresas o sugeridas en el alma por la propia fantasía y por el demonio, con lo que fácilmente son engañados y embelesados por éste cuando no

tienen la suficiente cautela para resistirse en fe ante estas visiones y sentimientos. De esta forma hace el demonio a muchos creer visiones vanas y profecías falsas, metiéndoles la presunción de que les habla Dios o los santos, cuando todo proviene de su fantasía. El alma entonces se llena de presunción y soberbia, de vanidad y arrogancia, y trata de que sus arrobamientos y otras manifestaciones sean vistas por los demás, para dar la apariencia de que ya son santas. Pierden así el santo temor, que es llave y custodia de todas las virtudes, y se vuelven atrevidas ante Dios. Son tantas las falsedades y engaños de este tipo que tienen algunos, y tanto les duran, que es muy dudosa la vuelta de ellos al camino puro de la virtud y verdadero espíritu, sobre todo porque se consideran muy espirituales. En estas miserias vienen a dar los que se dejan llevar con demasiada seguridad de las aprensiones y sentimientos espirituales, cuando comenzaban a adentrarse en el camino espiritual.

Para evitar estos engaños, le conviene al alma entrar en la segunda noche del espíritu, donde se desnuda el sentido y espíritu perfectamente de todas estas aprensiones y gustos, caminando en oscura y pura fe, que es el medio más adecuado para unirse con Dios, tal como nos lo enseña el profeta Oseas, diciendo: *Te desposaré* —esto es, te uniré conmigo—*, en la fe* (2, 20).

CAPÍTULO 3

Anotación para lo que se sigue.

Cuando en la persona aprovechada la parte sensitiva se aúna con la espiritual, el alma ya está bien dispuesta para sufrir la áspera y dura purificación del espíritu que le espera. Porque en ella se han de purificar cumplidamente estas dos partes del alma, espiritual y sensitiva. De ahí que la noche que hemos llamado del sentido, más se debe llamar reforma o freno del apetito que purificación. Porque todos los desórdenes e imperfecciones de la parte sensitiva tienen su fuerza y raíz en el espíritu, donde se sujetan todos los hábitos buenos y malos, y así, no se puede purificar cumplidamente la parte sensitiva si no va unida a la espiritual.

Y así, solamente cuando la parte sensitiva está aunada con el espíritu, tiene la fortaleza en Dios –que adquiere por el dulce y sabroso trato con Él— y la disposición necesaria para soportar la dura purificación que tendrá que pasar en esta segunda noche. De lo contrario, no tendrá el natural la fortaleza necesaria para sufrirla.

Mas estos aprovechados todavía se comportan como pequeñuelos en su trato para con Dios, tal como afirma san Pablo (1 Cor. 13, 11), pues no han llegado a la perfección, que es la unión del alma con Dios. Sólo cuando lleguen a esta unión, se podrá decir que son aventajados en el espíritu, porque entonces sus obras y potencias serán más divinas que humanas, como después se verá.

Por ello, para que dejen de ser pequeñuelos, ha de desnudarlos Dios de hecho de este viejo hombre y vestirlos del nuevo, vaciándoles las potencias, afecciones y sentidos, tanto espirituales como sensitivos, así exteriores como interiores. Dejando a oscuras el entendimiento, la voluntad a secas, y vacía la memoria, y las afecciones del alma en suma aflicción, amargura y aprieto, privándola del sentido y gusto que antes sentía de los bienes espirituales, estará en condiciones el espíritu de poder unirse con Él, llegando a la unión de amor. Todo lo cual obra el Señor en ella por medio de una pura y oscura contemplación, como el alma lo da a entender por la primera canción. La cual, aunque está declarada al propósito de la primera noche del sentido, principalmente la entiende el alma por esta segunda noche del espíritu, por ser la principal purificación del alma. Con este propósito la declararemos aquí de nuevo.

CAPÍTULO 4

Canción primera.

En una noche oscura,
con ansias, en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada
estando ya mi casa sosegada.

DECLARACIÓN

Entendiendo ahora esta canción a propósito de la purificación contemplativa, o desnudez y pobreza de espíritu, que todo aquí casi es una misma cosa, la podemos declarar de esta manera, y que dice el alma así: En pobreza, desamparo y desarrimo de todas las aprensiones de mi alma, esto es, en oscuridad de mi entendimiento y aprieto de mi voluntad, en afición y angustia acerca de la memoria, dejándome a oscuras en pura fe (la cual es *noche oscura* para las dichas potencias naturales) sólo la voluntad tocada de dolor y aflicciones y *ansias de amor* de Dios, *salí* de mí misma, esto es, de mi bajo modo de entender, y de mi flaca forma de amar, y de mi pobre y escasa manera de gustar de Dios, sin que la sensualidad ni el demonio me lo estorben.

Lo cual fue gran *dicha* y buena *ventura* para mí; porque, cuando se aniquilaron y sosegaron las potencias, pasiones, apetitos y afecciones de mi alma, por las que bajamente sentía y gustaba de Dios, salí de mi forma de tratar y actuar humano a la forma de tratar y actuar de Dios. Es decir, mi entendimiento salió de sí, volviéndose de humano y natural en divino; porque, uniéndose por medio de esta purificación con Dios, ya no entiende por su vigor y luz natural, sino por la divina Sabiduría con que se unió. Y mi voluntad salió de sí, haciéndose divina, porque, unida con el divino amor, ya no ama bajamente con su fuerza natural, sino con la fuerza y pureza del Espíritu Santo; y así la voluntad acerca de Dios no obra humanamente. Y, ni más ni menos, la memoria se ha trocado en aprensiones eternas de gloria. Y, finalmente, todas las fuerzas y afectos del alma, por medio de esta noche y purificación del viejo hombre, todas se renuevan en disposiciones y deleites divinos. Sigue el verso:

En una noche oscura.

CAPÍTULO 5

Primer verso: esta contemplación oscura no sólo es noche para el alma, sino también pena y tormento.

Esta noche oscura consiste en una intervención de Dios en el alma que la purifica de sus torpezas e imperfecciones habituales,

naturales y espirituales. También se la denomina contemplación infusa o mística, porque Dios enseña en secreto al alma y la perfecciona en el amor, sin ella hacer nada ni entender cómo. Y por cuanto es sabiduría amorosa de Dios, tiene dos principales efectos: *purifica e ilumina* el alma, disponiéndola para la unión de amor de Dios. Pero aunque la ilumina, el alma la siente como noche y tiniebla, e incluso como pena y tormento.

Entonces surge la duda: Si ilumina el alma y la purifica de sus torpezas, ¿por qué el alma la siente como noche y tiniebla, y como pena y tormento? Podemos responder que por dos razones: la primera es por la excelsitud de la Sabiduría divina, que excede con mucho la capacidad del alma, de tal manera que para ella es tiniebla; la segunda, por la bajeza e impureza del alma, que hace que le resulte penosa, dolorosa, y también oscura.

La primera pena se explica de la siguiente manera: conforme las cosas divinas son en sí más claras y manifiestas sobrenaturalmente, tanto más son naturalmente oscuras y ocultas al alma. Es algo parecido a lo que ocurre con la luz del sol: cuanto más clara es, tanto más ciega y oscurece la pupila, sobre todo si se la mira de frente; pues la luz del sol excede con mucho la capacidad de la pupila para captarla. Del mismo modo, cuando la divina luz de la contemplación irrumpe en un alma no suficientemente preparada, excede tanto a su inteligencia natural, que la impide a ésta operar, dejando la mente oscura y en tinieblas. Por esto san Dionisio y otros teólogos místicos llaman a esta contemplación infusa *rayo de tiniebla* para el alma no preparada y purificada, porque su gran luz sobrenatural vence la fuerza natural del intelecto y la anula. Es lo que nos dice el salmo, que *cerca de Dios y alrededor de él hay oscuridad y nubes* (Sal. 96, 2); no porque existan tal oscuridad y nubes realmente, sino porque le parece así a nuestros entendimientos flacos, que en tan inmensa luz se oscurecen y quedan ofuscados.

Y esta oscura contemplación resulta al alma penosa a los principios, porque como tiene muchas excelencias en extremo buenas y el alma que las recibe, por no estar purificada, tiene muchas miserias también en extremo malas, de necesidad tiene que penar y padecer el alma. Y como la luz y sabiduría de esta contemplación es muy clara y pura, mientras que el alma que la

recibe está oscura e impura, de aquí es que pena mucho el alma al recibirla, como a unos ojos enfermos le ocasionan dolor el mirar el sol. La pena que siente es inmensa, porque frente a esta luz divina se siente el alma tan impura y miserable que le da la impresión de ser enemiga de Dios. Ve tan claramente su impureza gracias a esta purísima luz, aunque a oscuras, que reconoce que no es digna de Dios ni de criatura alguna. Y lo que más pena le da es que cree que nunca lo será, y que para ella se le acabaron los bienes. Ha llegado a tal conocimiento de sus males y miserias, que ve claro que de su parte no podrá tener otra cosa.

La segunda pena proviene de su flaqueza natural, moral y espiritual, que no puede soportar la fuerza de esta contemplación infusa, como si pesase sobre ella (sobre sus partes sensitiva y espiritual) una inmensa carga. Pena y agoniza tanto entonces, que le resultaría un alivio el morir. Y ante tanta carga le parece que no hay quien se compadezca de ella, lo cual es para maravillarse y lamentarse: que por ser tan grande la flaqueza e impureza del alma, sienta la mano de Dios, de por sí muy blanda y suave, como muy pesada y contraria, aunque Él la quiera tocar con mucha misericordia, a fin de beneficiar su alma, y no de castigarla.

CAPÍTULO 6

Otras penas que el alma padece en esta noche.

La tercera pena es por los dos extremos, divino y humano, que aquí se juntan. El extremo divino es esta contemplación purificadora, y el extremo humano es el alma propiamente dicha. Ya que la primera irrumpe en el alma a fin de renovarla y cocerla para hacerla divina, desnudándola de las afecciones habituales y atributos del hombre viejo, de tal manera transforma su sustancia espiritual, metiéndola en profunda tiniebla, que el alma siente que se deshace y derrite ante la vista de sus miserias y la muerte del hombre viejo. Es como si el alma hubiese sido tragada por una bestia, y en su tenebroso vientre sintiese que se está digiriendo, padeciendo las angustias que experimentó Jonás (2, 1) en el vientre del gran pez. En este sepulcro de oscura muerte ha de estar en espera de su resurrección espiritual.

Esta pasión y gran pena la describe el salmista de esta manera: *Me cercaron los gemidos de la muerte, los dolores del infierno me rodearon, clamé en mi angustia* (Sal. 18, 5-7). Pero lo que más le duele al alma es sentirse aborrecida de Dios, que la ha desechado y la ha arrojado en las tinieblas: *Como los cadáveres que yacen en la tumba, aquellos de los que no te acuerdas más, que están arrancados de tu mano. Me has echado en lo profundo de la fosa, en las tinieblas, en los abismos, sobre mí pesa tu furor, con todas tus olas me hundes* (Sal. 87, 6-8). Porque ciertamente, cuando esta contemplación purificadora aprieta, siente el alma muy a lo vivo gemidos de muerte y dolores de infierno, por sentirse sin Dios, castigada, alejada e indigna de Él, y que el Señor está enojado contra ella; y sobre todo, porque le parece que es para siempre.

Y el mismo desamparo siente de todas las criaturas, y que es despreciada por ellas, particularmente por los amigos: *Has alejado de mí a mis amigos y conocidos; me has hecho para ellos abominable* (Sal. 88, 9).

La cuarta pena es causada por la majestad y grandeza de esta oscura contemplación, la cual hace sentir al alma su extrema pobreza y miseria. Porque no sólo siente en sí un profundo vacío y pobreza de los tres tipos de bienes que se ordenan para satisfacción del alma —los bienes temporales, naturales y espirituales—, sino que se ve llena de los males contrarios: miserias, imperfecciones, sequedades, vacíos de las potencias, desamparo y tinieblas del espíritu. Para que Dios pueda purificar su sustancia sensitiva y espiritual, y sus potencias interiores y exteriores, conviene que el alma sea puesta en vacío y pobreza y desamparo de todas ellas, dejándola seca, vacía y en tinieblas; porque la parte sensitiva se purifica en sequedad, y las potencias en su vacío de sus aprensiones, y el espíritu en tiniebla oscura.

Todo lo cual hace Dios por medio de esta oscura contemplación. El alma padece tal angustia por el vacío y la suspensión de sus apoyos naturales y aprensiones, que siente como que le falta el aire y que no puede respirar. Esta purificación aniquila, vacía y consume en ella todas las afecciones y hábitos imperfectos que ha contraído durante su vida, tal como el fuego purifica el metal oxidado. Pero por estar ellos muy arraigados en la sustancia del alma, padece gran resquebrajamiento y tormento interior. Pues

para que se purifique y deshaga el óxido de las afecciones que subyacen en el fondo del alma, es menester en cierta manera que ella misma se aniquile y deshaga, según está tan naturalmente habituada a estas pasiones e imperfecciones.

En esta fragua se purifica el alma como el oro en el crisol (Sab. 3, 6). El alma siente que se deshace en extremada pobreza su misma sustancia y que se consume, y por eso clama a Dios diciendo: *Sálvame, Señor, porque me hundo en el cieno del abismo, sin poder hacer pie; he llegado hasta el fondo de las aguas, y las olas me anegan. Estoy exhausto de gritar, arden mis fauces, mis ojos se consumen de esperar a mi Dios* (Sal. 68, 2-4). De esta forma Dios humilla profundamente al alma para ensalzarla después (cf. Lc 18,14); mas no deja que duren mucho estos sentimientos humillantes, porque sino dicha alma podría morir en unos pocos días. Y así, se van intercalando estos momentos de vez en cuando. Y hay veces en que se sienten tan a lo vivo, que le parece al alma que ve abierto el infierno y que está a punto de perderse. Es como si la bajasen al infierno sin morir, donde se purifica en breves momentos lo que no se consiguió en mucho tiempo.

CAPÍTULO 7

Otras aflicciones que padece la voluntad.

Las aflicciones de la voluntad son aquí enormes, tales que algunas veces traspasan el alma el súbito recuerdo de sus miserias y la incertidumbre de si tendrá remedio. Se añade a esto el recuerdo de las prosperidades pasadas; porque ordinariamente, cuando entran en esta noche, han tenido antes muchas consolaciones en Dios y le han hecho muchos servicios, y esto les causa todavía más dolor, ver que ya no disfrutan de aquellos bienes y que no los pueden volver a tener.

Tantos y tan graves son los trabajos y las penas de esta purificación y noche espiritual, que hemos de compadecer mucho y tener lástima del alma que Dios pone en esta tempestuosa y horrenda noche, aunque le vayan a venir grandes bienes a través de ella, pues es inmensa la pena que tiene y cree que su mal es para siempre.

El alma sufre una gran soledad y desamparo. No halla consuelo y apoyo en ninguna enseñanza ni maestro espirituales; porque, aunque le testifiquen por diversos medios los bienes que va a conseguir por estas penas, no se lo acaba de creer. Como ve claramente su propia miseria, le parece que los demás no la entienden, pues ellos no ven lo que ella ve y siente. Si tratan de consolarla, antes le aumentan su dolor, pues le parece que no le ayudan en nada, y en verdad es así. Porque hasta que el Señor no acabe de purificarla en la forma como a Él le plazca, ningún medio ni remedio le sirve ni aprovecha para su dolor. El alma entonces apenas puede hacer nada, se halla como si estuviese atada de pies y manos en una oscura mazmorra. No puede moverse ni ver, ni sentir ningún favor de arriba ni de abajo, y así estará hasta que se humille, ablande y purifique el espíritu, y se ponga tan dúctil y sencillo, que pueda hacerse uno con el espíritu de Dios, según el grado que su misericordia quisiere concederle de unión de amor, que conforme a esto será la purificación más o menos intensa y durará más o menos tiempo. Mas siempre dura algunos años, aunque durante ellos siempre se intercalan momentos de alivio, en los que por privilegio de Dios, deja esta contemplación oscura de obrar en modo purificador, y obra en el alma iluminativa y amorosamente: en esos momentos el alma se siente liberada, como recién sacada de la mazmorra, y se regocija con gran abundancia, suavidad y paz de la amistad amorosa de Dios. Lo cual le es al alma indicio de la salud que va en ella obrando la dicha purificación y preanuncio de la abundancia que espera. Incluso son tan dichosos estos momentos, que le parece al alma que se han acabado ya todos sus trabajos. Porque esta cualidad tienen los sentimientos del alma conforme son más puramente espirituales, que, cuando son trabajos, le parece al alma que nunca ha de salir de ellos; y, cuando son bienes espirituales, que ya se acabaron todos sus males, como bien dice el salmo: *Yo dije en mi abundancia: Jamás vacilaré* (Sal. 30, 7).

Y esto acontece porque la vivencia actual de un sentimiento, de suyo excluye el sentimiento contrario. Mas, como quiera que el espíritu aún no está bien purificado, el alma, como entonces se ve con aquella abundancia de bienes espirituales, no siendo

consciente de la raíz de imperfección e impureza que todavía le queda por purificar, piensa que se acabaron todos sus trabajos.

Mas este pensamiento raramente le viene, porque hasta que la purificación espiritual no se haya completado, muy raras veces suele ser la comunicación amorosa tan abundante que deje el alma de sentir allá en el interior un no sé qué que le falta o que está por hacer, que no le deja cumplidamente gozar de aquel alivio, sintiendo ella dentro como un enemigo suyo, que, aunque está como sosegado y dormido, teme que volverá a revivir y hacer de las suyas. Y así es, que cuando más segura y descuidada se encuentra, vuelve a entrar el alma en otro grado peor de la noche espiritual, más duro, oscuro y doloroso que el pasado, el cual dura otra temporada, por ventura más larga que la primera. Y entonces el alma otra vez vuelve a pensar que para ella todos los bienes se le han acabado para siempre; que no le basta la experiencia que tuvo del bien pasado que gozó después del primer trabajo –en que también pensaba que ya no había más que penar—, y así mismo piensa en este segundo grado de purificación que está ya todo acabado y que no volverá a tener ningún alivio como la vez pasada.

Este es el sufrimiento mayor que tienen los que están en el purgatorio, que desconfían que algún día si saldrán de allí y de que se han de acabar sus penas. Porque, aunque tienen las tres virtudes teologales, que son fe, esperanza y caridad, el sentimiento actual de las penas que padecen y el estar privado de Dios, no les deja gozar de los consuelos que les merecen estas virtudes. Porque aunque se dan cuenta de que aman a Dios, no les consuela esto; porque les parece que no les quiere Él a ellos ni que de tal cosa son dignos; antes, como se ven privados de Dios, viendo sus miserias, les parece muy razonable que sean aborrecidos y desechados del Señor para siempre. Y así, el alma en esta purificación, aunque está convencida de su amor a Dios y que daría mil vidas por Él, con todo no le produce alivio esto, antes le causa más pena; porque, queriéndole ella tanto, que no tiene otra cosa que le importe, como se ve tan mísera, no puede creer que Dios la quiera a ella, sino que tiene motivos para ser aborrecida, no sólo de Él, sino de toda criatura para siempre;

considera con dolor que merece ser desechada de quien ella tanto quiere y desea.

CAPÍTULO 8

Otras penas que afligen al alma en este estado.

Hay aquí otra cosa en que el alma se aflige y desconsuela mucho, y es que, como esta oscura noche deja en suspenso las potencias y afecciones, no puede levantar el afecto ni la mente a Dios, ni le puede rogar, pareciéndole que ha puesto Dios una nube entre Él y ella para que no pase su oración. Y si algunas veces ruega, es con tan poca fuerza y brío, que le parece que no la oye Dios. En verdad no es tiempo de hablar con Dios, sino de sufrir con paciencia y en esperanza tal purificación. Dios es el que hace aquí la obra, y el alma está en una actitud pasiva, sin poder hacer nada. Y así, no puede rezar ni fijar la atención en las cosas divinas y temporales. Incluso tiene muchas veces tales enajenamientos y tales olvidos en la memoria, que se le pasan muchos ratos sin saber lo que se hizo ni qué pensó, ni qué es lo que hace ni qué va a hacer, ni puede atender, aunque quiera, a nada de aquello en que está.

El entendimiento se purifica de su luz natural, la voluntad de sus afecciones, y la memoria de sus recuerdos. El alma queda entonces aniquilada, tal como dice el salmo: *Fui yo aniquilado y no supe* (Sal. 72, 22). Este no saber se refiere aquí a estas enajenaciones y olvidos, los cuales son causados por el recogimiento interior en que queda el alma. Porque, para que el alma quede dispuesta con sus potencias para la divina unión de amor, conviene que primero sea absorta con todas ellas en esta divina y oscura luz espiritual de contemplación, y así se desprenda de todas las afecciones y aprensiones de criatura.

Conforme esta divina luz es más sencilla y pura, tanto más la oscurece, vacía y aniquila acerca de sus aprensiones y afecciones particulares, tanto de las cosas de arriba como de abajo; y también, conforme es menos sencilla y pura, tanto menos la priva y menos oscura le resulta. Tal hecho, que parece increíble, se entiende bien si consideramos lo que antes probamos, que las cosas sobrenaturales tanto más oscuras son a nuestro entendimiento,

cuanto ellas son en sí más claras y manifiestas. Y para entenderlo, pusimos el ejemplo de la luz natural y común. Vimos que el rayo del sol que entra por la ventana, cuanto más limpio y puro de motas de polvo es el aire por el que atraviesa, tanto menos claramente se ve, y cuanto más motas contiene, tanto más se hace visible al ojo.

Y esto se explica porque este divino rayo de contemplación que irrumpe en el alma con su luz divina, excede con mucho la capacidad natural del alma, y en esto la oscurece y priva de todas las aprensiones y afecciones naturales que antes mediante la luz natural entendía: y así, no sólo la deja oscura, sino también vacía según las potencias y apetitos, tanto espirituales como naturales, y, dejándola así vacía y a oscuras, la purifica e ilumina con divina luz espiritual, sin pensar el alma que la tiene, sino que está en tinieblas, como hemos dicho del rayo, que, si no tiene motas de polvo en qué topar, no se ve. Pero si esta luz espiritual encuentra en el alma algo en qué reflejarse, por mínimo que sea —esto es, pensamientos, consideraciones, juicios o afecciones—, el alma ve mucho más claramente sus imperfecciones.

Por ser esta luz espiritual sencilla, pura y general, con gran facilidad el alma conoce y penetra cualquier cosa que se le ofrece de arriba o de abajo; que por eso dijo San Pablo que el espiritual *todo lo penetra, hasta las profundidades de Dios* (1 Cor. 2, 10). Porque esta sabiduría general y sencilla *todo lo atraviesa y penetra en virtud de su pureza* (Sab. 7, 24). Y ésta es la propiedad del espíritu purificado y aniquilado, que, en éste no gustar nada ni entender nada en particular, morando en su vacío y tiniebla, lo abraza todo con gran disposición, para que se verifique en él lo de san Pablo: *No teniendo nada, todo lo posee* (2 Cor. 6, 10). Porque tal bienaventuranza se causada por la pobreza de espíritu.

CAPÍTULO 9

Aunque esta noche oscurece al espíritu, es para ilustrarle y darle luz.

Esta dichosa noche, aunque oscurece el espíritu, no lo hace sino para que pueda ver con nueva luz todas las cosas; y si lo humilla, es para ensalzarle y levantarle; y si lo empobrece y vacía de toda posesión y afección natural, no es sino para que divinamente

pueda gozar y gustar de todas las cosas de arriba y de abajo, viviendo la libertad de espíritu en todo. Porque el espíritu —si quiere comunicarse libremente con la divina Sabiduría—, ha de ser sencillo y puro, y debe estar desnudo de todo afecto natural. De ahí que si no es purificado, de ninguna manera podrá gustar los consuelos espirituales de la unión de amor; porque un solo apego que tenga el espíritu basta para que no pueda sentir ni gustar el delicado sabor del espíritu de amor.

Y así como los hijos de Israel, por tener nostalgia de las carnes y comidas de Egipto (Ex. 16, 3), no podían gustar del delicado pan de ángeles en el desierto, que era el maná —el cual se convertía al gusto que cada uno quería (Sab. 16, 21)—, así, de la misma manera no puede llegar a gustar los deleites del espíritu el alma que todavía está apegada a cualquier gusto o noticia particular. La razón de esto es porque los afectos, sentimientos y aprensiones del espíritu divino son tan diferentes del espíritu humano, que para poder disfrutar los primeros se han de expulsar y aniquilar los segundos, pues dos cosas contrarias no pueden estar juntas en un mismo sujeto.

En consecuencia, para que el entendimiento pueda llegar a unirse con la luz divina es conveniente que sea primero purificado y aniquilado en su luz natural, quedando a oscuras por medio de esta oscura contemplación, aunque tenga que padecer profundas y horribles tinieblas. Estas tinieblas han de durar tanto cuanto sea necesario hasta que se aniquile su hábito natural de juzgar las cosas, y, en su lugar, lo juzgue todo bajo la luz divina.

El alma tiene que llegar a la divina unión de amor, la cual es muy espiritual, sutil y delicada y muy interior, que excede a todo afecto y sentimiento. De ahí también que para que la voluntad pueda venir a sentir y gustar este divino deleite tan subido, ha de ser también primero purificada y aniquilada en todas sus inclinaciones naturales. Ha de ser puesta en vacío y pobreza de afectos y consuelo naturales, para que estando vacía y desnuda del hombre viejo pueda vivir aquella nueva y bienaventurada vida que es el estado de unión con Dios.

Esta nueva vida hace que el alma sienta extrañeza ante todas las cosas. Se ha desprendido de su ordinario y común sentir de las cosas, y gusta del sentir divino, el cual es extraño y muy diferente

del sentir humano. Por eso anda como fuera de sí, maravillada de las cosas que ve y oye, pareciéndole muy peregrinas y extrañas, aunque sean las mismas que solía tratar comúnmente.

El alma llega a gozar de una perfecta paz interior, una tranquilidad tan deleitable que excede todo sentido. A diferencia de ella, la paz primera que antes tenía, por cuanto estaba envuelta en imperfecciones, no era realmente paz, aunque al alma así le parecía. Mas para llegar a gozar de esta paz ha tenido que pasar por una penosa turbación, por muchas dudas y combates, en las que el alma se duele y se angustia al ver su miseria y piensa que no tiene remedio.

El alma, en este estado de perfección, goza también de innumerables dones y virtudes. Dios la ha ido preparando privándola de todos ellos, haciéndola sentir que estaba tan lejos de ellos, que llegó a pensar jamás podría alcanzarlos, y que no era digna de ningún bien.

Pero, ¿cuál es en definitiva la causa por la que siendo esta luz de contemplación tan suave y amigable para el alma, tenga estos efectos tan penosos? Por parte de la contemplación divina no hay cosa que de suyo pueda dar pena, antes mucha suavidad y deleite. Por tanto, la causa se debe a la flaqueza e imperfección del alma, y a las disposiciones que en sí tiene, contrarias a lo que va a recibir, por lo que no le queda otra que padecer.

CAPÍTULO 10

Se explica la raíz esta purificación por una comparación.

Esta luz divina purifica y dispone el alma para unirla consigo tal como el fuego transforma al madero en sí. Porque el fuego material, cuando se aplica al madero, lo primero que hace es secarlo, sacando su humedad afuera y haciendo que llore el agua que tiene en sí; luego le va poniendo negro, oscuro y feo, y aun de mal olor; por fin, tras haberlo secado poco a poco, le va iluminando y echando afuera todos los accidentes feos y oscuros que tiene contrarios al fuego; y, finalmente, después de inflamarlo por afuera y de calentarlo, le va transformando en sí y le pone hermoso como el mismo fuego. Llegado este momento es cuando podemos decir

que el madero ya no tiene ninguna cualidad ni acción propia, salvo que su sustancia es más pesada y espesa que la del fuego, porque tiene en sí todas las propiedades y acciones del fuego: está seco, y seca; está caliente, y calienta; está iluminado e ilumina; y está mucho más ligero que antes, obrando el fuego en él estas propiedades y efectos.

Del mismo modo, este divino fuego de amor de contemplación, antes que transforme el alma en sí y se una con ella, primero la purifica de todos sus accidentes contrarios; le saca todas sus fealdades y la pone negra y oscura, y así parece peor, más fea y abominable que antes. Esta divina purificación remueve todos los malos y viciosos hábitos que por estar tan arraigados y asentados en el alma, ella antes no era consciente de ellos, y así no entendía que tenía en sí tanto mal; y ahora, para echarlos fuera y aniquilarlos, se los pone delante de sus ojos, de forma que los ve claramente, iluminado por esta oscura luz de divina contemplación. Pero en realidad, el alma no es peor que antes, ni en sí misma ni para con Dios, lo que pasa es que como ve en sí lo que antes no veía, le parece claro que está muy mal y que merece ser aborrecida por Dios.

Analizando esta comparación podemos entender muchas cosas:

Primero, podemos entender cómo la misma luz y sabiduría amorosa que ha de transformar el alma para unirla consigo, es la misma que al principio la purifica y dispone; así como el mismo fuego que transforma en sí al madero incorporándose en él, la dispuso primero para poder hacerlo.

Segundo, estas penalidades que pasa el alma no provienen de parte de la sabiduría divina, pues*, todos los bienes juntos le vienen al alma con ella* (Sab. 7, 11*)*, sino de parte de la flaqueza e imperfección que tiene dicha alma para no poder recibir sin esta purificación su luz divina, suavidad y deleite (así como el madero cuando se le aplica el fuego no puede ser transformado hasta que esté dispuesto), y por eso pena tanto.

Tercero, nos damos cuenta de pasada de la pena que sufren las almas del purgatorio. Porque el fuego no tendría en ellos poder, aunque se les aplicase, si ellos no tuviesen imperfecciones en qué padecer, que son la materia en la que actúa el fuego; cuando esta materia se acaba, no queda más por purificar, y salen del

purgatorio. Igual ocurre con esta noche oscura, acabadas las imperfecciones, deja de penar el alma y sólo le queda gozar.

Cuarto, conforme el alma se va purificando por medio de este fuego de amor, se va más inflamando en amor; así como el madero conforme se va disponiendo, se va más calentando. Aunque esta llama de amor no siempre la siente el alma, sino sólo algunas veces cuando deja de irrumpir la contemplación tan fuertemente, porque entonces descubre la labor que va obrando en ella y se goza de la obra realizada. Es como si sacarán el hierro del horno para ver como está quedando; entonces puede ver el alma en sí misma el bien que no veía cuando estaba padeciendo la purificación. Así también, cuando deja de quemar la llama en el madero, se puede ver cuánto se ha inflamado.

Quinto, después de estos alivios el alma vuelve a padecer más intensamente que antes. Porque, después de aquella muestra, que se hace después que se han purificado las imperfecciones más de afuera, vuelve el fuego de amor a quemar más adentro en lo que resta por consumir y purificar. En lo cual es más íntimo y sutil y espiritual el padecer del alma, conforme se van consumiendo o aniquilando las imperfecciones espirituales más íntimas y más arraigadas en lo más profundo. Y esto acontece del mismo modo que en el madero: cuando el fuego va entrando más adentro, va con más fuerza y furor disponiendo lo más interior para poseerlo.

Sexto, así como al madero mientras se está quemando no le llega otra cosa más que el fuego purificador, al alma mientras está siendo purificada por la luz divina de contemplación le parece que todo bien se le acabó y que está llena de males, pues no le llega en este tiempo otra cosa que amarguras.

Séptimo, así como el madero no adquiere las propiedades del fuego, hasta que no se quema del todo, así el alma no puede tener el gozo cumplido hasta que no se purifica completamente, en toda su sustancia.

Teniendo presente esta comparación, pasemos ahora al segundo verso, donde se comienza a cantar el fruto de las lágrimas de esta noche oscura y de sus propiedades dichosas:

Con ansias en amores inflamada.

CAPÍTULO 11

Segundo verso de la primera canción: cómo el alma, por fruto de estos rigurosos aprietos, se halla con vehemente pasión de amor divino.

Este fuego de amor se va prendiendo en el alma en esta noche de contemplación penosa. El alma siente entonces que está herida viva y agudamente por fuerte amor divino, con cierto sentimiento y presentimiento de Dios, aunque sin entender cosa alguna, pues el entendimiento permanece a oscuras.

Esta llama de amor es infundida en el alma, por lo que es más pasiva que activa, y así engendra en el alma pasión fuerte de amor. El alma va teniendo algo de unión con Dios, y así participa algo de sus propiedades, las cuales son más acciones de Dios que de la misma alma. Lo único que hace el alma aquí es dar su consentimiento. Mas al calor y fuerza de esta llama o pasión de amor, el amor de Dios se le va pegando.

Esta llama de amor tanto más encuentra dispuesta el alma, cuanto más inhabilitados tiene todos sus apetitos para gustar tanto cosas de cielo como de la tierra. Gracias a esta purificación, tiene el alma los gustos tan recogidos, que no pueden gustar lo que ellos quieran. Todo lo cual lo hace Dios a fin de que, recogiendo los gustos todos para sí, tenga el alma más fortaleza y habilidad para recibir esta fuerte unión de amor de Dios. Entonces ya puede el alma comenzar a amar con toda la fuerza de sus apetitos espirituales y sensitivos, lo cual no podría hacer si ellos se derramasen en gustar otra cosa. Que, por eso dice el salmo: *Oh fuerza mía, hacia ti miro* (Sal. 58, 10). Es decir, mi fortaleza guardaré para ti, esto es, todos mis apetitos y mis potencias no quiero emplearlas en nada fuera de ti.

Esta llama de amor en el espíritu, por la que Dios tiene recogidas para sí todas las potencias y apetitos del alma, permite al hombre que pueda cumplir de verdad con el primer precepto: *Amarás a tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas* (Dt. 6, 5).

Recogidos ya, por esta llama de amor, todos los apetitos y fuerzas del alma, estando apasionada y herida y tocada de fuerte

amor, ¿cómo se sentirá el alma, estando todavía en oscuridad y llena de dudas, sin poseer al Dios amado ni poder satisfacerse del Él? Sin duda que, como dice el salmo, padeciendo hambre, *aullando como perros que rondan por la ciudad* (Sal. 59, 7), gimiendo por no poder satisfacer su amor. Porque el toque de este amor y fuego divino enciende tanto el deseo por satisfacer su sed de este divino amor, que el alma da mil vueltas buscando mil modos y maneras de cómo llegarse a Dios, y puede muy bien decir como el salmo: *Mi alma tiene sed de ti, en pos de ti languidece mi carne, como tierra reseca, agotada, sin agua* (63, 2).

Esta es la razón por la que dice el alma en el verso *con ansias en amores* y no dice: «con ansias en amor inflamada», porque en todas las cosas, pensamientos y ocupaciones que tiene ama de muchas maneras; y en todos los tiempos y lugares desea y padece en el deseo también de muchas maneras, sin poder sosegar estas ansias en cosa alguna, por la herida que le ha dejado esta llama de amor divino.

Está de tal manera el alma que todo se le hace penoso; no cabe en sí de pena. Espera y padece sin ningún consuelo. Su ansia y pena se multiplican por dos motivos: primeramente, por las tinieblas espirituales en que se ve, por las dudas y recelos que la afligen; segundo, por parte del amor de Dios, que la inflama y estimula por medio de esta herida amorosa. Esta forma de padecer la da a entender Isaías cuando dice: *Con toda mi alma te anhelo en la noche* (Is. 26, 9), esto es, en la miseria de esta noche oscura.

Pero en medio de estas penas oscuras y amorosas siente el alma cierta compañía y fuerza en su interior. Mas si se apaga esta llama de amor se siente sola, vacía y floja. Ello se debe a que, como la fuerza del alma la recibe pasivamente de este fuego tenebroso de amor que irrumpe en ella, de aquí que cuando deja de irrumpir en ella, cesa la tiniebla y la fuerza y calor de amor en el alma.

CAPÍTULO 12

Cómo esta horrible noche es purgatorio, y cómo en ella ilumina la divina Sabiduría a los hombres.

Vamos viendo cómo esta noche de fuego amoroso va a oscuras inflamando el alma. Advertimos también que así como se purifican los espíritus en la otra vida con fuego material, en esta vida se purifican y limpian con fuego amoroso espiritual. Pues ésta es la diferencia: que allá se limpian con fuego, y acá se limpian e iluminan sólo con amor. Un amor así pidió David cuando dijo: *Crea en mí, oh Dios, un corazón puro* (Sal. 50, 12). Porque la limpieza de corazón no es menos que el amor y la gracia de Dios; porque *los limpios de corazón* son llamados por nuestro Salvador *bienaventurados* (Mt. 5, 8), lo cual es lo mismo que decir *enamorados*, pues la bienaventuranza no se da por menos que amor.

Nunca da Dios sabiduría amorosa o mística sin amor, pues el mismo amor la infunde. Y esta oscura contemplación amorosa juntamente infunde en el alma amor (en la voluntad) y sabiduría (en la inteligencia), a cada uno según su capacidad y necesidad, iluminando el alma y purificándola de sus torpezas. Mas el hombre no puede recibir esta contemplación amorosa sino de forma limitada y muy penosamente, por ser impuro y flaco, con aprieto y ansia de amor.

Y esta llama y ansia de amor no siempre la siente el alma; porque al comenzar esta purificación espiritual, todo el efecto de este divino fuego se va más en disponer la madera del alma que en calentarla; pero ya, pasado el tiempo, cuando ya este fuego va calentando el alma, muy de ordinario siente esta llama y calor de amor. Y algunas veces no sólo se inflama la voluntad, sino se ilustra el entendimiento con alguna noticia y luz divina, tan sabrosa y espiritual, que, ayudada de ella, la voluntad se enfervoriza maravillosamente en vivas llamas de amor. De ahí aquello del salmo: *Dentro de mí mi corazón se calentó, y cierto fuego, en tanto que yo entendía, prendió* (Salmo 38, 4).

Y este encendimiento de amor con unión de estas dos potencias, entendimiento y voluntad –que se unen aquí—, es cosa de gran riqueza y deleite para el alma; porque es cierto toque en la Divinidad y ya principios de la perfección de la unión de amor que

espera. Mas no se llega a este toque de tan subido sentir y amor de Dios sino después de haber pasado muchos trabajos y gran parte de la purificación.

De todo esto se deduce cómo en estos bienes espirituales, que pasivamente en el alma son infundidos por Dios, puede muy bien amar la voluntad sin entender el entendimiento, así como el entendimiento puede entender sin que ame la voluntad. Pues esta noche oscura de contemplación consta de luz divina y amor, así como el fuego tiene luz y calor, no es improcedente que, cuando se comunica esta luz amorosa, algunas veces hiera más en la voluntad, inflamándola con el amor, dejando a oscuras al entendimiento sin herir en él con la luz; y otras, iluminándole con la luz, dando inteligencia, dejando seca la voluntad, como también acontece poder recibir el calor del fuego sin ver la luz, y también ver la luz sin recibir el calor del fuego, y esto obrándolo el Señor que infunde como quiere.

CAPÍTULO 13

Otros sabrosos efectos que obra en el alma esta oscura noche pasiva del espíritu.

Ya podemos entender alguno de los sabrosos efectos que va obrando en el alma esta oscura noche del espíritu. Así, estando en estas oscuridades, algunas veces luce la luz en las tinieblas (Jn. 1, 5) y es ilustrado el entendimiento con inteligencia mística, quedando el alma con una manera de sentir de Dios tan deleitable y serena, que no hay palabras para describirlo.

Otras veces, conforme se va purificando más el alma, se afectan juntamente el entendimiento y la voluntad, y prende el amor fuertemente de una forma muy subida y tierna; pero, antes de llegar aquí, lo más común es que la voluntad sienta más el toque del calor de la llama que el entendimiento el de la luz.

Y surge aquí una duda: ¿por qué si estas potencias se van purificando a la par, se siente a los principios más comúnmente en la voluntad que en el entendimiento? A esto se responde que esta llama de amor no hiere directamente la voluntad, porque la voluntad es libre, sino sus apetitos y afecciones, quedando la

voluntad cautivada o apasionada, de manera que se deja llevar pasivamente por el ímpetu y fuerza de la pasión. Y por eso podemos decir que esta llama de amor afecta indirectamente la voluntad —esto es, inflama al apetito de la voluntad—, así que antes se denomina pasión de amor que obra libre de la voluntad.

Y porque el entendimiento sólo puede ser iluminado si está desnudo o desprovisto de todo, y esto no se puede hacer si no está purificado, por eso, antes que lo esté, siente el alma menos veces el toque de la luz divina que el de la pasión de amor. Porque para esto no es menester que la voluntad esté tan purificada acerca de las pasiones, pues incluso las pasiones la ayudan a sentir amor apasionado.

Esta llama y sed de amor, por ser aquí del espíritu, es muy diferente de la otra que dijimos en la *Noche del sentido*. Y aunque aquí el sentido también se ve afectado, porque no deja de participar del trabajo del espíritu, mas lo profundo de la sed de amor se siente en la parte superior del alma, esto es, en el espíritu.

Hay que advertir que cuando comienza esta *Noche espiritual*, no se siente esta llama de amor, por no haberse prendido todavía este fuego de amor. En lugar de ello Dios infunde al alma un estima amorosa tan grande de Él, que, como hemos dicho, su pena y su trabajo es la angustia de pensar si ha perdido a Dios y si le ha dejado Él. Y así, desde el principio de esta noche el alma es tocada con ansias de amor. La mayor pena que siente es esta duda; porque, si se le pudiese asegurar que no está todo perdido, sino que lo que está pasando es para su bien, como lo es, y que Dios no está enojado, no le importaría nada pasar todas estas penas, antes se alegraría sabiendo que Dios se sirve de ello. Porque es tan grande la estima amorosa que tiene por Dios —aunque sea a oscuras, sin sentimientos—, que no sólo eso, sino que se alegraría de morir muchas veces por agradarle. Pero cuando la llama ha inflamado ya el alma, juntamente con la estima que siente por Dios, tal fuerza y brío le comunica el calor del amor y tanto crecen sus ansias por Él, que con gran osadía, sin mirar en cosa alguna, ni tener respeto a nada, embriagada por su amor y deseo, sin mirar lo que hace, esta dispuesta a hacer las cosas más extrañas e inusitadas con tal de encontrar al que ama su alma.

Ésta es la razón por la que María Magdalena no hizo ningún caso de los invitados al convite, ya fuesen personas principales o no, ni le importó que la viesen llorar, a cambio de poder acercarse ante aquel de quien estaba ya su alma herida e inflamada (Lc. 7, 37-38). Y ésta es la embriaguez y osadía de amor por la que, aunque sabía que su Amado estaba encerrado en un sepulcro sellado con una gran piedra y cercado de soldados (Mt. 27, 60-66), no dejó de ir de madrugada con los ungüentos a ungirle (Jn. 20, 1).

Esta embriaguez y ansia de amor es la que la llevó a preguntar al que, creyendo que era el hortelano y que había robado el cuerpo del sepulcro, que le dijese si se lo había llevado y el lugar donde lo había puesto, que ella se lo llevaría (Jn. 20, 15). No consideró que su pregunta, mirada con ojos humanos, era simplemente un disparate, pues estaba claro que si el otro lo había robado, que no se iba a decir, ni menos dejaría que se lo quitasen. Pero esto tiene la fuerza y vehemencia de amor, que todo le parece posible y que todos andan buscando lo mismo que ella busca y ama; porque no cree que puedan estar buscando otra cosa ni ocupándose en algo distinto. Que, por eso, cuando la Esposa salió a buscar a su amado por las plazas y arrabales, creyendo que los demás andaban en lo mismo, les dijo que en el caso de que llegasen a encontrarlo, le dijesen a Él lo que ella estaba padeciendo por su amor (Ct. 5, 8). Tal era la fuerza del amor de esta María, que le pareció que, si el hortelano le dijera dónde lo había escondido, que ella iría y lo tomaría, por más que se lo tratasen de impedir.

De este estilo son las ansias de amor que va sintiendo el alma aprovechada en esta espiritual purificación. Porque de noche se levanta (esto es, en estas tinieblas purificadoras) y con las ansias y fuerzas de una leona u osa se va a buscar a los cachorros que le han quitado (2 Re. 17, 8; Os. 13, 8). Anda herida esta alma a buscar a su Dios, porque, como está en tinieblas, se siente sin Él y muere de amor por Él. Y ésta es una de las características del amor impaciente, que si no se encuentra pronto con el Amado no le queda mucho tiempo de vida.

Es notorio ver cómo el alma, aunque se sienta tan miserable y tan indigna de Dios –así se siente en estas tinieblas purificadoras —, tenga tan osada y atrevida fuerza para ir a juntarse con Dios. Ello se debe a que ya el amor le va dando fuerzas para amarle de

veras, porque una de las características del amor es querer unirse y juntar e igualar y asimilar a la cosa amada, para perfeccionarse en el bien de amor. De ahí que, no estando esta alma perfeccionada en amor —por no haber llegado a la unión—, el hambre y la sed que tiene de lo que le falta, que es la unión, y las fuerzas que ya el amor ha puesto en la voluntad –haciéndola apasionada—, la haga ser osada y atrevida (su voluntad está inflamada de amor), aunque según el entendimiento, por estar a oscuras y no ilustrado, se siente indigna y se reconoce miserable.

Esta luz divina es siempre luz para el alma. Por eso las tinieblas y los demás trabajos que el alma siente, no son por culpa de la luz, sino de la misma alma y de sus males. El alma, gracias a esta luz sobrenatural que irrumpe en ella por la misericordia de Dios, se conoce mejor a sí misma, y puede ver sus tinieblas o miserias, las cuales antes no las veía. De ahí que al principio no sienta sino tinieblas y males; mas, después de purificada, es capaz de ver los grandes beneficios que recibe por esta dichosa noche del espíritu.

Con todo lo dicho queda claro cómo Dios beneficia aquí al alma limpiándola y curándola con esta fuerte lejía y amarga purificación de todas sus afecciones y hábitos imperfectos, oscureciendo y vaciando sus potencias interiores, y debilitando sus fuerzas naturales, haciéndola desfallecer a todo lo que no es Dios. Y así, desprendida ya del hombre viejo, *se renueva, como al águila, su juventud* (Sal. 102, 5), y se viste del *nuevo hombre*, *que es creado*, como dice el Apóstol (Ef. 4, 24), *según Dios*. Lo cual no es otra cosa que iluminarse el entendimiento con la luz sobrenatural, de manera que de entendimiento humano se hace divino unido con el divino; e igualmente participa la voluntad del amor divino, de manera que es voluntad divina, hecha y unida en uno con la divina voluntad y amor; e igualmente le ocurre a la memoria; y también a las inclinaciones y apetitos del alma, todos mudan y se vuelven divinos según Dios. De manera que esta alma puede considerarse ya celestial, y más divina que humana. Todo lo cual va Dios haciendo y obrando en ella por medio de esta noche, ilustrándola e inflamándola divinamente con ansias de solo Dios, y no de otra cosa alguna. Por lo cual, muy justa y razonablemente añade luego el alma el tercer verso de la canción, que dice:

¡oh dichosa ventura!

CAPÍTULO 14

Los tres versos últimos de la primera canción.

Es *dichosa ventura* por lo que se va a decir luego en los siguientes versos, cuando se dice: *salí sin ser notada estando ya mi casa sosegada*, tomando la metáfora del que, por hacer mejor su gesta de amor, sale de su casa de noche, a oscuras, sosegados ya los de la casa, para que ninguno se lo estorbe. Porque, como esta alma había de salir a hacer un hecho tan heroico y tan raro, que era unirse afuera con su Amado divino –porque el Amado no se halla sino solo afuera, en la soledad, que por eso la Esposa le deseaba hallar solo, diciendo: *¡Ah, si te encontrase yo solo afuera y pudiese comunicarte mi amor!* (Ct. 8, 1)—, le conviene al alma enamorada, para conseguir lo que desea, hacerlo también así, saliendo de noche, estando dormidos y sosegados todos *los parientes* de su casa –esto es, las pasiones bajas y apetitos del alma—, los cuales siempre estorban al alma. Porque éstos son *los parientes* de que habla nuestro Salvador en el Evangelio (Mt. 10, 36) que son *los enemigos del hombre*. Y así conviene que las operaciones bajas de éstos estén dormidas en esta noche, para que no impidan al alma los bienes sobrenaturales de la unión de amor de Dios, porque mientras estos operan no se puede dar esta unión. Porque todos los movimientos naturales antes estorban que ayudan a recibir los bienes espirituales de la unión de amor, por cuanto toda la disposición natural del alma es incapaz de abarcar los bienes sobrenaturales que Dios infunde en el alma de forma pasiva y secretamente, en el silencio. Y así es menester que estén inactivas todas las potencias y se hallen pasivamente para recibirle, no entrometiendo allí su baja obra y vil inclinación.

Fue *dichosa ventura* que Dios en esta noche adormeciese en esta alma todos los parientes de su casa –es decir, todas las potencias, pasiones y apetitos sensitivos y espirituales—, para que ella, *sin ser notada*, esto es, sin ser impedida por estas afecciones –las cuales quedaron a oscuras en su modo natural de sentir—, pudiese salir de sí y de la casa de la sensualidad y llegar a la unión espiritual del perfecto amor de Dios.

¡Oh, qué dichosa ventura es pasar esta horrenda noche para poder el alma librarse de la casa de la sensualidad! No lo puede entender si no el alma que lo ha gustado; porque sólo ella ve claramente cuán mísera servidumbre era la que tenía y a cuántas miserias estaba sujeta cuando obraba por medio de sus potencias y apetitos, mientras que la vida del espíritu es verdadera libertad y riqueza que trae consigo bienes inestimables, como iremos viendo más adelante.

CAPÍTULO 15

La segunda canción.

Canción segunda

A oscuras y segura
por la secreta escala, disfrazada,
¡oh dichosa ventura!,
a oscuras y en celada,
estando ya mi casa sosegada.

DECLARACIÓN

Va el alma cantando en esta canción todavía algunas propiedades de la oscuridad de esta noche, repitiendo la buena dicha que le vino con ellas. Las dice, respondiendo a cierta objeción tácita, diciendo que no se piense que, por haber en esta noche y oscuridad pasado por tanta tormenta de angustias, dudas, recelos y horrores, como se ha dicho, corría por eso más peligro de perderse, porque antes en la oscuridad de esta noche se ganó; porque en ella se libraba y escapaba sutilmente de sus contrarios, que le impedían siempre el paso, porque en la oscuridad de la noche iba mudado el traje y *disfrazada* con tres libreas y colores que después diremos, y por una *escala* muy *secreta*, que ninguno de casa lo sabía, que es la viva fe, por la cual salió tan encubierta y *en celada*, para poder bien hacer su gesta de amor, que no podía dejar de ir muy segura, mayormente estando ya en esta noche purificadora los apetitos, afecciones y pasiones, etc., de su ánima

dormidos, mortificados y apagados, que son los que, estando despiertos y vivos, no se lo consintieron. Continúa, pues, el verso, y dice así:

A oscuras y segura.

CAPÍTULO 16

Se explica cómo yendo el alma a oscuras, va segura.

Tal como hemos dicho, en esta noche los apetitos y potencias del alma se oscurecen y son purificados de su luz natural, para que puedan ser ilustrados en la luz sobrenatural. Y así, los apetitos sensitivos y espirituales quedan adormecidos y debilitados y no pueden gustar de cosa divina ni humana; la imaginación, queda atada; la memoria, vacía; el entendimiento, entenebrecido, sin poder entender cosa alguna, y la voluntad, seca y enjuta; y todas las potencias vacías e inútiles, y, sobre todo esto, una espesa y pesada nube envuelve al alma, que la tiene angustiada y separada de Dios. Y a pesar de estar *a oscuras el alma*, dice el verso que va *segura*.

La razón de que vaya segura es fácil de deducir; porque, ordinariamente, el alma nunca yerra sino por sus apetitos o gustos, o por sus consideraciones, razonamientos, o afecciones; porque comúnmente por medio de ellos se excede o flojea, se altera o desequilibra, o se entrega y se inclina a lo que no conviene. De ahí que cuando son impedidas todas estas operaciones y movimientos del alma, queda ella segura de errar en ellos, porque, no sólo se libra de sí misma, sino también de los otros enemigos, que son mundo y demonio, los cuales no pueden hacerle guerra sino es por medio de las operaciones y afecciones del alma.

Consecuentemente, conforme el alma va más a oscuras y vacía de sus operaciones naturales, va más segura; porque, como dice el profeta *la perdición al alma solamente le viene de sí misma*, esto es, de sus operaciones y apetitos, y el bien, *solamente de Dios* (Os. 13, 9).

En estas tinieblas apenas se desvían los apetitos y las potencias hacia las cosas inútiles y dañosas, y así difícilmente podrá caer en

vanagloria, soberbia y falso gozo, y en otras muchas cosas. De forma que va a oscuras y, no sólo no se pierde, sino que aprovecha mucho y gana virtudes. Lo único que le falta es llegar a la unión con Dios, en que sus apetitos y potencias se volverán divinos y celestiales.

Pero surge aquí una duda: si las cosas de Dios de suyo hacen bien al alma y la aprovechan y aseguran, ¿por qué en esta noche le oscurece Dios los apetitos y potencias también acerca de estas cosas buenas, de manera que tampoco pueda gustar de ellas, ni tratarlas como las demás, y aun en alguna manera menos? A esto se responde que no conviene que el alma guste ni se valga por sus propios medios de las cosas espirituales, porque tiene las potencias y apetitos impuros, bajos y muy naturales; y así, aunque puedan gustar de las cosas sobrenaturales y divinas, no lo pueden hacer sino a su modo, que es bajo y natural. Porque, filosóficamente hablando, cualquier cosa que se recibe se adecua a la forma del recipiente. Y como estas potencias naturales no tienen la capacidad ni la pureza suficiente para recibir y gustar las cosas sobrenaturales al modo de ellas, que es divino, sino sólo al suyo, que es humano y bajo, conviene que sean oscurecidas también acerca de esto divino, porque, destetadas y purificadas y aniquiladas en aquello primero, pierdan aquel bajo y humano modo de recibir y obrar, y así vengan a quedar dispuestas y templadas todas estas potencias y apetitos del alma para poder recibir, sentir y gustar lo divino y sobrenatural alta y subidamente, lo cual no puede hacerse si primero no muere el hombre viejo (Col. 3,9).

De ahí que todo lo espiritual, si de arriba no viene comunicado del *Padre de las luces* (Sant. 1, 17), por mucho que se ejerciten las potencias del hombre, no lo gustarán divina y espiritualmente, sino humana y naturalmente, como se gustan las demás cosas, porque los bienes no van del hombre a Dios, sino vienen de Dios al hombre. Y así, son muchas las personas que tienen muchas ideas, representaciones y sentimientos buenos acerca de Dios o de las cosas espirituales, que piensan que son de origen sobrenatural y espiritual, cuando son simplemente actos naturales y humanos. Mas para que los actos y movimientos interiores del alma vengan a ser movidos por Dios divinamente, primero han de ser oscurecidos y apagados naturalmente.

De manera que, si eres una persona espiritual, cuando veas oscurecido tu entendimiento e inhabilitadas tus potencias para cualquier ejercicio interior, no te aflijas por ello, antes regocíjate, pues te va Dios librando de ti mismo, quitándote de las manos todos los recursos humanos; con los cuales, por bien que te sirvan, no obraras tan cabal, perfecta y seguramente, a causa de la impureza y torpeza de ellos, como cuando te toma Dios de la mano y te guía a oscuras como a un ciego, a donde y por donde tú no sabes, sin que tengas que utilizar tus propios ojos y pies.

De esta forma el alma no sólo va *segura*, cuando va *a oscuras*, sino que incluso logra grandes beneficios, y sin embargo, ella misma, como no entiende esto nuevo que le está pasando, piensa que va peor. Porque no tiene los consuelos que antes tenía, y no puede meditar como antes hacía, y porque va por un camino que no conoce ni gusta. Se parece en esto al caminante que, para ir a sitios nuevos e inexplorados, va por caminos desconocidos, distintos de los que conocía, y en los que no puede guiarse por su experiencia, sino por lo que le dicen otros y lleno de incertidumbre. De la misma manera, cuando el alma va aprovechando más, va a oscuras y no sabiendo. Por tanto, siendo Dios el maestro y guía de este ciego del alma, bien puede ella en verdad alegrarse y confiar en que va segura.

Además, en estas tinieblas el alma va segura porque va padeciendo, pues el camino de padecer es más seguro y más provechoso que el del gozar y que el de la vida activa. Primero, porque cuando padece le da fuerzas Dios, mientras que cuando se goza y hace cosas muestra el alma sus flaquezas e imperfecciones; y segundo, porque en el padecer se ejercitan y ganan las virtudes, se purifica el alma y hace más sabia y cauta.

Pero además hay otra razón por la que el alma *va segura a oscuras*, y es de parte de la dicha luz o sabiduría oscura; porque de tal manera la absorbe y embebe en sí esta oscura noche de contemplación y la pone tan cerca de Dios, que la protege y libra de todo lo que no es Dios. Porque, como está puesta aquí en cura esta alma para que consiga su salud, que es el mismo Dios, la tiene Su Majestad a dieta y en abstinencia de todas las cosas, con el apetito hastiado de todas ellas. Es algo parecido a los cuidados que recibe un enfermo muy querido para que sane, al cual le tienen

en completo reposo, aislado, en silencio y a dieta, sin dejarle disfrutar de la luz ni del aire libre, ni que oiga el menor ruido en la casa, alimentándole con una dieta muy estricta, muy rica en sustancia pero insípida.

Todas estos efectos de seguridad y salvaguardia del alma causa en ella esta oscura contemplación, donde ella está más cerca de Dios. Porque cuanto más se acerca a Él, más oscuras y profundas tinieblas experimenta por su flaqueza; así como el que más se aproximase al sol, más ceguera le causaría su gran resplandor, pues no lo aguantarían sus frágiles ojos. Tan inmensa es la luz espiritual de Dios, y tanto excede al entendimiento natural, que, conforme más ilumina el alma, más lo ciega y oscurece. Y ésta es la razón por la que en el salmo 17 (v. 12) se dice que *Dios se puso como tienda un cerco de tinieblas, y como tabernáculo alrededor de sí las aguas tenebrosas de espesos nubarrones*. Estas aguas tenebrosas de espesos nubarrones es la oscura contemplación y sabiduría divina en las almas, que ellas sienten como algo que está cerca de Él, como tabernáculo donde Él mora, cuando Dios las va más juntando a sí. De manera que lo que en Dios es luz y claridad más alta, es para el hombre tiniebla más oscura, como dice san Pablo (1 Cor. 2, 14).

¡Oh mísera vida, donde con tanto peligro se vive y con tanta dificultad la verdad se conoce, pues lo más claro y verdadero nos es más oscuro y dudoso, y por eso huimos de ello siendo lo que más nos conviene, y lo que más brilla a nuestros ojos lo abrazamos y vamos tras ello, siendo lo que peor nos sienta y lo que a cada paso nos hace tropezar! ¡En cuánto peligro y temor vive el hombre, pues la misma luz natural con que se ha de guiar, es la primera que le encandila y engaña para ir a Dios; y si quiere acertar a ver por dónde va, tiene necesidad de llevar cerrados los ojos y de ir a oscuras para ir seguro de los enemigos de su misma casa, que son sus sentidos y potencias!

Bien está el alma aquí *escondida* y resguardada de sí misma y de todos los daños que le pueden causar las criaturas, tal como se dice en otro salmo: *Tú los escondes en el secreto de tu rostro, lejos de las intrigas de los hombres, bajo techo los pones a cubierto de la contradicción de las lenguas* (Salmo 31, 21). Porque estar escondidos en el rostro de Dios de las intrigas de los hombres es

estar fortalecidos en esta oscura noche contra todas las ocasiones que de parte de los hombres les pueden venir. Y estar a cubierto de la contradicción de las lenguas es estar el alma engolfada en esta *agua tenebrosa*, libre de todas las imperfecciones que contradicen al espíritu, así de su misma carne como de las demás criaturas. De ahí que esta alma bien puede decir que *va a oscuras y segura*.

Hay también otra razón por la que esta alma va *segura a oscuras*, y es por la fortaleza que esta oscura, penosa y tenebrosa agua de Dios pone en el alma. Porque el alma siente en sí una verdadera determinación de evitar cualquier cosa que ofenda de Dios, y no deja de hacer todo lo que entiende pueda agradarle y servirle; pues este amor oscuro está unido a un vigilante cuidado y solicitud interior de contentarle en todo, ya sea haciendo o dejando de hacer por Él, mirando y dando mil vueltas si ha dado motivos para enojarle; y todo esto con mucho más cuidado y solicitud que antes, por las ansias de amor que tiene. Porque aquí todos los apetitos y potencias del alma están recogidos de todas las demás cosas, empleando todo su empeño y fuerzas sólo en obsequiar a su Dios. De esta manera sale el alma de sí misma y de todas las cosas creadas a la dulce y deleitosa unión de amor de Dios, *a oscuras y segura*,

por la secreta escala disfrazada.

CAPÍTULO 17

Cómo esta oscura contemplación es secreta.

Expliquemos ahora el significado de los tres vocablos que contiene el presente verso. Los dos primeros, *secreta* y *escala*, atañen a la noche oscura del espíritu; el tercero, *disfrazada*, atañe al alma, por la forma con que se conduce en esta noche. El alma llama *secreta escala* a esta oscura contemplación que la lleva a la unión de amor. Aclaremos una por una estas dos propiedades que posee, es a saber, *ser secreta* y *ser escala*.

Primeramente llama *secreta* a esta contemplación tenebrosa, por cuanto ésta es la teología mística o sabiduría secreta que, según dice Santo Tomás, se comunica e infunde en el alma por amor, lo cual ocurre secretamente a oscuras del entendimiento y de

las demás potencias, pues estas potencias no tienen capacidad para alcanzarla. Es el Espíritu Santo el que la infunde y ordena en el alma, como dice la Esposa en el Cantar de los Cantares (2, 4) sin ella saberlo, ni entender cómo lo hace, y, por eso, se llama *secreta*. Y, en verdad, no sólo ella no lo entiende, sino nadie, ni el mismo demonio; por cuanto el Maestro que la enseña está dentro del alma sustancialmente, donde no puede llegar el demonio, ni el sentido natural, ni el entendimiento.

Y no sólo por esto se puede llamar *secreta*, sino también por los efectos que produce en el alma. Porque no solamente en las tinieblas esta sabiduría de amor purifica el alma, de forma que no sabe decir el alma nada de ella; mas también después en la iluminación, cuando más a las claras se le comunica esta sabiduría, le es al alma tan secreta que no halla modo ni manera ni símil que con qué compararla, para poder explicar los conocimientos tan subidos y sentimientos espirituales tan delicados que recibe con ella. Y así, por más que quisiese explicarlo y por más conceptos que emplease para ello, siempre se quedaría en secreto y por explicar. Porque, como esta sabiduría interior es tan sencilla y tan general y espiritual, que no entra al entendimiento envuelta ni encubierta con ninguna imagen que puedan percibir los sentidos, no sabe dar razón de ella ni imaginarla para poder decir algo de ella, aunque claramente ve que entiende y gusta esta sabrosa e insólita sabiduría. Es algo parecido al que ve una cosa nunca vista, la cual no se puede comparar con nada y que no tiene nada que se le asemeje; aunque la conozca y guste de ella, no sabe ponerle nombre ni decir lo que es, por más que quiera, y esto tratándose de una cosa que ha percibido con los sentidos; cuánto menos se podrá manifestar lo que no entró por ellos. Porque esto tiene el lenguaje de Dios, que por ser muy íntimo al alma y espiritual, excede todo sentido, y hace cesar y enmudecer toda la armonía y habilidad de los sentidos exteriores e interiores. La imaginación interior queda entonces muda, porque no tiene ninguna capacidad para entender lo que recibe de Dios. Por cuanto la sabiduría de esta contemplación es lenguaje de Dios al alma de puro espíritu a espíritu puro, todo lo que es menos que espíritu, como son los sentidos, no lo reciben, y así les es secreto y no lo saben ni pueden expresar, ni lo desean porque no saben cómo hacerlo.

Esto nos podría explicar por qué algunas personas buenas y temerosas que van por este camino, cuando quieren dar cuenta a quien las dirige de lo que les pasa, no saben ni pueden hacerlo. De ahí que sientan gran repugnancia en decirlo, sobre todo cuando la contemplación es algo más sencilla, que la misma alma apenas la siente; que sólo saben decir que está satisfecha, quieta y contenta, o decir que sienten a Dios y que les va bien, a su parecer; mas no saben explicar lo que acontece en su interior, y si lo hacen, es mediante términos generales semejantes a los dichos. Otra cosa muy distinta es cuando en el alma ocurre algo más particular o concreto, tal como una visión, sentimiento, etc., —que suele venir envuelto en formas en las que participa el sentido—, pues entonces siempre se puede encontrar alguna semejanza que ayude a explicarlo. Mas el que se pueda explicar indica que no es pura contemplación, porque ésta es indecible, y por eso se llama secreta.

Y no sólo por eso se llama y es *secreta*, sino porque esta sabiduría mística tiene la propiedad de esconder al alma en sí misma. Porque, saliéndose de lo ordinario, algunas veces de tal manera absorbe al alma y la sume en su abismo secreto, que el alma ve claramente que la han puesto en un lugar totalmente alejado y apartado de toda creatura; de suerte que le parece que está en una profundísima y anchísima soledad, donde no puede llegar ninguna creatura humana, tal como si estuviese en un inmenso desierto que no tiene fin, tanto más deleitoso, sabroso y amoroso, cuanto más profundo, ancho y solitario, donde el alma se ve tan escondida porque está muy por encima de toda creatura temporal. Y tanto este abismo de sabiduría levanta y engrandece, metiéndola en la corriente de la ciencia del amor, que el alma llega a comprobar cuán por debajo queda toda condición de creatura respecto a este supremo saber y sentir divino, y cuán bajos, cortos e impropios son todos los términos y vocablos que utilizamos en esta vida para hablar de las cosas divinas, y cómo es imposible, por las vías naturales, por más elevada y sabiamente se hable de ellas, poder conocer ni sentir lo que son realmente, sin la iluminación de esta mística teología. Y así, iluminada el alma por esta verdad, viendo que no la puede alcanzar y menos expresar con términos vulgares y humanos, con razón la llama *secreta*.

Esta divina contemplación es *secreta* para el alma, no sólo por ser cosa sobrenatural –que excede con mucho su capacidad natural—, sino porque es vía que conduce y lleva al alma a las perfecciones de la unión de Dios; las cuales, como son cosas que no se pueden conocer humanamente, se ha de caminar a ellas humanamente no sabiendo y divinamente ignorando. Que es lo que quiere significar el profeta respecto a la Sabiduría divina: *No hay quien conozca sus caminos, nadie imagina sus senderos* (Baruc 3, 31).

Dicho de otra manera, este camino de ir a Dios es tan secreto y oculto para el sentido del alma como lo son las huellas que deja una persona cuando camina sobre el agua: no hay forma de conocer las sendas y pisadas que deja. Que esta propiedad tienen los pasos y pisadas que Dios va dejando en las almas que quiere llegar a sí, haciéndolas grandes en la unión de su Sabiduría, que no se pueden ver. Estos pasos y pisadas significan las vías y caminos por donde Dios va engrandeciendo a las almas y perfeccionándolas en su sabiduría. Queda claro entonces que esta noche de contemplación que conduce el alma a Dios, es sabiduría *secreta*.

CAPÍTULO 18

Cómo esta sabiduría secreta es también escala.

Por varias razones podemos llamar a esta secreta contemplación *escala*. Primeramente, porque así como con la escala se sube y escalan los bienes y tesoros y cosas que hay en las fortalezas, así también por esta secreta contemplación, sin saber cómo, sube el alma a escalar, conocer y poseer los bienes y tesoros del cielo.

Se llama *escala* también porque, así como en la escala los mismos escalones con que se sube sirven para bajar, así también ocurre con esta secreta contemplación, que esas mismas comunicaciones que levantan el alma en Dios, la humillan al mismo tiempo. Porque las comunicaciones que verdaderamente son de Dios esta propiedad tienen: que a la vez que levantan, humillan al alma; porque en este camino el bajar es subir, y el subir, bajar, pues *el que se humilla es ensalzado, y el que se ensalza,*

humillado (Lc. 14, 11). Y, además, como la virtud de la humildad es grandeza, para ejercitar al alma en ella, suele Dios hacerla subir por esta escala para que baje, y hacerla bajar para que suba, cumpliéndose así lo que dice el Sabio, es a saber: *Antes que el alma sea ensalzada, es humillada; y antes que sea humillada, es ensalzada* (Prov. 18, 12).

Es lo que el alma advierte naturalmente si se fija en ello: cómo en este camino (dejando aparte lo espiritual, que no se siente) cuántos altos y bajos encuentra, y cómo tras la prosperidad que goza, luego se sigue alguna tempestad y trabajo, tanto, que parece que le dieron aquella bonanza para prevenirla y esforzarla para la siguiente penuria; y cómo también, después de la miseria y tormenta, se sigue abundancia y bonanza, de manera que le parece al alma que, para hacerla aquella fiesta, la pusieron primero en aquella vigilia. Y ésta es la forma ordinaria de ejercitarse en el estado de contemplación: nunca se permanece en un estado, sino todo es subir y bajar.

Y la razón de esto es que, como el estado de perfección, que consiste en el perfecto amor de Dios y desprecio de sí, se fundamenta en el conocimiento de Dios y de sí mismo, de necesidad tiene el alma que ser ejercitada tanto en el uno como en el otro conocimiento, dándole ahora a gustar lo primero engrandeciéndola, y haciéndola ahora probar lo otro, humillándola, hasta que, adquiridos los hábitos perfectos, cese ya el subir y bajar, habiendo ya llegado y viéndose con Dios, que esté en el fin de esta escala, en quien la escala se apoya y estriba. Porque esta escala que desciende de Dios está figurada por la escala que vio Jacob en sueños, por la cual subían y descendían los ángeles de Dios al hombre y del hombre a Dios (Gn. 28, 12). Todo lo cual dice la Escritura divina que pasaba de noche, durmiendo Jacob, para dar a entender cuán secreto y diferente del saber del hombre es este camino y subida para Dios. Y así sucede normalmente, pues, lo que en el alma es de más provecho, que es irse perdiendo y aniquilando a sí misma, lo tiene ella por peor, y lo que menos vale, que es hallar su consuelo y gusto, en que ordinariamente antes pierde que gana cuando se entrega a ello, tiene por mejor.

Esta contemplación secreta se denomina *escala* porque es ciencia de amor, esto es, noticia amorosa infusa de Dios que

juntamente va ilustrando y enamorando el alma hasta subirla de grado en grado hasta Dios, su Creador, porque sólo el amor es el que une y junta al alma con Dios. Y para que más claro se vea, señalaremos los grados de esta divina escala, cuáles son los efectos de cada uno de ellos, para que pueda conjeturar el alma en cual de ellos está. Y así, los distinguiremos por sus efectos, porque no los podemos conocerlos en sí mismos por vía natural, al ser esta escala de amor tan secreta que sólo Dios la conoce.

CAPÍTULO 19

Los diez grados de la escala mística de amor divino.

Son diez los grados de esta escala de amor, por donde el alma de uno en otro va subiendo a Dios. El *primer* grado de amor hace enfermar al alma provechosamente. En este grado de amor habla la Esposa cuando dice: *Os conjuro, hijas de Jerusalén, que, si encontráis a mi Amado, le digáis que estoy enferma de amores* (Ct. 5, 8). Pero esta enfermedad no es de muerte, sino para la gloria de Dios, porque en esta enfermedad desfallece el alma al pecado y a todas las cosas que no son Dios, por el mismo Dios, como dice el salmista: *Desfallece mi alma* (Sal. 142, 7), esto es, tiene en nada todas las cosas por Dios. Porque así como el enfermo pierde el apetito y gusto de todos los manjares y muda su semblante, así también en este grado de amor pierde el alma el gusto y apetito de todas las cosas, y muda como amante su mirada respecto a su vida pasada. Esta enfermedad no le viene al alma si de arriba no se le infunde esta fiebre de amor, según lo da a entender el salmo: *Tú derramaste, oh Dios, una lluvia de larguezas a tu heredad extenuada, tú la reanimaste* (Sal. 67, 10). Ya tratamos anteriormente esta enfermedad y desfallecimiento del alma a todas las cosas, cuando hablamos de la aniquilación que padece el alma que comienza a entrar en esta escala de purificación contemplativa, que en ninguna cosa puede hallar gusto, arrimo, ni consuelo, ni asiento.

De este primer grado luego sube al *segundo* grado, en el que el alma busca sin cesar al Amado. Y así, cuando la Esposa dice que,

buscándole de noche en su lecho, cuando según el primer grado de amor estaba desfallecida, y no le halló, dijo: *Me levantaré, y buscaré al que ama mi alma* (Ct. 3, 2). Lo cual el alma hace sin cesar, como dice el salmo: *Buscad siempre el rostro de Dios sin descanso* (Sal. 105, 4). El alma busca a Dios en todas las cosas y en ninguna repara hasta hallarle, como la Esposa, que preguntando por Él a los guardas, luego pasó y los dejó (Ct. 3, 3,4). Lo mismo aconteció con María Magdalena, que no reparó ni en los ángeles del sepulcro (Jn 20, 14). Tan solícita anda el alma, que en todas las cosas busca al Amado; en todo cuanto piensa, siempre está en el centro el Amado; toda su conversación, todos sus negocios, siempre es hablar y tratar del Amado; cuando come, cuando duerme, cuando vela, cuando hace cualquier cosa, todo su cuidado está en el Amado, según dijimos cuando hablamos de las ansias de amor. Aquí, conforme va el alma adelantando y recobrando fuerzas en el amor de este segundo grado, pronto comienza a subir al tercero.

El *tercer* grado es el que la hace obrar y la llena de fervor para no ofenderle en nada, tal como declara el salmo: *Bienaventurado el hombre que teme al Señor, que en sus mandamientos mucho se complace* (Sal. 112, 1). Y si el temor, que es hijo del amor, le hace complacerse en sus mandamientos, ¿qué no hará el mismo amor? En este grado las obras grandes por el Amado las tiene por pequeñas, las muchas por pocas, el largo tiempo en que le sirve por corto, por el incendio de amor que va ardiendo en su corazón. Como le ocurrió a Jacob con Raquel, que habiéndole servido siete años, le parecieron como unos cuantos días, de tanto que la amaba (Gn. 29, 20). Pues si el amor de Jacob hacia una criatura, tanto podía, ¿qué no podrá el del Creador cuando en este tercer grado se apodera del alma? Sufre el alma aquí, por el gran amor que tiene a Dios, grandes quejidos y penas de lo poco que hace por Él; y tendría por consuelo si le fuese lícito deshacerse mil veces por Él. Por eso se tiene por inútil en todo cuanto hace, y le parece vive de balde. Y otro efecto admirable es que se tiene por más mala ciertamente que todas las otras almas: por un lado, porque le va el amor enseñando lo que merece Dios; y por otro, porque, como las obras que aquí hace por Él son muchas, y todas las considera llenas de faltas e imperfecciones, de todas saca

confusión y pena, reconociendo que son indignas de tan alto Señor. Muy lejos está el alma de sentir vanagloria o presunción y de condenar a los otros. Estos solícitos efectos causa en el alma este tercer grado, donde cobra ánimo y fuerzas para subir al siguiente grado.

El *cuarto* grado de esta escala de amor causa en el alma, por razón del Amado, un ordinario sufrir sin fatigarse. Porque, como dice san Agustín, todas las cosas grandes, graves y pesadas, casi ninguna las hace el amor. En este grado hablaba la Esposa, cuando, deseando ya verse en el último grado dijo al Esposo: *Ponme cual señal sello sobre tu corazón, como un sello en tu brazo* (Ct. 8, 6); porque el cariño y amor que te tengo, *es fuerte como la muerte, y duro estímulo y aguijón como el infierno*. El espíritu aquí tiene tanta fuerza, que tiene tan sujeta a la carne y la tiene tan en poco como el árbol a una de sus hojas. En ninguna manera aquí el alma busca su consuelo ni gusto, ni en Dios ni en otra cosa, ni anda deseando ni pretendiendo pedir mercedes a Dios, porque ve claro que hartas le ha hecho, sino que pone todo su cuidado en cómo podrá dar algún gusto a Dios y servirle algo por lo que Él merece y de Él ha recibido, aunque sea muy a su costa. Dice en su corazón y espíritu: ¡Ay, Dios y Señor mío, cuántos son los que buscan en ti consuelo y gusto y que les concedas mercedes y dones, mas cuán pocos son los que pretenden darte gusto y darte algo a su costa, negándose a sí mismos! Porque no está la falta, Dios mío, en que no nos quieras hacer más mercedes, sino en no emplear nosotros las que nos has dado en sólo servirte, para obligarte a que nos las hagas de continuo. Harto elevado es este grado de amor, porque, como aquí el alma con verdadero amor anda siempre tras Dios queriendo padecer por Él, le da Su Majestad muchas veces y muy de ordinario el gozar, visitándola en espíritu sabrosa y deleitablemente, porque el inmenso amor del Verbo Cristo no puede sufrir ver penar a su amante sin acudir en su ayuda. Lo cual afirma por Jeremías cuando dice: *De ti recuerdo tu cariño juvenil, cuando me seguiste en el desierto* (Jer. 2, 2). Este desierto, hablando espiritualmente, significa el desarrimo que aquí interiormente trae el alma de toda criatura, no parando ni quietándose en nada. Este cuarto grado inflama de tal manera al

alma y la enciende tal deseo de Dios, que la hace subir al siguiente grado.

El *quinto* grado de la escala de amor hace al alma apetecer y codiciar a Dios *impacientemente*. Tanta vehemencia tiene el amante por unirse con el Amado, que toda dilación, por mínima que sea, se le hace muy larga, molesta y pesada, y siempre piensa que está a punto de hallarlo; y cuando se ve frustrado su deseo, lo cual es casi a cada paso, desfallece en su anhelo, tal como dice el salmo: *Anhela mi alma y desfallece tras las moradas del Señor* (Sal. 83, 2). En este grado el amante no le queda más remedio que ver al que ama o morir. En este ansía de amor se ceba el alma en el amor, porque según el hambre es la hartura. De manera que de aquí puede subir al sexto grado.

CAPÍTULO 20

Los otros cinco grados de amor.

El *sexto* grado hace *correr* al alma *con presteza* hacia Dios y tener muchos toques con Él, y sin desfallecer corre por la esperanza, pues el amor la ha fortificado y hace que vuele con ligereza. Refiriéndose a este grado el profeta Isaías nos dice: *A los que esperan en Dios Él les renovará el vigor, subirán con alas como de águila, correrán sin fatigarse y andarán sin cansarse* (Is. 40, 31). A este grado se refiere también el siguiente salmo: *Como corre y jadea la cierva tras las corrientes de las aguas, así mi alma te busca a ti, mi Dios* (Salmo 41, 2), pues el ciervo sediento corre con gran ligereza buscando las aguas. La causa de esta ligereza en el amor que tiene el alma en este grado es por estar ya muy dilatada la caridad en ella, por estar poco menos que purificada del todo, como se dice también en el salmo: *Sin culpa alguna corren y se aprestan* (Salmo 59, 5), es a saber: *Corro por el camino de tus mandamientos, pues tú mi corazón dilatas* (Salmo 119, 32). Y así, de este sexto grado se pone luego en el séptimo, que es el que sigue.

El *séptimo* grado de esta escala hace al alma *atrevida con vehemencia*. Aquí el amor ni se aprovecha del juicio para esperar, ni usa de consejo para retirarse, ni por vergüenza se puede frenar, porque el favor, que ya Dios aquí hace al alma, la hace ser atrevida

con vehemencia. Se cumple así lo que dice el Apóstol: *La caridad todo lo cree, todo lo espera y todo lo puede* (1 Cor. 13, 7). De este grado habló Moisés, cuando dijo a Dios que perdonase al pueblo, y, si no, que le borrase a él del libro de la vida en que le había escrito (Ex. 32, 31-32). Estos alcanzan de Dios lo que con gusto le piden, tal como dice el salmo: *Ten tus delicias en Dios, y te dará lo que pida tu corazón* (Sal. 36, 4). En este grado se atrevió la Esposa a decir: *¡Que me bese con los besos de su boca!* (Ct. 1, 1). Pero no le es lícito al alma atreverse, si no siente *el favor del cetro del rey que se inclina hacia ella* (Cf. Ester 8,4), porque por ventura no caiga por los anteriores grados de la escala, en los cuales siempre se ha de conservar en humildad. De esta osadía y favor que Dios la da al alma en este séptimo grado para atreverse a ir a Él con vehemencia de amor, se sigue el octavo, que es hacer ella presa en el Amado y unirse con Él.

El *octavo* grado de amor hace al alma *asir y apretar sin soltar*, según la Esposa dice de esta manera: *Hallé al que ama mi corazón y mi alma, le aprehendí, y no le soltaré* (Ct. 3, 4). En este grado de unión satisface el alma su deseo, mas no de continuo sino por poco tiempo; porque si durase, sería como gozar del cielo en esta vida.

El *noveno* grado de amor hace *arder* al alma *con suavidad*. Este grado es el de los perfectos, los cuales arden ya en Dios suavemente, porque este ardor suave y deleitoso se lo infunde el Espíritu Santo por razón de la unión que tienen con Dios. Por esto dice san Gregorio hablando de Pentecostés, que cuando el Espíritu Santo vino visiblemente sobre los Apóstoles, que interiormente ardieron suavemente en el amor. De los bienes y riquezas de Dios que el alma goza en este grado, no se puede hablar; porque, si de ello escribiesen muchos libros, quedaría lo más por decir. De este grado se sigue el décimo y el último grado de esta escala de amor, que ya no es de esta vida.

El *décimo* y último grado de esta escala secreta de amor hace el alma *asimilarse totalmente* a Dios, por razón de la clara visión de Dios que luego posee inmediatamente el alma, que, habiendo llegado en esta vida al noveno grado, sale de la carne. Porque éstos –son realmente pocos—, por cuanto ya por el amor están purificadísimos, no entran en el purgatario. De donde san Mateo, dice: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a*

Dios (Mt 5, 8). Esta visión es la causa de la similitud total del alma con Dios, porque así lo dice san Juan, diciendo: *Sabemos que seremos semejantes a Él* (1 Jn. 3, 2), no porque el alma se hará tan capaz como Dios, porque eso es imposible, sino porque todo lo que ella es se hará semejante a Dios; por lo cual se llamará, y lo será, Dios por participación.

Esta es la *escala secreta* que aquí dice el alma, aunque ya en estos grados de arriba no es muy secreta para el alma, porque mucho se le descubre el amor por los grandes efectos que en ella hace. Mas en este último grado de clara visión, que es lo último de la escala donde estriba Dios, ya no hay cosa para el alma encubierta, por razón de la total asimilación; de donde nuestro Salvador dice: *En aquel día ninguna cosa me preguntaréis* (Jn. 16, 23). Pero hasta este día todavía, por más alta que vaya el alma, siempre le quedará algo encubierto, y tanto cuanto le falte para la asimilación total con la divina esencia. De esta manera, por esta teología mística y amor secreto, se va el alma saliendo de todas las cosas y de sí misma y subiendo a Dios. Porque el amor es similar al fuego, que siempre sube hacia arriba, con apetito de engolfarse en el centro de su esfera.

CAPÍTULO 21

El alma camina "disfrazada" en esta noche con tres vestiduras de colores diferentes.

Nos queda por explicar ahora la tercera palabra del verso, *disfrazada*, esto es, por qué razón dice el alma que salió por esta *secreta escala disfrazada*.

Conviene notar que disfrazarse no es otra cosa que ponerse un nuevo vestido distinto del que llevaba hasta entonces, y esto con dos finalidades: primeramente, para manifestar hacia fuera los propósitos que anidan en el corazón, y poder de esta manera ganarse el aprecio y la voluntad del Amado; y en segundo lugar, para ocultarse de los enemigos (demonio, mundo y carne), y así poder llevar a cabo con seguridad lo que pretende. De ahí que el alma elija aquellos vestidos que mejor representen los deseos de su corazón, y que mejor la enmascaren de sus enemigos.

Y así, el alma que ya está tocada del amor de su Esposo, Cristo, se cubre con tres vestiduras, una blanca, otra verde y otra roja, que representan respectivamente las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad.

De esta forma, no sólo se gana el aprecio y la voluntad de su Amado, sino que se protege y va segura de sus tres enemigos. Porque la fe es una túnica interior de una blancura tal, que ciega el entendimiento. Y así, yendo el alma vestida de fe, no acierta a ver y no puede de esta manera el demonio dañarla. Porque la fe la protege, más que todas las demás virtudes, contra el demonio, que es su más fuerte y astuto enemigo.

Por eso san Pedro no halló otra mayor defensa que la fe para librarse del demonio, y así declaró: *Resistidle firmes en la fe* (1 Pe. 5, 9). Y para ganarse el aprecio y la unión del Amado no puede el alma vestir otra ropa interior que la blancura de la fe. Ella es el fundamento y principio de las demás virtudes, y sin ella, como dice el Apóstol, *es imposible gradar a Dios* (Heb. 11, 6). De ahí que Él mismo diga por el profeta Oseas: *Te desposaré conmigo en la fe* (Os. 2, 20). Que es como decir: Si quieres unirte y desposarte conmigo, has de venir interiormente vestido de fe.

El alma sale de su casa en esta noche oscura y camina en tinieblas y tribulaciones interiores, y no recibe de su entendimiento ningún alivio, ya sea de arriba, pues le parece que el cielo está cerrado para ella y que Dios se le ha escondido; ni de abajo, pues los que la enseñan no le satisfacen. Pero, como va vestida con la blancura de fe, es capaz de sufrir con constancia y perseverancia, pasando por aquellos trabajos sin desfallecer y faltar al Amado. Él prueba la fe de su Esposa en los trabajos y tribulaciones, y ella puede decir en verdad: *La palabra de tus labios he guardado por los caminos empinados* (Sal. 16, 4).

Sobre esta ropa interior blanca de la fe se superpone una camisa verde, cuyo color representa la virtud de la esperanza, mediante la cual el alma se libra y defiende de su segundo enemigo, que es el mundo. Porque este color verde de la esperanza viva puesta en Dios llena el alma de tal prontitud, valor y atractivo por las cosas de la vida eterna, que, en comparación de lo que allí espera, todo lo del mundo le parece, como es en verdad, seco, ajado y muerto, esto es, de ningún valor. Y así se despoja y

desnuda de todas las vestiduras mundanas, no poniendo su corazón en nada, ni esperando nada de lo que pueda haber en el mundo, viviendo solamente vestida de esperanza de vida eterna. Por lo cual, tiene el corazón tan levantado por encima del mundo, que no sólo no le puede tocar y asir el corazón, sino incluso llamar la atención a su vista.

Y así, con esta camisa verde va el alma muy segura de su segundo enemigo, el mundo. Porque a la esperanza la denomina san Pablo el *yelmo de salvación* (1 Tes. 5, 8), entendiendo por yelmo la armadura que cubre toda la cabeza, de manera que no deja al descubierto más que una abertura para poder ver. Y eso tiene la esperanza, que cubre todos los sentidos de la cabeza del alma, de manera que no se engolfan en cosa alguna del mundo, ni les deja ningún resquicio por donde puedan herirse con las flechas que son lanzadas desde él. Sólo le deja una abertura para que los ojos puedan mirar hacia arriba, y no más, que es de ordinario el oficio que desempeña la esperanza en el alma: el levantar la mirada hacia Dios. De esta manera el alma puede decir en verdad: *Mis ojos están fijos en el Señor* (Salmo 25, 15), y no esperan ningún otro bien; pues *así como los ojos de la sierva están fijos en las manos de su señora, así nuestros ojos están puestos en el Señor Nuestro Dios, hasta que se apiade de nosotros*, viendo como esperamos en Él (Salmo 123, 2).

Gracias a esta viva esperanza el alma siempre pone su mirada en Dios y no pone los ojos en otra cosa y nada le satisface sino sólo Él. Esta esperanza puesta en Él agrada tanto a su Amado, que en verdad se puede decir que tanto alcanza de Él cuanto ella espera de Él. Que por eso el Esposo en el Cantar de los Cantares le dice a ella, que *con sólo una mirada suya le robó el corazón* (Cf. Ct. 4, 9). Y mientras que no vista el alma esta camisa verde de la esperanza puesta en sólo Dios, que no pretenda alcanzar al Amado, porque no alcanzara nada, por cuanto la virtud que hace correr y vencer en esta carrera del amor es la esperanza insistente y porfiada.

De esta camisa de esperanza va disfrazada el alma por esta oscura y secreta noche, yendo tan vacía de toda posesión y arrimo, que no pone los ojos en otra cosa sino en Dios, ni se preocupa de nada más.

Sobre estas vestimentas blanca y verde, para remate y perfección de este disfraz y atavío, el alma se recubre de un excelente manto rojo, que representa la virtud de la caridad, la cual no solamente embellece a las otras dos vestimentas, sino que levanta a tal punto el alma y la acerca tanto a Dios tan hermosa y agradable, que se atreve ella a decir: *Aunque soy morena, ¡oh hijas de Jerusalén!, soy hermosa; y por eso me ha amado el rey, y me ha introducido en su lecho* (Ct. 1, 4).

Con este manto de la caridad, que en el Amado acrecienta su amor, se protege y oculta el alma del tercer enemigo, que es la carne, pues donde hay verdadero amor de Dios, no entra el amor de sí ni de sus cosas. Esta virtud da valor a las demás virtudes, proporcionándoles vigor y fuerza para salvaguardar el alma, y gracia y donaire para agradar al Amado con ellas, porque sin caridad ninguna virtud es graciosa delante de Dios. Ésta viene figurada por el asiento de púrpura, que se habla en el Cantar de los Cantares (3, 10), sobre el que se recuesta Dios dentro el alma. De esta vestidura roja va el alma vestida, cuando en la noche oscura sale de sí y de todas las cosas creadas, con ansias en amores inflamada, por esta secreta escala de contemplación, a la perfecta unión del amor de Dios.

Éste, pues, es el disfraz que el alma dice que lleva en la noche de la fe por esta secreta escala, y éstos son los tres colores de él; los cuales constituyen la mejor disposición para unir con Dios las tres potencias del alma: entendimiento, memoria y voluntad. Porque la fe oscurece y vacía al entendimiento disponiéndolo para unirlo con la Sabiduría divina. Y la esperanza vacía y aparta la memoria de toda posesión de criatura, pues, como dice san Pablo, *la esperanza es de lo que no se posee* (Rm. 8, 24), y así aparta la memoria de lo que se puede poseer, y la pone en lo que espera. Por esto la esperanza de Dios dispone puramente la memoria para unirla con Dios. La caridad, hace otro tanto, vaciando y aniquilando las afecciones y apetitos de la voluntad de cualquier cosa que no es Dios, y sólo los dirige a Él; y así esta virtud dispone la voluntad y la une con Dios por amor. Y así, como estas virtudes cumplen la función de apartar el alma de todo lo que es menos que Dios, tienen consiguientemente que juntarla con Dios.

Es imposible llegar a la perfección de la unión con Dios por amor si no se camina vestido de veras con el traje de estas tres virtudes. Por tanto, para alcanzar el alma lo que pretende, que es esta amorosa y deleitosa unión con su Amado, es necesario que se vista de este disfraz, perseverando con él hasta conseguir su fin tan deseado como es la unión de amor, la cual es un gran gozo y felicidad. Y por eso dice este verso:

¡Oh dichosa ventura!

CAPÍTULO 22

El tercer verso de la segunda canción.

Bien claro está que constituye una *dichosa ventura* para el alma salir de su casa y poder llevar a cabo una empresa así: poder librarse del demonio, del mundo y de la propia sensualidad, y, alcanzar la libertad dichosa que todos desean, la del espíritu; esto es, salir de lo bajo a lo alto, de terrestre hacerse celestial, de humana, divina, viniendo a tener su conversación en los cielos (Fil. 3, 20), como acontece en este estado de perfección al alma.

Mas muchas son las almas que pasan por esta noche e ignoran casi todo acerca de ella; y no se dan cuenta de los muchos bienes que trae consigo al alma, y la dichosa ventura que es pasar por ella. De aquí que éste haya sido el propósito principal que me ha llevado a explicar esta noche, a fin de que, cuando se espanten con el horror de tantos trabajos, se animen con la cierta esperanza de tantos y tan aventajados bienes de Dios como en ella se alcanzan.

Además de esto, constituye una dichosa ventura al alma por lo que dice luego en el verso siguiente, es a saber:

A oscuras y encelada.

CAPÍTULO 23

Se explica el cuarto verso. El admirable escondrijo en que es puesta el alma en esta noche, y cómo, aunque el demonio tiene entrada en otros sitios muy altos, no lo tiene en éste.

Encelada es tanto como decir escondido o encubierto. Y así, lo que aquí dice el alma, que *a oscuras y encelada salió*, viene a dar a entender más cabalmente la gran seguridad con que camina por medio de esta oscura contemplación hacia la unión de amor de Dios, velada y escondida del demonio y de sus cautelas y asechanzas.

Esto se debe a que la contemplación infusa que se infunde pasiva y secretamente en el alma elude los sentidos y las potencias interiores y exteriores de la parte sensitiva. De esta forma, no sólo se libra el alma del impedimento que le puede provenir de la flaqueza natural de estas potencias, sino también del demonio, el cual, si no es por medio de estas potencias de la parte sensitiva, no puede alcanzar ni conocer lo que hay en el alma, ni lo que en ella pasa. Pues conforme la comunicación es más espiritual, interior y distante de los sentidos, tanto menos el demonio llega a conocerla.

Y así, para que el alma vaya segura, importa mucho que el trato interior que tiene con Dios sea de manera que los mismos sentidos de la parte inferior queden a oscuras e ignorantes de ello y no lo alcancen a conocer: por un lado, para que la comunicación espiritual sea más abundante y no se vea impedida la libertad de espíritu por la flaqueza de la parte sensitiva; y por otro, porque vaya más segura, no llegando el demonio tan adentro. A este propósito podemos aducir, dándole un sentido más espiritual, las palabras de nuestro Salvador: *Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha* (Mt. 6, 3), es decir, lo que pasa en tu parte derecha, que es la superior y espiritual del alma, no lo sepa tu izquierda, esto es, la porción inferior y sensitiva; y sea sólo secreto entre tu espíritu y Dios.

Bien es verdad que muchas veces, cuando en el alma se dan estas comunicaciones espirituales muy interiores y secretas, aunque el demonio no alcance a saber cuáles y cómo son, por la

gran suspensión y silencio que causan algunas de ellas en los sentidos y potencias de la parte sensitiva, por aquí llega a sospechar su existencia y que esta recibiendo el alma algún bien. Y entonces, como ve que no puede contrarrestarlas en el fondo del alma, hace cuanto puede por alborotar y turbar la parte sensitiva, la única parte donde puede actuar, ya sea con dolores, o con espantos y miedos, intentando inquietar y turbar por este medio a la parte superior y espiritual del alma, acerca de aquel bien que entonces recibe y goza. Pero otras veces, cuando la comunicación de la contemplación arremete directamente en el espíritu y hace fuerza en él, para nada le aprovechan al demonio los esfuerzos hace por turbarla, antes el alma más beneficios recibe y mayor y más segura paz. Porque, en cuanto siente la presencia turbadora del enemigo, ¡cosa admirable!, sin saber cómo y sin hacer ella nada de su parte, se refugia más adentro en su interior, donde está más a cubierto del enemigo y escondida, y allí se le acrecienta la paz y el gozo que el demonio pretendía quitarle. Y entonces todo aquel temor le resbala por fuera y se regocija de verse en tan seguro lugar y de disfrutar de un profunda paz, gustando la presencia de su Esposo escondido, que ni el mundo ni el demonio se lo pueden quitar. El alma experimenta entonces la misma fortaleza y paz que sentía la Esposa en el Cantar de los Cantares, es a saber: *Mirad que la litera de Salomón está cercada por sesenta valientes*, etc., *por los temores de la noche* (Ct. 3, 78). Esto le ocurre por dentro, aunque muchas veces siente que le atormentan la carne y los huesos por defuera.

Otras veces, cuando la comunicación no es puramente espiritual, sino que participa también el sentido, el demonio tiene más facilidad para turbar el alma y alborotarla por medio del sentido con estos espantos. Y entonces es grande el tormento y pena que causa en el espíritu, y algunas veces más de lo que se puede decir.

En otras ocasiones, cuando la comunicación se da por medio del ángel bueno, Dios permite que el demonio se entere y se percate de la merced que Él quiere hacer al alma. Pues si no se enterase, el demonio podría alegar que no le dejan ninguna oportunidad para poder él conquistar el alma, tal como sucedió con Job (1, 911; 2, 48). De esta manera hay cierto equilibrio entre los dos guerreros –

el ángel bueno y el malo— que actúan en el alma, y así la victoria de ella en la tentación es más valiosa.

Advirtamos aquí que en la misma proporción con que Dios va llevando al alma y la va poseyendo, da licencia al demonio para que en esa misma proporción influya en ella. Y así, si el alma tiene visiones verdaderas por medio del ángel bueno (que ordinariamente son por este medio, aunque se represente Cristo, porque él en su misma persona casi nunca aparece), también da Dios licencia al ángel malo para que pueda representar en el alma visiones falsas, de manera que si el alma no es muy cauta, fácilmente puede ser engañada, como muchos lo han sido.

Y no sólo el demonio puede imitar las visiones en las que participan los sentidos, sino también las comunicaciones espirituales del ángel bueno. Aunque éstas, como son sin forma ni figura (por ser espirituales), no las puede él imitar y formar como las otras por medio de alguna representación o figura. Y así, para contrarrestar la comunicación buena, al mismo tiempo que el alma es visitada, le infunde el demonio un gran temor espiritual, en un intento de oponer y destruir lo espiritual con lo espiritual. Y así acontece a veces que al tiempo que el ángel bueno va a comunicar al alma su espiritual contemplación, no le da tiempo al alma de ponerse rápidamente en lo escondido y a cubierto del enemigo, por lo que es alcanzada con algún espanto y turbación espiritual del demonio, a veces harto penosa para ella. Otras veces el alma consigue apartarse presto, sin dejar que el espíritu malo la impresione con sus temores y espantos, y recogida dentro de sí, recibe la eficaz merced espiritual que el ángel bueno entonces le hace.

Mas otras veces se impone el demonio y llena el alma de turbación y espanto, causándole la pena mayor que podría tener en esta vida, porque, como esta horrenda comunicación va de espíritu a espíritu, sin participación de lo sensitivo, es penosa en extremo; y dura esto algún tanto en el espíritu, no mucho, y queda el alma que da pena.

Todo esto que hemos dicho sucede en el alma pasivamente, sin que pueda hacer ella nada para evitarlo. Pero es de notar que cuando el ángel bueno permite que el demonio le lleve ventaja infundiendo en el alma este espiritual espanto, lo hace para

purificarla y disponerla con esta vigilia espiritual para alguna gran fiesta y merced espiritual. Pues el buen espíritu nunca mortifica sino para dar vida, ni humilla sino para ensalzar. Lo cual sucede al poco tiempo, pues, el alma, pasada la purificación tenebrosa y horrible que padeció, viene a gozar de una admirable y sabrosa contemplación espiritual, a veces tan subida, que no hay palabras para expresarlo.

Lo que hemos dicho hasta ahora atañe a las visitas que hace Dios al alma por medio del ángel bueno, en las cuales no va ella totalmente tan *a oscuras y encelada*, que no la alcance en algo el enemigo. Pero cuando Dios por sí mismo la visita, entonces se verifica bien el dicho verso, porque totalmente *a oscuras y a cubierto* del enemigo recibe las mercedes espirituales de Dios. Pues como Su Majestad mora sustancialmente en el alma, ningún ángel ni demonio puede llegar a entender lo que allí pasa ni menos conocer las íntimas y secretas comunicaciones que entre ella y Dios se establecen. Estas visitas, por cuanto las hace el Señor por sí mismo, son totalmente divinas y soberanas, pues todas consisten en toques sustanciales de divina unión entre el alma y Dios, en cada uno de los cuales, por ser éste el más alto grado de oración que hay, recibe el alma mayor bien que en todos los restantes más bajos.

Porque éstos son los toques que el alma comenzó a pedirle en el Cantar de los Cantares, diciendo: *¡Que me bese con los besos de su boca!* (Ct. 1, 1). A tal punto el alma con tantas ansias codicia llegar, estimando un toque de esta Divinidad en más que todas las demás mercedes que Dios le haya hecho o le quiera hacer. Pues por muchas que éstas sean, el alma queda insatisfecha y pide estos toques divinos. Ansía comunicarse únicamente con Dios, libre de todas las criaturas. Y cuando lo obtiene se apagan dentro de sí todos los apetitos y afecciones de la parte sensitiva, el alma disfruta de gran libertad de espíritu y de íntima paz, sin que el demonio pueda impedir estos divinos toques de la sustancia del alma con la amorosa sustancia de Dios.

A este bien nadie llega más que a través de una íntima purificación y desnudez y retiro espiritual de todo lo que es criatura. Lo cual se realiza *a oscuras, encelada y en escondido*. Y cuando el alma recibe estas mercedes puramente espirituales, a cubierto del

enemigo, en algunas de ellas se siente, sin saber cómo, tan apartada y alejada según la parte espiritual y superior de la porción inferior y sensitiva, que reconoce en sí dos partes tan distintas entre sí, que le parece no tiene nada que ver la una con la otra. Y en verdad, en cierta manera así es, porque entonces está actuando puramente la parte espiritual, que no se comunica para nada con la parte sensitiva. De esta forma se va haciendo el alma toda espiritual; en estos escondrijos se va confirmando el alma en la unión con Dios por amor, y a través de esta contemplación unitiva se le acaban de quitar las pasiones y apetitos espirituales en alto grado. Y así, hablando de la porción superior del alma, dice luego este último verso:

Estando ya mi casa sosegada.

CAPÍTULO 24

Se acaba de explicar la segunda canción.

Lo cual es tanto como decir: estando la porción superior de mi alma ya también, como la inferior, sosegada según sus apetitos y potencias, salí a la divina unión de amor de Dios.

Por cuanto por medio de esta guerra de la *oscura noche* de dos maneras es combatida y purificada el alma, según la parte sensitiva y la espiritual, con sus sentidos, potencias y pasiones, también de dos maneras, según estas dos partes sensitiva y espiritual, con todas sus potencias y apetitos, viene el alma a conseguir paz y sosiego. Que, por eso repite dos veces este verso en esta canción y la pasada, por razón de estas dos porciones del alma, espiritual y sensitiva; las cuales, para poder ella salir a la divina unión de amor, conviene que estén primero reformadas, ordenadas y quietas acerca de lo sensitivo y espiritual conforme al modo del estado de la inocencia que había en Adán. Y así este verso, que en la primera canción es entendido del sosiego de la porción inferior y sensitiva, en esta segunda se entiende particularmente de la superior y espiritual, que por eso lo ha repetido dos veces.

Este sosiego y quietud de esta casa espiritual viene a conseguir el alma, habitual y perfectamente, por medio de estos toques sustanciales de unión que acabamos de decir, y que, a cubierto de

la turbación del demonio y de los sentidos y pasiones, ha ido recibiendo de la Divinidad, en que el alma se ha ido purificando, sosegando y fortaleciendo y haciendo estable para poder recibir la dicha unión, que es el divino desposorio entre el alma y el Hijo de Dios. El cual, luego que estas dos casas del alma se acaban de sosegar y fortalecer en uno con todos sus siervos de potencias y apetitos, poniéndolos en sueño y silencio acerca de todas las cosas de arriba y de abajo, inmediatamente esta divina Sabiduría se une en el alma con un nuevo nudo de posesión de amor, y se cumple en ella lo que se dice en el libro de la Sabiduría: *Cuando un sosegado silencio todo lo envolvía y la noche se encontraba en la mitad de su carrera, tu Palabra omnipotente, cual implacable guerrero, saltó del cielo, desde el trono real* (Sab. 18, 1415). Lo mismo da a entender la Esposa en los Cantares, diciendo que después que se encontró con los centinelas, y *la desnudaron del manto que la cubría de noche y la hirieron* (5, 7), *encontré al amor de mi alma* (3, 4).

No se puede venir a esta unión sin gran pureza, y esta pureza no se alcanza sin gran desnudez de toda cosa creada y viva mortificación. Lo cual esta significado por este desnudar del manto a la Esposa y herirla de noche en la busca y pretensión del Esposo; porque el nuevo manto del desposorio que pretende vestir no se lo puede poner sin antes no se desnuda del viejo. Por tanto, el que rehúse salir en la noche ya dicha a buscar al Amado y ser desnudado de su voluntad y mortificado, sino que quiera buscarlo en su lecho y regalo, como hacía la Esposa, no llegará a hallarlo, como esta alma dice de sí que lo halló, saliendo ya a oscuras y con ansia de amor.

CAPÍTULO 25

Brevemente se declara la tercera canción.

Canción tercera

En la noche dichosa,
en secreto,
que nadie me veía,

ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía.

DECLARACIÓN

Continuando todavía el alma la metáfora y semejanza de la noche temporal en esta suya espiritual, va todavía contando y desarrollando las buenas propiedades que hay en la tal noche, y que por medio de ella halló y llevó, para que breve y seguramente consiguiese su deseado fin, de las cuales aquí pone tres.

La primera, dice, es que en esta dichosa noche de contemplación lleva Dios el alma por tan solitario y secreto modo de contemplación y tan remoto y ajeno del sentido, que cosa ninguna perteneciente a él, ni toque de criatura, alcanza a llegarle al alma, de manera que la estorbe y detenga en el camino de la unión de amor.

La segunda propiedad que dice, es por causa de las tinieblas espirituales de esta noche, en que todas las potencias de la parte superior del alma están a oscuras; no mirando el alma ni pudiendo mirar en nada, no se detiene en nada fuera de Dios para ir a Él, por cuanto va libre de los obstáculos de formas y figuras y de las aprehensiones naturales, que son las que suelen empachar el alma para que no se pueda unir con el ser de Dios.

La tercera es que en este alto camino no va apoyada en alguna particular luz interior del entendimiento ni en ninguna guía exterior que la satisfaga, porque está privada de todo esto por estas oscuras tinieblas; pero el amor puro que arde en su corazón y que solicita al Amado, es el que guía y mueve entonces realmente al alma, y la hace volar a su Dios por el camino de la soledad, sin ella saber cómo y de qué manera. Se sigue el verso:

En la noche dichosa.

San Juan se la †

INDICE GENERAL

NOCHE OSCURA DE LA SUBIDA DEL MONTE CARMELO

SUBIDA DEL MONTE CARMELO

PRÓLOGO

LIBRO PRIMERO

[NOCHE ACTIVA DEL SENTIDO]

Primera canción. Declara las dos clases de noches (cp. 1).

Describe esta primera noche oscura: *En una noche oscura* (cp. 2).

La primera parte de esta noche es la privación del apetito en todas las cosas (cp. 3).

Necesidad de pasar por esta noche oscura del sentido (cp.4 y 5).

Dos daños principales causan los apetitos en el alma (cp.6).

Cómo los apetitos atormentan (cp.7), oscurecen, ciegan (cp. 8), ensucian (cp. 9), entibian y enflaquecen (cp. 10) el alma para la virtud .

Cuán necesario es carecer de todos los apetitos, por mínimos que sean (cp. 11).

Qué apetitos causan en el alma los daños dichos (cp. 12).

Cómo entrar en esta noche del sentido (cp. 13).

Con ansias en amores inflamada (cp. 14).

¡Oh dichosa ventura!, salí sin ser notada estando ya mi casa sosegada (cp. 15).

LIBRO SEGUNDO

[NOCHE ACTIVA DEL ESPÍRITU]

(Entendimiento)

Canción segunda (cp. 1):

A oscuras y segura
por la secreta escala, disfrazada,
a oscuras y encelada,
estando ya mi casa sosegada.

La segunda parte de esta noche, más oscura, es la de la fe (cp.2).

Cómo la fe es noche oscura para el alma (cp. 3).

El alma ha de estar a oscuras para ser bien guiada por la fe a la suma contemplación (cp.4).

En qué consiste la unión del alma con Dios (cp. 5).

Cómo las tres virtudes teologales llevan a la perfección a las tres potencias del alma, poniéndolas en vacío y tiniebla (cp. 6).

Cuán angosta es la senda que guía a la vida eterna y cuán desnudos y desembarazados deben estar los que caminen por ella (cp. 7).

Cómo ninguna criatura ni pensamiento puede servir al entendimiento de medio apropiado para llegar a la divina unión con Dios (cp. 8).

Cómo la fe es el apropiado y proporcionado medio al entendimiento para que el alma pueda llegar a la divina unión de amor (cp. 9).

Los diferentes medios por los cuales puede conocer el entendimiento (cp. 10).

Sobre el impedimento y daño que pueden causar las imágenes que el entendimiento adquiere por vía de lo que sobrenaturalmente se representa a los sentidos corporales exteriores (cp. 11).

El daño que pueden hacer la imaginación y la fantasía, por no saber desasirse de ellas (cp. 12).

Señales por las que se puede saber cuál es el tiempo oportuno para dejar la meditación y discurso y pasar al estado de contemplación (cp. 13). Conveniencia de estas tres señales (cp. 14).

Cómo a los adelantados les conviene a veces aprovecharse del discurso natural y obra de las potencias naturales (cp. 15).

Las figuras e imágenes que sobrenaturalmente se representan en la fantasía no pueden servir al alma de medio próximo para la unión con Dios (cp. 16).

El fin que pretende Dios al comunicar al alma los bienes espirituales por medio de los sentidos (cp. 17).

Sobre el daño que algunos maestros espirituales pueden hacer a las almas acerca de las dichas visiones (cp. 18). Aunque las visiones y locuciones provengan de Dios, podemos engañarnos acerca de ellas (cp. 19).

Las sentencias y palabras de Dios, aunque sean siempre verdaderas, no siempre se cumplen en nosotros, porque los motivos en que se fundan pueden cambiar (cp. 20).

Aunque Dios responde a lo que se le pide algunas veces por vía sobrenatural, no gusta de que usen de tal medio (cp. 21).

Por qué no nos es lícito ya preguntar a Dios por vía sobrenatural (cp. 22).

Las comunicaciones que el entendimiento recibe puramente por vía espiritual (cp. 23):

- Las visiones espirituales (cp.24).
- Las revelaciones (cp. 25):
    - Las noticias intelectuales o inteligencias (cp. 26)
    - y el descubrimiento de secretos y misterios ocultos (cp. 27).
- Las locuciones interiores (cp. 28):
    - Las palabras sucesivas (cp. 29),
    - las palabras interiores (cp. 30)
    - y las palabras sustanciales (cp. 31).

- Los sentimientos interiores (cp. 32).

LIBRO TERCERO

[NOCHE ACTIVA DEL ESPÍRITU]

(Memoria y voluntad)

La purificación de la memoria y voluntad (cp. 1).

Las aprehensiones naturales de la memoria: cómo se ha de vaciar de ellas para unirse el alma con Dios (cp. 2).

Tres daños acontecen por no querer oscurecer la memoria de noticias y razonamientos: de parte de las cosas del mundo (cp. 3), del demonio (cp. 4) y de tipo privativo (cp. 5).

Los beneficios que procura el olvido y vacío de todos los pensamientos y noticias de la memoria (cp. 6).

El segundo género de objetos de la memoria: las aprehensiones imaginarias sobrenaturales (cp. 7).

Los daños que las noticias de cosas sobrenaturales pueden hacer al alma que reflexiona sobre ellas:

- engañarse, teniendo lo una cosa por otra (cp. 8)
- caer en la propia estimación y vana presunción (cp. 9).
- de parte del demonio, por las aprehensiones imaginarias de la memoria (cp. 10).
- impedirle la unión (cp. 11).
- juzgar de Dios baja e impropiamente (cp. 12).

Los beneficios que se logran con apartar de sí las aprehensiones de la imaginación. Diferencia que hay entre las aprehensiones imaginarias naturales y sobrenaturales (cp. 13).

Las noticias espirituales en cuanto pueden caer en la memoria (cp. 14).

Cómo se ha de conducir en general la persona espiritual acerca de la memoria (cp. 15).

La noche oscura de la voluntad. Las afecciones de la voluntad (cp. 16).

La primera pasión o afección de la voluntad: el gozo (cp. 17), que puede nacer de seis tipos de bienes:

- temporales (cp. 18), los cuales le causan al alma diversos daños (cp. 19) o beneficios (cp. 20) según se goce o no en ellos.
- naturales: como es vanidad gozarse en ellos (cp. 21), lo cual causa diversos daños (cp. 22); y los beneficios que se procura el alma cuando no se goza en ellos (cp. 23).
- sensuales: cómo se ha de purificar la voluntad de gozarse en ellos (cp. 24) si no quiere causarle daños al alma (cp. 25). Los beneficios que logra renunciando a ellos (cp. 26).
- morales (cp. 27), los cuales causan al alma siete daños (cp. 28) o diversos beneficios (cp. 29) según se goce en ellos o no, respectivamente.
- sobrenaturales (cp. 30), que causan diversos daños (cp. 31), o dos beneficios (cp. 32) según se goce o no en ellos.
- y espirituales (cp. 33), que pueden incidir en el entendimiento y memoria (cp. 34). Los hay de cuatro clases:

1. motivos, que son las imágenes y los retratos (cp. 35). La ignorancia que tienen algunas personas acerca de las imágenes (cp. 36). Cómo se ha de encaminar a Dios el gozo de la voluntad respecto de las imágenes, de manera que no yerre ni se frene por ellas (cp. 37). Los oratorios y lugares dedicados a la oración (cp. 38), cómo se han de usar para encaminar el espíritu a Dios por ellos (cp. 39). Cómo encaminar el espíritu hacia el recogimiento interior (cp. 40). Algunos daños en que caen los que se dan al gusto sensible de las cosas y lugares devotos (cp. 41). Tres clases de lugares devotos (cp. 42). Los modos y maneras erradas de orar de muchas personas (cp. 43). Cómo se han de enderezar a Dios estas devociones (cp. 44).
2. provocativos (la predicación) (cp. 45).
3. directivos
4. y perfectivos.

NOCHE OSCURA

Prólogo al lector

CANCIONES DEL ALMA

LIBRO PRIMERO: La Noche pasiva del sentido.

Canción primera

En una noche oscura,
en ansias, en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.

Las imperfecciones espirituales de los principiantes (cp. 1): acerca del hábito de la soberbia (cp. 2), de la avaricia espiritual (cp. 3), de la lujuria espiritual (cp. 4), de la ira (cp. 5), de la gula espiritual (cp. 6), de la envidia y acidia espiritual (cp. 7).

En una noche oscura, (cp. 8)

Las señales por las que se conoce que la persona espiritual va por el camino de la noche o purificación sensitiva (cp.9).

Cómo hay que estar en esta noche oscura sensitiva (cp. 10).

con ansias, en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada (cp. 11)

Los beneficios que produce en el alma esta noche pasiva del sentido (cp. 12 y 13).

estando ya mi casa sosegada (cp. 14).

LIBRO II: La noche oscura del espíritu

La noche oscura del espíritu (cp. 1).

Otras imperfecciones que tienen estos aprovechados (cp. 2).

Anotación para lo que se sigue (cp. 3).

Canción primera (cp. 4).

Primer verso: *En una noche oscura. E*sta contemplación oscura no sólo es noche para el alma, sino también pena y tormento (cp. 5).

Otras penas que el alma padece en esta noche (cp. 6).

Otras aflicciones y aprietos que padece la voluntad (cp. 7).

De otras penas que afligen al alma en este estado (cp. 8).

Aunque esta noche oscurece al espíritu, es para ilustrarle y darle luz (cp. 9).

Se explica de raíz esta purificación por una comparación (cp. 10).

Con ansias en amores inflamada.

Segundo verso de la primera canción: cómo el alma, gracias a estos rigurosos aprietos, se halla con vehemente pasión de amor divino (cp. 11).

Cómo esta horrible noche es purgatorio, y cómo en ella ilumina la divina Sabiduría a los hombres (cp. 12).

Otros sabrosos efectos que obra en el alma esta oscura noche pasiva del espíritu (cp. 13).

¡oh dichosa ventura!,

salí sin ser notada

estando ya mi casa sosegada. (cp. 14)

Segunda canción (cp. 15).

A oscuras y segura (cp. 16)**.** Cómo yendo el alma a oscuras, va segura.

Cómo esta oscura contemplación es secreta (cp. 17).

Cómo esta sabiduría secreta es también escala (cp. 18).

Los grados de la escala mística de amor divino: los cinco primeros (cp. 19) y los otros cinco (cp. 20).

El alma camina "disfrazada" en esta noche con tres vestiduras de colores diferentes (cp. 21).

¡Oh dichosa ventura! (cp. 22).

A oscuras y encelada. El admirable escondrijo en que es puesta el alma en esta noche, y cómo, aunque el demonio tiene entrada en otros sitios muy altos, no lo tiene en éste (cp. 23).

Estando ya mi casa sosegada (cp. 24).

Tercera canción *(cp. 25).*

En la noche dichosa, (cp. 26)

en secreto,

que nadie me veía,

ni yo miraba cosa,

sin otra luz y guía

sino la que en el corazón ardía.